



El Simbolismo Francmasónico

Albert G. Mackey

El Simbolismo Francmasónico

Albert G. Mackey



**Ediciones de la
GRAN LOGIA DE CHILE**

Edición digital gratuita para masones

Portada: María Francia Prado

Ediciones de la Gran Logia de Chile

Oriente de Santiago, 2020

**SOLO PARA USO INTERNO
DE LA GRAN LOGIA DE CHILE**



Albert Gallatin Mackey

Índice

Presentación	9
Capítulo I. Proemio	11
Capítulo II. Noaquitas	23
Capítulo III. La Francmasonería primitiva de la Antigüedad...	27
Capítulo IV. La Francmasonería espuria de la Antigüedad	33
Capítulo V. Los Misterios antiguos	39
Capítulo VI. Los artífices Dionisiacos	43
Capítulo VII. Unión de la Francmasonería Especulativa con la Operativa en el Templo de Salomón.....	55
Capítulo VIII. Los Francmasones viajeros de la Edad Media ...	59
Capítulo IX. Separación del Elemento Operativo	63
Capítulo X. El Sistema de Instrucción Simbólica	67
Capítulo XI. Ciencia especulativa y arte operativo	73
Capítulo XII. Simbolismo del Templo de Salomón	82
Capítulo XIII. Forma de la Logia	95
Capítulo XIV. Cargos de la Logia	101
Capítulo XV. El punto dentro del círculo	105
Capítulo XVI. El techo de la Logia	111
Capítulo XVII. Simbolismo ritualista	117
Capítulo XVIII. Rito de descalzarse	119
Capítulo XIX. Rito de la Investidura	123
Capítulo XX. Simbolismo de los Guantes	129
Capítulo XXI. El rito de la circunvalación	135
Capítulo XXII. El rito de la revelación y el simbolismo de la Luz	139
Capítulo XXIII. Simbolismo de la Piedra Angular	151
Capítulo XXIV. El Nombre Inefable	167
Capítulo XXV. Leyendas de la Francmasonería	187
Capítulo XXVI. Leyenda de las escaleras de caracol	203
Capítulo XXVII. Leyenda del Tercer Grado	215
Capítulo XXVIII. La rama de Acacia	233
Capítulo XXIX. Simbolismo del trabajo	247
Capítulo XXX. La Piedra Fundamental	263
Capítulo XXXI. La Palabra Perdida	279
Capítulo XXXII. Epílogo	289

Presentación

Albert Gallatin Mackey es considerado en el mundo como uno de los intelectuales masónicos más reconocidos. Con no pocos detractores, representa una de las fuentes del pensamiento masónico de raíz inglesa, es decir, con fundamento arraigado en una mirada de influencia teológica.

Hizo una destacada trayectoria en el Supremo Consejo de la Jurisdicción Sur, de Estados Unidos, donde ocupó el cargo de Secretario General. Escribió varias obras masónicas destacadas y sus estudios de simbolismo y esoterismo masónico serán de referencia para René Guénon y otros autores de alcance mundial.

Nació en Charleston, Carolina del Sur. Después de completar su educación temprana, Albert Mackey enseñó en una escuela durante algún tiempo para ganar dinero para estudiar medicina. Se graduó del departamento médico del Colegio de Carolina del Sur en 1832. Se instaló en Charleston, Carolina del Sur. En 1838 fue nombrado demostrador de anatomía en esa institución.

En 1844 abandonó la práctica de la medicina. Durante el resto de su vida, escribió sobre una variedad de temas, pero se especializó en el estudio de varios idiomas, la Edad Media y la masonería. Después de estar conectado con varias revistas de Charleston, fundó en 1849 su primera revista con el nombre de *The Southern and Western Masonic Miscellany*, que mantuvo durante tres años y luego publicaría *Masonic Quarterly Review* (1957-1958), *American Freemason* (1859-1860), *Mackey's National Freemason* (1871-1874) y *Voice of Freemasonry* (1875-1879).

Sus obras más afamadas son *A Lexicon of Freemasonry*, *The Principles of Masonic Law*, *The Mystic Tie*, *Encyclopedia*

of Freemasonry, *The Symbolism of Freemasonry*, y *The History of Freemasonry, Its Legends and Traditions*.

Iniciado en 1841 en la *Saint Andrews Lodge* N°10, Carolina del Sur; participa en 1842 en la *Solomon's Lodge* N°1, de Charleston. Luego será miembro fundador de la *Landmark Lodge* N°76 en 1851 y en 1870 se afilia a la *Landmark Lodge* N°19 del Distrito de Columbia.

Se desempeñó como Gran Vigilante y Gran Secretario de la Gran Logia de Carolina del Sur, así como Secretario General del Consejo Supremo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado para la Jurisdicción del Sur de los Estados Unidos.

Aprendió griego, latín y hebreo casi sin ayuda, y dio conferencias con frecuencia sobre el desarrollo intelectual y moral de la Edad Media. Posteriormente, dirigió su atención exclusivamente a la investigación del simbolismo abstruso, y a las investigaciones cabalísticas y talmúdicas.

Simpatizó con la Unión durante la Guerra Civil y en julio de 1865, el presidente Andrew Johnson lo nombró a cargo del puerto de Charleston. Fue delegado y presidente de la Convención Constitucional de Carolina del Sur de 1868. Ese año postuló a Senador de la Unión, siendo derrotado. Aún así, dos años después de mudó a Washington.

Murió en Fortress Monroe, Virginia en 1881.

La presente edición corresponde a su obra más difundida en español, y se hace en reconocimiento a su aporte distinguido al estudio masónico, y a su erudición que, desde su perspectiva de pensamiento, es una contribución al conocimiento de las tradiciones masónicas. Como hombre de fe, Mackey propone un origen simbólico en la Masonería que es compatible con sus creencias,

Capítulo Primero

Proemio. Origen y evolución histórica de la Francmasonería

Todo examen del simbolismo y de la filosofía francmasónica debe ir necesariamente precedido de una breve investigación sobre los orígenes e historia de la institución. ¿En dónde nació esta Orden tan antigua y universal? ¿Cuáles fueron los accidentes relacionados con su fundación? ¿De qué institución similar o pareja se derivó? ¿Fueron, por el contrario, sus comienzos originales y autóctonos, independientes de toda clase de influencias externas y sin relación alguna con otra institución?

Estas preguntas son las que debe hacerse todo investigador inteligente en los comienzos de su estudio. Y debe contestarlas categóricamente, antes de que pueda esperarse que comprenda su verdadero carácter de institución simbólica, porque, para apreciar su carácter, es preciso conocer antes sus antecedentes.

Pero quien espere llegar a una solución satisfactoria de este examen tiene que sustraerse a la influencia de un error en que suelen incurrir los novicios en filosofía masónica; no confundir la doctrina francmasónica con su forma externa y extrínseca. No debe presuponer que la suma y sustancia de la Francmasonería está constituida por ciertas costumbres y ceremonias que existen actualmente, pero que, aun hoy día, están sujetas a extensas variaciones en diferentes países.

"La antigüedad prudente" - dice Lord Coke, "expresó las substancias por medio de ceremonias, para dar mayor solemnidad, a lo que debía hacerse y recordarlo y observarlo mejor". Sin embargo, debe tenerse siempre presente que la

ceremonia no es sustancia, sino la vestidura externa con que ella se cubre y hasta se adorna, a la manera que cubre el vestido a la figura humana. Desnudad al hombre de su cubierta externa y todavía tendréis el microcosmos (*palabra griega que significa "un mundo en miniatura"*), la maravillosa creación, con todos sus nervios, huesos y músculos, y, sobre todo, con su cerebro, ideas y sentimientos.

Si separásemos de la Francmasonería sus ceremonias externas, todavía nos quedaría su filosofía y su ciencia, las cuales han sido siempre las mismas, mientras que las ceremonias han variado según las épocas y países.

Tantas veces se ha definido la Francmasonería diciendo que "es una ciencia de moral, velada en alegorías y esclarecida por medio de símbolos" que, si no fuera por la belleza de esta definición, sería hasta enojoso repetirla; pero ella expresa el principio exacto que acabábamos de anunciar.

La Francmasonería es una ciencia, una filosofía, un sistema de doctrinas que se enseña de un modo peculiar por alegorías y símbolos. Este es su carácter interno, pues las ceremonias son adiciones externas que no afectan a su sustancia.

Por eso vamos a examinar en nuestro estudio sobre los orígenes de la Francmasonería, este sistema peculiar de filosofía y no sus ceremonias.

Para investigar el origen de la filosofía masónica, hay que remontarse hasta la más remota antigüedad, en donde se encontrarán sus principios latiendo en el seno de asociaciones parejas, en que se mantenía y enseñaba la misma filosofía. Pero si se confunden las ceremonias francmasónicas con su filosofía y se buscan los orígenes de la asociación en formas externas semejantes a las actuales, bastará con retroceder tan sólo hasta principios del siglo XVIII, pues en esta época se introdujeron grandes modificaciones en su ritual.

Habiendo llegado ya a la conclusión de que no debemos investigar el origen del ritual, sino el de la filosofía masónica, nos resta por ver cuál es la naturaleza característica de esta filosofía.

Nosotros creemos que la filosofía de la Francmasonería tiene por objeto la contemplación del carácter divino y del humano. Nuestra filosofía considera a Dios como un solo ser eterno, existente *per se*, en contraposición a la mitología de los pueblos antiguos sobrecargada de multitud de dioses y diosas, de semidioses y héroes; y al ser humano como ser inmortal, que se prepara en esta vida para otra eterna y futura, en idéntica contraposición con la filosofía de la antigüedad que circunscribía la existencia humana a la vida presente.

Por lo tanto, estas dos doctrinas - la de la unidad de Dios y la de la inmortalidad del alma, - constituyen la filosofía de la Francmasonería. Por eso, cuando queremos definirla sucintamente, decimos que es un antiguo sistema filosófico que enseña estos dos dogmas.

De ahí que, al encontrar en todas las épocas ciertas asociaciones e instituciones que enseñaron estas verdades de un modo alegórico y simbólico particulares, a pesar de desarrollarse en un ambiente en que predominaban el oscurantismo intelectual y la degradación de las antiguas religiones politeístas, creamos tener derecho a sostener que esas asociaciones fueron la *incunabula*¹ - los predecesores - de la institución masónica, tal como, hoy día existe.

¹ Nota de la Edición. Libros impresos durante el primer período de tipografía, es decir, desde la invención del arte de la impresión tipográfica en Europa en la década de 1450 hasta finales del siglo XV (es decir, enero de 1501). Dichas obras se completaron en un momento en que los libros, algunos de los cuales todavía se copiaban a mano, fueron buscados por un número cada vez mayor de lectores

Comprendidas ya estas observaciones preliminares, creemos que el lector se encuentra capacitado ya para considerar la teoría del origen de la Francmasonería que exponemos en las siguientes proposiciones:

1. En primer lugar, creemos que, en los mismísimos comienzos del mundo, existieron ciertas verdades de gran importancia para el bienestar de la humanidad, que fueron comunicadas probablemente al hombre por directa inspiración divina.

2. Estas verdades consistían principalmente en las proposiciones abstractas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma, de cuya verdad no se puede dudar de un modo racional. La creencia en estas verdades no es más que una consecuencia necesaria del sentimiento religioso, rasgo perenne de la naturaleza humana. El hombre es, enfáticamente y por distinguirse de todas las otras criaturas, un animal religioso.

Gross comienza su interesante trabajo sobre *The Heathen Religion in its Popular and Symbolical Development*, afirmando que "La existencia universal de ideas religiosas, la creencia en algo sobrenatural y divino y el culto que al mismo se le rinde, es uno de los fenómenos característicos de la raza humana." Y si la naturaleza ha implantado el sentimiento religioso, también debe haberlo encauzado por un canal adecuado.

La creencia y el culto debieron haber sido en sus comienzos tan puros como la fuente de que brotaron, aunque en épocas subsiguientes y anteriores al cristianismo, se corrompieran, debido a la influencia ejercida por los sacerdotes y los poetas sobre el pueblo ignorante y supersticioso. Las dos primeras proposiciones de nuestras teorías se refieren

únicamente a este período primitivo anterior a las corrupciones de que acabamos de hablar.

3. Estas verdades de Dios y de la inmortalidad fueron probablemente transmitidas por los patriarcas del linaje de Set. Noé las conoció sin duda alguna, y las comunicó a sus descendientes inmediatos.

4. A consecuencia de esta comunicación, el verdadero culto de Dios continuó existiendo algún tiempo después del Diluvio, siendo cultivado por los *noaquitas* o descendientes de Noé.

5. En un período siguiente (cuya fecha no tiene importancia, si bien la Biblia la fija en la erección de la torre de Babel) gran parte de la raza humana se separó de los *noaquitas*.

6. Estos separatistas perdieron rápidamente de vista las verdades divinas que les habían revelado sus antecesores, y cayeron en los más vergonzosos errores teológicos, corrompiendo la pureza del culto y la ortodoxia de la doctrina religiosa que se les había confiado.

7. Un reducido número de miembros perteneciente al linaje patriarcal conservó estas verdades en toda su integridad, y sólo a muy pocos permitieron conocer vagas y difusas porciones de la verdadera luz.

8. El conocimiento íntegro se reservó únicamente para los descendientes directos de Noé; el parcial, se dio a los sacerdotes y filósofos, y más tarde, a los poetas de las naciones paganas, a quienes iniciaron en los secretos de estas verdades.

De la persistencia de estas verdades religiosas entre los patriarcales descendientes de Noé, hay pruebas evidentes . en la historia sagrada. Y, en cuanto a su existencia en las corporaciones de gentiles cultos, nos quedan los testimonios de muchos escritores inteligentes que han dedicado sus energías al estudio de este problema.

Por ejemplo, Grote dice en su Historia de Grecia que: "Algunos sabios investigadores, especialmente Creuzer, han relacionado la interpretación alegórica de los mitos con la hipótesis de que existió un antiguo cuerpo de sacerdotes muy instruidos, que tuvo su origen en Egipto u Oriente y que enseñó a los rudos y bárbaros griegos la ciencia física, histórica y religiosa, bajo el velo de los símbolos. Esto mismo podría decirse de las demás naciones intelectuales de la antigüedad.

9. Los autores masónicos han denominado a la primera clase de doctrina o sistema, es decir a la enseñanza íntegra, "la Francmasonería primitiva y pura de la antigüedad", mientras que, a la parcial, le han aplicado el nombre de "Francmasonería espuria". Estos términos fueron aplicados por primera vez, si no estamos mal informados, por el Doctor Oliver, y se aplican de la siguiente manera: la palabra puras, a las doctrinas enseñadas por los descendientes de Noé, y la palabra espurias, a las de sus descendientes de linaje gentil o pagano.

10. Las masas populares - principalmente las gentiles - desconocían por completo esta verdad divina, piedra fundamental de ambos géneros de Francmasonería, la pura y la espuria, y estaban profundamente sumergidas en los errores y falsedades del culto y de la religión pagana.

11. Los errores de las religiones gentílicas no eran invenciones voluntarias de quienes las cultivaban, sino

corrupciones graduales y casi inevitables de las verdades que Noé les enseñara por primera vez. Tan palpables son estas corrupciones que puede seguirse su proceso de formación desde la forma original de que se fueron desviando. Por ejemplo, la vida y hazañas de Baco o Dionisos, no es más que una parodia de la de Moisés; y en el nombre de Vulcano, el dios forjador, puede observarse una evidente corrupción etimológica del nombre de Tubal Caín, el primer artífice en metales, pues Vulcano, no es más que una forma modificada de Baal-Caín, el dios Caín.

12. Los individuos pertenecientes a la masa (existieron algunos de ellos que conocieron la verdad) recibieron su doctrina por medio de una iniciación en ciertos sagrados Misterios, en el seno de los cuales se conservaba, ocultándola al pueblo.

13. Estos Misterios existieron en todos los países paganos, con nombre distinto en cada uno y hasta tomando diferentes formas, si bien tuvieron siempre el idéntico objeto de enseñar por medio de doctrinas alegóricas y simbólicas las grandes enseñanzas masónicas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma.

Esta es una proposición importantísima que no debe perderse de vista al investigar los orígenes de la Francmasonería, pues los misterios paganos fueron a la Francmasonería espuria de la antigüedad, lo que las Logias de Maestros a la Francmasonería actual.

Creemos innecesario demostrar la existencia de los misterios, puesto que todos los autores antiguos y modernos la admiten. El estudiar minuciosamente su carácter y organización ocuparía todo un volumen. El Barón de Sainte-Croix ha escrito dos grandes tomos que tratan de este tema, sin lograr agotarlo.

14. Las dos divisiones de la Institución Masónica definidas en el párrafo noveno, es decir, la Francmasonería primitiva y pura de los descendientes judíos de los patriarcas, llamados para distinguirlos, los *noaquitas* o descendientes de Noé, porque no habían olvidado ni abandonado las enseñanzas de su gran antecesor, y la Francmasonería espuria, practicada en las naciones paganas, siguieron en el curso del tiempo corrientes paralelas, a veces, muy próximas, pero nunca unidas.

15. Pero estas dos corrientes no podían permanecer siempre separadas. Brotaron en remotos tiempos de una fuente común - la del antiguo sacerdocio de que ya hemos hablado en la proposición octava, - y se dividieron en Francmasonería pura y espuria, manteniéndose separadas durante muchos siglos; pero, por fin, se encontraron y unieron en la erección del templo de Jerusalén, siguiendo los israelitas el ejemplo del rey Salomón, y los tirios el de Hiram, rey de Tiro, e Hiram Abif.

Es cierto que la Francmasonería espuria no dejó entonces de existir, pues, por el contrario, perduró muchos siglos después de este periodo, hasta que los Misterios paganos fueron abolidos durante el reinado del emperador Teodosio. Pero con la unión de los francmasones judíos o puros, con los espurios o tirios verificada en Jerusalén, empezaron a infundirse sus doctrinas y ceremonias respectivas, lo cual terminó con la abolición de los dos sistemas y la fundación de uno nuevo, que puede considerarse como el prototipo inmediato de la institución existente en nuestros días.

Por eso muchos estudiantes masónicos no remontan sus investigaciones más que hasta los hechos enunciados en la proposición quince, y se contentan con encontrar los orígenes de la Francmasonería en el templo de Salomón. Pero, si nuestra teoría es cierta, la verdad es que entonces no nació, sino que sufrió una modificación de su carácter.

La leyenda del tercer grado, la leyenda áurea, fue adoptada entonces por la Francmasonería pura, tomándola de la espuria; pero la leyenda había existido con otros nombres y formas en todos los Misterios de las épocas anteriores. La doctrina de la inmortalidad, que hasta entonces habían enseñado los *noaquitas* en forma de abstracta proposición, se inculcó desde aquel momento por medio de una lección simbólica: el símbolo de Hiram el Arquitecto acabó por ser el rasgo distintivo de la Francmasonería.

16. Pero el sistema masónico tenía que sufrir otra importante modificación durante la construcción del templo, porque antes de que se verificara la unión, la Francmasonería pura de los *noaquitas* habla sido siempre especulativa, y no se parecía a la organización actual más que en que rendía culto a los mismos principios abstractos de la verdad divina.

17. Por el contrario, los tirios eran arquitectos de profesión. Sus jefes pertenecían a la escuela de la Francmasonería espuria, y al unirse en el templo de Salomón con sus contemporáneos judíos infundieron los elementos del arte operativo en la ciencia especulativa practicada por los últimos.

18. Desde entonces el sistema presentó unidos los elementos de las masonerías especulativa y operativa. Esto puede observarse ya en los *Collegia Fabrorum*, o Colegios de Artífices, fundados en Roma por Numa, que, indudablemente, estaban organizados masónicamente; en la secta judía de los esenios, quienes trabajaban al mismo tiempo que oraban y se decían descendientes de los constructores del Templo, y también, aunque de un modo más destacado, en los Francmasones viajeros de la Edad Media, que se identifican por su nombre con sus sucesores modernos, y cuyas sociedades

estaban constituidas por hombres sabios dedicados a escribir y estudiar, y por artesanos, que trabajaban y construían. Durante tan largo periodo de tiempo la Francmasonería continuó siendo a la par operativa y especulativa.

19. Pero la institución habla de sufrir otro cambio que la transformara en lo que actualmente es. Por eso no hace mucho tiempo (comparativamente hablando) que la forma operativa se abandonó llegando a ser la Francmasonería enteramente especulativa. La fecha exacta de tal acontecimiento no se fija en este caso por conjeturas, ya que sabemos que aconteció a principios del siglo XVIII durante el reinado de la reina Ana de Inglaterra.

Preston cita las mismas palabras del decreto que estableció este cambio: " Los privilegios de la masonería no se limitarán tan sólo a los masones operativos, sino que se concederán a hombres pertenecientes a diversas profesiones, con tal de que sean regularmente aprobados e iniciados en la Orden."

Las diez y nueve proposiciones que acabamos de exponer contienen una breve pero sucinta perspectiva de la evolución de la Francmasonería, desde sus orígenes en las primitivas épocas del mundo como sistema de filosofía religiosa, pasando por todas las modificaciones que introdujeron las razas judía y gentiles, hasta que tomó la forma actual. Durante todo este tiempo conservó ciertos rasgos inmutables que pueden considerarse desde ahora como específicos de ella, y por medio de los cuales se ha distinguido de otras asociaciones contemporáneas, por semejantes que hayan sido en su organización externa.

Estas características son: en primer término, las doctrinas que enseñó constantemente, es decir, las de la unidad de Dios y la inmortalidad del alma, y en segundo término, la forma de enseñarlas, a saber, por medio de símbolos y alegorías.

Considerando estas características como exponentes de lo que es la Francmasonería, es inevitable llegar a la conclusión de que la especulativa actual abunda en evidentes pruebas demostrativas de la identidad de su origen con la Francmasonería espuria del período pre-salomónico. Ambos sistemas proceden de una fuente pura común; pero, mientras uno de ellos conserva la pureza original, el otro la corrompe continuamente. Tal es la conclusión a que ha de llegarse necesariamente, como corolario de las proposiciones recién expuestas en este ensayo.

En la historia se encuentran numerosas pruebas evidentes, (de las cuales estas proposiciones no son más que un ligero bosquejo), de que la rama tiria del sistema espurio influyó de modo manifiesto en la Francmasonería primitiva de los *noaquitas*, por medio de los símbolos, mitos y leyendas que ésta recibió de aquélla, si bien modificándolos de forma que estuvieran de acuerdo con su sistema.

Hay una cosa irrefutable: la de que debemos a los Francmasones tirios la introducción del símbolo de Hiram Abif.

La idea de este símbolo, aunque modificada por los Francmasones judíos, no es de procedencia judía, pues fue, evidentemente, tomada de los misterios paganos, en que Baco, Adonis, Proserpina y otros seres deificados representaban el mismo papel que Hiram en los misterios masónicos.

Por último, en los términos técnicos de la Francmasonería, en sus instrumentos de trabajo, en los nombres de sus grados y en la mayor parte de sus símbolos se encuentra un testimonio fehaciente de la gran infiltración de los elementos pertenecientes al arte operativo en su filosofía religiosa.

La Historia explica este hecho diciendo que se debió a la afinidad de esta institución con la Fraternidad de artífices dionisiacos constructora del templo de Jerusalén, con los Colegios de Artesanos de Numa, y con los Francmasones

viajeros de la Edad Media, que edificaron todos los grandes edificios de su época.

Las diez y nueve proposiciones expuestas en este ensayo forman un breve bosquejo de la teoría del verdadero origen de la Francmasonería, que hemos adoptado, después de largas y pacientes investigaciones. Si quisiéramos demostrar lógicamente o con pruebas históricas la evidencia de estas proposiciones, nos veríamos obligados a escribir un enorme volumen; por eso nos limitaremos a presentarlas como sugerencias que el estudiante masónico ha de ponderar por sí mismo. No son más que postes indicadores que han de guiarle en la difícil y bella tarea de investigar el origen y la evolución de la Francmasonería, desde su nacimiento hasta el actual estado de potente madurez.

Pero, a pesar de que las hemos expuesto lacónicamente, creemos que son necesarias, como preliminar para comprender debidamente el simbolismo de la Francmasonería.

Capítulo II

Noaquitas

Como introducción necesaria a toda investigación sobre el carácter del simbolismo de la Francmasonería, -vamos a inquirir su origen histórico. Para ello debemos partir de una época muy remota. Sin embargo, revisaremos la historia primitiva y anterior a la institución con toda la brevedad que permita la claridad del asunto.

Pasando por encima de todo cuanto se encuentra en la historia antediluviana que no influyó para nada en el nuevo mundo surgido de las ruinas del viejo, nos encontramos con que, poco después del gran cataclismo, los inmediatos descendientes de Noé poseían por lo menos dos verdades religiosas recibidas de su padre común, quien las había aprendido a su vez de los patriarcas que le precedieron.

Estas verdades eran: la doctrina de la existencia de una Inteligencia Suprema, Creadora, Conservadora y Gobernadora del Universo, y, como consecuencia necesaria, la creencia en la inmortalidad del alma, la cual por ser emanación de la causa primera deba distinguirse del polvo perecedero y vil, su tabernáculo terrenal, por poseer vida futura y eterna.

"La doctrina de la inmortalidad del alma, es consecuencia inevitable de la idea de Dios. El Ser mejor de los Seres, debe querer lo mejor para todas las cosas; el más sabio, debe, hacer planes para que así sea; el más poderoso, debe realizarlos. Nadie se atreverá a negar esto".

La teoría de que Noé conoció y reconoció estas doctrinas, no puede parecer mera suposición a quien crea en la revelación divina; pero nosotros creemos que los filósofos pueden llegar a

idénticas conclusiones sin necesidad de basarse en otra autoridad que la de la razón,

El sentimiento religioso, en cuanto atañe a la creencia en la existencia de Dios, es instintivo, innato y, por lo tanto, universal en el alma humana.

"La institución religiosa, al igual que de la sociedad, el matrimonio y la amistad, se basa en un fundamento profundo y permanente del corazón humano: así como las instituciones humildes, transitorias y parciales proceden de necesidades humildes, transitorias y parciales, y tienen su origen en los sentidos y los fenómenos de la vida, la de esta útil, permanente y sublime institución, es producto de necesidades universales, sublimes y permanentes, relacionadas con el alma y las invariables realidades de la vida.

No hay historia de que ninguna nación, por degradada intelectual y moralmente que sea, que no tenga pruebas evidentes de su tendencia hacia semejante creencia. El sentimiento puede pervertirse, la idea corromperse groseramente, pero, de todos modos, continúa existiendo y es prueba del manantial de que brotó.

"Los sabios de todas las naciones, épocas y religiones tenían alguna idea de estas sublimes doctrinas, más o menos degradadas, adulteradas u obscurecidas. Estos vislumbres y vestigios de las verdades más sagradas y exaltadas emanaron de tradiciones primitivas, que se transmitieron de generación en generación a toda la Humanidad, desde el principio del mundo, o por lo menos, desde la caída del hombre".

Hasta en las formas más degradadas del fetichismo (*Culto rendido por los salvajes a objetos materiales, que representan espíritus*) en que los negros se prosternan con reverente terror ante el altar de un tosco y deforme ídolo quizás fabricado por sus mismas manos, el acto de adoración es el reconocimiento del ansia que siente todo adorador de aferrarse a

un poder desconocido, superior a su propia esfera. Este poder desconocido, sea cual fuere, es Dios para él.

"De esta forma, no sólo los objetos enumerados anteriormente, sino hasta las gemas, metales, aerolitos, imágenes, trozos de madera labrados, pieles de animales rellenas y sacos curativos como los de los indios norte-americanos, son adorados como divinidades y se convierten en objetos de adoración. Pero en este caso, se idealiza el objeto visible, y no se le adora como cosa, sino como tipo o símbolo de Dios".

La creencia en la inmortalidad del alma, es tan universal como la de la existencia de Dios. Aquélla brotó del mismo anhelo humano por lo infinito y, aunque la doctrina primitiva se ha ido corrompiendo, todas las naciones tienen tendencia a reconocerla. Todos los pueblos han soñado desde la más remota antigüedad en el ideal de, otro mundo, y han buscado el lugar en donde se encontraban los espíritus de los muertos.

La deificación de los muertos, el culto a los héroes o al hombre, desarrollo inmediato de la idea religiosa fetichista, no es más que el reconocimiento de la vida futura; puesto que no se habría deificado a los muertos si no hubiera continuado existiendo algo de ellos después de su muerte.

La adoración del cadáver pútrido, hubiera sido un fetichismo más degradante que cualquiera de los descubiertos hasta hoy día; pero el culto del hombre siguió al fetichismo. Era ya un grado más elevado del sentimiento religioso, en el que se anidaba la esperanza en la posibilidad de una vida futura, y quizás la creencia positiva en ella.

Así pues, la razón nos lleva, como la revelación, a la conclusión de que estas dos doctrinas prevalecieron entre los descendientes de Noé, después del Diluvio. Ellos las sentían con toda su pureza e integridad, porque habían emanado de la fuente más pura y elevada.

Tales son las doctrinas que constituyen el credo de la Francmasonería; de ahí que el nombre de *Noaquitas*, es decir, descendientes de Noé y transmisores de sus dogmas religiosos, sea uno de los que se han aplicado a los Francmasones.

Capítulo III

La Francmasonería primitiva de la Antigüedad

La época histórica que, inmediatamente después, demanda nuestra atención es la relacionada con lo que se denomina en la Historia Sagrada dispersión de Babel. El esplendor de la verdad que transmitiera Noé, acabó por anublarse. Los dogmas de la unidad de Dios y de la Inmortalidad del alma se perdieron de vista. Unos pueblos se desviaron del verdadero culto instituyendo el *sabeísmo*, o culto al sol, la luna y las estrellas y otros, y la deificación de los hombres.

El sabeísmo² fue la desviación que se difundió más pronto y más extensamente. Según Owen "este culto surgió de algunas tradiciones imperfectas transmitidas por los patriarcas y referentes al dominio del sol durante, el día y de la luna durante la noche". Más tarde estudiaremos de qué forma se ha modificado y simbolizado, espiritualmente este sistema en la Francmasonería.

Cierto autor moderno dice las siguientes elocuentes palabras sobre la universalidad del culto solar en la antigüedad: "El sabeísmo, o culto de la luz, prevaleció en todas las naciones

² Nota de la Edición. El sabeísmo fue una antigua religión pre islámica desaparecida, surgida en el Reino de Saba (actual Yemen), en el sur de la península arábiga. Rendía culto a los astros, especialmente al Sol y a la Luna, aunque afirmaba adorar a un solo Dios denominado Alá Taala, asistido por siete ángeles que custodiaban el firmamento (los siete planetas clásicos), llamados al-Illat. Además, practicaban un ayuno de 30 días similar al Ramadán.

directoras del mundo primitivo. Junto a los ríos de la India, en las montañas de Persia y las llanuras de Asiria la primera humanidad adoraba de esta forma a los espíritus superiores de cada país, elevándose con pensamiento espiritual, desde el orbe solar hasta Aquel de quien el astro rey parece vicerregente: el Sol de todos los seres, cuya luz irradia y purifica el mundo del alma, del mismo modo que los rayos solares el mundo del sentido.

Egipto, cuya religión conocemos muy superficialmente, practicó también este culto; Siria dedicó grandes templos al sol; la alegre Grecia se entretenía en pensar cuando lo sentía, casi ocultándolo en la mítica individualidad que le asignaba su fantasía. Hasta la prosaica China hace ofrendas al lumínar amarillo del día los errantes Celtas y Teutones celebraban fiestas en los frondosos bosques del Norte de Europa; y los aborígenes de América inundaban con sangre los templos del sol en honor del astro benéfico".

"No hay pueblo cuya religión conozcamos" – dice el abate Banier, - "ni en nuestro continente, ni en América, que no haya rendido culto al sol, excepto algunos habitantes de la zona tórrida, que continuamente lo mal-dicen porque les abrasa con sus rayos".

Macrobio trata de demostrar en su *Saturnalia* que todos los dioses del paganismo pueden reducirse al sol.

Pero el sabeísmo no fue sólo la corrupción religiosa más antigua, sino también la que se difundió más generalmente. Por eso se ve que el antiguo culto solar ejerció siempre sus influencias hasta en las naciones que aceptaron más tarde el credo politeísta de los hombres deificados y de los dioses facticios y artificiales.

Para el pueblo griego, el que con mayor refinamiento rindió culto a los héroes, Hércules era el sol; y la fábula mitológica de que mató con sus flechas a la hidra de las siete

cabezas existente en los pantanos de Lerne no es más que una alegoría que representa la disipación del paludismo o malaria de las aguas estancadas, por medio de los purificantes rayos del astro diurno.

También la principal divinidad egipcia, Osiris, no es más que un nombre del sol; mientras que su gran enemigo y destructor, Tifón, es la tipificación de la noche, o de las tinieblas. Y, por último, las tres manifestaciones indias de la divinidad suprema - Brahma, Shiva y Vishnú - eran símbolos del sol levante, meridiano y poniente.

Este prematuro y extendido predominio de culto solar es digno de especial atención, sobre todo porque ejerció gran influencia en la Francmasonería espuria de la antigüedad, que también se ha dejado sentir en nuestro sistema moderno, aunque algo modificada y cristianizada. Muchos, por no decir casi todos los símbolos masónicos actuales, sólo se pueden comprender y apreciar debidamente cuando se les asocia al culto solar.

Los sabeístas y politeístas posteriores a la dispersión de Babel, olvidaron la divina verdad de la existencia del Dios supremo, el Gran Arquitecto del Universo, simbolizado en la Francmasonería por la *verdadera palabra*. Y con ella desapareció la doctrina de la vida futura. Por eso se alude en cierta parte del ritual masónico a este acontecimiento histórico, cuando se menciona “la elevada torre de Babel, donde se confundieron las lenguas y se perdió la Masonería”.

No obstante, unos cuantos constructores conservaron con su prístina pureza en la llanura de Sinnar las grandes doctrinas masónicas y religiosas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma. Eran los patriarcas, cuya descendencia venerable continuó conservando la verdad.

De suerte que, años después de la dispersión de las naciones en Babel, existían dos grandes sectas religiosas que caminaban paralelamente en el decurso del tiempo, a pesar de

ser tan diversas entre sí como la luz de las tinieblas, y lo verdadero de lo falso.

Una de estas corrientes del pensamiento y del sentimiento religioso fue la del mundo pagano e idólatra, en la cual no existía, por lo menos con toda su pureza, la doctrina masónica, si bien se unió a ella un renuevo del que más tarde nos ocuparemos.

La segunda de estas corrientes estaba formada, como ya dijimos, por los patriarcas y sacerdotes, los cuales conservaron con toda su pureza las dos grandes doctrinas masónicas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma.

Esta corriente abarcaba lo que los más recientes autores masónicos designaron con el nombre de "Francmasonería Primitiva de la Antigüedad".

Ahora bien, nosotros no hemos de defender aquí la teoría gratuita y refutable, sostenida por algunos autores demasiado imaginativos, de que la Francmasonería de los patriarcas se asemejaba por su organización, ritual y simbolismo al sistema actual. No sabemos tan siquiera si los patriarcas tuvieron un ritual, ni un simbolismo, y nos inclinamos a creer que su sistema estaba constituido por proposiciones abstractas derivadas de las tradiciones antediluvianas. El Doctor Oliver cree posible que estos masones primitivos y puros poseyeran algunos símbolos, y enumera entre ellos el de la serpiente, el del triángulo y el del punto dentro de un círculo; pero no se apoya en autoridad alguna, ni nosotros creemos oportuno atribuir a la Orden más de lo debido y de lo demostrable.

Cuando Anderson dice que Moisés era el Gran Maestro, Joshuá, su Diputado, y Aholiab y Bezaleel, sus Grandes Vigilantes, deben tomarse sus palabras como un *facon de parler*, una manera de hablar enteramente figurada, ya que no pretenda decir que esos hombres ocuparan cargos parecidos a los actuales

de la Francmasonería. Sin embargo, habría sido preferible que no hubiera empleado semejante lenguaje.

Lo único que se podría atribuir al sistema de la Francmasonería Primitiva practicada por los patriarcas, es que abarcaba y enseñaba los dos grandes dogmas de la unidad de Dios y la inmortalidad del alma. También podría ser-y esto parece casi cierto-que existiera una doctrina secreta, la cual se enseñaba con cierta reserva. Sabido es que Moisés, quien necesariamente hubo de aprender la ciencia de sus antecesores, no enseñó públicamente la doctrina de la inmortalidad del alma. Además, los judíos tenían una ley oral o secreta que jamás confiaron al papel hasta después del cautiverio, esta ley debió contener los dogmas de la Francmasonería Primitiva.

En síntesis, el sistema de la Francmasonería primitiva sin ritual ni simbolismo, pues ha llegado por lo menos así hasta nosotros-estaba constituida únicamente las leyendas tradicionales en las que se conservaban las dos grandes verdades de que ya hemos hablado. Eran de carácter completamente especulativo, sin admitir ningún elemento operativo, y se transmitieron por conducto de los patriarcas, sacerdotes y reyes judíos, sin alteración, aumento, ni disminución hasta la época de Salomón y de la construcción del templo.

Dejemos, pues, de seguir el curso de la corriente pura, y sigamos la de la historia religiosa, la que cruza las naciones politeístas e idólatras de la antigüedad y traza la evolución de la división de la Masonería, que ha sido denominada "Francmasonería espureja de la Antigüedad", para distinguirla de la otra.

Capítulo IV

La Francmasonería espuria de la Antigüedad

En el enorme e infecundo desierto del politeísmo - sombrío y terrible como sus turbios dominios - se encuentran algunos oasis de verdad. Ayudados por la luz de la naturaleza los filósofos y sabios antiguos lograron encontrar algunos restos de las verdades de la Unidad de Dios y el futuro estado del alma, recibidas por los patriarcas de su época, que fueron reveladas antes del Diluvio a su común antepasado y que Noé se encargó de difundir y conservar.

Habiendo tenido estas vagas, pero purificantes percepciones, los sabios y los filósofos no podían degradar la majestad de la Causa suprema, dividiendo sus atributos entre Zeus y Hera en Grecia, Júpiter y Juno en Roma, y Osiris e Isis en Egipto. Ellos no creían que el alma que piensa, siente y razona, huésped y compañero del cuerpo, se perdiera totalmente con la muerte del cuerpo.

Por lo tanto, en los primeros tiempos que siguieron a la era de la dispersión, hubo gentiles que creyeron en la unidad de Dios y en la inmortalidad del alma; pero no se atrevieron a enseñar estas doctrinas públicamente, porque el alma del pueblo, encenogada en la superstición, y absorta, como dice San Pablo de los atenienses en el culto de los dioses desconocidos, no estaba preparada para recibir las enseñanzas filosóficas de la teología pura.

Los autores antiguos enunciaban frecuentemente el indudable axioma de que “es completamente inútil dar a conocer al pueblo ciertas verdades, y conveniente que ignore la falsedad

de muchas fábulas" (i). Tales son las palabras de Varrón, conservadas por San Agustín. Estrabón, otro escritor pagano, exclama: "El filósofo no puede conducir a una multitud de mujeres y de gente ignorante por un método de raciocinio e invitarles por este medio a que practiquen la piedad, la santidad y la fe; pero debe servirse también de la superstición y no prescindir de inventar fábulas y hacer milagros." (Estrabón, Geog., Libro I.)

Por eso, mientras nos encontramos en esas tempranas épocas del mundo con masas que se revuelcan en la degradación intelectual de la religión idólatra y politeísta, sin tener apoyo para el presente, ni esperanza para el futuro, viviendo sin conocer la Providencia suprema, y muriendo sin esperar una feliz inmortalidad, hemos de tropezar, también, con pruebas evidentes de que estas consoladoras doctrinas eran creídas secretamente por los filósofos y sus discípulos.

Pero, aunque creían en ellas, no las propagaban públicamente por ser herejías, que hubiera sido peligroso decir al oído público; eran verdades que hubieran producido el desprecio del sistema establecido y el derrocamiento de la superstición popular, Sócrates, el sabio ateniense, es un ejemplo del castigo que se imponía a los atrevidos innovadores que osaban insultar a los dioses y envenenar el alma de la juventud con las herejías de una religión filosófica.

"Permitían, lo tanto"- dice un sabio escritor, - "que la multitud permaneciese sumergida en las sumidades de la idolatría grosera y complicada; pero, en cambio, descorrían el velo misterioso con que se cubre la Divinidad en la gloria radiante de su unidad, ante el escaso número de filósofos que podían resistir el fulgor de la luz sin quedar deslumbrados". Estas doctrinas se ocultaban de los ojos del vulgo, como cosa sagrada e inviolable, envueltas en el velo impenetrable del misterio.

Como consecuencia de esto a nadie se le permitía conocer estas sublimes verdades, hasta que hubiera demostrado que era digno y capaz de recibir la plena luz de la sabiduría, sometiéndose a pruebas arduas y a una luenga y penosa iniciación. Y, con tal fin, se organizaron instituciones especiales conocidas con el nombre de Misterios, que, por la semejanza de su organización, objetos y doctrinas, se han comprendido en el nombre genérico de “Francmasonería Espuria de la Antigüedad” por los escritores masónicos.

Warburton dice al definir en qué consistían los Misterios que “rendían todos los dioses paganos un culto secreto (además del público y exotérico), en el cual sólo podían participar quienes habían sido elegidos por medio de ceremonias preparatorias, llamadas iniciaciones. Este culto secreto recibía el nombre de Misterios”.

Vamos ahora a exponer la relación existente entre los Misterios y la institución Francmasónica, para la cual será antes necesario explicar la constitución de estas asambleas místicas.

Casi todos los países del mundo antiguo tenían sus Misterios peculiares, dedicados a rendir culto esotérico a un dios favorito, y a enseñar una doctrina secreta muy diferente de la que se daba en el ceremonial público de devoción. En Persia, los Misterios se consagraron a Mitra, o el sol; en Egipto, a Isis y Osiris; en Grecia, a Démeter; en Samotracia, a los dioses Cabires, los Seres Poderosos, en Siria, a Dionisos; mientras que en las naciones del Norte de Europa, como la Galia y Britania, las iniciaciones se dedicaban a sus dioses peculiares y se celebraban bajo la denominación general de ritos drúidicos.

El objeto y los fines fundamentales de la institución secreta era idéntico en todas partes, ora se dedicara a honrar al afeminado dios Adonis, favorito de Venus, ora al implacable Odín, el dios escandinavo de la guerra y la mortandad, ya

rindiera culto a Démeter, el tipo de la tierra, o a Mitra, símbolo de todo lo que en ella fructifica.

Los Misterios eran escuelas de religión, donde se revelaban a los iniciados los errores y absurdos del politeísmo. En ellos se enseñaba al candidato que las numerosas divinidades de la teología popular no eran más que símbolos ocultos de los diversos atributos del Dios supremo- espíritu visible e invisible- y que el alma, como emanación de Su esencia, no podía “corromperse jamás”, sino que por lo contrario, ascendía a la vida eterna después de la muerte del cuerpo.

Prueba de que esta doctrina y este objeto fueron los de los Misterios, son los testimonios concomitantes de los autores contemporáneos y de los eruditos modernos dedicados a su estudio.

Isócrates dice en su panegírico que "quienes han sido iniciados en los Misterios de Ceres acarician mayores esperanzas ante el fin de la vida y su futuro".

Epicteto declara que todo lo perteneciente a los Misterios fue instituido por los antiguos para instrucción y enmienda de la vida.

Según Platón la iniciación tenía por objeto volver al alma al estado de perfección original de que había salido.

Tomás Taylor, el célebre platónico, que conocía a fondo el carácter de estos ritos antiguos, asegura que “en ellos se dejaba entrever por medio de visiones místicas y espléndidas, la felicidad del alma en la tierra y en la muerte, cuando se purificaba de las imperfecciones de la naturaleza material y se elevaba constantemente a las realidades de la visión intelectual.

Creuzer, el célebre autor germano que ha estudiado los antiguos misterios con gran ponderación y detalle, expone una teoría sobre su naturaleza y objeto que es digna de estudio.

Su teoría es que cuando se hacían pasar ante los ojos del iniciado representaciones simbólicas de la creación del universo,

el origen de las cosas, las migraciones y purificaciones del alma, los comienzos y progresos de la civilización y de la agricultura, se infería de estos símbolos y escenas de los Misterios la instrucción destinada únicamente a los más perfectos, o *epoptas*, a quienes se comunicaban las doctrinas de la existencia de un solo y eterno Dios y el destino trascendental del universo y del hombre.

Creuzer se refiere más bien al objeto general de las instrucciones, que al carácter de los ritos y ceremonias con que se inculcaban en el alma, pues en los Misterios, así como en la Francmasonería, el Hierofante a quien nosotros llamamos el Venerable de la Logia, daba a menudo conferencias o discursos místicos sobre algún problema moral.

A pesar de que Faber siente cierta predilección por la teoría de que todos los símbolos y ritos de la antigüedad proceden de las tradiciones de Noé, el arca y el Diluvio, describe la iniciación en los Misterios, como representación escénica del descenso mítico al Hades, o tumba, y el retorno desde ésta a la luz del día.

En una palabra, el objeto de la instrucción dada en todos los Misterios era enseñar la unidad de Dios; en sus ceremonias se trataba de representar escénicamente la muerte y el subsecuente retorno a la vida, con objeto de inculcar las grandes verdades de la resurrección de los muertos y de la inmortalidad del alma .

Creemos casi inútil llamar aquí la atención sobre la gran semejanza de objetos y, conformación de estos antiguos ritos con el tercer grado de la Francmasonería, o sea, el de Maestro. Todos eran como éste de carácter funerario; empezaban con amarguras y lamentaciones, terminaban en alegrías; había un *aphanismo* o entierro, un *pastos* o tumba, una *euresis* o descubrimiento de lo que se había perdido y una leyenda o

relación mítica, todo lo cual no podía ser más que de carácter profundamente simbólico.

Por eso, al observar esa extraña identidad de objeto y forma existente entre las iniciaciones de los antiguos y las de los Francmasones modernos, los autores han acordado designar a aquellos Misterios con el nombre de "Francmasonería espuria de la Antigüedad".

Capítulo V

Los Misterios antiguos

Con objeto de esclarecer estas opiniones y de familiarizar al lector con las coincidencias de la Francmasonería y los Misterios antiguos, y para que pueda apreciar mejor las influencias que han ejercido la una sobre la otra, vamos a relatar más detalladamente algunos de estos antiguos sistemas de iniciación.

Elijamos como primer ejemplo los Misterios de Osiris, tales como se practicaban en Egipto, lugar de nacimiento de todo cuanto es maravilloso en artes o ciencias, o misterioso en la religión del mundo antiguo.

Las solemnes ceremonias de la iniciación osírica se celebraban en el lago de Sais. "En este lago" - dice Herodoto, - "es donde los egipcios representaban los sufrimientos de aquel cuyo nombre no quiero mencionar. A esta representación la, llamaban Misterios".

Osiris, el esposo de Isis, era un antiguo rey egipcio, a quien Tifón asesinó; despedazando, luego, su cuerpo y arrojándolo al Nilo, para que se dispersara en los cuatro vientos o puntos cardinales del cielo. Su esposa, Isis, plañiendo por la muerte y mutilación del rey, buscó diligente durante muchos días, ayudada por sus compañeros, las porciones del cuerpo, que al fin logró encontrar y enterrar dignamente. Osiris resucitó y se convirtió la divinidad principal de sus súbditos. Su culto se celebraba junto al de Isis, como fuerzas fecundantes y fertilizante de la naturaleza.

En estas iniciaciones el candidato repetía mímica-mente la lucha y destrucción de Osiris y su resurrección. Cuando el candidato había recibido la luz a la cual le hacían acreedor las penosas y solemnes pruebas porque había pasado, se le explicaba la doctrina secreta, de la que ya hemos hablado como objeto de todos los Misterios.

Osiris - que para el pueblo era un Dios real y personal y debía ser adorado con temor y espanto, y propiciado con sacrificios y ofrendas arrojadas al fuego, era para los iniciados el símbolo de "La Causa primera incomprensible"; mientras que su muerte, el llanto de Isis, la resurrección del cuerpo, su elevación al rango de ser celestial y el regocijo consiguiente de la esposa, no eran más que un modo tópico de enseñar que la vida eterna sigue a la muerte, y que el alma continúa aunque el cuerpo se destruya.

"¿Puede dudarse acaso", dice el Barón de Sainte Croix, "de que las ceremonias practicadas en los Misterios de Osiris, se instituyeran originalmente para inculcar en las almas el dogma de las recompensas y castigos futuros"?

"Los sufrimientos y la muerte de Osiris" - dice Wilkinson - "constituyeron el gran misterio de la Religión Egipcia; del cual se encuentran huellas perceptibles en otros pueblos de la antigüedad. Osiris es la divinidad y la idea abstracta del bien. Su muerte y resurrección y su oficio de juez de los muertos parecen ser la primitiva revelación de una manifestación futura de la divinidad transformada en fábula mitológica".

En todas las iniciaciones de los Misterios antiguos se encuentran leyendas y ceremonias similares, que varían únicamente en la época y lugar y en detalles sin importancia. El dogma - la vida futura - y el método de enseñanza son siempre idénticos. Las coincidencias entre el objeto de estos ritos y el de la Francmasonería, que pronto explicaremos, nos capacitarán para considerar en su verdadero valor la expresión de

Hutchinson de que "el Maestro Masón simboliza el cristiano salvado de la tumba de la iniquidad y resucitado a la fe salvadora".

Parecidos Misterios se celebraban en Fenicia en honor de Adonis, amante favorito de Venus, que, habiendo sido muerto en una cacería por un jabalí del Monte Líbano, fue resucitado por Proserpina. En la teología popular, Adonis era hijo de Ciniras, rey de Ciro, cuya muerte prematura lloraron Venus y las ninfas: en la teología física de los filósofos, era un símbolo del sol, alternativamente presente y ausente de la tierra; pero en la iniciación correspondiente a los Misterios de su culto, su resurrección y retorno al Hades, se adoptaron por símbolo de la inmortalidad del alma.

Las ceremonias iniciáticas de la Adonia, empezaban con lamentaciones por la muerte de Dios, o, como dice el profeta Exequiel: "He aquí que las mujeres se sentaron llorando por Tammuz", pues tal era el nombre con que su culto se introdujo entre los judíos. Las ceremonias terminaban con las más extravagantes demostraciones de júbilo mientras se representaba el retorno a la vida, y el hierofante exclamaba con acento congratulatorio: "Alegraos, ¡Oh iniciados!, el dios se ha salvado. La salvación surgirá de nuestro dolor".

Antes de proceder a examinar los misterios más íntimamente relacionados con la institución masónica, es conveniente que expliquemos someramente su organización general.

Los Misterios, o culto secreto de los antiguos, se dividían siempre en menores y mayores; los primeros tenían por objeto despertar la curiosidad, para poner a prueba la capacidad y disposición de los candidatos y prepararles por medio de purificaciones simbólicas, para el ingreso en los misterios mayores.

El candidato recibía al principio el nombre de aspirante o buscador de la verdad. La ceremonia inicial a que se le sometía era la lustración o purificación por agua. En esta condición puede compararse a los Aprendices del ritual masónico. No está de más advertir aquí que todas las ceremonias del primer grado francmasónico simbolizan la purificación interna.

En los Misterios menores, el candidato juraba guardar el secreto que le confiaba el mistago o conductor, y después recibía una enseñanza preparatoria que lo capacitaba para que más tarde entendiese las revelaciones de la siguiente división. Entonces recibía el nombre de *mysto* o iniciado, cuyo grado viene a ser el de Compañero Masón de la Francmasonería.

La enseñanza de la ciencia íntegra de la verdad divina constituía el objeto iniciático de los Misterios Mayores. Entre las diversas ceremonias que relacionan estos ritos con los de la Francmasonería encontramos: el *ufanismo*, desaparición o muerte; el *pastos*, sarcófago, o tumba; la *euresis*, o descubrimiento del cuerpo; y la *autopsia*, o visión plena de todo, es decir, la comunicación completa de los secretos.

El candidato recibía entonces el nombre de *Epopta*, o testigo de vista, porque nada se le ocultaba; de ahí que se le compare con el Maestro Masón, de quien dice Hutchinson que "ha descubierto la ciencia de Dios y su salvación, y ha sido redimido de la muerte del pecado y del sepulcro del vicio y la injusticia".

Capítulo VI

Los artífices Dionisiacos

Después de haber dado un vistazo general a los Misterios religiosos del mundo antiguo, procedamos ahora a examinar más detalladamente los que están más íntimamente relacionados con la historia de la Francmasonería, y cuya influencia se siente con mayor fuerza en su organización actual.

La pluma satírica de Aristófanes no ha perdonado ni a los festivos dionisiacos; pero la burla y el sarcasmo de un autor cómico se pueden escuchar siempre con cierta condescendencia, pues por lo menos, ha tenido la candidez de confesar que nadie podía iniciarse si era culpable de un crimen contra su país o contra la seguridad pública.

Eurípides hace proclamar al Coro en su *Bacchae* que los Misterios se practicaban únicamente con propósitos virtuosos.

Sin embargo, las iniciaciones llegaron con el tiempo a tener cierto carácter licencioso en Roma; pues ya dice Sainte Croix que "no se puede dudar de que la introducción a las fiestas de Baco en Italia aceleró los progresos del libertinaje y de la intemperancia en ese país".

San Agustín prorrumpe en invectivas contra la impureza de las ceremonias correspondientes a los ritos sagrados de Baco, practicadas en Italia; pero, no niega que fueron practicadas con carácter religioso, o por lo menos, supersticioso: *Sic videlicet liber deus placandus fuerat*. La propiciación ofrecida a divinidad era en realidad un acto religioso.

De todos los misterios paganos instituidos por los antiguos no hubo ningunos más difundidos que los del dios griego Dionisos, los cuales se establecieron en Grecia, Roma,

Siria y Asia Menor. Entre los griegos y sobre todo entre los romanos, los ritos celebrados en los festivales dionisiacos eran de carácter licencioso; pero en Asia adoptaron una forma diferente. Allí, como en todas partes, la leyenda (ya hemos dicho que cada Misterio tenía su leyenda) relataba el asesinato de Dionisos por los Titanes. En las ceremonias se representaba lo que decía la leyenda.

La doctrina secreta no era tampoco diferente. en Asia que en las naciones occidentales; pero habla algo peculiar en su sistema. Especialmente los Misterios de Dionisos celebrados en Siria, no tenían solamente carácter teológico, pues, además de aceptar las opiniones secretas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma, comunes a todos los Misterios, practicaban sus discípulos el arte arquitectónico dedicándose a construir templos y edificios públicos, mientras buscaban la verdad divina.

Sólo se puede explicar la gran pureza de estos ritos sirios adoptando la ingeniosa teoría de Thirwall según la cual "todos los Misterios eran restos de un culto anterior a la mitología helénica. Sus ritos auxiliares se basaban en una idea menos fantástica y más real adecuada de la naturaleza con objeto de despertar el pensamiento filosófico y el sentimiento religioso". Thirwall supone además, que, como los asiáticos, debido a su situación geográfica, no incurrieron tan pronto como los griegos en los errores del helenismo, pudieron conservar mejor la pureza y la filosofía de la doctrina pelásgica, que indudablemente había emanado directamente de la religión patriarcal, o sea, de la Francmasonería pura del mundo antediluviano.

Sea como fuere, nosotros sabemos que "los Dionisiacos del Asia Menor constituían una sociedad de arquitectos e ingenieros que gozaban del exclusivo privilegio de construir templos, estadios y teatros, bajo la misteriosa tutela de Baco, y se distinguían de los habitantes no iniciados o profanos por la

ciencia que poseían y por los signos y toques privados con los que se reconocían entre sí".

Esta sociedad especulativa y operativa, especulativa por las lecciones teológicas y esotéricas que se enseñaban en sus iniciaciones, y operativa por el trabajo arquitectónico a que se dedicaban sus miembros, se distinguía por muchas características que la asimilan a la institución francmasónica. En la práctica de la caridad los hermanos más opulentos debían subvenir a las necesidades y contribuir al sustento de los más pobres.

Por convenir así al trabajo y a su dirección, se dividían en organismos más pequeños, los cuales estaban dirigidos como nuestras logias, por oficiales superintendentes. Empleaban en sus ceremonias los instrumentos de la albañilería, y tenían, como los francmasones, un lenguaje universal de signos convencionales para reconocerse, con los cuales los hermanos podían conocerse tanto en la luz como en las tinieblas, sirviendo para unir a todo el organismo en una fraternidad común, en cualquier parte en que se encontraran sus miembros dispersos.

En las obras de los autores antiguos se encuentran pruebas evidentes de la existencia de estos signos y palabras de paso empleadas en los Misterios. Por ejemplo, Apuleyo dice en su Apología: "*Si qui forte adest corundem Solemnium mihi particep, signum dato*" etc., lo cual quiere decir que "si entre los presentes hay alguien que haya sido iniciado en los mismos ritos que yo, estará en libertad de escuchar lo que yo guardo con tanto secreto, si me da el signo".

Plauto alude también a esta costumbre, cuando hace que Milfidipa diga a Pirogopolónices, en su Miles Gloriosus. acto IV, SC. 2: "*Cedo signum, si harune Baccharum es*", o sea, "Dadme el signo si sois uno de los báquicos" o iniciados en los Misterios de Baco. Clemente de Alejandría llama a estas maneras de reconocerse, es decir, medios de salvación.

En otra parte, Apuleyo emplea la palabra *memoracula*, para denotar la palabra de paso, cuando dice “*sanctissime sacrorum, signa et memoracula custodire*”, que debe traducirse “conservar escrupulosísimamente los signos y palabras de paso de los ritos y símbolos sagrados”.

Ya hemos dicho que la leyenda de los misterios de Dionisos relataba la muerte de este héroe-dios y el descubrimiento de su cadáver. Pero, para apreciar debidamente los hechos, es preciso dar más detalles sobre la naturaleza del ritual dionisiaco.

En estos ritos místicos, el aspirante representaba de un modo simbólico y dramático los acontecimientos relacionados con la muerte del dios de que derivaban su nombre los Misterios. Después de una serie de ceremonias preparatorias, en las que ponían a prueba su fortaleza y valor, se procedía a figurar el afanismo o muerte mística de Dionisos; y el griterío y las lamentaciones de los iniciados, con el entierro del candidato en el pastos, cofre o ataúd, constituía la primera parte de la ceremonia iniciática.

Después empezaba Rea a buscar los restos de Dionisos, lo cual se hacía en medio de la mayor confusión y de gran tumulto. Por fin. se encontraba al dios; la tristeza se transformaba en alegría, la luz sucedía a las tinieblas, y se investía al candidato con el conocimiento de la doctrina secreta de los Misterios: la creencia en la existencia de un solo Dios y un futuro estado de recompensas y castigos.

Tales fueron los misterios practicados por los arquitectos - mejor dicho, por los Francmasones, - de Asia Menor. En Tiro, la ciudad más rica e importante de esta región, memorable por el esplendor y magnificencia de sus edificios, existieron colonias o Logias de estos arquitectos místicos. Este hecho debe tenerse presente siempre, pues constituye un importante eslabón de la

cadena que posteriormente une a los Dionisiacos con los Francmasones.

Pero, para completar los eslabones de la cadena, es necesario demostrar que los artistas místicos de Tiro, fueron por lo menos contemporáneos de la construcción del templo de Salomón. Tal es lo que vamos a intentar a continuación.

Lawrie, cuyas minuciosas investigaciones sobre este asunto han dejado poco ya por descubrir, sitúa en la época de la emigración Jónica, la llegada de los Dionisiacos al Asia menor cuando "los habitantes del Ática, descontentos de la pequeñez de su territorio y de la pobreza del suelo, salieron en busca de tierras más extensas y fértiles. Habiéndoseles unido algunos habitantes de las provincias limítrofes, embarcaron para Asia Menor, de donde expulsaron a los aborígenes, apoderándose de las mejores posiciones y uniéndose bajo el nombre de Jonia, por ser la mayor parte de los refugiados procedentes de esa provincia griega".

Valiéndose de sus conocimientos en las artes escultórica y arquitectónica, en las cuales habían, ya los griegos, hecho grandes progresos, llevaron los emigrantes a las nuevas tierras sus costumbres religiosas, e introdujeron en Asia los misterios de Atenea y Dionisos mucho tiempo antes de que el libertinaje del país paterno los corrompiera.

Ahora bien, Playfair sitúa la emigración Jónica en el año 1044 antes de Cristo; Gilles, en el 1055, y el Abate Barthelemy, en el 1076. La última de estas fechas es anterior en cuarenta y cuatro años al comienzo de la construcción del templo de Salomón, y da un margen de tiempo suficiente para que se pudiera establecer en la ciudad de Tiro la fraternidad dionisiaca e iniciarse "Hiram el Constructor" en sus Misterios.

Sigamos ahora el eslabonamiento de los acontecimientos históricos que, finalmente, unieron esta purísima rama de la

Francmasonería espuria de las naciones paganas con la Francmasonería primitiva de los judíos de Jerusalén.

Cuando Salomón, rey de Israel, iba a empezar, de acuerdo con los propósitos de su padre "una casa dedicada al nombre de Jehová su Dios", quiso hacer sabedor de su deseo a Hiram, rey de Tiro, pues sabía cuán diestros eran los arquitectos dionisiacos de su país, y rogó a este monarca que le prestara su colaboración con el fin de llevar a feliz término su piadoso propósito.

Cuentan las escrituras que Hiram satisfizo los ruegos de Salomón y le envió trabajadores para que le ayudaran en su gloriosa empresa. Entre los enviados estaba un arquitecto, a quien describe brevemente el primer libro de los Reyes, como "hijo de una viuda de la tribu de Nephtalí, y su padre había sido de Tiro: trabajaba él en bronce, lleno de sabiduría, inteligencia y saber en toda obra de metal" y con más detalle en el segundo libro de las Crónicas, donde se dice: "Yo, pues. te he enviado un hombre hábil y entendido, que fue de Hiram mi padre. Hijo de una mujer de las hijas de Dan, más su padre fue de Tiro, el cual sabe trabajar en oro, plata y metal, en hierro, en piedra y en madera, en púrpura y en cárdeno, en lino y en carmesí; asimismo para esculpir todas figuras, y sacar toda suerte de diseño que se le propusiere."

A este hombre - a este hijo de viuda, como dice la Sagrada Escritura y refiere la tradición masónica -le confió el rey Salomón un importante cargo entre los trabajadores del sagrado edificio que se erigía sobre el monte Moría. Sus conocimientos y experiencia de artífice y sobresaliente pericia en todo género de "primorosas y sabias manufacturas" pronto le colocaron al frente de los trabajadores judíos y tirios, como arquitecto jefe y director principal de las obras.

A él es a quien atribuimos la unión de dos pueblos tan antagónicos por sus razas, tan desemejantes en costumbres y tan

opuestos en religión, como el judío y el tirio, en una fraternidad común, que vino a convertirse en la institución francmasónica. Para conseguirlo debió de servirse de la influencia que le daba su elevada posición.

Hiram, como tirio y como artífice, debió estar en relación con la fraternidad dionisiaca y no fue un humilde miembro a juzgar por la elevada posición de sus afectos en la corte del rey de Tiro. Por lo tanto, debió de conocer todas las costumbres ceremoniales de los artífices dionisiacos, y gozar una larga experiencia de las ventajas de la disciplina y del gobierno por ellos practicados en la construcción de los numerosos edificios sagrados en que trabajaban.

No cabe duda de que él introduciría algunas de las costumbres del ceremonial y de la disciplina entre los trabajadores de Jerusalén. Para ello les unió en una sociedad, parecida en muchos de sus aspectos a la de los artífices dionisiacos; enseñó lecciones de caridad y de amor fraternal; estableció una ceremonia de iniciación para poner a prueba experimental la fortaleza y valía de los candidatos; adoptó modos de reconocimiento, e inculcó las obligaciones del deber y los principios de la moral, valiéndose de símbolos y alegorías.

A los peones y cargadores, los Ish Sabal, así como a los albañiles, correspondientes al primero y segundo grados de la Francmasonería más moderna, se les confiaban pocos secretos. Sus instrucciones, semejantes a las de los aspirantes a los Misterios menores, consistían, simplemente en purificarse y prepararse para pruebas más solemnes y para el conocimiento de verdades más sublimes, que se aprendían en el grado de Maestro, a imitación de los Grandes misterios, en el que se descubrían, exponían y corroboraban las grandes doctrinas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma.

Pero aquí es donde al parecer se levanta un obstáculo infranqueable que impide continuar la semejanza de la

Francmasonería con los Misterios dionisiacos. Ya hemos dicho que en los Misterios paganos estas lecciones se enseñaban alegóricamente por medio de una leyenda. Ahora bien, en los Misterios de Dionisos esta leyenda era la de la muerte y resurrección del dios Dionisos; pero hubiera sido completamente imposible enseñar a los candidatos esta leyenda como base de las instrucciones que debían de recibir; porque cualquier alusión a las fábulas mitológicas de sus colindantes los gentiles, cualquier celebración de los mitos teológicos paganos, hubiera sido igualmente ofensiva a las inclinaciones y repugnante a los prejuicios religiosos de la nación judía educada de generación en generación en el culto a un ser divino, celoso de sus prerrogativas, que se había dado a conocer a su pueblo con el nombre de Jehová, el Dios del tiempo presente, pretérito y futuro.

No sabemos de qué modo habría podido saltar este obstáculo el fundador israelita de la Orden. No cabe duda de que habría tenido que inventar un sustituto en el que se comprendieran todos los requisitos simbólicos de la leyenda de los Misterios, o sea, de la Francmasonería espuria, sin violar los principios religiosos de la Francmasonería primitiva judía. Pero no fue preciso recurrir a invención semejante, porque dicese que antes de la terminación del templo, ocurrió un triste suceso, que sirvió para cortar el nudo gordiano: la muerte del arquitecto jefe, que ha proporcionado a la Francmasonería su leyenda, leyenda que, como las de todos los Misterios, sirve para testimoniar nuestra fe en la resurrección del cuerpo y la inmortalidad del alma.

Antes de concluir este tema, vamos a decir algo sobre la autenticidad de la leyenda del tercer grado. Algunos francmasones distinguidos creen que es un hecho histórico, mientras que otros lo consideran bella alegoría, lo cual no tiene importancia alguna en lo que atañe al simbolismo de la

Francmasonería. Quienes defienden su carácter histórico, se fundan en lo siguiente:

Primero. Porque el carácter de la leyenda cumple todos los requisitos del bien conocido axioma de Vicentius Lirinenses sobre lo que debe creerse de la tradición: "*Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus tra-ditum est*". O sea, que debe creerse todo aquello que se ha transmitido por tradición y por todas las personas en todos los tiempos y lugares.

Opinan que la leyenda de Hiram Abif está completamente de acuerdo con esta regla, pues ha sido universalmente admitida y abonada casi en su integridad por los francmasones, desde los tiempos más antiguos. No hay prueba histórica de que la Francmasonería existiera sin esta leyenda desde la época del templo de Salomón en adelante. Está ella tan íntimamente ligada al sistema general, formando su parte esencial, y dándole su más definido carácter, que es evidente que la institución no podría existir sin la leyenda. Quienes abogan por el carácter histórico de la leyenda creen que esto es por lo menos una probabilidad de la verdad.

Segundo. La historia contenida en las Sagradas Escrituras sobre la construcción del templo, no contradicen esta leyenda. Y, por lo tanto, en ausencia de la única autoridad escrita sobre este tema, quedamos en libertad de depender de la tradición, con tal de que ésta sea razonable y se apoye en una sucesión ininterrumpida, como en este caso ocurre.

Tercero. Se pretende que este mismo silencio de las Escrituras sobre la muerte de Hiram, el Constructor, es un argumento en favor de la misteriosa naturaleza de su muerte. Es difícil que a un hombre que llegó a ser el favorito de dos reyes - enviado por uno y recibido por el otro como don inapreciable y digno de historiarse - se le dejara en olvido una vez terminado su trabajo, sin dedicarle tan siquiera unas líneas de recuerdo, a menos que su muerte hubiera acontecido en circunstancias tales

que fuera impropio darlas a la publicidad. Esto es precisamente lo que se cree que debió ocurrir. Ella se convirtió en leyenda de los nuevos Misterios, que, al igual que las de los más antiguos, sólo se podía divulgar cuando se acompañaba de instrucciones simbólicas que se trataban de inculcar en las almas de los aspirantes.

Además, aun admitiendo que la leyenda del tercer grado sea mera ficción - que todo el relato masónico y extraescritural de la vida de Hiram Abif sea simplemente un mito, esto no afectaría en lo más mínimo a la teoría que tratamos de demostrar. Ya observó el sabio Müller que en el relato mítico van íntimamente unidos el hecho y la imaginación, lo real y lo ideal. Puesto que, según la opinión de este mismo autor, el mito nace siempre de una necesidad inconsciente por parte de sus creadores y por principios que actúan del mismo modo en todos, debemos remontarnos hacia la Francmasonería de los dionisiacos en busca del principio que condujo a la formación involuntaria de este mito hirámico.

Así, pues, llegamos al mismo resultado que el indicado antes, es decir, que la necesidad del sentimiento religioso en el alma judía, que hubiera rechazado la introducción de la leyenda de Dionisos, llevó a la sustitución de ésta por la de Hiram, en la cual las partes ideales de lo narrativo van íntimamente ligadas a las transacciones reales.

De modo que la existencia de Hiram Abif, arquitecto-jefe del templo de Jerusalén, y amigo confidencial de los reyes de Israel y de Tiro, como indica su título de Ab, o padre, y el hecho de que no se vuelve a oír nada sobre él después de terminado el templo son hechos rigurosamente históricos. Su muerte violenta descrita por la leyenda masónica, puede ser cierta o, también, un elemento mítico incorporado a la narración histórica.

Pero sea o no cierto esto - que la leyenda es un hecho o una ficción, historia o mito - lo indudable es que los

Francmasones salomónicos la adoptaron como substituta de la leyenda idolátrica de la muerte de Dionisos, perteneciente a los Misterios Dionisiacos de los trabajadores tirios.

Capítulo VII

Unión de la Francmasonería Especulativa con la Operativa en el Templo de Salomón

Llegamos ya a otra época importante en la historia de los orígenes de la Francmasonería. Creemos oportuno resumir sucintamente el camino que hemos seguido hasta ahora.

Hemos mostrado de qué modo la Francmasonería primitiva, nacida con Noé en el nuevo mundo, fue transmitida a sus descendientes como institución puramente especulativa que abarcaba determinadas tradiciones sobre la naturaleza de Dios y del alma.

Hemos visto que, poco después del Diluvio, los descendientes de Noé se separaron perdiendo la mayoría de ellos sus tradiciones y reemplazándolas por religiones politeístas e idolátricas, mientras que un número reducido conservó y transmitió estas tradiciones originales con el nombre de Francmasonería primitiva de la antigüedad.

Hemos dicho que algunas personas pertenecientes al mundo politeísta tenían un vago y oscuro concepto de estas tradiciones, las que enseñaban en ciertas instituciones secretas conocidas con el nombre de Misterios, estableciendo de este modo otra rama de la ciencia especulativa a la que denominamos Francmasonería Espuria de la Antigüedad.

Hemos demostrado que, en tiempos de la construcción del templo salomónico, existió en Tiro una secta o división de estos francmasones espurios llamada Fraternidad Dionisiaca de Artífices, la que añadió a su ciencia especulativa, mucho más pura que la de los místicos gentiles contemporáneos, la práctica de las artes arquitectónica y escultórica.

Y, por último, hemos visto que, invitados por el rey de Israel, llegaron a Jerusalén. los arquitectos tirios, quienes organizaron una nueva institución o, mejor dicho, una modificación de las dos antiguas, para lo cual hubieron de ceder algo los primitivos francmasones israelitas y mucho más los espurios de Tiro. Los primeros purificaron la ciencia especulativa; los últimos, introdujeron la ciencia operativa junto con las ceremonias místicas de que iba acompañado su ministerio.

Nosotros situamos en esta época la primera unión de la Francmasonería especulativa con la operativa, unión que continuó existiendo sin interrupción hasta una época relativamente reciente, a lo cual tendremos ocasión de referirnos más tarde.

Esta unión no acabó con las otras ramas de la Francmasonería espuria, pues continuaron existiendo también y enseñando sus dogmas semi-verdaderos durante siglos, con éxito interrumpido y una influencia cada vez menor, hasta que fueron abolidas por el emperador Teodosio en el siglo quinto de la era cristiana.

De cuando en cuando, sin embargo, se adherían otras ramas a la Francmasonería pura, como, por ejemplo, la de Pitágoras, miembro de la escuela de la Francmasonería espuria al que los israelitas cautivos en Babilonia iniciaron quinientos cincuenta años después de la unión verificada en el Templo de los ritos de la Francmasonería pura.

Por esta circunstancia las enseñanzas de este sabio se aproximan mucho más que las de los demás de la antigüedad, por su espíritu y letra, a los principios de la Francmasonería. Por esta razón se le llama "el antiguo y amigo y hermano" en las modernas conferencias masónicas y se ha dedicado a su memoria un importante símbolo de la orden: el problema cuarenta y siete de Euclides.

No tenemos el propósito de emprender la prolija tarea de hacer la historia de la institución desde la terminación del primer templo, hasta su destrucción por Nabucodonosor, y a través de los setenta y dos años de cautividad en Babilonia hasta que Zorobabel reconstruyó el segundo templo, y de allí hasta la devastación de Jerusalén por Tito. No vamos tampoco a seguir la historia desde su introducción en Europa, a través de todas sus luchas en la Edad Media, ora perseguida por la Iglesia, a veces prohibida por la ley, y, con mayor frecuencia apoyada por los monarcas, hasta que adoptó su organización actual a principios del siglo diez y seis. Estos detalles requerirían más tiempo del que permite el tamaño de la obra.

Pero no tenemos por objeto principal el hacer una historia trabada de la evolución de la Francmasonería, sino presentar una visión general de su origen y examinar las modificaciones importantes que, de tiempo en tiempo, se efectuaron en ella, debido a influencias externas, con objeto de capacitar cuanto antes al lector para que pueda apreciar el verdadero carácter y el objeto de su simbolismo.

Dos puntos salientes quedan de su historia, que llaman especialmente la atención, por tener un importante valor en su organización como institución especulativo -operativa.

Capítulo VIII

Los Francmasones viajeros de la Edad Media

El primero de estos puntos es la constitución de un cuerpo de arquitectos, que se diseminó ampliamente por Europa durante la Edad Media bajo el nombre de "Francmasones viajeros". Esta asociación que se decía descendiente de los Francmasones del Templo, se remonta, a juzgar por los macizos monumentos debidos a su industria, al siglo noveno o décimo; si bien, según Hope, que ha estudiado minuciosamente el asunto, algunos historiadores han encontrado pruebas evidentes de su existencia en el siglo séptimo y han hallado el lenguaje característico de los masones en el reinado de Carlomagno de Francia y de Alfredo de Inglaterra.

El mundo debe a la extraordinaria habilidad arquitectónica y al bien organizado sistema en clases de trabajadores de los francmasones viajeros esos magníficos edificios erigidos en la Edad Media sobre principios invariables.

"Siempre que llegaban", dice Hope, "siguiendo a los misioneros, o llamados por los aborígenes o por propia voluntad en busca de empleo, aparecían dirigidos por un jefe superintendente que gobernaba toda la tropa, y designaba un hombre de cada diez, con el nombre de Vigilante, para que dirigiera a los otros nueve. Ellos construían chozas provisionales en torno del lugar en que se debía levantar la obra, organizaban regularmente sus diferentes departamentos, se ponían a trabajar, enviaban por nuevos hermanos cuando la cosa lo requería; y, cuando habían terminado, levantaban el campamento y se marchaban a trabajar a otra parte.

Esta sociedad continuó conservando la unión de la Francmasonería especulativa con la operativa, practicada en el templo de Salomón. La admisión en la comunidad no se limitaba a los artesanos profesionales, sino que también contaba entre sus miembros hombres eminentes, particularmente eclesiásticos que ocupaban elevados cargos en la Iglesia. Dice Hope, que "deseosos éstos últimos de dirigir por sí mismos la reforma y construcción de sus iglesias y monasterios y de manejar el capital dedicado a las obras, se hicieron miembros de la institución, cuya misión era tan sagrada y sublime que estaba exenta por completo de toda jurisdicción local y civil, reconocía como único jefe directo al Papa y trabajaba solamente bajo su autoridad inmediata.

De aquí que muchos prelados de elevado rango - abades y obispos - diesen mayor importancia y respetabilidad a la Orden de la Francmasonería cuando se hicieron miembros de ella, haciendo ellos mismos los planos y dirigiendo la construcción de sus iglesias, para la cual emplearon la labor manual de sus propios monjes".

Así, por ejemplo, en Inglaterra, dicese que los Francmasones fueron protegidos en el siglo décimo por el rey Athelstan: en el undécimo, Eduardo el Confesor se proclamó su patrocinador, y en el duodécimo, Enrique I les concedió su protección.

Los Francmasones entraron en Escocia a principios del siglo doce y edificaron la Abadía de Kilwinning, que después vino a ser la cuna de la Francmasonería escocesa, durante el reinado del rey Roberto Bruce.

No creemos necesario dar minuciosos detalles de los magníficos edificios que construyeron a las órdenes de patronos laicos y eclesiásticos. Baste decir que en toda Europa se encuentran pruebas evidentes de la existencia de la Francmasonería, practicada por un cuerpo organizado de

trabajadores, con quienes se asociaban hombres de estudio, es decir, que era una institución operativa y especulativa al mismo tiempo.

Puede verse cuál fue la naturaleza de esta ciencia especulativa en un documento que, si no es auténtico, por lo menos es curioso, fechado en Colonia en el año, 1535 y llamado "Carta de Colonia". En este documento, que se debe a los jefes de la Orden pertenecientes a diez y nueve diferentes e importantes ciudades europeas, y que está dirigido a sus hermanos en defensa contra las calumnias de sus enemigos, se anuncia que la Orden nació en una época "en que unos cuantos adeptos, célebres por su vida, doctrina moral y sagrada interpretación de las verdades arcánicas, se separaron de la multitud con objeto de conservar sin contaminación alguna los preceptos morales de la religión implantados en el alma humana".

Tenemos, pues, a la vista un aspecto de la Francmasonería, tal como existió en la Edad Media, donde tenía el carácter doble de operativa y especulativa. El elemento operativo, infundido en la Orden por los Artífices Dionisiacos de Tiro durante la construcción del templo de Salomón, no se había separado todavía del puro y especulativo que prevaleció anteriormente a este período.

Capítulo IX

Separación del Elemento Operativo

El punto siguiente al que debe enfocarse nuestra atención es la época en que, pocos siglos después del período que acabamos de estudiar, empezó a perder su preponderancia el carácter operativo de la institución, mientras que el especulativo adquiría tal impulso, que terminó eventualmente con separación total de ambas masonerías.

Es imposible determinar el período preciso en que el elemento especulativo empezó a predominar sobre el operativo de la Sociedad. Sin duda alguna el cambio debió de ser gradual y se atribuye al número creciente de literatos y hombres de ciencias que eran admitidos en las filas de la Francmasonería.

La Carta de Colonia, a la cual acabamos de aludir hace poco, habla de "hombres sabios e inteligentes" que formaban parte de la Sociedad mucho tiempo antes de la fecha del documento, la que según lo que en él se dice es el año 1535. Pero es preciso confesar que la autenticidad de esta obra ha sido impugnada, y no podemos, por lo tanto, apoyarnos en su dudosa autoridad. Sin embargo, nos queda el diario del célebre anticuario Elías Ashmole, reconocido por auténtico, el cual describe su admisión en la Orden en el año 1646, cuando ya no cabe duda alguna de que el carácter operativo iba cediendo el paso al especulativo. Preston declara que, treinta años, antes, cuando el conde de Pembroke ocupaba la Gran Maestría de Inglaterra "fueron admitidos muchos hombres eminentes, ricos y sabios".

Dícese que en el año 1663 se celebró en Londres una Asamblea de Francmasones ingleses, en la cual éstos eligieron

Gran Maestre al Conde de San Albano. En esta Asamblea se aprobaron ciertos artículos, que exigen a los candidatos cualidades alusivas al carácter especulativo de la asociación.

Y por último, a principios del siglo diez y ocho y durante el reinado de la reina Ana, que murió como es sabido en el año 1714, la Sociedad aceptó una proposición que dice "que los privilegios de la Francmasonería, no deben sólo limitarse desde ahora en adelante a los albañiles o masones operativos, sino que también deben extenderse a hombres de diversas profesiones, con tal de que sean iniciados y aprobados regularmente en la Orden".

De acuerdo con esto, demuestran las actas de la Sociedad, que por lo menos desde el año 1717, época en que común e impropriamente se fija la restauración de la Francmasonería, el elemento operativo de la institución ha sido completamente descartado, excepto en la influencia ejercida para elegir y arreglar los símbolos y el empleo típico de su lenguaje técnico.

La historia del origen de la Orden se termina aquí. Resumiendo brevemente los hechos podemos decir que, en sus comienzos, o sea, desde Noé hasta la construcción del Templo de Salomón, tuvo un carácter enteramente especulativo, que durante la erección de este edificio, infundieron en ella los arquitectos tirios un elemento operativo; que esta organización, compuesta de especulativos y operativos, siguió existiendo hasta mediados del siglo diez y siete, cuando el primer elemento empezó a predominar; y, finalmente, que en el siglo diez y ocho el elemento operativo había ya desaparecido por completo, presentando desde entonces la Sociedad el carácter de asociación especulativa.

Todo pensador hará por lo menos dos deducciones de importancia, de la historia que hemos terminado de bosquejar.

En primer lugar, se observa que esta institución, cuyo origen se remonta hasta las fuentes mismas de la historia, tiene, por su antigüedad, derecho a ser respetada por todo el mundo. La Francmasonería no es reciente invención del genio humano, cuya vitalidad tenga todavía que ser en el yunque del tiempo y de la oposición, ni tampoco es creación súbita de un entusiasmo pasajero, cuya existencia sea tan breve como repentino su nacimiento.

Los Carbonarios italianos, que es una de las instituciones más antiguas entre las modernas, se jacta de tener casi un siglo de antigüedad, y todavía no ha podido entender su influencia allende los países colindantes del Sur de Europa. Esta Sociedad y todas las que en nuestros tiempos han tratado de simular la apariencia externa de la Francmasonería, le parecen a quien estudia la historia de nuestra antigua institución, semejantes a las setas que brotan entre las raíces y vegetan a la sombra de un roble venerable y grandioso, patriarca del bosque, cuyo enorme tronco y amplio ramaje las protegió del sol y de los vendavales, mientras su fruto, caído en otoño, enriquece y abona el suelo que da a estas humildes plantas su vitalidad.

Pero de nuestro relato histórico puede deducirse algo más importante. Al trazar la evolución de la Francmasonería, la encontramos tan íntimamente ligada a la historia de la filosofía, de la religión y del arte en todas las épocas del mundo que, indudablemente, sólo se puede comprender la naturaleza de la Institución, cuando se estudian cuidadosamente sus anales y se conocen a fondo los hechos históricos que han influido en ella o han recibido su influencia.

El hermano que supone, por desgracia, que los únicos requisitos del buen Francmasón consisten en repetir con facilidad las lecturas ordinarias, en abrir y cerrar la Logia correctamente, o en dar con suficiente perfección el retejador, difícilmente demostrará el aserto de que, quien únicamente

conoce estos preliminares del "Arte Real", no ha hecho más que aprender los rudimentos de su ciencia.

La Francmasonería está asociada con series mucho más nobles de doctrinas, que, a medida que se conocen, acrecientan el amor y la admiración que todo buen investigador siente por la Orden. Estas doctrinas constituyen la ciencia y la filosofía de la Francmasonería, y lo que únicamente devolverá una recompensa centuplicada al estudiante que se dedique a investigarlas.

Con este propósito a la vista vamos a empezar el examen de la ciencia y de la filosofía desarrolladas en el sistema del simbolismo, que deben su existencia al origen peculiar de la Orden y a su organización, sin cuyo conocimiento, tal como lo hemos expuesto en estos preliminares, no podría comprenderse la ciencia.

Capítulo X

El Sistema de Instrucción Simbólica

En las conferencias dadas en las Logias Inglesas; que son mucho más filosóficas que las nuestras, se ha dicho acertadamente que la Francmasonería “es una ciencia de moral velada en alegorías y esclarecida con símbolos”. Pero la alegoría no es en sí más que simbolismo verbal; es el símbolo de una idea, o de una serie de ideas, que no se presentan a la mente en forma visible y objetiva, sino que se revisten de lenguaje y se exponen en forma narrativa.

Por eso la definición inglesa llega, en realidad, a lo siguiente: la Francmasonería es una ciencia de moral, que se desarrolla y se piensa por medio del antiguo método del simbolismo. La Francmasonería se distingue de todas las demás asociaciones humanas, por su carácter peculiar de institución simbólica y por haber adoptado el método de enseñanza del simbolismo. Esto la ha revestido con esa forma atractiva que ha afirmado la fidelidad de sus discípulos y su propia perpetuidad.

La Iglesia Católica Romana es una de las pocas instituciones que continúan en nuestros tiempos cultivando en cierto grado el hermoso sistema simbólico. Pero esto que, en la Iglesia Católica es bastante incidental y fruto de su desarrollo o evolución, es en cambio la sangre y el alma de la Francmasonería, el germen de que nació el árbol y continúa todavía alimentándolo y hasta dándole existencia, Arrebatar a la Francmasonería su simbolismo, sería retirar el cuerpo del alma y dejar tan sólo una masa muerta de materia estéril, propensa a decaer rápidamente.

England dice, en su *Explanation of the Mass*, que en toda ceremonia deben buscarse tres significados: "el primero es el sentido literal, natural y puede decirse que original; el segundo, el figurado o emblemático, y el tercero, el piadoso o religioso. Con frecuencia los dos últimos son idénticos, y, a veces, se confunden los tres". En esto radica precisamente la diferencia existente entre el simbolismo de la Iglesia y el de la Francmasonería. En el primero, la significación simbólica es una reflexión tardía aplicada a la original o literal; en el último, es en cambio la significación original de todas las ceremonias.

Y, puesto que la ciencia del simbolismo constituye parte tan importante del sistema francmasónico, debe empezarse el estudio de este tema investigando la naturaleza de los símbolos en general. No existe ciencia más antigua que la del simbolismo.

"¿Acaso no está toda la ciencia de los egipcios escrita en símbolos? ¿No hablan las Escrituras en parábolas y las más hermosas fábulas de los poetas, fuente y manadero primitivo de la sabiduría, no van por ventura envueltas en el ropaje de intrincadas alegorías?" (Ben Jonson, *Alchemist*, acto II, esc. I.), ni ha habido forma de enseñanza que estuviera tan extendida en las primeras épocas del mundo como la simbólica.

"La primera cultura del mundo", dice el gran arqueólogo Stukely, "estaba formada principalmente por símbolos. La sabiduría de los caldeos, fenicios, egipcios, judíos, la de Zoroastro, Sanconiatón, Pericidas, Siro, Pitágoras, Sócrates, Platón y todos los antiguos era simbólica". El sabio Faber observa que "los antiguos sentían predilección por la alegoría y la personificación. La sencillez de la verdad se sacrificaba continuamente en el santuario del ornato poético".

El hombre primitivo se instruyó en realidad por medio de símbolos porque las almas infantiles se avienen mejor con el carácter objetivo del símbolo, ya se considere la infancia de estas almas nacional o individualmente. Por eso en la infancia del

mundo se expresaron en forma de símbolos todas las ideas teológicas, políticas o científicas. Por ejemplo, las primeras religiones fueron eminentemente simbólicas, porque, como hace notar el gran historiador filosófico Grote: *"En aquella época en que el idioma se encontraba todavía en mantillas, los símbolos visibles eran la manera más vívida de actuar sobre el alma de los oyentes ignorantes"*.

Además, las primeras enseñanzas que se dan a los niños son simbólicas. *"La A de Aro, ¿no es por ventura un símbolo? El Aro se transforma para el niño en símbolo de la letra A, de la misma manera que, más tarde, la letra viene a ser el símbolo de cierto sonido de la voz humana"*

El célebre mitólogo alemán, Müller define el símbolo diciendo que *"es un signo eterno y visible, al que va asociado una idea, emoción o sentimiento espiritual"*. Esta es la definición más amplia que conocemos. La primera lección que recibe el niño al aprender el alfabeto se transmite por medio del simbolismo.

Hasta en la misma formación del lenguaje (el medio de comunicación entre unos hombres y otros, paso elemental en el progreso del mejoramiento humano), fue necesario recurrir a los símbolos, porque las palabras son tan sólo símbolos arbitrarios con los que expresamos nuestras ideas. Puede decirse además que la palabra es el símbolo de la idea.

De ahí que Harris defina el lenguaje en su Hermes diciendo que es *"un sistema de voces articuladas, de símbolos de nuestras ideas, pero principalmente de las generales o universales"*. Hermes, libro III, cap. III). La formación del lenguaje fue, por lo tanto, uno de los primeros pasos de la ciencia del simbolismo.

Debe tenerse siempre presente cuando se investigue la naturaleza de las religiones antiguas, con las que está tan íntimamente relacionada la historia de la Francmasonería, el

hecho de la existencia primaria y del predominio del simbolismo en los tiempos primitivos.

Miller opina que *"los símbolos son evidentemente coevos con la raza humana. Son ellos el resultado de la unión del alma con el cuerpo; la naturaleza ha implantado el ansia de ellos en el corazón humano"* ("Introducción a un sistema Científico de la Mitología", pág. 196 de la traducción de Leitch). Mackey cree que *"los símbolos fueron los instrumentos primitivos de la educación. Los símbolos más universales de la Divinidad omnipresente fueron la tierra o el cielo, o algún objeto escogido, como el sol, la luna, un árbol o una piedra"* ("Progress of intellect", volumen 1, pág. 134).

Cuanto más antigua es una religión, más abundan en ella los símbolos. Las religiones modernas pueden expresar sus dogmas por medio de proposiciones abstractas; las antiguas lo hacían siempre por símbolos. En la religión egipcia hay más simbolismo que en la judía, en ésta más que en la cristiana, en la cristiana más que en la mahometana y, por último, en la romana más que en la protestante.

Pero el simbolismo no es tan sólo la más antigua y general de las ciencias, sino también la más práctica. Ya hemos visto de qué manera tan activa actuó en las etapas de la vida y de la sociedad y cómo las primeras ideas de los hombres y de las naciones se fueron inculcando en las almas por medio de símbolos. En esto consistía principalmente la educación de los pueblos antiguos.

"En las etapas más simples de la sociedad", dice cierto escritor, "la humanidad sólo podía instruirse en el conocimiento abstracto de las verdades por símbolos y parábolas. De ahí que la mayoría de las religiones gentiles sean míticas o expliquen sus misterios con alegorías o incidentes instructivos. Es más, hasta Dios mismo, conocedor de la naturaleza de las criaturas formadas por él, condescendió en dar sus primeras enseñanzas

revelándolas por medio de símbolos; y el más grande de los instructores religiosos enseñó a las multitudes con parábolas"

Entre la alegoría o parábola y el símbolo no hay diferencia esencial alguna. El verbo griego de donde se deriva la voz Parábola, y el verbo (...) del mismo idioma, que es la raíz de la palabra símbolo, tienen la misma significación: "comparar". La parábola no es más que un símbolo oral.

La definición de parábola dada por Adam Clarke se puede aplicar también a símbolo: *"Es una comparación o similitud, en que dos cosas se comparan entre sí, especialmente las cosas espirituales con las naturales, por cuyo medio aquéllas se comprenden mejor e impresionan más profundamente a la mente"*.

"El gran ejemplar de la filosofía antigua y el gran arquetipo de la moderna se distinguen por poseer esta facultad en alto grado, pues ya se sabe que el hombre se instruye mejor por similitudes" (North British Review, agosto de 1851).

Faber emplea el mismo lenguaje encomiástico: *"Por eso el idioma del simbolismo, que es el lenguaje de las ideas puras, es, en cierto aspecto, más perfecto que los idiomas ordinarios. Posee la abigarrada elegancia de los sinónimos, sin la oscuridad que levanta el empleo de términos ambiguos"* ("On the Prophecies". II, pág. 63).

Tal es el sistema adoptado en Francmasonería para desarrollar y enseñar las grandes verdades filosóficas y científicas, de las que fue ella durante mucho tiempo única guardadora. Por esta razón dijimos antes, que la investigación sobre la naturaleza del simbolismo ha de preceder a todo estudio del carácter simbólico de la Francmasonería si se quiere apreciar debidamente su empleo particular en la organización de la institución masónica.

Capítulo XI

Ciencia especulativa y arte operativo

Y, ahora, apliquemos esta doctrina del simbolismo a investigar la naturaleza de la ciencia especulativa derivada del arte operativo; porque todo el mundo sabe que la Francmasonería es de dos clases.

Nosotros trabajamos en la Francmasonería especulativa solamente; pero nuestros antiguos hermanos lo hacían en las dos, y sabido es que las dos ramas tienen objetos y características muy diversas. La una es tan sólo un arte útil, cuyo objeto es la protección y bienestar del hombre, satisfaciendo sus necesidades físicas; la otra es una ciencia profunda que se sumerge en abstrusas investigaciones sobre el alma y su existencia futura, cuyo origen es el ansia humana de conocer algo allende la externa vida que nos circunda con su grosera atmósfera.

La Francmasonería especulativa nos enseña a dominar las pasiones, obrar rectamente, hablar con discreción, conservar el secreto y practicar la caridad, pero, según opina Mackey, esta definición es muy deficiente e indigna del lugar que ocupa.

El único lazo que une indudablemente la Francmasonería especulativa a la operativa es el simbolismo, el cual pertenece en su totalidad a la primera, aunque se deriva de la última en toda su extensión.

Por lo tanto, lo primero que debemos hacer es estudiar la naturaleza del simbolismo que da la Francmasonería operativa a la especulativa; y para comprender enteramente este tema, y conocer su origen, necesidad y forma de aplicarse, debemos empezar desde una época muy remota de la historia.

Hace miles de años el sagaz sacerdocio egipcio adoptó la ciencia del simbolismo para enseñar a sus discípulos la sabiduría profana y la ciencia religiosa.

La zoolatría de los egipcios fue consecuencia inevitable y natural del concepto erróneo formado por el vulgo sobre las figuras emblemáticas inventadas por el sacerdocio para conservar sus concepciones filosóficas de ideas absurdas.

Así como los cuadros y efigies suspendidos en las iglesias cristianas para conmemorar a una persona o un suceso, se convirtieron con el tiempo en objetos de adoración popular; del mismo modo se perdió en Egipto la significación esotérica y espiritual de los emblemas en el grosero materialismo del pueblo.

Sin embargo, los sacerdotes conservaron la significación alegórica y esotérica que únicamente comunicaban a los iniciados en los Misterios, mientras que los profanos conocían únicamente ideas más toscas.

De este modo ocultaron de las miradas profanas su ciencia, historia y filosofía tras un velo impenetrable. Únicamente quienes triunfaban de la severa ordalía de la iniciación, podían poseer la clave con que se descifraban y leían fácilmente esas lecciones místicas grabadas en los obeliscos, en las tumbas y en los sarcófagos, esparcidos a lo largo de las orillas del Nilo con verdadera profusión.

Desde los egipcios se fue difundiendo el mismo método de enseñanza simbólica por todas las naciones paganas de la antigüedad, empleándose en todos los Misterios como medio de comunicar a los iniciados las doctrinas esotéricas y secretas, para cuya conservación y promulgación se fundaron estas asociaciones.

"Los misterios se fundaron para perpetuar la significación esotérica de estos símbolos. La Francmasonería es

un vestigio de este género de asociaciones." (Gliddon, "Otia Egyptiaca" pág. 95).

Moisés, quien según dicen las Escrituras estaba muy versado en la sabiduría de Egipto, llegó a conocer perfectamente en esta cuna de las ciencias la ciencia del simbolismo enseñada por los sacerdotes de Isis y Osiris, la cual aplicó él a las ceremonias de la más pura religión del pueblo que dirigía.

Philo Judacus dice que *"Moisés fue iniciado por los egipcios en la filosofía de los símbolos y de los jeroglíficos, así como también en el ritual de los animales sagrados."* Y Hengstenberg demuestra (en su obra erudita sobre *"Egipt and the Books of Moses"*) de un modo concluyente y con numerosos ejemplos, cuán directas son las referencias egipcias del Pentateuco, en cuyo hecho reconoce él *"uno de los más poderosos argumentos en pro de que Moisés creyera en esas doctrinas egipcias"* (Hengstenberg, pág. 239, traducción de Robbin).

Por eso nos dice el gran historiador judío que este principio del simbolismo se aplicó en todas partes a la construcción del tabernáculo, primer modelo del templo de Jerusalén y de las Logias masónicas. El Templo estaba dividido en tres partes para representar las tres grandes divisiones elementales del universo: la tierra, el mar y el aire.

Las dos primeras, o sea, las externas a las que tenían acceso los sacerdotes y el pueblo, simbolizaban la tierra y el mar en que pueden habitar todos los hombres, mientras que la tercera, o división interna - el Santo de los Santos, - cuyo umbral ningún mortal se atrevía a cruzar y que se consagraba expresamente a Dios, era el emblema del cielo, Su morada.

También los velos, dice Josefo, tenían su significación simbólica, según el color y los materiales con que habían sido fabricados. Colectivamente, representaban los cuatro elementos del universo. Obsérvese de paso que esta noción de simbolizar

el universo es característica de todos los sistemas antiguos, tanto de los verdaderos como de los falsos, y que sus reliquias se encuentran hoy día en la Francmasonería, que no es más que una evolución de estos sistemas.

El velo blanco del tabernáculo significaba la tierra que produce lino; el escarlata, el fuego, apropiadamente representado por su color encendido; el púrpura, era el símbolo del mar, aludiendo al molusco llamado múrice, que segrega tinte; y el azul, color del firmamento, era el emblema del aire.

No es necesario que entremos en detalles sobre el sistema completo de simbolismo religioso desarrollado en el mosaísmo, que no era sino una aplicación de los mismos principios de enseñanza existentes en todas las naciones gentiles, para inculcar la verdad. Hasta la misma idea del arca (*“la alusión egipcia al Urim y Thummin es completamente clara e incontrovertible”*, Hengstenberg, pág. 158. *“El Urim y el Thummin formaban el oráculo sagrado con que los hebreos trataban de conocer la voluntad de Dios”*), fue tomada de las orillas del Nilo, como han demostrado los descubrimientos de los egiptólogos modernos; y el pectoral del gran sacerdote, con su Urim y Thummin (*“El arca o bote sagrado de los egipcios se encuentra muy a menudo dibujado en las paredes de los templos. Los sacerdotes lo transportaban con gran pompa con ocasión de la «precesión de los tabernáculos, valiéndose de andas que pasaban por argollas colocadas a los lados. De esta manera era llevada al interior del templo y depositada en un altar. Las representaciones existentes de ella tienen una semejanza sorprendente con el arca judía, de la cual hoy día se admite que fueron el prototipo”*) debe indudablemente su origen a un ornamento similar que llevaban los jueces egipcios. El sistema era el mismo: únicamente difería en su aplicación.

El templo del rey Salomón está íntimamente relacionado con el tabernáculo de Moisés, puesto que el uno es el arquetipo

del otro. Ahora bien, el origen de la Francmasonería, tal como está hoy día organizada debe fijarse en la construcción del templo. No queremos decir con esto que el sistema no existiera antes de esa fecha, sino que entonces fue cuando se verificó por primera vez la fusión de su carácter operativo con el especulativo.

En la construcción de este estupendo edificio, estupendo, no en magnitud, pues hay muchas iglesias de mayor tamaño (según el cálculo del Obispo Cumberland tenía solamente ciento nueve pies de longitud, treinta y seis de anchura y cincuenta y cuatro de alto), sino por la magnificencia y riqueza de sus ornamentos, el sabio rey de Israel vio inmediatamente la excelencia y belleza de este método de enseñanza ética y religiosa, con toda la sagacidad que le distinguía, ayudado y aconsejado por la experiencia pagana del rey de Tiro y la del inmortal arquitecto que dirigía a sus obreros. El dio impulso a esta referencia simbólica de las cosas materiales con un significado espiritual, que ha sido desde entonces el rasgo característico de la institución de que fue fundador.

Si juzgásemos necesario comprobar que las propensiones del alma del rey Salomón eran eminentemente simbólicas, nos bastaría con leer sus obras, tan llenas de tropos y de figuras.

Dejando aparte el Libro de los Cánticos, gran drama lírico, cuyo abstruso simbolismo todavía no se ha podido explicar enteramente, a pesar del gran número de comentaristas que han emprendido esta tarea, podríamos simplemente recurrir al hermoso pasaje del capítulo doce del Eclesiastés, tan familiar a los francmasones por ser adecuado a las ceremonias del tercer grado y en el cual el edificio ruinoso representa metafóricamente los achaques y enfermedades de la vejez del cuerpo humano. Esta breve y elocuente descripción es la encarnación de parte de

nuestro simbolismo masónico, tanto en el asunto tratado, como en la forma de hacerlo.

La primera cosa que debe llamar nuestra atención al tratar de investigar el simbolismo de la Francmasonería, es el significado general de la institución y la forma en que se desarrolla su simbolismo. Examinémosle primero en conjunto antes de investigar sus partes, de la misma manera que, para criticar un edificio debe examinarse el efecto general de la construcción antes de emprender el estudio de sus detalles arquitectónicos.

Lo primero en que debemos fijarnos cuando estudiemos, según esta norma, es que nuestra institución, que se ha conservado invariable a través de los siglos, atrayendo a su seno a los intelectuales de todas las épocas, es la combinación singular de una organización especulativa con otra operativa, de un arte con una ciencia y de los términos técnicos y el lenguaje mecánico de una profesión con las doctrinas abstrusas de una profunda filosofía.

Tenemos ante nosotros, pues, una venerable escuela, que medita sobre los más profundos problemas de la sabiduría y en la cual sólo los sabios encontrarían cabida adecuada; pero que, no obstante, nació de tina Sociedad de artesanos, con el único objeto aparente de construir edificios materiales de piedra y mortero.

Por lo tanto, el primer problema a resolver es la naturaleza de esta combinación de lo operativo con lo especulativo. El simbolismo fundado en ella es también el primer rasgo característico de la institución que debe descubrirse.

Todo el mundo conoce la Masonería (*albañilería*) operativa. Como tal, tiene por objeto aplicar las reglas y principios de la arquitectura a la construcción de edificios de uso público y privado: casas para morada del hombre y templos para

adorar a la Divinidad. El oficio de la masonería (albañilería) abunda, como todas las artes, en el empleo de términos técnicos, y se sirve en la práctica de abundantes instrumentos y materiales peculiares al mismo.

Pero la Francmasonería especulativa no habría podido existir nunca, si los fines de la operativa hubieran terminado ahí, si este dialecto técnico y estos instrumentos no se hubiesen usado jamás con más objeto que el de procurar que sus discípulos pudieran realizar sus obras artísticas con la mayor facilidad posible.

Los trabajadores operativos que fundaron la Orden, no se satisficieron con que su profesión tuviera únicamente su parte material y manual, sino que, la agregaron una rama correlativa de estudio, siguiendo las sabias instrucciones de sus directores.

Por eso, para todo francmasón el arte operativo se ha simbolizado con esa deducción intelectual que ha sido acertadamente denominada Francmasonería Especulativa. En cierta época, cada obrero formaba parte integral de un sistema indiviso. No queremos decir con esto que haya existido una época en que todos los talladores y cinceladores de la piedra conociesen o estuviesen iniciados en la ciencia especulativa. Aun hoy día existen miles de famosos artistas que la desconocen tanto como el lenguaje hebreo empleado por su fundador.

Pero lo operativo fue en los comienzos de nuestra historia y aun hoy día lo es el esqueleto a que se adhirieron los músculos, los tendones y los nervios del sistema especulativo. Fue el bloque de mármol en bruto en que se esculpió una estatua llena de vida.

"Por eso nuestro Gran Maestre concibió el plan de instruir a los albañiles, en los principios de la más sublime filosofía por medio de alusiones mecánicas y prácticas, tendiendo a la Gloria de Dios, y proporcionarles aquí en la tierra beneficios temporales, y eterna vida después, así como unir a los

francmasones especulativos con los operativos, para gozar a la par de los principios de la geometría y de la arquitectura, por una parte, y de los preceptos de la sabiduría y de la ética por otra".

La Francmasonería especulativa puede definirse diciendo que es la aplicación científica y la consagración religiosa de las reglas y los principios, y del lenguaje, los útiles de trabajo y los materiales de la operativa para venerar a Dios, purificar el corazón y enseñar los dogmas de una filosofía religiosa.

Capítulo XII

Simbolismo del Templo de Salomón

Hemos dicho anteriormente que el arte operativo se simboliza - es decir, se emplea como símbolo - en la ciencia especulativa. Veamos ahora de qué manera se verificó esto respecto al sistema simbólico, cuya formación depende de tipos y figuras derivadas del templo de Salomón, y que por esta razón denominamos "El Simbolismo del Templo de la Francmasonería."

Teniendo en cuenta que el origen de la Francmasonería especulativa data de la construcción del templo de Salomón (Acéptese esta proposición a priori. Las pruebas de su veracidad son abundantísimas. La Orden la acepta, en general)), lo primero que nos llama la atención es que los francmasones operativos de Jerusalén construyeron un templo material y terreno para dedicarlo al servicio y adoración de Dios, una casa en cuyo Shekinah Jehová había de morar y desde donde hablan de hablar sus oráculos valiéndose del Urim y del Thummin para gobernar y dirigir a su pueblo elegido.

Ahora bien, como nosotros no pertenecemos ya al arte operativo, simbolizamos, como francmasones especulativos, los trabajos de nuestros predecesores construyendo un templo espiritual en nuestros corazones, puros e inmaculados, para que sirvan de morada adecuada al Autor de la pureza, lugar en donde Dios es adorado en espíritu y en verdad, y de donde deben desterrarse todos los malos pensamientos e indómitas pasiones, del mismo modo que se excluían del santuario judío del templo a los pecadores y a los gentiles.

Esta espiritualización del templo de Salomón es la instrucción simbólica más destacada e importante de la Francmasonería primordial. El lazo que une la parte operativa con la especulativa de la Orden, es lo que le da su carácter religioso. Si se desproveyera a la Francmasonería de toda relación con el Templo, quitando de su ritual todas las referencias al sagrado edificio y a las leyendas relacionadas con él, su sistema acabaría por morir, o seguiría existiendo a manera de un hueso fosilizado, que muestra imperfectamente la naturaleza del cuerpo a que perteneciera un día.

El culto del templo es en sí un tipo antiguo de la evolución del sentimiento religioso hacia su sublimación espiritual. En cuanto una nación emerge de la ciénaga del fetichismo o del culto de los objetos visibles (forma más degradada de la idolatría), siguiendo el progreso universal su pueblo establece un sacerdocio y erige templos.

"Los bosques fueron los primeros templos divinos. Antes de que el hombre aprendiese a cincelar columnas, colocar arquitrabes y extender encima de ellos la techumbre; antes de que fabricase la elevada cúpula, que recoge y rechaza el son de los motetes, se prosternaba en el bosque sombrío y silencioso y ofrendaba al Todopoderoso sus súplicas y su acción de gracias" (Bryant).

Los escandinavos, los celtas, los egipcios y los griegos, tenían rituales y cultos politeístas diferentes, pero todos poseían sacerdotes y templos.

Los judíos construyeron primeramente un tabernáculo o templo portátil y, cuando el tiempo y la ocasión lo permitieron, edificaron ese templo que es terna de nuestra contemplación. La mezquita musulmana y la capilla de los cristianos no son sino encarnaciones más sencillas de la misma idea del culto del templo.

Para los judíos y los tirios debió de ser cosa fácil, por lo tanto, la adaptación del templo material a una ciencia simbólica. La idea original, sin duda ruda y tosca al principio, fue perfeccionándose y puliéndose gracias a las aportaciones de otros intelectos futuros. Sin embargo, ningún erudito bíblico se atrevería a negar que, en la forma de construcción del templo salomónico y en todas las circunstancias relacionadas con su edificación no existió el propósito definido de crear una base para el simbolismo.

Los teólogos han dado siempre aplicación espiritual al templo de Salomón, asignándolo a los misterios de la revelación cristiana. Consúltense todos los comentaristas de la Biblia. Nosotros nos limitaremos a mencionar el *Salomon's Temple Spiritualized*, de Bunyan, y una rara obra en folio, debida a la pluma de Samuel Lee, socio del Wadham de College, de Oxford, publicada en Londres en 1658 con el título *Orbis Miraculum, or the Temple of Salomon portrayed by Scripture Light*. Esta obra, de la que existen pocos ejemplares, trata sabiamente de "Los misterios espirituales del evangelio velados en el templo".

Ahora vamos a ilustrar con unos cuantos ejemplos el método empleado por los francmasones especulativos para adecuar a su propio uso la idea del Rey Salomón.

Para construir su Templo terreno, los albañiles siguieron los dibujos arquitectónicos del trazado de arquitectura o libro de planos del arquitecto. Conforme a ellos cortaron y escuadraron sus materiales, levantaron los muros y construyeron los arcos, con lo cual combinaron la gracia y la belleza con la fuerza y la duración en el edificio que estaban construyendo.

El trazado de arquitectura es, por lo tanto, uno de nuestros símbolos elementales, pues en el ritual masónico de los francmasones especulativos se recuerda que, así como el artista operativo levanta su edificio temporal de acuerdo con las reglas y dibujos del trazado de arquitectura fijadas por el jefe de los

trabajadores. del mismo deben erigir ellos esa construcción espiritual. de la que - la material - es tipo, obedeciendo a las reglas y dibujos, preceptos y mandatos escritos por el Gran Arquitecto del Universo en esos grandes libros de la naturaleza y de la revelación que constituyen el trazado de arquitectura espiritual de todo francmasón.

El trazado de arquitectura es, pues, el símbolo de la ley natural y moral, que, como todos los de la Orden, tiene una aplicación universal y tolerante. Mientras nosotros nos aferramos como francmasones cristianos a la explicación que dan las Escrituras a las revelaciones que se encuentran en los Testamentos, permitimos que los judíos y los mahometanos se limiten a los libros del Antiguo Testamento y al Corán.

La Francmasonería no se ingiere en la forma particular de religión que cada uno profese. Lo más que pide es que la interpretación del símbolo esté de acuerdo con lo que cada cual supone que debe ser la voluntad revelada de su Creador. Pero es tan exigente en la conservación del símbolo y en su interpretación racional, que excluye en absoluto de su comunidad a los ateos porque, sin creer en un Ser supremo o Divino Arquitecto, no se puede poseer el trazado de arquitectura espiritual en que están grabados sus deseos.

Pero el obrero operativo necesitaba materiales con que construir su templo. Tenía, por ejemplo, la piedra bruta, piedra en estado natural, informe y sin pulir extraída de las canteras de Tiro. Esta piedra debía ser cortada, escuadrada, y pulida por medio de utensilios apropiados, hasta convertirla en piedra cúbica o perfecta en condiciones de ocupar un sitio en el edificio.

En estos materiales se encuentran, además, otros símbolos elementales. La piedra basta o bruta es el símbolo del hombre en estado natural, ignorante. rústico, que, como dice el autor latino, "se arrastra por la tierra como los animales del campo, obedeciendo a sus sórdidos apetitos". Pero cuando la

educación ha ejercido sus saludables influencias expandiendo el intelecto del hombre, refrenando sus pasiones hasta entonces indómitas y purificando su vida, se le representa entonces por medio de la piedra cúbica o terminada, que las diestras manos de los obreros han pulido y tallado para que ocupe un sitio adecuado en el edificio.

Nuestra ciencia simbólica ha tomado y se ha apropiado una circunstancia interesante en la historia de la preparación de estos materiales. Leemos en los anales del templo contenidos en el Primer Libro de los Reyes que "y cuando se fabricaba la casa, fue hecha de piedras que traían ya perfectas y acabadas; y no se oyó martillo, ni hacha, ni ningún otro instrumento en la casa, mientras la edificaban".

Ahora bien, este modo de construir, adoptado indudablemente para evitar confusiones y discordias entre tantos millares de trabajadores (como prueba de la sabiduría con que se construyó el templo, baste decir que por medio de marcas especiales colocadas en los materiales preparados a distancia, se reconocía la producción de cada individuo, con lo cual se tenían medios para premiar su mérito o castigar su indolencia), se ha elegido como símbolo elemental de concordia y armonía, virtudes que no son más esenciales para la conservación y perpetuación de nuestra sociedad que lo son para las de toda asociación humana.

La piedra cúbica, hecha para ocupar un lugar determinado del templo, no sólo simboliza la perfección humana, sino que cuando nos referimos a la forma de prepararla, representa también las especies de perfección resultantes de la concordia y de la unión de los hombres en la sociedad. En realidad, es un símbolo del carácter social de la institución.

Hay otros símbolos elementales de que más tarde tendremos ocasión de tratar. Sin embargo, los tres ya descritos - la piedra bruta, la cúbica piramidal y el trazado de arquitectura -

que por su importancia han recibido el nombre de joyas, son suficientes para que el lector pueda formarse una idea sobre la naturaleza de lo que podríamos llamar el "alfabeto simbólico" de la Francmasonería. Procedamos, pues, a estudiar brevemente el método con que este alfabeto de la ciencia se aplica a porciones del sistema más abstrusas y elevadas, que hemos dado en llamar "Simbolismo del Templo de la Francmasonería" por constituir este templo el tipo más importante del sistema.

Las Escrituras y la tradición dicen que, quienes trabajaban en la construcción del templo de Salomón, se dividían en varias clases que tenían empleo determinado y distinto. Según el Segundo Libro de las Crónicas estas clases eran: la de los que llevaban cargas, la de los que tallaban piedra y la de los directores, llamadas por los autores masónicos los Ish Sabal, los Ish Chotzeb y los Menatchim respectivamente. Ahora bien, nosotros encontramos cierta semejanza entre estas clases de trabajadores y las tres divisiones de los francmasones actuales en aprendices, compañeros y maestros, sin que pretendamos demostrar que la institución moderna haya conservado el mismo sistema de regulación que el observado en el templo.

De todos modos, las tres clases en que el Rey Salomón dividió a los trabajadores de Jerusalén se han adoptado como modelo de los tres grados practicados actualmente en la Francmasonería especulativa y como tales debemos estudiarlas. La forma en que las tres clases de trabajadores laboraban en la construcción del templo se han simbolizado bellamente en la Francmasonería especulativa y constituyen una parte importante y de interés del simbolismo del templo.

Así sabemos por experiencia propia adquirida entre los trabajadores modernos que persiguen el mismo método y por las tradiciones de la Orden, que los útiles de trabajo empleados en las canteras eran pocos y sencillos, pues sólo había dos imprescindibles: la regla de veinticuatro pulgadas o dos pies y el

mallete o martillo de picapedrero. Con el primero, medía el operario las dimensiones de la piedra que iba a preparar, y, con el último, separaba todo lo innecesario por medio de golpes sabiamente dados hasta quedar la piedra lisa y cúbica en condiciones de ser colocada en el edificio.

Por eso reciben los aprendices de la Francmasonería especulativa estos instrumentos, como útiles de trabajo emblemáticos de su profesión con su apropiada instrucción simbólica. El trabajador operativo no conoce más que su empleo mecánico y práctico, sin que su presencia le despierte ninguna idea de valor. En cambio, su contemplación le sugiere al francmasón especulativo pensamientos nobles y sublimes; ellos le enseñan a medir el tiempo y no las piedras; a purificar su corazón de todo vicio e imperfección que impiden su colocación en el templo espiritual del cuerpo, y no a suavizar y pulir el mármol. Por lo tanto, la regla de veinticuatro pulgadas es el símbolo del tiempo bien empleado, y el mallete, el de la purificación del corazón, según el alfabeto simbólico de la Francmasonería.

Y aquí hemos de hacer una pausa para referirnos a una de las coincidencias existentes entre la Francmasonería y los Misterios, cuyas coincidencias han inducido a los tratadistas de este tema a formar una bien argumentada teoría en pro de la existencia de un nexo común. *"Todos los dioses paganos recibían, además de las ceremonias públicas y exotéricas, un culto secreto, al que únicamente se admitían a quienes habían sido seleccionados por medio de ceremonias preparatorias conocidas con el nombre de Iniciación. Este culto secreto eran los Misterios"* (Warburton, *"Divine Legation"*, vol. I, pág. 189)

La coincidencia a que aludimos es la siguiente: en todos los Misterios, la ceremonia incipiente de la iniciación, primer paso que daba el candidato, consistía en una lustración o purificación. El aspirante no podía entrar en el recinto sagrado o

tomar parte en cualquier fórmula secreta de iniciación, si no se había purificado antes con agua de las corrupciones del mundo que iba a abandonar. Después de esto nos basta sugerir la semejanza de esta fórmula en principio con la correspondiente de la Francmasonería, en la que los primeros símbolos que se presentan al aprendiz son los que inculcan la purificación del corazón, cuya purificación simbolizaba en los Misterios la del cuerpo

No nos valemos del baño o la fuente, porque la simbolización es, por decirlo así, más abstracta en nuestro sistema; pero presentamos al aspirante con el blanco mandil de cabritilla, la regla y el malleto como símbolos de una purificación espiritual. El objeto es el mismo, lo único que varía es la forma de realizarlo.

Resumamos nuestros estudios sobre las series coordinadas del simbolismo del templo.

En la construcción del templo, los aprendices de inferior categoría (los aprendices o aspirantes de los antiguos Misterios) preparaban bastamente las piedras, que, luego, se transportaban junto al edificio del Monte Moria y se entregaban a otra clase de trabajadores, llamados técnicamente compañeros, quienes corresponden a los *Mystes*, o sea, los que recibían el segundo grado en los Misterios antiguos. En esta etapa de la obra operativa se realizaban trabajos más importantes y extensos para los que era preciso poseer muchos más conocimientos y habilidades.

Una vez preparadas las piedras por los aprendices (de ahora en adelante emplearemos los términos de la Masonería moderna cuando hablemos de los trabajadores del templo) se colocaban en donde correspondía, construyéndose los muros macizos.

Téngase en cuenta, sin embargo, que muchos de los Compañeros tallaban también las piedras en la montaña;

valiéndose de instrumentos mejores, ajustaban con mayor precisión las que los aprendices habían preparado de un modo imperfecto. Este hecho no afecta en nada al carácter del simbolismo que estamos describiendo. La preparación debida de todos los materiales y el símbolo de la purificación se continuaba en todos los grados. La obra purificadora no cesa jamás.

Para realizar este objeto se necesitaban instrumentos más complicados y precisos que la regla y el malleto. La escuadra servía para hacer los ángulos con la debida precisión; el nivel para colocar la hilada horizontalmente, y la plomada para construir el edificio con la verticalidad precisa. Esta parte del trabajo encuentra su simbolismo en el segundo grado de la ciencia especulativa. Al aplicarlo continuaremos refiriéndonos a la idea de erigir un templo espiritual en el corazón.

Habiéndose hecho en el primer grado las preparaciones necesarias, habiendo recibido el aspirante las lecciones que se le enseñaron para que comenzase a purificar su vida, continúa su tarea como compañero cultivando las cualidades que dan forma e impresión al carácter, del mismo modo que las piedras encajadas dan forma y estabilidad al edificio. Por eso los "instrumentos de trabajo" del Compañero masón simbolizan gráficamente esas virtudes.

En el alfabeto del simbolismo, vemos que la escuadra, el nivel y la plomada son los instrumentos del segundo grado. La escuadra simboliza moralidad, y nos enseña a aplicar los principios infalibles de la ciencia moral a todas las acciones de la vida, a procurar que todos los motivos y resultados de nuestra conducta coincidan con los dictados de la justicia divina, y que todos nuestros pensamientos, palabras y actos conspiren, a semejanza de las bien ajustadas y escuadradas piezas de un edificio, para producir una suave e ininterrumpida vida virtuosa.

La plomada es el símbolo de la rectitud de conducta, y enseña esa honradez de vida y esa rectitud moral invariable que

son los distintivos del hombre justo y bueno. Así como el albañil erige su edificio temporal observando la verticalidad que marca la plomada sin desviarse ni a la derecha ni a la izquierda, del mismo modo el francmasón especulativo, guiado por los principios infalibles de la rectitud y de la verdad que le enseñaran las doctrinas simbólicas del mismo utensilio de trabajo, persigue firmemente la verdad, sin doblegarse ante los reveses de la fortuna y de la adversidad, ni ceder a las seducciones de la prosperidad.

Quien haya leído los clásicos, recordará las hermosas palabras de Horacio que comienzan así: "*justum et tenacem propositi virum*" Libro III, oda 3, y que traducido dice así:

*De ciega plebe el vocear insano
no conmueve al varón constante y
justo, ni tuerce sus propósitos adustos
el ceño del tirano;
ni el austro, que del Adria remugiente
su rabia en la onda muestra;
ni de Jove potente
la fulminante vengadora diestra.
Si los orbes se hundieran,
las ruinas impertérrito le hirieran.*

El nivel último de los útiles de trabajo del albañil, es un símbolo de igualdad de posición: no de esa igualdad de posición civil o social que sueñan los anarquistas y los utópicos, sino de la gran igualdad moral y física que afecta a todos los seres humanos como hijos de un Padre común, que hace que Su sol brille y que la lluvia se derrame por igual sobre todos, y que ha señalado que el destino universal de la humanidad sea la muerte, la cual, como niveladora de todas las grandezas humanas, visita

lo mismo el lujoso palacio de los príncipes que la choza del labriego.

Con esto tenemos ya tres signos o jeroglíficos más en nuestro alfabeto del simbolismo. En este grado hay algunos más, pero pertenecen a una clase más elevada de interpretación y no pueden tratarse en un mero ensayo sobre el simbolismo del templo.

Entramos ya en el tercer grado, en el que hemos de estudiar los Maestros masones de la ciencia moderna y los Epopas o poseedores de las cosas sagradas pertenecientes a los antiguos Misterios.

En el tercer grado se extienden y completan las alusiones simbólicas al templo de Salomón y a los materiales del arte de la construcción empleados en la edificación. Hemos visto ya que en la edificación del templo una clase de trabajadores se dedicaba a preparar los materiales, mientras que la otra los colocaba en su sitio adecuado. Pero había una clase superior, la tercera, o sea la de los jefes de trabajadores, cuyo deber consistía en vigilar a las demás y procurar que no sólo se colocasen bien las piedras, sino que se guardara la mayor exactitud posible al yuxtaponerlas en el edificio.

Únicamente entonces era cuando se les daban los últimos toques, y hábiles obreros aplicaban el cemento para fijar los materiales en su sitio y unir la construcción entera hasta formar una masa resistente y compacta. Es cosa curiosa de notar que el verbo *natzach*, del cual se deriva el título de *menatzchim*, (los superintendentes o Maestros Masones del antiguo templo), signifique también en hebreo perfeccionarse, completarse.

El tercer grado es la perfección del simbolismo del templo, y sus lecciones nos llevan a consumir la vida. De igual manera los Misterios, dice Christie, *"se denominaban perfecciones, porque se suponía que inducían a perfeccionar la vida. Los que eran purificados en los Misterios, recibían el*

nombre de ... es decir, los que han sido hechos perfectos" (*Observaciones al ensayo de Ouvaroff sobre los Misterios Eleusinos*” pág. 183).

Por eso se dice que la llana era el instrumento más importante, pero no el único, empleado por los Maestros constructores, quienes no permitían que otras manos menos diestras realizaran operación tan indeleble. Exigían a los artesanos que demostraran por medio de la escuadra, el nivel y la plomada, que sabían hacer su trabajo perfectamente atestiguando con estos instrumentos infalibles la perfección de las juntas. Una vez perfeccionado todo, aplicaban el cemento, con lo cual formaban un todo invariable.

Por eso se ha asignado la llana al tercer grado de la Francmasonería. El simbolismo a ella aplicado tiene relación con el empleo a que se dedicaba en el templo. Así como en éste la llana servía "para esparcir el cemento que unía el edificio en una masa común", así también se le ha elegido como símbolo del amor fraternal, ese cemento cuyo objeto consiste en unir a nuestra mística asociación en un grupo armonioso y sagrado de hermanos.

Esta es pues la primera forma, la elemental del simbolismo: adaptar los términos, instrumentos y procesos del arte operativo a la ciencia especulativa. El templo se ha terminado ya. Los aprendices han tallado, escuadrado y numerado las piedras en las canteras, los compañeros las han dado los últimos toques de ajuste y los maestros constructores las han colocado en su sitio con el más fuerte y puro de los cementos. El Templo de Salomón tiene, una vez terminado, apariencia y grandeza tan sublimes, que merece que se elija como tipo del símbolo del cuerpo inmortal, a que aludía Cristo de forma tan significativa y simbólica en su magnífica y profunda parábola: "*Destruíd este templo, y yo lo levantaré en tres días*".

Esta idea de representar al hombre espiritual e interno por medio de un templo material es tan acertada, que los primeros maestros del cristianismo la aplicaron con frecuencia. Cristo alude varias veces a ella, y el elocuente y metafórico Pablo expone la idea en una de sus Epístolas a los Corintios de la siguiente forma: "*¿No sabéis que vosotros sois el templo de Dios, y que el espíritu divino mora en vosotros?*" Y en un párrafo subsiguiente de la misma Epístola reitera la idea en forma más elocuentemente positiva: "*O ¿ignoráis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?*".

El Dr. Adam Clark, hace al comentar este último párrafo las mismas alusiones que nosotros al tópico de discusión en este ensayo, y dice: "*El Espíritu Santo mora en las almas de los verdaderos cristianos; del mismo modo que Dios en el tabernáculo de Moisés y en el templo de Salomón; y, así como el templo y todos sus utensilios eran sagrados y se separaban de todos los usos comunes y profanos, dedicándolos únicamente a servir a Dios, así también los cuerpos de los verdaderos cristianos son santos y deben emplearse únicamente en servicio de Dios*".

Por lo tanto, la idea de hacer del templo un símbolo del cuerpo no es exclusivamente masónica; pero la forma de tratar su simbolismo refiriéndolo al templo de Salomón y al arte operativo que lo construyera, es peculiar de la Francmasonería. Esto es lo que la aísla y separa de otras asociaciones similares. A pesar de tener muchas cosas comunes a las sociedades secretas y a los Misterios de la antigüedad, difiere de todos ellos en "el simbolismo del templo"

Capítulo XIII

Forma de la Logia

En el último ensayo hemos tratado del simbolismo masónico que convierte el templo de Jerusalén en arque-tipo de una Logia, en la cual todos los símbolos de la ciencia especulativa aluden al arte operativo. Ahora que-remos disertar sobre una forma de simbolismo más obstrusa y elevada. Obsérvese que, al llegar a tratar de este tema, tocamos por primera vez la cadena de semejanzas que une a la Francmasonería con los antiguos, sistemas religiosos, y que ha dado origen a los, nombres de Francmasonería espuria y pura.

Entendemos por Francmasonería pura, el sistema de religión filosófica transmitido por los patriarcas, que se modificó con el tiempo debido a las influencias ejercidas en la construcción del templo de Salomón, y por espuria, el mismo sistema alterado y corrompido por el politeísmo de las naciones gentiles (1)*El Doctor Oliver describe la diferencia existente entre la Francmasonería pura o primitiva de los noaquitas y la espúrea de los gentiles en la conferencia preliminar de su 'Historical Landmarks'.*.-)

Por ser esta forma más profunda del simbolismo menos peculiar al sistema masónico, pero, sin embargo, mucho más interesante que la tratada en el ensayo anterior - ya que es más filosófica - nos proponemos investigar más extensamente su carácter. En primer lugar, se nos presenta un panorama elemental de este abstruso simbolismo, que parece ser la consecuencia necesaria de cuanto hemos dicho en el artículo precedente.

Así como se supone que cada francmasón simboliza un templo espiritual - "un templo que no ha sido hecho con las manos, eterno en los cielos"; -la Logia o asamblea de estos hermanos representa el universo.

La idea de que el universo representa simbólicamente el templo de Dios, ha sido expuesta por N. P. Willis en un himno de dedicación de una iglesia:

*El universo perfecto que Adam hollara
fue el primer templo construido por Dios;
su fiat colocó la piedra angular
y levantó los pilares uno a uno.
En las alturas, colgó la techumbre estelar del amplio e
ilimitado cielo,
tendió un pavimento verde y brillante
y lo veló con luz de alba.
Plantó en su lugar las montañas,
el mar, el cielo y "todo era bueno"
cuando las primeras loas resonaron
las "estrellas de la mañana cantaron al unísono"
¡Señor! Nosotros no podemos hacer del mar,
de la tierra y del cielo, una morada para Ti; un humilde
templo hecho con las manos
es todo cuanto te podemos ofrendar.*

Esta clase de simbolismo se explica y desarrolla particularmente en el primer grado de la Francmasonería.

Las Logias masónicas tienen la forma de paralelo-gramo o cuadrado oblongo, teniendo su mayor longitud de este a oeste y su anchura, de norte a sur. Cualquier otra forma - el cuadrado, el círculo, el triángulo - serían incorrectas y antimasónicas, porque no expresarían la idea simbólica que se trata de representar.

Ahora bien, el mundo es un globo o, mejor dicho, un esferoide aplastado y, por lo tanto, el hacer del paralelogramo su símbolo, parece presentar, a primera vista, dificultades insuperables; pero el sistema del simbolismo masónico ha sufrido la prueba de una experiencia demasiado larga para que pueda fallar; y, por lo tanto, este símbolo demuestra evidentemente la antigüedad de la Orden.

En la era salomónica - la de la construcción del templo de Jerusalén - se suponía que el universo tenía esa forma oblonga con que nosotros lo simbolizamos. Por ejemplo, si en un mapamundi inscribimos una figura oblonga cuyos límites circunscriban y comprendan precisamente la parte de la tierra conocida en tiempos de Salomón, las líneas que corren de norte a sur a pequeña distancia del Mediterráneo y se extienden desde España al Asia Menor, formarían un paralelogramo, que comprendería las orillas meridionales de Europa y las del norte de África y el distrito occidental de Asia. La longitud del paralelogramo es, aproximadamente, de sesenta grados de este a oeste, y su anchura, de veinte desde el norte a sur.

Este cuadrilongo, que comprende toda la parte del globo que se suponía habitable entonces representa precisamente lo que simbólicamente se denomina la forma de la logia, mientras que las columnas de Hércules, situadas, a poniente y a cada lado del estrecho de Gades o de Gibraltar, podrían simbolizar apropiadamente los dos pilares colocados en el pórtico del templo. En todas las alusiones que se encuentran en las escrituras referentes a la forma de la tierra, se dice que es cuadrilonga. Así, por ejemplo, Isaías (XI, 12), dice: *"Y el Señor reunirá los esparcidos de Judá en los cuatro cantones de la tierra."* También en el Apocalipsis se encuentra (XX, 9) la versión profética de *"cuatro ángeles que permanecían en los cuatro rincones de la tierra"*.

Por lo tanto, la Logia masónica es para todos los hermanos instruidos un símbolo del mundo, al que, a veces, se le da mayor extensión, pues el mundo y el universo son sinónimos cuando se hace de la Logia el símbolo del universo. Pero en este caso su definición es más extensa, y se añaden a las ideas de longitud y anchura, las de altura y profundidad, diciéndose entonces que la Logia tiene la forma de un doble cubo (*"La Logia debería tener la forma de un doble cubo, como emblema que expresa los poderes de las tinieblas y de la luz en la creación"*, Oliver, *"Landmarks"*, I, pág. 135, nota 37).

El contenido sólido de la tierra abajo, y la expansión de los cielos arriba, son las caras del cubo y, en tal caso, todo el universo creado se comprende en los límites simbólicos de la Logia francmasónica. No todo el universo visible, según la acepción moderna que comprende todos los sistemas solares que vagan por el espacio ilimitado, sino la forma más limitada que le atribuían los antiguos, de la cual la tierra formaba el suelo, y el cielo era el techo.

"A los ojos del vulgo", dice Dudley, *"el cielo que se extiende sobre la tierra aparece como si tuviera la misma extensión que ella y hasta la misma forma constituyendo el conjunto del espacio, un cubo, cuya base es la tierra, siendo el cielo la superficie superior"* (*"Naology"*, 7). A esta idea del universo es a la que se refiere el símbolo masónico de la Logia.

Teniendo siempre presente la memoria que la Logia es el símbolo del mundo por su forma y extensión, podemos explicarnos racionalmente muchos símbolos que corresponden principalmente al primer grado. Estamos ya en condiciones de comparar estos símbolos con otros similares de instituciones semejantes pertenecientes a la antigüedad, pues sabido es que este simbolismo del mundo, representado por un lugar iniciático, se encontraba en todos los ritos y misterios antiguos.

Es, sin duda alguna, cosa interesante el ampliar con algunos detalles sobresalientes las investigaciones sobre este tema, dando una ojeada al método con que se desarrolló este simbolismo del mundo o del universo. Para realizar este objeto escogeremos las interpretaciones místicas de los cargos de una Logia, su techo y una porción de sus ornamentos.

Capítulo XIV

Cargos de la Logia

Los tres cargos principales de la Logia están situados en el oriente, el occidente y el sur. Teniendo en cuenta que la Logia es un símbolo del mundo, o del universo, en seguida se deduce que estos tres cargos tienen relación con la salida, la puesta y el meridiano del sol.

Este es el primer desarrollo del símbolo. Un breve examen bastará para darnos otra prueba más amplia de su antigüedad y universalidad.

En las iniciaciones brahmínicas del Indostán, que son de las más antiguas conservadas por la tradición y que pueden considerarse como la cuna de todas las demás, las ceremonias se realizaban en grandes cavernas. Los restos de algunas de estas salas excavadas en la roca, existentes en Salsette, Elefanta y otros diversos lugares, no pueden dar más que una idea aproximada de la extensión y grandeza de estos antiguos templos indios.

" Estos santuarios de roca, cuya formación supone Grose que representa un trabajo igual a la erección de las Pirámides de Egipto, tienen diversa altura, extensión y profundidad. Por medio del martillo y del cincel se han dividido en muchas cámaras separadas, y el techo, que es plano en la pagoda de Elefanta y abovedado en la de Salsette, se apoya en hileras de gruesas columnas, distribuidas con gran regularidad. Los muros están poblados de gigantescas figuras humanas que representan diversas acciones y gestos. Todos van adornados con símbolos de la religión que entonces primaba en la India.

Arriba, en el techo, en otro tiempo adornado de oro y azul, de la misma forma que en los ruinosos restos de los templos egipcios, se ven flotando como en el cielo multitudes de engendros de la imaginación, genios y devas. A lo largo de la cornisa corre un alto relieve figurando elefantes, caballos y leones esculpidos con gran acierto.

Dos de las figuras más importantes de Salsette tienen veintisiete pies de altura (8'25 metros); sólo el busto de la divinidad de tres cabezas existente en la gran pagoda de Elefanta mide quince pies (4'27 metros), mientras que el rostro de otra tiene, según Grose, que la midió, cinco pies de longitud (1'52 metros) y una anchura proporcionada".

En todo el Indostán y en Cachemira se encuentran numerosas ruinas más imperfectas que las anteriormente citadas.

Las cavernas tenían a veces forma de cruz, emblema de los cuatro elementos de que está formada la tierra: fuego, agua, aire y tierra; pero, generalmente eran ovales, representando entonces el huevo del mundo, símbolo del universo en los antiguos sistemas. Según Faber, el huevo era un símbolo del universo o megacosmos y también del arca, o microcosmos. El creciente de luna simbolizaba al Gran Padre. El huevo y el creciente - símbolo del dios Lunus en Heliópolis - era el emblema del mundo surgido del Gran Padre (*"Pagan Idolatry"*, vol. 1, libr. I, cap. IV).

Numerosas lámparas iluminaban el interior de las cavernas iniciáticas. Los principales hierofantes, o explicadores de los Misterios, se sentaban en oriente, occidente y sur, y representaban a Brahmá, Vishnu y Shiva. Brahmá era la suprema divinidad hindú, tomada del Dios-Sol de los sabeos; Vishnu y Shiva, representaban sus atributos. El Panteón hindú dice que *"el sol es Brahmá cuando asoma por oriente; Shiva, cuando llega al meridiano por el sur, y Vishnu, cuando se pone por occidente"*.

Los templos persas de los misterios *zoroastrianos* tenían también forma circular, la cual representaba el universo. El sol en el oriente, circundado por el zodíaco, era indispensable en la ceremonia de recepción.

Zoroastro enseñaba que el sol es el más perfecto fuego de Dios, el trono de su gloria y la residencia de su divina presencia, por eso aconsejaba a sus discípulos que "para rendir culto a Dios, lo rindieran primero al Sol (a quien llamaban Mitra) y, luego, a los fuegos sagrados, por ser las cosas en que él preferentemente moraba.

La forma corriente de adoración consistía en hacer ambas cosas, pues cuando se aproximaban al fuego para adorar, lo hacían siempre viniendo desde poniente y mirando siempre hacia el sol levante, con objeto de rendir culto al fuego y al astro del día al mismo tiempo. Todos los actos de su culto, los verificaban en esta postura.

En los misterios egipcios de Osiris, se rendía el mismo culto al sol. Heródoto, iniciado en estos misterios, dice que las ceremonias consistían en representar al Dios-Sol encarnado en la tierra, el cual moría a manos de Tifón, símbolo de las tinieblas y representación del sol poniente.

San Crisóstomo y otros sabios padres de la Iglesia, afirman que el templo iniciático perteneciente a los grandes misterios de Eleusis celebrados en Atenas, simbolizaba el universo, y que uno de los hierofantes representaba el papel de Sol (el Daduco, o portador de la antorcha, llevaba un símbolo del Sol). Los misterios de Ceres o Eleusis, se distinguían de los demás por ser depositarios de ciertas tradiciones contemporáneas con el mundo (Ouvartoff, *"Essay on the Mysteries of Eleusis"*, página 6).

El templo iniciático perteneciente a los misterios célticos de los druidas tenía forma oval, para representar el huevo del mundo, símbolo del mundo; o circular, porque el círculo era el

símbolo del universo; o cruciforme, aludiendo a los cuatro elementos que constituyen el universo.

En la isla escocesa de Lewis existe un templo en que la forma circular se combina con la cruciforme. Hay un círculo formado por doce piedras. Tres más están en el oriente; muchas en poniente y sur, y treinta y ocho en el norte en dos líneas paralelas, formando una avenida que da acceso al templo circular. En el centro del círculo se encuentra la imagen del Dios.

La divinidad solar representaba un papel importantísimo en las iniciaciones de estos ritos. Las ceremonias comenzaban al romper el día, momentos en que se saludaba al sol aparecido en el horizonte llamándole "dios de la victoria, rey que asciende en la luz del cielo

Pero no es necesario multiplicar los ejemplos del culto solar, que se encuentran en todas las religiones del mundo antiguo. Maurice opina que *"el culto al sol, como señor del cielo y gobernador del universo, ha sido la superstición más antigua en todas las naciones, particularmente en Fenicia, Caldea, Egipto, Perú y Méjico, en cuyos pueblos recibía este astro diversos nombres. La gran luminaria de los cielos ha sido adorada de generación en generación a través de todas las convulsiones del tiempo"* (*"Indian Antiquities"* vol. II, pág. 91).

Con lo citado basta para demostrar la completa coincidencia, existente respecto al sol entre el simbolismo de la Francmasonería y el de los antiguos ritos y Misterios, y para sugerir también su origen común. En la Francmasonería el sol es la manifestación de la Sabiduría, Fuerza y Belleza del Gran Arquitecto, lo cual se representa visiblemente por la posición de los tres jefes principales de la Logia; mientras que los prosélitos de los Misterios, adoptaron el sol como objeto especial de adoración, corrompiendo y degenerando la primitiva doctrina de los *noaquitas*.

Capítulo XV

El punto dentro del círculo

El punto dentro del círculo es otro símbolo importantísimo en Francmasonería, por su relación con el antiguo simbolismo del universo y del orbe solar. Todo el que haya leído el Manual masónico conocerá la explicación corriente de este símbolo. En él se dice que el punto representa al individuo, al hermano, mientras que el círculo muestra el límite de su deber con Dios y con los hombres; las dos líneas perpendiculares y paralelas simbolizan los santos patronos de la Orden. San Juan Evangelista y San Juan Bautista.

La definición del Manual, a pesar de ser pobre y trivial, no está mal como enseñanza exotérica de la Orden; pero ahora no se trata de saber cómo la explican los conferenciantes modernos de la Masonería, sino de ver qué interpretación daban los antiguos a este símbolo y de qué modo debe leerse como sagrado jeroglífico referente al verdadero sistema filosófico, esencia y carácter reales de la Francmasonería.

Para comprender bien este símbolo es preciso estudiar el culto del Falo, modificación peculiar del culto solar, que prevaleció grandemente en las naciones de la antigüedad.

El Falo era la representación escultórica del miembro viril, órgano masculino de reproducción. Dícese que el culto fálico nació en Egipto, en donde, después de haber sido asesinado Osiris por Tifón - lo cual representa la privación o destrucción de la luz solar hecha por la noche, - Isis, su esposa - símbolo de la naturaleza, - encontró todos los pedazos del cuerpo despedazado del dios, excepto los órganos de generación, cuyo

mito simboliza simplemente que el poder fecundador y vitalizante del sol cesa al ponerse este astro.

Era cosa corriente representar estas imágenes en forma gigantesca ante las puertas de los templos antiguos. Luciano habla de dos Falos colosales, cada uno de los cuales tenía ciento ochenta pies (85 ms.) de altura, existentes en el antepatio del templo de Hierápolis.

Muller dice en su *Ancient Art and its Remains* que, según Leake, el Falo colosal colocado sobre la tumba del rey lidio Haliates, yace cerca de ella todavía. No es un Falo entero, sino únicamente la cabeza de él, y tiene doce pies de diámetro por abajo y nueve sobre las glándulas.

Tan universal era este culto, que hasta se ha encontrado el Falo entre los salvajes americanos. El doctor Arthaut descubrió en 1790 una imagen fálica de mármol en una caverna de la isla de Santo Domingo.

Por lo tanto, el culto fálico era universal entre los antiguos, como símbolo del principio masculino de la naturaleza, y como rito religioso, sin darle ninguna significación lasciva o impura. Sonnerat ("*Voyage aux Indes*" Oriental, I, pág. 118), observa que la conducta y la moral de quienes practican este culto son de las más puras e intachables, y que jamás se le pudo ocurrir al pueblo hindú ni a sus legisladores, que cualquier cosa natural pudiera ser groseramente obscena. Sir William Jones dice ("*Asiatic: Researches*", I, 254) que las mujeres de Asia, Grecia e Italia llevaban este símbolo como joya desde los tiempos más antiguos; y Clavel nos refiere que, en algunos pueblecitos de Bretaña, todavía existe semejante costumbre. Según Seely, el *Lingam*, o Falo indio, se encuentra con tanta frecuencia en el Indostán como la cruz en los países católicos ("*Wonders of Elora*"), pág. 278).

Algunos comentaristas suponen que el Falo es el dios llamado con el nombre de Baal - peor en el Libro de los

Números, al que rendían culto los moabitas (“Números” XXV, 1-3. Véase también el *Salmo CVI, 28* “*Alegráronse asimismo a Baal-peo, y comieron los sacrificios de los muertos*”. Esta última expresión se refiere claramente, según Russell, a las cualidades físicas de la materia, y a la época en que la muerte, debido a la falta de calor solar en el invierno, se apodera de la tierra. Según él, Baal-peor era el sol ejerciendo sus fuerzas fecundantes (“*Connection of Sacred and Profane History*”). Este mismo símbolo era común en las naciones de la India y recibía el nombre de “*Lingam*”.

Pero el Falo o *Lingam* no era más que una representación del principio masculino. Para completar el círculo de la generación es necesario dar un paso más. De esto modo encontramos en el *Cteis* de los griegos y el *Yoni* de los hindú un símbolo del principio femenino de generación, cuyo culto estaba tan extendido como el del Falo. El *Cteis* era un pedestal o receptáculo circular y cóncavo, sobre el cual descansaba el Falo o columna, surgiendo del centro.

La forma más corriente de representación era la unión del Falo y el *Cteis*, o del *Lingam* y el *Yoni*, lo cual está completamente de acuerdo con todo el sistema de la antigua mitología, fundada en el culto rendido a las fuerzas prolíficas de la naturaleza.

Todos los numerosos dioses del paganismo pueden reducirse siempre a las dos diferentes formas del principio reproductor: la activa, o masculina, y la pasiva o femenina. Por eso, los dioses se clasificaban a pares; como, por ejemplo, Júpiter y Juno, Baco y Venus, Osiris e Isis.

Pero los antiguos iban todavía más lejos, pues, creyendo que las fuerzas productiva y procreativa de la naturaleza se podían concebir existiendo en un mismo individuo, hicieron hermafroditas a sus dioses más antiguos y emplearon la palabra hombre-virgen para significar la unión de los dos sexos en una

misma persona divina. El siguiente párrafo de la Biblia se refiere indudablemente a esta concepción del divino hermafroditismo: "*Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó: macho y hembra los creó*". "*Y habiendo sido creados macho y hembra lo fueron a Imagen de Dios*).

Por ejemplo, en un Himno órfico, se encuentra la siguiente línea: *Jove fue creado hombre y virgen immaculado*. Y Plutarco dice en el Discurso sobre Isis y Osiris que "*Dios, que es una inteligencia masculina y femenina, siendo a la vez vida y luz, creó otra inteligencia, el Creador del Universo*".

Ahora bien, los antiguos suponían que el sol - energía fecundante masculina, - y la naturaleza o universo - prolífico principio femenino, - representaban también este hermafroditismo de la Divinidad Suprema.

Al ser animado el mundo por Dios, dice Creuzer en su obra "Symbolism", recibió de él los dos sexos, representados por el cielo y la tierra. El Cielo, como principio fecundante, era masculino y manantial del fuego; la tierra, como fecundada, era femenina y de ella salía la humedad. Todas las cosas procedían de la unión de estos dos principios. Las energías vivificantes de los cielos se concentraban en el sol; y la tierra, eternamente fija en el lugar que ocupa, recibía las emanaciones de ese astro, por medio de la luna, que siembra en la tierra los gérmenes depositados por el sol en su seno fértil. El *Lingam* es a la vez el símbolo y el misterio de esta idea religiosa.

Esta idea se simbolizaba de diferentes modos, siendo la principal el punto dentro del círculo. El punto representaba al sol, y el círculo al universo, vigorizado y fertilizado por sus fecundantes rayos. En algunas cavernas-templos de la India, esta alusión es manifiesta, pues se encuentran los signos del Zodíaco dibujados en el círculo.

Hasta aquí hemos llegado en la verdadera interpretación del simbolismo masónico del punto situado dentro del círculo,

el cual es lo mismo que el Maestro y los Vigilantes de la Logia, aunque con diferente forma. El Maestro y los Vigilantes son símbolos del sol; la Logia, del universo, del mismo modo que el punto lo es del astro-rey, y el círculo, del universo.

Pero todavía no hemos explicado las dos líneas perpendiculares y paralelas. Todo el mundo conoce la reciente interpretación de que estas líneas representan los dos santos Juanes, el Bautista y el Evangelista, lo cual que debemos dejar a un lado, si queremos conocer su verdadera significación.

En primer lugar, debemos tener presente que el sol pasa, al describir su órbita, por los signos zodiacales de Cáncer y Capricornio, cuyos puntos se distinguen en Astronomía con los nombres de solsticios de verano y de invierno. Cuando el sol se encuentra en ellos, llega a la mayor declinación septentrional y meridional, produce el efecto más evidente en la temperatura de las estaciones y en la duración de los días y de las noches.

Si suponemos que el círculo representa el curso aparente del sol, los paralelos indicarán los límites Sur y Norte de la declinación solar, cuando este astro llega a los puntos solsticiales de Cáncer y de Capricornio.

Los días en que el sol llega a esos puntos son el 21 de junio y el 22 de diciembre, lo cual explicará fácilmente que se hayan dedicado a los santos Juanes, cuyos aniversarios celebra la Iglesia en esos días.

Capítulo XVI

El techo de la Logia

Otro de los símbolos es el techo de la Logia, última referencia nuestra a este simbolismo del mundo o universo. Baste saber que este techo se supone que figura "el celaje" o firmamento en que se representa la hueste de estrellas, para cerciorarnos de la continua alusión al simbolismo del mundo.

La Logia, como representación del mundo, no tiene más techo que los cielos. Tal era la opinión de algunos antiguos adoradores del sol, cuyo culto realizaban siempre al aire libre, Porque creían que no existía templo alguno capaz de contener al sol. De ahí la sentencia "*Mundus universus est templum solis*" el universo es el templo del sol. Como nuestros antiguos hermanos, adoraban únicamente "en las más elevadas cumbres" la que es otra analogía importante.

Si no fuera porque otro símbolo - la escalera teológica - está íntimamente relacionado con este tema no seguiríamos tratando de él. La escala mística, que une el pavimento de la Logia con su techo, es otro lazo importante que enlaza la cadena común del simbolismo y de las ceremonias de la Francmasonería con el simbolismo y los ritos de la; antiguas iniciaciones.

La escala mística, que en la Francmasonería simbólica es 9a escalera teológica que Jacob vio que llegaba desde la tierra al cielo", era un símbolo muy difundido entre las naciones antiguas, y se suponía que estaba compuesta de siete escalones.

En los Misterios de Mitra, cuyos grados iniciáticos ascendían a siete, había una elevada escalera de siete escalones o puertas, cada una de las cuales se dedicaba a un planeta, el que, a su vez, se representaba por un metal, siendo el escalón más

elevado el que simbolizaba el sol. Empezando por abajo se tenía: Saturno, representado por el plomo; Venus, por el estaño; Júpiter, por el bronce; Mercurio, por el hierro; Marte, por una mezcla de metales; la Luna, por la plata, y el Sol, por el oro. El conjunto simbolizaba el curso sideral del orbe solar a través del universo.

En los Misterios de Brahmá se encuentra la misma referencia a la escalera de siete peldaños, alusiva al universo. Los siete peldaños eran emblemas de los siete mundos del universo indio. El inferior era la Tierra; el segundo, el Mundo de la Reencarnación; el tercero, el Cielo; el cuarto, el Mundo Medio, o región intermedia entre los mundos inferiores y superiores; el quinto, el Mundo de los Nacimientos, en el cual vuelven a nacer las almas; el sexto, la Mansión de la Felicidad, y el séptimo, o más elevado, la Esfera de la Verdad, morada de Brahmá, quien no es sino un símbolo del sol, con lo cual llegamos una vez más al simbolismo masónico del universo y del globo solar.

El Dr. Oliver cree haber encontrado la escalera mística de los Misterios escandinavos en el sagrado árbol Idrasil, pero la alusión a la división septenaria es tan imperfecta o, por lo menos, tan abstrusa, que nos resistimos a incluirla en nuestro catálogo de coincidencias. En el Asgard, o morada de los dioses, se encuentra el fresno Idrasil, a cuya sombra se reúnen diariamente aquellos para hacer justicia. Las ramas de este árbol se extienden sobre todo el mundo y llegan hasta los cielos. Tenía tres raíces, muy distantes entre sí: una de ellas arraigaba entre los dioses; otra, entre los gigantes del abismo, y la tercera, cubría el *Nitlheim* o infierno, y bajo esta raíz se encontraba la fuente *Vergelmer*, de donde manaban los ríos infernales

Sin embargo, no cabe duda de que en este árbol sagrado se encuentra la misma alusión que en la escala de Jacob, a una ascensión desde la tierra, en que arraigan sus raíces, hasta el

cielo, donde se expanden sus ramas, cuyo ascenso no es sino el cambio de la mortalidad a la inmortalidad, del tiempo a la eternidad, doctrina enseñada en todas las iniciaciones. La subida de la escala o del árbol representa el ascenso desde esta vida a la futura, desde la tierra al cielo.

Creemos innecesario llevar más lejos estos paralelismos. Sin embargo, cualquiera puede ver que se alude indudablemente en ellos a esa división septenaria que predominó universalmente en el mundo antiguo, cuya influencia todavía se deja sentir en nuestra vida común y en la medida del tiempo.

El siete era el número perfecto de los hebreos, que por eso lo empleaban en todos sus ritos sagrados. La creación se terminó en siete días; siete sacerdotes, llevando siete trompetas dieron vueltas alrededor de las murallas de Jericó durante siete días; Noé recibió la noticia de que iba a empezar el diluvio siete días antes; siete personas le acompañaban en el arca que encalló en el monte Ararat al séptimo mes; la construcción del templo de Salomón duró siete días. Podríamos citar mil ejemplos más de la repetición de este número talismánico, si tuviéramos tiempo y lugar para ello.

Los gentiles veneraron también este número sagrado. Pitágoras decía que era "el número venerable". La división septenaria del tiempo en semanas de siete días, que no es universal como se cree generalmente, basta para demostrar la influencia de este número. También es cosa curiosa, por referirse quizás a la escalera de siete peldaños que hemos estado estudiando, que en los antiguos misterios se lavara al candidato siete veces en el agua bendita del bautismo según cuenta Apuleyo.

Es, pues, una anomalía creer que la escalera mística de la Francmasonería tiene sólo tres peldaños, anomalía que no tiene que ver nada con la Francmasonería y que procede de la

ignorancia de quienes grabaron en nuestros Manuales los símbolos masónicos por vez primera.

La escalera de la Francmasonería, como todas las equivalentes de instituciones semejantes, tuvo siempre siete peldaños, aunque actualmente se aluda solamente a los tres superiores o principales. Estos peldaños son, empezando por el inferior: Templanza, Fortaleza, Prudencia, justicia, Fe, Esperanza y Caridad. La Caridad, por lo tanto, ocupa el mismo lugar en la escala masónica de virtudes que el sol en la de planetas. En la escala de metales el oro ocupa la misma elevada posición, y en la de colores, el amarillo.

San Pablo entiende que la Caridad no consiste en dar limosnas, sino en amar con ese amor que "sufre mucho y es benévolo" Cuando en nuestras conferencias masónicas decimos que la Caridad es la virtud suprema, pues cuando se pierden la fe y la esperanza, llega ella "*hasta más allá de la tumba a los reinos de la felicidad eterna*", aludimos al Divino Amor del Creador. Además, Portal dice en su *Essay on Symbolic Colors* que el sol representa el Amor Divino y que el oro indica la bondad de Dios.

De modo que, si la Caridad es equivalente al Amor Divino, y éste se representa por medio del Sol, y, por último, si la Caridad es el peldaño más alto de la escala masónica, habremos llegado como resultado de nuestras investigaciones al símbolo tan repetido del orbe solar. El sol natural o espiritual - el sol, como principio vivificante de la naturaleza animada y, por ende, objeto especial de adoración, o corno instrumento más descartado de la benevolencia del Creador - fue siempre una idea directriz en el simbolismo de la antigüedad.

Su preponderancia en la Institución masónica, es una prueba evidente de la íntima analogía de la Francmasonería con todos los demás sistemas simbólicos. Explicar cómo se adoptó por primera vez esta analogía y de qué forma se podría dilucidar

sin detrimento de la pureza y veracidad de nuestro carácter religioso, implicaría una larga y pesada investigación en los orígenes de la Francmasonería y en la historia de su relación con los demás sistemas antiguos.

Podríamos llevar más lejos todavía nuestras investigaciones; pero hemos dicho ya lo suficiente para establecer los siguientes principios fundamentales:

1. Que la Francmasonería es, estrictamente hablando, una ciencia de simbolismo.

2. Que hay gran analogía entre este simbolismo francmasónico y el de los ritos místicos pertenecientes a las religiones antiguas.

3. Que del mismo modo que en las religiones antiguas el candidato simbolizaba el universo, y se convertía al sol, como su principio vivificante en objeto de adoración, o, por lo menos, de veneración, así también en la Francmasonería, la Logia representa el universo o el mundo y el sol se adopta como su símbolo más importante.

4. Que esta identidad de simbolismo es prueba de la identidad de origen, la cual es perfectamente compatible con el verdadero sentimiento religioso de la Francmasonería.

5. Y, por último, que todo el simbolismo de la Francmasonería alude exclusivamente a lo que los Cabalistas denominan el Algabil - el Maestro Constructor - o sea, el ser que conocen los francmasones con el nombre de Gran Arquitecto del Universo.

Capítulo XVII

Simbolismo ritualista

Hasta ahora nos hemos dedicado solamente a estudiar los sencillos símbolos que expresan una idea independiente y simple, los cuales han recibido, a veces, el nombre de "alfabeto de la Francmasonería" cosa impropia, puesto que las letras del alfabeto no tienen aisladas significación alguna, lo que no ocurre con los símbolos masónicos. Las letras son únicamente las partes de que se componen las palabras, las cuales representan ideas.

Estos símbolos masónicos pueden compararse mejor a los caracteres elementales del lenguaje chino, cada uno de los cuales representa una idea; o, mejor todavía, a los jeroglíficos de los antiguos, en los que un objeto se representaba plenamente por otro que tenía alguna relación subjetiva con él; por ejemplo, el viento se simbolizaba por las alas de un ave, y el valor por la cabeza y la espalda de un león.

Es el mismo sistema empleado en Francmasonería, en la que se representa la rectitud por la plomada; la igualdad humana por el nivel, y la concordia o armonía por la llana. Cada símbolo es independiente de por sí y expresa una sola idea elemental.

Pero hemos llegado ya a una división superior del simbolismo masónico, que, traspasando estos símbolos tangibles, nos sitúa ante otros de más abstrusa naturaleza, y, que, por desarrollarse en forma ceremonial y estar dirigidos e intervenidos por el ritual de la Orden, pueden designarse con el nombre de simbolismo ritualista de la Francmasonería.

Nuestro deseo es que se ponga especial atención en esta división superior. Con objeto de poner algunos ejemplos de la

definición que hemos dado, elegiremos unas cuantas de las más notables e interesantes ceremonias del ritual.

Nuestras primeras investigaciones se enfocaron hacia el simbolismo de los objetos; las próximas, tratarán del simbolismo de las ceremonias.

En las explicaciones que nos aventuraremos a dar sobre el simbolismo ritualista, o simbolismo de las ceremonias, habremos de aludir continuamente a lo que ya hemos mencionado, es decir, a la analogía existente entre el sistema de la Francmasonería y los antiguos ritos y Misterios. Por lo tanto, vamos a estudiar una vez más la identidad de su origen.

Todos los grados del Arte Antiguo de la Francmasonería contienen algunos de estos símbolos ritualistas. Las lecciones de la Orden, se velan siempre bajo la vestidura de las alegorías. Pero nosotros no hemos de tratar más que de las más importantes. Por ejemplo, de los ritos de descalzamiento, de investidura, de circunvalación y de revelación.

Capítulo XVIII

Rito de descalzarse

El rito de descalzarse o desnudar los pies al aproximarse a un lugar sagrado, se deriva de la palabra latina *discalceare*, quitarse el calzado. Esta costumbre tiene en favor suyo el prestigio de su antigüedad y su universalidad.

Según el párrafo del Éxodo, en que el Ángel del Señor dice al patriarca desde la zarza ardiente: "*No te llegues acá: quita tus zapatos de tus pies, porque el lugar en que estás tierra santa es*" (Éxodo III-5), no sólo se ve que este rito estaba muy extendido, en tiempos de Moisés, sino que también se comprendía bien su significación simbólica.

Clarke opina en sus *Commentaries*, que las naciones orientales derivaron de este mandato la costumbre de realizar su culto religioso con los pies descalzos; pero lo más probable es que esta ceremonia se emplease mucho tiempo antes del episodio de la zarza, y que el legislador judío la conociese ya como signo de reverencia.

Tal es lo que opina el Obispo Patrick, quien cree que la costumbre se derivó de los antiguos patriarcas, transmitiéndola la tradición de generación en generación.

Existen abundantes pruebas en los autores antiguos de la existencia de esta costumbre entre las naciones gentiles y judía. Vamos a citar unas cuantas, coleccionadas por el Dr. Mede.

Pitágoras ordenaba a sus discípulos que: "*Ofrece tu sacrificio y rinde culto con los pies descalzos*". Justino Mártir dice que los sacerdotes ordenaban a quienes asistían a los templos gentiles que se quitasen los zapatos. Drusio dice en las

Notas al libro de Joshuá, que en las naciones de Oriente era deber piadoso el hollar el pavimento del templo con los pies desnudos.

El gran expositor de la ley judía Maimónides, afirma que *"no se permitía a los hombres entrar en la montaña de la casa de Dios con los zapatos puestos, ni con su cayado y vestiduras de trabajo o con los pies cubiertos de polvo"*. Rabí Salomón hace la misma observación al, comentar el mandamiento del Levítico XIX, 30: *"Mi santuario tendréis en reverencia."*

El Doctor Oliver dice que *"el acto de ir con los pies descalzos se consideró siempre como señal de humildad y de reverencia; los sacerdotes oficiaban siempre con los pies descalzos en sus templos, aunque a menudo esto perjudicaba a su salud"*.

Mede cita la siguiente frase de Zago Zaba, obispo etíope que envió como embajador el rey David de Abisinia a Juan III de Portugal: *"No se nos consiente entrar en la iglesia más que con los pies descalzos"*.

Los mahometanos se dejan las babuchas a las puertas de las mezquitas. Los druidas practicaban la misma costumbre siempre que celebraban sus ritos, y dicese que los antiguos peruanos dejaban su calzado en el pórtico cuando entraban en el magnífico templo consagrado al culto del sol.

Adam Clarke cree que la costumbre de rendir culto a Dios con los pies descalzos estaba tan extendida en todas las naciones de la antigüedad, que puede considerarse como una de las trece pruebas de que la raza humana entera procede de un tronco común.

Este rito se puede explicar con la siguiente teoría: Los zapatos, sandalias o babuchas se llevaban para proteger los pies contra la suciedad de la tierra. Continuar llevándolos en un lugar consagrado sería aceptar tácitamente que éste también estaba manchado y podía contaminar. Pero, como el carácter del lugar sagrado excluye la idea de impureza, era preciso manifestarlo

descalzándose y limpiándose los pies siempre que se entraba en él.

Actualmente nos descubrimos la cabeza para expresar el sentimiento de estimación y respeto. Pues bien, antiguamente, el casco o yelmo protegía la cabeza contra los ataques de insospechados enemigos; pero no se podía temer a quien se estimaba y respetaba. Por eso el destocarse la cabeza significaba ilimitada confianza en la persona a quien se saludaba así.

El rito de descalzarse, es, por lo tanto, un símbolo de reverencia y significa, según el lenguaje del simbolismo, que el lugar a que uno se aproxima tan humilde y reverentemente está consagrado a un santo propósito.

El francmasón inteligente aplicará sin duda este rito al tercer grado, que es el más importante y sublime de los de la Francmasonería. Las solemnes lecciones que enseña la sagrada escena que representa las impresionantes ceremonias que a él conducen, están calculadas de tal modo que inspiran respeto y reverencia.

Sólo una vez al año se permitía al gran sacerdote entrar con los pies descalzos después de escrupulosa purificación en el Santo de los Santos del templo, cuando el arca de la alianza se había depositado en un lugar adecuado y el Shekinah se cernía sobre ella. Entonces pronunciaba, con respetuosa veneración, el tetragrámaton, o palabra omnífica.

Antes de entrar en la Logia del Maestro Masón ese Santo de los Santos, donde se inculcan las solemnes verdades de la muerte y de la inmortalidad debe el aspirante purificar su corazón de toda mancha y recordar, con su verdadero significado, estas palabras que una vez oyera el antiguo patriarca con verdadero pasmo: *"Quita tus zapatos de tus pies, porque el lugar en que tú estás tierra santa es"*.

Capítulo XIX

Rito de la Investidura

El rito de la investidura es un simbolismo ritualista que tiene mayor importancia todavía que el anterior. Este rito nos induce a tratar del conocidísimo símbolo de la Francmasonería: el mandil de piel de cordero.

El rito de la investidura, o sea, el de poner al aspirante algún ropaje con objeto de indicar que está suficientemente preparado para asistir a las ceremonias que han de celebrarse más tarde, existió en todas las iniciaciones antiguas. Vamos a citar unas cuantas,

Así, por ejemplo, en la economía levítica de los israelitas los sacerdotes llevaban siempre puesto el *abnet*, o delantal blanco, el cual formaba parte de las vestiduras sacerdotales. Este y otros ropajes se usaban, según dice el texto, "para gloria y belleza", o como opina un sabio comentarista "como emblema de la santidad y pureza siempre caracterizada en la divina naturaleza y en el culto digno de Dios".

En los misterios persas de Mitra se investía el candidato con un cingulo, una corona o mitra, una túnica de púrpura y, por último, un mandil blanco, en cuanto había recibido la luz.

En las ceremonias iniciáticas practicadas en la India, se investía a los candidatos con el *sash* o *zenaar* sagrado, compuesto de nueve hilos que terminaban en un nudo, y que pendía desde el hombro izquierdo a la cadera derecha. Este es quizás el tipo o modelo de la banda masónica que se lleva o debe llevarse en la misma forma.

La secta judía de los esenios, que por su organización es la institución secreta de la antigüedad más inmediata a la

Francmasonería, investía siempre a sus candidatos con un ropaje blanco.

Por último, en los ritos escandinavos, en que el genio militar de este pueblo creó una iniciación guerrera, se entregaba al candidato un escudo blanco en vez del mandil, cuya ceremonia iba acompañada de ciertas enseñanzas, no muy diferentes de las que se dan al entregar el mandil masónico.

En todas estas clases de investiduras e independientemente del material y de su forma, se trataba de expresar la idea de pureza.

De ahí que en Francmasonería se aplique el mismo símbolo al mandil que, por ser el primer don que se hace al aspirante - el primer símbolo en que se le instruye - se conoce con el nombre de "distintivo del masón". Y no cabe mayor acierto, porque, sea cual fuere el progreso que consiga el candidato en el "Arte Real" y los arcanos a que le atraigan su sed de conocimiento y su devoción a la mística institución, nunca partirá sin el mandil, su primera investidura. Quizás cambie de forma, de decoración, teniendo en cada etapa una bella alusión distinta, pero siempre es el mismo; siempre proclama el honroso título que se le dio a conocer en la primera noche iniciática.

El significado del mandil, como símbolo de pureza, procede de dos fuentes: de su color y de su material. Por lo cual deben estudiarse estos dos puntos de vista antes de poder apreciarlo debidamente.

El mandil debe ser de color blanco inmaculado, color que en todos los tiempos ha representado la inocencia y la pureza. Gran parte de las vestiduras sacerdotales de los judíos eran blancos para representar este simbolismo. Por eso, se ordenó a Aarón que, cuando entrara en el Santo de los Santos a expiar los pecados del pueblo, se vistiera con ropa blanca y llevase un albo mandil o cinturón alrededor de los lomos.

Es cosa digna de tener en cuenta que la palabra hebrea *Laban*, que significa emblanquecer, denote también purificar; por eso se encuentran en las Sagradas Escrituras numerosas alusiones a este color como emblema de pureza. "Aunque tus pecados sean rojos, deben hacerse blancos como la nieve", dice Isaías; y jeremías exclama cuando describe la condición inocente de la antigua Sión: "*Sus nazaritas eran más puros que la nieve; más blancos que la leche*".

En el Apocalipsis el Espíritu promete recompensar a los vencedores con una piedra blanca; y en el mismo libro místico, se ordena al apóstol que diga que la justicia de los santos es una hermosa ropa limpia y blanca.

En los primeros tiempos del cristianismo se vestía a los catecúmenos con vestiduras blancas, significando con ello que se habían limpiado de los pecados pasados y que, desde entonces, debían llevar vida de inocencia y pureza. Por eso se les hacía la siguiente recomendación: "*Recibe la vestidura blanca y limpia, y consévala inmaculada ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo, para que puedas tener vida eterna*".

El alba blanca se emplea todavía en la Iglesia romana. Según el obispo England, su color "excita la piedad, enseñándonos la pureza de corazón y de cuerpo que debemos poseer para presenciar los santos misterios".

Los gentiles rendían el mismo culto a la significación simbólica de este color. Los egipcios, por ejemplo, decoraban la cabeza de su divinidad principal, Osiris, con una blanca tiara, y sus sacerdotes usaban ropas del más blanco lino.

Los discípulos de Pitágoras cantaban los himnos sagrados cubiertos de ropajes blancos.

Los druidas daban vestiduras blancas a los iniciados que habían alcanzado el último grado, o sea el de perfección, para enseñar al aspirante que únicamente se concedía semejante

honor a quienes se habían limpiado de todas las impurezas del cuerpo y del alma.

En todos los Misterios y ritos religiosos de las demás naciones antiguas se observa la misma costumbre de llevar vestidos blancos.

Portal, dice en su Tratado sobre los colores simbólicos que el "blanco" símbolo de la divinidad y del sacerdocio, representa la sabiduría divina; aplicado a una joven virgen, denota Virginidad; a una persona acusada, inocencia, y a un juez, justicia", y añade que, *"como signo característico de pureza, es una promesa de esperanza después de la muerte"*, lo cual es apropiadísimo al empleo que de él se hace en la Francmasonería. Por todo cuánto hemos dicho se verá cuán acertadamente se adoptó este color en el sistema masónico para simbolizar la pureza, simbolismo que se encuentra en todos los grados del ritual, siempre que se empleen vestiduras o insignias blancas.

En cuanto al material con que se hace el mandil es preciso que sea de piel de cordero, pues no puede sustituirse por ninguna otra sustancia, como por ejemplo la seda, el lino o el satén, sin destruir por completo el simbolismo de la investidura. Sabido es que el cordero *"se ha considerado en todas las épocas como emblema de inocencia"*, como dice el ritual, particularmente en las iglesias cristianas y judías.

No sería difícil dar numerosas citas sobre el particular, pues las hay abundantísimas en el Antiguo Testamento, en donde se dice que los israelitas elegían corderos para sus ofrendas de pecado y de fuego, y en el Nuevo, donde la palabra cordero se emplea continuamente para simbolizar inocencia.

"El cordero pascual", dice Didron *"que comieron los israelitas la víspera de su partida; es el tipo de ese otro Cordero divino, de quien participan en Pascua de Resurrección los cristianos para librarse de las cadenas que les aferran al vicio"*. Los cristianos pintaron siempre al cordero pascual, con una cruz,

para simbolizar a Cristo crucificado, "*ese immaculado Cordero de Dios, que fue muerto desde la creación del mundo*".

Por eso se une el material del mandil a su color para dar a la vestidura francmasónica la significación simbólica de pureza. Esto, añadido al hecho que ya hemos expuesto, de que la ceremonia de investidura era común a todos los ritos religiosos de la antigüedad, es otra prueba más de la identidad de origen de estos ritos con la institución masónica.

También indica este simbolismo el carácter religioso y sagrado que trataron de imprimir a la Francmasonería sus fundadores relacionado con las cualidades morales y físicas exigidas a nuestros candidatos, puesto que en las Logias masónicas ocurre lo propio que, en la iglesia judía, que no permitía que "*ningún hombre imperfecto se acercara al altar*".

Lo mismo ocurría en el sacerdocio pagano, el que consideraba deshonoroso que sirvieran a los dioses los lisiados, cojos e imperfectos.

El sacerdocio judío y el pagano no permitían que se aproximasen a las cosas sagradas los impuros y pervertidos.

El mandil puro e immaculado de piel de cordero, simboliza, pues, en Francmasonería esa perfección de cuerpo y pureza de alma que son cualidades esenciales de quien desea participar en sus sagrados misterios.

Capítulo XX

Simbolismo de los Guantes

La investidura de los guantes tiene íntima relación con la del mandil, de tal modo que al estudio del simbolismo del último debe seguir innecesariamente, el de los primeros.

En los ritos continentales de la Francmasonería, practicados en Francia, Alemania y otros países es costumbre invariable regalar al candidato recién iniciado no sólo un blanco mandil de cabritilla, sino también un par de guantes para él y otro para su esposa. Este último par debe regalarlo él, a su vez, a su mujer o prometida, según la costumbre de los masones alemanes, o según la de los franceses, a la mujer que más quiera, lo que en realidad viene a ser lo mismo.

Todo lo cual, tiene su simbolismo, como todo lo de la Francmasonería. Al entregar los guantes al candidato se le quiere enseñar que los actos de todo francmasón deben ser tan puros e inmaculados como los guantes que se le regalan. En las Logias alemanas sustituyen la palabra actos por *handlungen*, o *handlings*, “las obras de sus manos” con lo que se da mayor fuerza al símbolo.

El Dr. Roberto Plot - que no fue partidario de la Francmasonería, pero sí un sabio historiador, - dice en su *Natural History of Staffordshire*, que en su época (1660) la Sociedad de los Francmasones regalaba a los candidatos guantes para ellos y para sus esposas. Esto demuestra que la costumbre, que todavía se conserva en el continente europeo, se practicó antes en Inglaterra, en donde con frecuencia se da al olvido, igual que en América.

Pero, aunque ya no se practica en América e Inglaterra la costumbre de regalar los guantes al candidato, sin embargo, todavía forma parte esta prenda de la vestidura profesional del francmasón en la Logia y en las procesiones. En muchas logias bien regularizadas sus miembros llevan tan metódicamente los guantes blancos como el mandil.

El simbolismo de los guantes no es en realidad más que una modificación del mandil. Los dos significan lo mismo, puesto que aluden a la purificación de la vida. El Salmista dice: "*¿Quién escalará la montaña del Señor? ¿Quién permanecerá en su lugar sagrado? El que tenga las manos limpias y puro el corazón*".

Puede decirse que el mandil se refiere al "corazón puro", y los guantes, a "las manos limpias". Pero ambos significan purificación, la purificación que se simbolizó siempre con la ablución que precedía a las antiguas iniciaciones en los Misterios sagrados.

Pero, a pesar de que los masones americanos e ingleses aceptan tan sólo el mandil, y rechazan los guantes como símbolo masónico, parece ser que estos últimos son mucho más importantes en la ciencia simbólica, pues en todos los antiguos escritores se encuentran abundantes alusiones a las manos puras o limpias.

"*Las manos son los símbolos de las acciones humanas; las manos puras son acciones puras; las sucias, actos injustos*", dice Wemyss, en su *Clavis Symbolica*. Tanto los autores profanos como los sagrados aluden con frecuencia a este símbolo. El lavatorio de manos es el signo externo de la purificación interna. Por eso dice el Salmista: "*Lavaré mis manos en inocencia y daré vueltas a tu altar, ¡oh Jehová!*".

En los Antiguos Misterios el lavatorio de manos precedía a la ceremonia iniciática y servía para indicar simbólicamente que era necesario estar puro de todo crimen antes de ser admitido

a los ritos sagrados. Por ejemplo, en el templo de la Isla de Creta se leía la siguiente inscripción: *"Límpiate los pies, lávate las manos y, después, entra"*.

No cabe duda de que el lavatorio de manos, como símbolo de pureza, era un rito característico de los antiguos. Nadie osaba orar a los dioses antes de lavarse las manos. Homero hace decir a Héctor: *"Temo ofrendar a Jove el vino incensado con las manos sucias"*.

Eneas se niega, cuando parte de la ardiente Troya, a entrar en el templo de Ceres hasta que se lava en agua corriente las manos, manchadas en reciente lucha: *"Reciente todavía la lucha y la guerra sería impío que yo tocase las cosas sagradas antes de bañarme en el agua corriente"*.

La misma práctica prevaleció entre los judíos. Ejemplo notable de ello es la conocidísima acción de Pilatos, quien, cuando le pidieron los judíos que crucificase a Jesús, se presentó al pueblo y se lavó las manos con agua, diciendo: *"Soy inocente de la sangre de este justo; veréislo vosotros"*.

En la Edad Media, los obispos y sacerdotes se ponían guantes para celebrar las funciones religiosas. Estos guantes eran de lino de color blanco. Durandus, el célebre ritualista dice que *"los guantes blancos significan castidad y pureza; porque las manos se conservan limpias y libres de toda impureza"*.

Creemos innecesario dar más ejemplos. No cabe duda de que el empleo de los guantes en la Francmasonería es una idea simbólica tomada del antiguo lenguaje universal del simbolismo, y de que con ellos se trataba de expresar la necesidad imprescindible de llevar una vida pura.

Hemos visto que los guantes y el mandil proceden de una misma fuente simbólica. Veamos si tienen también el mismo origen histórico.

La adopción del mandil en la Francmasonería se debe indudablemente a que los albañiles empleaban en la Edad Media

esta prenda necesaria. Esta es una de las pruebas más evidentes de que nuestra ciencia especulativa se deriva del arte operativo.

Los constructores, asociados en compañías que via-jaban a través de Europa construyendo palacios y cate-drales, nos han dejado, como descendientes suyos, su nombre, su lenguaje técnico, y esa prenda de vestir con que se protegían los vestidos de las manchas que producía su trabajo. ¿Nos legaron también los guantes?

En los *Annales Archeologiques* de Didron hay un grabado en el que se copia la vidriería pintada de un ventanal existente en la catedral francesa de Chartres. Esta obra fue ejecutada en el siglo XIII, y representa a unos cuantos operarios trabajando. Tres de ellos se adornan con coronas de laurel. ¿Representarían acaso las tres luces o cargos importantes de la Logia? Todos los obreros llevan guantes. Didron manifiesta que en los antiguos documentos que él ha examinado se mencionan a menudo los guantes que se regalaban a los albañiles y picapedreros. En un número subsiguiente de los *Annales* cita los tres siguientes ejemplos:

En el año 1331, el castellano de Villaines, en Due-mois, compró gran cantidad de guantes para dárselos a los obreros, a fin de que "*se protegieran las manos contra la piedra y el mortero*".

En el mes de octubre de 1383, según dice un documento de aquella época, se compraron tres docenas de pares de guantes, distribuyéndose entre los operarios que comenzaban a construir la Cartuja de Dijón.

Por último, en 1486 o 1487, se entregaron a los albañiles y picapedreros de Amiens veintidós pares de guantes.

Es, pues, evidente, que los constructores de la Edad Media usaron guantes para protegerse las manos contra los efectos de su trabajo. Es también evidente que los francmasones especulativos han recibido de los operativos los guantes y el

mandil, que han dedicado aquellos a un fin más noble y glorioso que sus predecesores.

Capítulo XXI

El rito de la circunvalación

El rito de la circunvalación es otro símbolo ritualista que viene en apoyo de la identidad del origen de la Francmasonería con las ceremonias religiosas y místicas de los antiguos.

"Circunvalación" es el nombre con que designan los estudiantes de la Arqueología sagrada el rito religioso practicado en las antiguas iniciaciones, el cual consistía en hacer una procesión alrededor de un altar u otro objeto consagrado y santo.

Este rito parece haber sido universalmente practicado por los antiguos, y al principio aludía al curso aparente del sol en el firmamento, que va de oriente a occidente por el sur.

En la antigua Grecia los sacerdotes y el pueblo daban tres vueltas al altar cantando himnos u odas sagradas mientras verificaban los ritos de sacrificio. A veces y cuando el pueblo rodeaba el altar, únicamente el sacerdote era quien daba las tres vueltas en torno al mismo, girando hacia la derecha y rociándolo con agua santa y alimentos.

Al hacer esta circunvalación era condición precisa que el costado derecho diera a la parte del altar, y, por consiguiente, que la procesión se moviera de oriente a sur, y de sur a occidente y norte hasta volver de nuevo al este. De esta manera se representaba el curso aparente del sol.

Los griegos decían que esta ceremonia se dirigía des de la derecha a la derecha, que era la dirección del movimiento, y los romanos la aplicaban la voz *dextrovorsum* o *dextrorsum*, que significa la misma cosa.

Por ejemplo, Plauto hace decir a Palinuro, personaje de su comedia Curculio: "*Si quieres reverenciar a los dioses, da*

vueltas hacia la derecha". Gronovio dice, comentando este pasaje de Plauto: "*Cuando rendían culto a los dioses y cuando rezaban tenían la costumbre de girar hacia la mano derecha*".

Se conserva un himno de Calímaco que cantaban según se dice los sacerdotes de Apolo en Delos, mientras realizaban la ceremonia de circunvalación, y que dice en síntesis: "Nosotros imitamos el ejemplo del sol, y seguimos su curso bienhechor."

Obsérvese que esta circunvalación se verificaba cantando una oda sagrada. Cada una de las tres partes de la oda, la estrofa, la antistrofa y el epodo, se cantaban en una parte determinada de la procesión. La analogía entre el cántico de la oda por los antiguos y el recitado de un pasaje de las Escrituras en la circunvalación masónica, es evidente.

Los romanos empleaban la ceremonia circunvalatoria en los ritos de sacrificio, expiación o purificación. Por ejemplo, Virgilio describe a Corineo purificando a sus compañeros en el funeral de Miceno y pasando tres veces alrededor de ellos, mientras les rociaba con aguas lustrales. Para que tal cosa estuviera bien hecha, era preciso que girara en torno suyo dando hacia ellos su mano derecha. "*Tres veces rodeó a la multitud con agua pura, rociándola con una rama de olivo el líquido divino*" (La Eneida VI, 229).

En síntesis, era cosa tan corriente el que la ceremonia de circunvalación fuese unida a la de expiación o purificación, o, mejor dicho, hacer una procesión circular mientras se realizaba este último rito, que la palabra lustrare, cuyo significado primitivo es "purificar", llegó al fin a ser sinónima de circuire, circuir. De este modo la purificación y la circunvalación se expresaban a menudo con una sola palabra.

Los indos han practicado también el rito de la circunvalación; como ejemplo podemos citar las ceremonias que hacen los brahmanes al levantarse de la cama por la mañana, descritas por Colebrooke acertadamente en las *Asiatic*

Researches. El sacerdote adora primeramente al sol colocándose de cara a oriente; después, camina hacia occidente por el sur diciendo al mismo tiempo "*Yo sigo el curso del sol*", que explica diciendo que "*Así como el sol gira alrededor del mundo, siguiendo el camino del sur, yo también imito a esta luminaria, para obtener el beneficio que produce el dar la vuelta a la tierra por el camino del sur*".

Y, por último, también los druidas conservaban este rito, cuya "danza mística" en torno de los *cairnos* o piedras sagradas, no es sino el rito de la circunvalación. En estas ocasiones el sacerdote hace tres rodeos, desde oriente a occidente, dando la derecha hacia el altar o *cairno*, acompañado de todos los prosélitos.

Tan sagrado era este rito, que, según Toland en las islas escocesas, antaño sede principal de la religión druídica, "*no llegaba nunca el pueblo hasta los cairnos de sacrificio en que ardía el fuego, sino que daban tres vueltas en torno suyo, siguiendo el curso del sol*". Esta vuelta sagrada por el sur se llamaba *Deiseal*; mientras que la contraria o *impía*, es decir, la del norte, recibía el nombre de *Tuapholl*.

Además, este autor opina que la palabra *Deiseal*, se deriva "*de Deas, la derecha (sobreentendiéndose mano) y soil, uno de los antiguos nombres del sol. La mano derecha era la que se encontraba más próxima al montón de piedras, mientras se daban las vueltas*".

Podríamos continuar estas investigaciones y encontrar el rito de la circunvalación en las demás naciones de la antigüedad; pero creemos haber dicho bastante ya para demostrar su universalidad, como asimismo la persistencia con que se conservó el número místico de vueltas y el giro constante a la derecha, desde oriente a occidente, yendo por el sur. Creemos que esta singular analogía con el mismo rito de la Francmasonería debe llevarnos a la conclusión de que la fuente

común de todos estos ritos ha de hallarse en el origen idéntico de la Francmasonería espuria o misterios paganos y de la Francmasonería pura y primitiva, de la cual se separaron los primeros únicamente para corromperse.

Revisando todo cuando hemos dicho sobre este tema, se observa que la esencia de este rito antiguo consistía en hacer la circunvalación del altar desde oriente a sur, de sur a occidente, y de este punto al norte, para volver de nuevo al oriente.

El rito masónico de circunvalación está de acuerdo con este hecho del rito antiguo.

Pero hemos admitido que este rodeo hecho a la derecha simbolizaba el curso aparente del sol alrededor de la tierra.

Vuélvese a ver en esto la repetidísima alusión francmasónica al culto solar, que ya hemos estudiado en el tema de los oficiales de la Logia y en el del punto dentro del circulo. Y como la circunvalación se realiza alrededor de la Logia, del mismo modo que el sol gira al parecer en torno de la tierra, volvemos nuevamente al simbolismo original con que hemos comenzado: que la Logia es un símbolo del mundo.

Capítulo XXII

El rito de la revelación y el simbolismo de la Luz

El rito de la revelación al cual vamos a consagrar ahora nuestra atención es venero de muchos símbolos interesantes. En la ceremonia de la iniciación masónica existe un momento importantísimo: aquel en que el candidato está a punto de recibir la revelación completa de los misterios porque ha pasado, a la cual se ha hecho acreedor por medio de las pruebas y trabajos que ha realizado. Esta ceremonia recibe el nombre técnico de revelación, porque entonces se confía al candidato aquello que estaba buscando.

El Doctor Oliver dice, al tratar de los doce grandes puntos de la Francmasonería, que formaban parte de las antiguas lecturas Masónicas: *"Cuando se le daba la luz, el candidato representaba, a Asher, pues entonces se le hacía donación del glorioso fruto de la sabiduría masónica, del mismo modo que Asher era representado por los bocados exquisitos"* (*"Historical Landmarks"*, vol. I, lectura XI, Pág. 313).

Es equivalente a lo que se llamaba en los misterios antiguos "autopsia" o visión de aquello que únicamente se permitía contemplar a los iniciados (del griego que significa ver con los propios ojos). El candidato, que antes recibía el nombre de *mistes*, u hombre ciego (del griego "cerrar los ojos"), empezaba desde ese momento a cambiar su nombre por el de *epopta*, o testigo de vista.

Este rito revelador se dividía indudablemente en varias partes o períodos; puesto que la *aporreta*, o cosas sagradas de la Francmasonería, no se entregan enseguida, sino progresiva-

mente. Empieza, sin embargo, con la comunicación de la Luz, que, aunque no es más que la ceremonia que prepara el desarrollo de los misterios a seguir, debe considerarse como uno de los más importantes elementos del simbolismo masónico. Es tan importante y sus influencias y relaciones se infiltran tan profundamente en el sistema masónico, que hasta la misma Francmasonería se conocía antiguamente con los nombres de Lux o Luz, queriendo significar con ello que era la sublime doctrina de la Verdad divina, por medio de la cual se ilumina el sendero de quien ha llegado a conseguirla en su peregrinación por la vida.

El cosmólogo hebreo comienza a describir la creación del mundo con la siguiente frase: *"Y dijo Dios: Sea la luz, y fue la luz"*, frase que mereció en la forma más enfática del lenguaje original la alabanza de los críticos griegos, por su sublimidad. *"El singular y enfático mandato con que se llamó a la existencia a la luz, se debe probablemente a la utilidad destacada y a la gloria de ese elemento, junto a su misteriosa naturaleza, que hace que parezca el Dios de este nuevo mundo, y que mereció ser adorada por la humanidad primitiva"*.

La luz era el gran objetivo a alcanzar, de acuerdo con este sentimiento religioso antiguo. Fue, lo que es hoy día en Francmasonería, el símbolo de la verdad y del conocimiento. Tal fue siempre su antiguo simbolismo, que no debemos perder de vista cuando estudiemos la naturaleza y la significación de la luz masónica.

Cuando el candidato pide luz, no solicita únicamente la luz material que ahuyenta las tinieblas, forma externa tras de la que se oculta el simbolismo interno: no, él ansía una iluminación intelectual que barra la oscuridad de la mente y la ignorancia moral y que le presente el panorama de las sublimes verdades de la religión, la filosofía y la ciencia, en lo cual consiste el objeto fundamental de la Francmasonería.

En todos los sistemas antiguos predominó la veneración a la luz, como símbolo de la verdad. En todos los Misterios, el candidato pasaba por profunda obscuridad, hasta que, una vez terminadas las pruebas, era admitido en un *sacellum* o santuario intensamente iluminado, en donde llegaba a la luz perfecta y pura, y recibía las instrucciones necesarias para proporcionarle el conocimiento de la verdad divina, al que había aspirado y que otorgaba la institución.

Luz es, por lo tanto, sinónimo de la verdad y de conocimiento, y obscuridad, es de falsedad e ignorancia. Este simbolismo, no sólo se encuentra en las instituciones antiguas sino también en las lenguas.

Por ejemplo, la palabra hebrea *Aur* significaba luz; pero su plural, *Aurim*, denota la revelación de la verdad divina. Los *aurim* y los *thummim*, que literalmente significan las luces y las tinieblas, constituían una parte del racional, en donde encontraba el gran sacerdote las respuestas oraculares a las preguntas que hacía. *"Y pondrás en el racional del juicio Urim y Timmin"* (Exodo, XXVIII, 30). También los sacerdotes egipcios llevaban racionales, en los que dibujaban la figura de Ra, el sol, y de Thmé, la diosa de la verdad, representando, dice Gliddon, *"Ra, o el sol, en una doble capacidad - la luz física e intelectual - y Thmé en una doble capacidad también- justicia y verdad"* (*"Ancient Egypt"* pág. 33).

La palabra Luz del antiguo lenguaje egipcio tiene una particularidad digna de estudio. Para los egipcios la liebre era el jeroglífico de los ojos que están abiertos, jeroglífico que adoptaron porque suponían que este tímido animal nunca cerraba los órganos de visión, estando siempre alerta, por temor a sus enemigos. Más tarde, los sacerdotes adoptaron la liebre para simbolizar la iluminación mental o luz mística, que se revelaba a los neófitos en la contemplación de la verdad divina, durante la iniciación.

Según Champollion, la liebre era también el símbolo de Osiris, el dios principal; lo cual demuestra la íntima conexión que, según ellos, existía entre el proceso iniciático de los ritos sagrados y la contemplación de la naturaleza divina.

Ahora bien, la palabra hebrea que se aplica a la liebre es *aRNaBeT*, la cual se compone de las palabras *Aur*, luz, y *NaBaT*, contemplar o mirar. Por lo tanto, la palabra que significa en egipcio iniciación, quiere decir en hebreo mirar la luz. Esta coincidencia no puede ser accidental en dos naciones tan íntimamente unidas en la historia, como Egipto y Judea.

Esto demuestra que en aquella época prevalecía el sentimiento de que la comunicación de la luz era el objeto principal de los Misterios, tan principal y prominente, que la una era sinónimo de los otros. Débese este descubrimiento a F. Portal, que lo ha expuesto en su obra *"Los símbolos egipcios comparados con los de los hebreos"*. Existe una traducción inglesa de esta obra francesa hecha por el Hno. John W. Simons, de New York, la cual se ha publicado en el volumen 30 de la *"Universal Masonic Library"*.

El culto a la luz, ora en su pura esencia, ora en forma de culto solar o del fuego, fue una de las más primitivas y universales supersticiones del inundo. La luz era la fuente primordial de todo lo santo e inteligente; las tinieblas representaban, por el contrario, el mal y la ignorancia.

En un artículo publicado en la *Cyclopedia of Biblical Literature*, el Dr. Beard atribuye esta noción divina de la naturaleza de la luz sentida por las naciones orientales a que, en esta parte del mundo, *"la luz tiene gran claridad y brillo, el que va acompañada de intenso calor, que ejerce benéfica influencia, no conocida en climas más duros y fríos. La luz se convirtió fácilmente para los orientales en la representación del supremo bien humano. Todas las emociones alegres de la mente, todas las placenteras sensaciones de las creaciones humanas todas las*

horas dichosas de la vida doméstica, se describieron recurriendo a la imagenería de la luz. La transición de las cosas terrestres a las divinas y de las corpóreas a las espirituales fue cosa natural; de esta manera la luz llegó a representar la verdadera religión y la felicidad que ella proporciona".

"Pero como la luz no procede solamente de Dios, sino que también ilumina el camino que sigue el hombre, se empleó para significar la verdad moral, y sobre todo ese sistema divino de la verdad, expuesto en la Biblia, desde sus primeros alboreos hasta el mediodía del Gran Sol de la justicia "

Nos inclinamos a creer que el autor no anda equivocado en este pasaje al definir el símbolo sino a deducir su origen. La luz no se convirtió en objeto de veneración religiosa por la claridad y luminosidad de un cielo determinado, ni por la influencia cálida y confortante de un clima particular, pues el culto era universal, tanto en Escandinavia como en la India, sino por ser consecuencia inevitable y natural del culto al sol, principal divinidad del sabeísmo, fe que se infiltró extraordinariamente en el sentimiento religioso de la antigüedad. *"La más antigua deserción a la idolatría consistió en la adoración del sol y en el culto rendido a los demonios, llamados Baalim."* Bryant *"Análisis of Ancient Mythology"*, vol. III, página 431).

Se adoró a la Luz por ser emanación del sol, y, en el materialismo de la religión antigua, la luz y las tinieblas se personificaron como si fueran existencias positivas y enemigas. De modo que suponían que el mundo estaba gobernado por dos principios antagónicos, que presidían alternativamente los destinos humanos.

Las opiniones de Duncan sobre este tema son dignas de atenta lectura: *"La luz fue siempre uno de los objetos primarios de la adoración pagana. El esplendoroso espectáculo de la naturaleza perderla todo su encanto si el hombre perdiese la*

vista y la luz se extinguiese; porque lo desconocido e invisible tiene, en la práctica, tan poco valor como si no existiera”.

"La luz es fuente de felicidad positiva, pues apenas podría existir el hombre si careciese de ella; y, puesto que toda la opinión religiosa se basa en ideas de placer y dolor, y en las correspondientes sensaciones de esperanza y temor, no debe extrañarnos que los antiguos rindieran culto a la luz. Por el contrario, aborrecían la oscuridad, fuente de miseria y de terror, porque sumergía a la naturaleza en la nada y privaba al hombre de las emociones placenteras que proporciona el órgano de la vista. Las dos opuestas condiciones en que el hombre se encontraba, ocasionadas por el disfrute y la privación de la luz, le indujeron a imaginar que existían dos principios antagónicos en la naturaleza, a cuyo dominio se encontraba sujeto alternativamente".

"La luz multiplicaba sus goces; la oscuridad, los disminuían. La primera, se convirtió en amiga, y la última, en enemiga. Las palabras "luz" y "bien" y "obscuridad" y "mal" representaban ideas similares y llegaron a ser en el lenguaje sagrado voces sinónimas. Pero como no se creía que el bien y el mal procedieran de una fuente común, pues se suponía que la luz y la oscuridad no tenían el mismo origen, se distinguieron dos principios independientes en la naturaleza, de naturaleza totalmente diferente y características opuestas, que chocaban entre sí y producían efectos antagónicos. Tal fue el origen del famoso dogma, reconocido por todos los paganos e incorporado a todas las fábulas sagradas, cosmogonías y misterios de la antigüedad".

Las luchas entre el principio malo y el bueno, simbolizados por medio de la oscuridad y la luz, ocupan gran espacio en la mitología de todos los países.

Entre los egipcios, Osiris era la luz, o el sol; y su Tifón, su enemigo malo, que terminó por asesinarlo, era el representante de las tinieblas.

Zoroastro, el fundador de la antigua religión persa, enseñó la misma doctrina, y llamó al principio de la luz, o del bien, *Ormuz*, y al principio de la oscuridad o del mal, *Arimán*. El primero, nacido de la luz más pura, y el último, surgido de las más profundas tinieblas, luchan continuamente entre sí en esta mitología.

Manes, o Maniqueo, fundador de la secta maniquea en el siglo III, enseñaba la existencia de dos principios de los que proceden todas las cosas; uno de ellos es una materia pura y sutil, llamada Luz, y el otro, una substancia grosera y corrupta, denominada Tinieblas. Cada uno de estos principios depende de un ser superior y existente desde la eternidad. El ser que gobierna la Luz, se llama Dios; el que dirige las tinieblas recibe el nombre de *Hyle* o Demonio. El gobernador de la luz es supremamente feliz, bueno y benévolo; mientras que el de las tinieblas es desgraciado, malo y maligno.

Pitágoras mantuvo también esta doctrina de los dos principios antagónicos. A uno de ellos lo llamó unidad, luz, mano derecha, igualdad, estabilidad y línea recta; al otro, binario, tinieblas, mano izquierda, desigualdad, inestabilidad y línea curva. Atribuyó el color blanco al buen principio, y el negro, al malo.

Los cabalistas dedicaron a la luz un lugar importante en su sistema cosmogónico. Enseñaban que, antes de la creación del mundo, *Aur en soph*, o la Luz Eterna, llenaba todo el espacio, y que, cuando la Mente divina se determinó a producir la Naturaleza, la Luz Eterna se contrajo en un punto central, dejando en torno suyo un espacio vacío, en el cual se produjo el proceso de creación, por medio de las emanaciones surgidas de la masa central de luz. Creemos inútil describir la teoría

cabalística de la creación; baste decir que todo se hizo por medio de la influencia mediata de *Aur en Soph*, o la Luz Eterna, que produce materia basta, de un solo grado superior a la nada, únicamente cuando llega a estar tan atenuada y débil que parece perderse en las tinieblas.

La doctrina brahmánica es que *"la luz y las tinieblas son las eternas modalidades del mundo; quien sigue a la primera, no retorna, es decir entra en la eterna felicidad; mientras que el que sigue los caminos de la última, vuelve a renacer en la tierra"*, y pasa por diversas transmigraciones hasta que la luz purifica completamente su alma (véase el *"Bhagavad Gíta"*, uno de los libros religiosos del brahmanismo).

Cierto autor explica de la manera siguiente el culto rendido a la luz por las primeras naciones del mundo (*Blackgood's Magazine*, artículo sobre las *Castas y Creencias de la India*, vol. LXXXI, página 316): *"¿Puede asombrarnos acaso que las naciones primitivas adorasen a la luz? Retrotrayendo nuestro pensamiento hasta aquellos lejanos tiempos, lo que nos hubiera extrañado es que no la hubiesen rendido culto. El sol es vida y luz cíe todo cuanto existe en la tierra, lo cual hoy día sabernos mejor que antes. Moviéndose con su luz deslumbradora por el brillante iris del cielo, escudriña con calma real todo lo que ocurre debajo de él, y parece el verdadero dios de este hermoso mundo que Únicamente vive y florece bajo su sonrisa"*.

En todos los antiguos sistemas iniciáticos, se encerraba a los candidatos en lugares oscuros, con objeto de que se prepararan para recibir la luz, La duración del encierro variaba según los ritos. En los Misterios célticos del Druidismo, el aspirante permanecía en la oscuridad durante nueve días y nueve noches: en los Eleusinos de Grecia, era tres veces mayor el tiempo; y en los ritos de Mitra, aún más severos, se imponían nada menos que cincuenta días de oscuridad, soledad y ayuno a

los atrevidos neófitos, que, tras de soportar estas excesivas pruebas, estaban en condiciones de recibir la luz del conocimiento.

Se observa, por lo tanto, que el sentimiento religioso del buen y del mal principio, daba tanta importancia en su sistema simbólico a la oscuridad como a la luz.

Este mismo sentimiento religioso de los antiguos, modificado en sus detalles por nuestro mejor conocimiento de las cosas divinas, ha proporcionado a la Francmasonería un noble simbolismo: el de la Luz, y de las Tinieblas.

Las tinieblas son el símbolo de la iniciación. Con ellas, se trata de recordar al candidato su ignorancia, que la Francmasonería ha de desvanecer; su naturaleza mala, que la Francmasonería ha de purificar; y el mundo, en cuya oscuridad ha caminado hasta que la Francmasonería le rescate.

La luz es el símbolo de la autopsia, la visión de los misterios, la revelación, la completa fruición de la verdad y de la sabiduría masónicas.

Los Rosacruces, a los que han confundido algunos impropriamente con los Francmasones, emplearon la palabra *lux* para significar el conocimiento de la piedra filosofal, o el gran desiderátum de un elixir y disolvente universal. Esta era su verdad.

La Iniciación precede en la Francmasonería a la revelación del conocimiento, del mismo modo que la obscuridad precedía a la luz en las antiguas cosmogonías. Por eso dice el Génesis que, en el principio, *"la tierra se hallaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo"*. La cosmogonía caldea enseñaba que, en el principio, *"todo eran tinieblas y agua"*. Los fenicios suponían que *"el principio de todas las cosas fue un viento de aire negro, y un caos oscuro como el Erebo"*.

El "*Código del Manú* " dice que "*todo el universo era tinieblas indiscernibles, indistinguibles, como un profundo sueño, hasta que el invisible Dios existente de por sí, disipó la oscuridad al manifestarse con cinco elementos y otras formas gloriosas*" Sir William Jones, "*On the Gods of Greece*". "*Asiatic Researches*" I, 244).

Pero ante el mandato divino, la luz surgió de estas tinieblas, y la sublime frase: "*Sea la luz*", se repite substancialmente en todas las antiguas historias de la creación, en forma idéntica.

Lo mismo ocurre en la Francmasonería: de las tinieblas misteriosas surge el fulgor deslumbrante de la luz masónica. La una debe preceder a la otra, del mismo modo que la tarde a la mañana. "*Y fue la tarde y la mañana un día.*"

Este pensamiento se ha conservado en el gran lema de la Orden: *Lux e tenebris*, luz de las tinieblas, que equivale a esta otra sentencia: la verdad de la iniciación. *Lux*, o luz, es la verdad; *tenebrae*, u oscuridad, es iniciación.

Esta relación de las tinieblas con la luz, es una parte bella e instructiva de nuestro simbolismo, que bien merece investigaciones más profundas.

"*El Génesis y las cosmogonías hablan del antagonismo de la luz y las tinieblas*", dice Portal. La forma de esta fábula varia en cada nación, pero es fundamentalmente la misma siempre. Bajo el símbolo de la creación del mundo, se oculta un cuadro de regeneración e iniciación.

Plutarco dice que morir es iniciarse en los Grandes Misterios; y la palabra griega que significa morir, quiere decir también ser iniciado. El color negro, que es el color simbólico de las tinieblas, lo es también de la muerte. Por lo tanto, las tinieblas y la muerte, son símbolos de iniciación. Y por esta razón, todas las antiguas iniciaciones se celebraban por la noche.

Los Misterios se celebraban siempre por la noche. La misma costumbre existe en la Francmasonería, con idéntica explicación. La muerte y la resurrección se enseñaron en los Misterios, igual que en la Francmasonería. La iniciación era la lección de la muerte. La fruición entera, autopsia, o recepción de la luz, era la lección de regeneración o resurrección.

La luz, es, por lo tanto, un símbolo fundamental en Francmasonería. En realidad, es el primer símbolo importante que se explica al neófito y contiene en si la esencia misma de la Francmasonería especulativa, la cual no es otra cosa que la contemplación de la luz intelectual, o sea, de la verdad.

Como la Francmasonería ha recibido el nombre de *lux*, o luz, sus discípulos han sido denominados apropiadamente Hijos de la Luz. Por eso dice Bums en su célebre Despedida:

*Con vuestro grupo social he pasado
muchas felices y placenteras noches;
a menudo me honrasteis con el mando supremo
y presidí a los hijos de la luz.*

Capítulo XXIII

Simbolismo de la Piedra Angular

Tócanos ahora estudiar una importante ceremonia relacionada con el primer grado de la Francmasonería y referente al ángulo o rincón noreste de la Logia. En esta ceremonia el candidato se convierte en piedra angular espiritual. De ahí que sea preciso investigar el simbolismo de la piedra angular, para comprender debidamente el verdadero significado de la ceremonia simbólica.

La piedra angular, fundamento sobre el que se supone que descansa todo el edificio, es la piedra más importante de la construcción. Por lo menos esa es la opinión de los arquitectos. Por eso se define diciendo que es *"La piedra que descansa en el ángulo formado por dos paredes, uniéndolas; es la piedra principal, y, especialmente, aquella que forma el ángulo del fundamento de un edificio"* (Webster). Se coloca con solemne ceremonia, a menudo se invita a los Francmasones especulativos a que acudan para dar solemnidad al acto, cuya fecha es una de las más importantes de la construcción del edificio.

Los antiguos colocaban la piedra angular de sus edificios con grandes ceremonias que describe Tácito en la historia de la reconstrucción del Capitolio. Detalla él las ceremonias preliminares que consistían en procesiones de vestales, quienes daban vueltas al solar llevando guirnaldas de flores y lo consagraban con libaciones de agua.

Y, después, añade que, tras de una solemne plegaria, Helvidio a quien se había encomendado la reconstrucción del Capitolio, *"puso la mano sobre las cintas que adornaban la piedra fundamental, y las cuerdas con que ésta había de ser*

colocada en su lugar. En este instante los magistrados, sacerdotes, senadores, caballeros romanos, y un cierto número de ciudadanos asieron las cuerdas y arrastraron la pesada piedra hasta colocarla en su sitio entre demostraciones generales de júbilo. Luego, vertieron sobre ella lingotes de plata, oro y otros metales, previamente fundidos en un horno, y que todavía conservaban su primitiva pureza, sin haber sido tocados por artífice alguno".

La fecunda fantasía oriental, cree que la piedra angular es el símbolo apropiado del jefe o del príncipe, que es el defensor o baluarte de su pueblo. Particularmente las Escrituras dicen que el Mesías prometido iba a ser el sostén y apoyo de todo el que depositase su confianza en su divina misión.

Así, por ejemplo, en el Salmo CXVIII, 22, se dice: "*La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo, cuyas palabras, opina Clarke que "parecen referirse originalmente a David, al que rechazaron al principio los legisladores judíos, y, más tarde, eligió el Señor para rey de su pueblo Israel"*"; e Isaías XXVIII, 16, exclama: "*He aquí que yo fundo en Sión una piedra, piedra de fortaleza, de esquina, de precio, de cimiento estable*", palabras que se refieren claramente al Mesías que había de venir.

La importancia extraordinaria que tuvo esta piedra en el lenguaje del simbolismo, se atribuye a las propiedades que debe poseer toda piedra angular: firmeza, durabilidad, forma perfecta, y colocación especial en el ángulo formado por dos muros. La Francmasonería, única institución existente que ha conservado este antiguo y universal idioma, no podía olvidarse de adoptar la piedra angular como uno de sus símbolos más preciados y solemnes. Por eso ha relacionado con ella muchas de sus más importantes lecciones de moral y de verdad.

Ya hemos hablado de esa modalidad del simbolismo masónico que supone que la Francmasonería especulativa está

construyendo un templo espiritual, a imitación del material erigido por sus predecesores de Jerusalén. Fijemos por un momento la atención en este importante hecho, y volvamos a estudiar la afinidad existente entre las divisiones especulativa y operativa de la Francmasonería.

La Francmasonería operativa se diferencia de la especulativa en que, mientras aquélla se dedicaba a construir un templo físico, formado con los materiales más preciados extraídos de las canteras de Palestina, de las montañas del Líbano, y de las auríferas arenas de Ofir, ésta está levantando una mansión espiritual, una casa no hecha por manos de hombres, en la que se han substituido las piedras, el cedro y el oro, por virtudes del corazón, emociones puras del alma, ardientes afectos manados de las fuentes ocultas del espíritu, para que la presencia de Jehová, nuestro Padre y Dios, se atesore en nuestro interior, de la misma manera que su *Shekinah* se guardaba en el Santo de los Santos del templo material de Jerusalén.

El Francmasón especulativo que comprenda debidamente el objeto de su profesión debe ocuparse, desde que se le admite en la Orden hasta terminar su trabajo y su vida - la verdadera labor del Francmasón sólo termina con la vida - en construir, adornar y completar el templo espiritual de su cuerpo, cuyos fundamentos han de basarse en la creencia firme y en la confianza incommovible en la sabiduría, poder y bondad de Dios.

Este es el primer paso. A menos que ponga su confianza en Dios, solamente en Dios, no podrá avanzar allende el portal iniciático. Y después ha de preparar sus materiales con la regla y el mazo de la Verdad, levantar los muros valiéndose de la plomada de la rectitud, escuadrar su trabajo con la escuadra, de la Verdad, unir el conjunto con el cemento del Amor Fraternal, y levantar de esta manera un edificio viviente hecho con pensamientos, palabras y obras, de acuerdo con los dibujos del

Maestro Arquitecto del Universo, trazados en el gran Libro de la Revelación.

El aspirante a la luz masónica, el neófito se prepara para la santa labor de erigir dentro de sí una morada digna del Divino Espíritu, en cuanto cruza nuestros sagrados umbrales, comenzando su trabajo por la noble tarea de convertirse en piedra angular, sobre, la que ha de erigirse este edificio espiritual.

En esto estriba el principio del simbolismo de la piedra angular; y es cosa notable y digna de tenerse en cuenta que todas las partes del arquetipo realizan un papel fijo y sirven para expresar alusiones simbólicas determinadas.

Así, por ejemplo, la correlación simbólica de la piedra angular del edificio material con el Francmasón que comienza en la primera iniciación la tarea intelectual de erigir un templo espiritual en su corazón, se apoya en las alusiones a todas las partes y cualidades que debe poseer la piedra angular: *"estar a nivel, ser firme y de buena forma"*. En el ritual que *"es observado para colocar la piedra fundamental de los edificios públicos"* dicese que *"el arquitecto principal presenta los instrumentos de trabajo al Gran Maestre, quien aplica la plomada, la escuadra y el nivel a la piedra, en sus posiciones precisas, y declara que está a nivel, es firme y de buena forma"*. Su forma y sustancia se encuentran comprendidas en la visión inteligente de la ciencia simbólica.

Vamos a describir este simbolismo minuciosamente, empezando por la forma de la piedra angular.

La piedra angular de un edificio debe tener sus superficies completamente cuadradas, a fin de que los muros que sobre ella se levanten no se desvíen de la línea vertical, que es lo único que puede dar fuerza y proporción al edificio.

Con las superficies perfectamente cuadradas, es como cuerpo sólido, un cubo perfecto. Ahora bien, la escuadra y el cubo son dos símbolos importantes y significativos.

La escuadra es el emblema de la moralidad, del cumplimiento estricto del deber. *"La escuadra - la palabra inglesa square significa al mismo tiempo cuadrado y escuadra - nos enseña a regular la conducta con principios de moral y de virtud"* (Ritual del grado de Aprendiz).

El antiguo rito de York define la escuadra así: *"La escuadra es la teoría del deber universal, y consiste en dos líneas rectas que forman un ángulo de perfecta sinceridad, o sea de noventa grados; el lado más largo es la suma de las longitudes de los diferentes deberes que tenemos con los hombres. Todo hombre debe ser como la escuadra, perfectamente acabado"*.

Entre los griegos, pueblo muy poético e imaginativo, era el símbolo de la perfección, y la frase *"el hombre cúbico o cuadrado"*, se empleaba para designar al hombre íntegro e intachable. Por eso uno de sus más eminentes metafísicos (Aristóteles) dijo que *"quien soporta valientemente los golpes de la adversa fortuna, conduciéndose honradamente, es un hombre verdaderamente bueno y de postura cuadrada e irreprochable; y cualquiera adoptar esa postura cuadrada debe medirse a menudo con la escuadra perfecta de la justicia y de la honradez"*.

En el lenguaje del simbolismo, el cubo significa la verdad. *"El cubo es símbolo de verdad, de sabiduría y de perfección moral. La nueva Jerusalén del Apocalipsis tiene igual longitud, que anchura y altura. La ciudad mística debe ser una nueva iglesia, en la que reine la Sabiduría divina"* (*"Landmarks"*, Oliver, II, pág. 357). Y podría haber añadido que en ella debe estar presente siempre la verdad eterna.

Los mitólogos paganos representaban a Mercurio o Hermes con una piedra cúbica, porque era el símbolo de la verdad. En los tiempos primitivos se representaban todos los dioses por medio de piedras cúbicas. Pausanias asegura haber visto treinta piedras de esta clase en la ciudad de Paros, con las cuales se representaban muchas divinidades. Las primeras se dedicaron probablemente a Hermes, de quien derivan su nombre de "Hermae". Los israelitas dieron la misma forma al tabernáculo, dedicado a morada de la verdad divina.

Veamos ahora cuál es el material de la piedra angular, construida con material más fino y pulimentado que el resto del edificio y adornada con exquisitos dibujos por el arquitecto más hábil, es el símbolo de la gloriosa santidad con que dijo el Salmista que hay que adorar a Dios: *"Dad a Jehová la gloria debida a su nombre: humillaos a Jehová en el glorioso santuario"* (Salmo XXIX, 2).

Por lo tanto, puesto que la ceremonia del ángulo nordeste de la Logia deriva todo su valor típico de este simbolismo de la piedra angular, es indudable que trata de expresar con este lenguaje consagrado, la necesidad de que los candidatos mantengan una conducta estable. y honrada, un carácter justo y verídico y una vida pura y santa.

Pero, además, existe el simbolismo de la colocación de la piedra angular. Todos sabemos que la Orden Ma-sónica acostumbra a colocar las piedras angulares de los edificios con ceremonias solemnes y peculiares, y que estas piedras se ponen siempre en el ángulo noreste de la obra. Ahora bien, ¿de dónde procede esta costumbre invariable y antigua? ¿Por qué razón no se ha de colocar la piedra en la parte del edificio que más convenga?

La costumbre de colocar la piedra fundamental en el ángulo nordeste debe haberse adoptado por razones suficientes, pues no puede creerse que haya dependido de una elección

arbitraria. Es notable coincidencia que la religión brahmánica respete y venera el punto nordeste de los cielos. Así, por ejemplo, el *"Código del Manú"* dice: *"Si padeciere enfermedad incurable, camine él por sendero recto hacia el invencible nordeste, alimentándose de agua y aire, hasta que decaiga totalmente su cuerpo mortal y su alma se una a lo Supremo"*.

¿Se relaciona con la ceremonia celebrada en las Logias? ¿O con la posición de la piedra material? El principio es siempre el mismo, independientemente del tiempo en que se establezca. La posición de la piedra en el ángulo nordeste es simbólica, y su simbolismo alude exclusivamente a ciertas doctrinas enseñadas por la ciencia especulativa de la Francmasonería.

Nosotros le damos la siguiente interpretación: Todo Francmasón sabe que el oriente, como origen de la luz natural, es un símbolo de su propia Orden, la cual se jacta de que posee la luz pura de la verdad. En el mundo físico, anuncia la rosada aurora la mañana de todos los días, asomando por oriente, desde donde el sol extiende los luminosos rayos hacia todo el horizonte visible, caldeando con su luz la tierra, dando nueva vida y energía a los árboles y a las flores, a los animales y a los hombres, que se despiertan de sombrío letargo de la noche en cuanto su resplandor les hiere en las pupilas.

Lo propio ocurre en el mundo moral, pues cuando la noche intelectual de los tiempos primitivos se cernía sobre la tierra, el sol del antiguo sacerdocio oriental emanó por vez primera esas doctrinas de Dios, la naturaleza y la humanidad, que, caminando hacia occidente han revelado al hombre su destino futuro, haciéndole saber que depende de un poder superior a él.

De modo que toda doctrina nueva y verdadera, procedente de esos "sabios de oriente", era a modo de un amanecer, que disipaba nubes cargadas de tinieblas intelectuales y de errores. Era opinión general de los antiguos que la sabiduría

vino de oriente; y la repetidísima frase del Obispo Berkeley, de que *Hacia occidente camina el imperio*, no es más que la expresión moderna de un pensamiento antiguo, porque siempre se ha creído que el imperio de la verdad y de la sabiduría avanzaba de oriente a occidente.

Además, el norte se ha llamado lugar de las tinieblas por ser el punto del horizonte más remoto de los vivificantes rayos del sol cuando éste se encuentra en el meridiano, y simboliza, por lo tanto, el mundo profano que todavía no han iluminado los rayos intelectuales de la luz masónica. La historia está de acuerdo en que la parte norte de la tierra se encontraba sumergida en las más profundas tinieblas morales e intelectuales en los tiempos primitivos del mundo.

Las hordas de los bárbaros descendieron de las más remotas regiones del Norte de Europa "como manada de lobos" y devastaron las feraces llanuras del mediodía, arrastrando consigo una densa cortina de ignorancia, bajo cuyos pesados pliegues yacieron anonadadas las naciones.

El extremo norte de la tierra intelectual ha sido siempre frío, tétrico y lúgubre, tanto intelectual como físicamente. De ahí que la Francmasonería haya considerado el norte como morada de las tinieblas; y de acuerdo con este principio, no se consiente que luz alguna ilumine la parte norte de la Logia.

Así pues, el Oriente es en Francmasonería el símbolo de la Orden, mientras que el norte es el del mundo profano.

Ahora bien, la piedra angular y espiritual se deposita en el ángulo nordeste de la Logia, para simbolizar la posición del neófito, quien representa a la piedra en su relación con la Orden y el mundo. El candidato acaba de salir del mundo profano. Todavía le quedan imperfecciones y obscurantismos, porque aún pertenece en parte al norte.

Pero busca la luz y la verdad siguiendo el sendero que camina hacia oriente. Su lealtad, valga la frase, se encuentra

dividida, pues no es del todo profano, ni completo Francmasón. Si perteneciera enteramente al mundo, se encontraría en el norte donde reinan las tinieblas. Si fuese por completo de la Orden, - Maestro Masón, - se le recibiría en el Oriente, lugar de la Luz.

Pero no es ni una cosa ni otra. Es un aprendiz que, aferrado aún parcialmente a la ignorancia del mundo, recibe de la Orden algunos rayos de su luz.

De ahí su doble carácter, esa mezcla de las moribundas tinieblas del norte con la triunfante claridad de oriente, lo que se expresa maravillosamente en nuestro simbolismo, por la posición de la piedra angular y espiritual en el ángulo nordeste de la Logia. Una de las caras de la piedra da hacia el norte, y otra, hacia oriente; de manera que no está por entero en ninguna de las dos partes, y, por eso, es el símbolo de la iniciación incompleta e imperfecta. Por consiguiente, es el símbolo apropiado del candidato en el momento preciso en que es iniciado en el primer grado.

Este simbolismo de la doble posición de la piedra angular no ha dejado de llamar la atención de los simbolistas religiosos. Etsio dice en el año 1682 refiriéndose al pasaje de los Efesios del capítulo II, versículo 2º *“Edificaos sobre el fundamento de los Apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”*, que *“esta piedra se llama angular, o cabeza de ángulo, porque se coloca en el ángulo extremo de los fundamentos, y une dos paredes maestras de edificio. Según esta metáfora del Apóstol no debe entenderse únicamente que Cristo sea el fundamento principal de la iglesia, sino también que en él se unen, como en la piedra angular, el pueblo judío y el gentil, para levantar un solo edificio y convertirse en una sola iglesia”*.

Y Julio Firmicio, escritor del siglo XVI, dice que a Cristo se le llama piedra angular, porque, estando colocado en el ángulo que forman los dos muros del Antiguo y del Nuevo Testamento, cobija en su regazo a todas las naciones.

Pero la fuerza y duración de la piedra angular, sugieren también ideas simbólicas, pues, para ser buena base y apoyo de la maciza construcción a cuya erección precede, ha de estar formada por material capaz de sobrevivir a las restantes partes del edificio, de modo que la piedra angular siga existiendo cuando ese "eterno océano, cuyas olas son los años" haya absorbido a todos los que asistieron a la construcción del edificio en el enorme vórtice de su corriente interminable, hayan pasado generaciones y generaciones, y las desmoronadas piedras del ruinoso edificio empiecen a demostrar el poder del tiempo y la naturaleza temporal de toda empresa humana.

Ella continuará diciendo con sus inscripciones, su forma y su belleza a todo el que pase por su lado, que en aquel desolado lugar existió un edificio consagrado a un noble y sagrado propósito construido por el celo y la liberalidad de hombres que no existen ya.

También esta permanencia y durabilidad de la piedra angular, que contrasta con la decadencia y ruina del edificio en cuyo fundamento se colocará, recuerda al Francmasón que, cuando la mansión terrenal de su tabernáculo haya muerto, todavía le quedará un firme fundamento de vida eterna - una piedra angular de inmortalidad -, una emanación del Espíritu divino que abarca la naturaleza entera, y que, por lo tanto, ha de sobrevivir a la tumba, y levantarse triunfante y eterno sobre el polvo de la muerte y del sepulcro.

Los Romanos atribuyeron esta permanencia de posición a las piedras cúbicas con las que representaban al dios Término. Según la ley, no podían retirarse del lugar que ocupaban. Cuando Tarquino iba a construir el templo de Júpiter en el cerro capitolino, fueron retirados todos los demás dioses y santuarios de la cumbre para dejar sitio al nuevo edificio, excepto el de Término, representado por una piedra que no se tocó y fue incluida en el edificio, para demostrar que, "*siendo la piedra una*

personificación del Dios Supremo, no era lógico que cediera su dignidad y su poder ante Júpiter".

La piedra angular le recuerda al aprendiz de masón, por su forma, posición y permanencia, las doctrinas de deber, de virtud y de verdad religiosa, cuya enseñanza constituye el objeto esencialmente fundamental de la Francmasonería.

Pero hemos dicho que la piedra angular y material se coloca con solemnes ritos y ceremonias, a los que ha dedicado un ritual determinado la Francmasonería. Estos ritos y ceremonias tienen, asimismo, su bello y significativo simbolismo, que vamos a estudiar a continuación.

Obsérvese de paso que, dada su antigüedad, merecen todo nuestro respeto los solemnes ritos y ceremonias destinados a consagrar un lugar determinado.

Un célebre escritor, hace las siguientes juiciosas observaciones sobre este simbolismo que pueden citarse en defensa de nuestras ceremonias masónicas: *"En los tiempos antiguos se creía que las cosas, personas y lugares, adquirían por la celebración de ciertos actos, un carácter que no hubieran poseído de no ser así. La razón es obvia: la realización de ciertos actos, dan un aspecto de solemnidad al objeto a que van dedicados, con lo cual éste adquiere a los ojos del vulgo determinado carácter y firmeza de propósito".*

"Esto es verdad principalmente cuando se refiere a cosas, lugares y personas relacionados con la religión o el culto y que, después de la celebración de ciertos actos, se supone que son diferentes de antes, pues adquieren carácter sagrado y hasta absolutamente divino en ciertos casos. Tales son los efectos que se supone produce la consagración religiosa".

Por lo tanto, las autoridades de nuestra Orden examinan la piedra con los utensilios de trabajo, la escuadra, el nivel y la plomada, y declaran que *"está a nivel, está firmemente colocada y tiene buena forma"*.

Esta ceremonia no es inútil ni vacía de sentido, pues enseña al francmasón que sus virtudes han de probarse en la tentación, en el sufrimiento y la adversidad, antes de que el Maestro Arquitecto de las almas declare que son materiales dignos del edificio espiritual de la vida eterna, y "*pedras vivientes, apropiadas a la casa no hecha con las manos, eterna en los cielos*". Pero si es fiel, y resiste estas pruebas - si sale de las tentaciones y los sufrimientos como el oro puro de un crisol - entonces, se declarará que "*es hombre equilibrado, veraz y digno de confianza*", en condiciones de presentar "*al Señor una ofrenda de justicia*".

En la ceremonia de colocación de la piedra angular, se derraman sobre la superficie de ésta los sagrados elementos de consagración, el trigo, el vino y el aceite, cada uno de los cuales tiene su simbolismo.

Colectivamente, aluden al Trigo del Alimento, el Vino del Refrigerio y el óleo de la Alegría, recompensas prometidas a quienes cumplen su deber con fidelidad y diligencia; y se refieren de un modo especial al éxito anticipado en la empresa cuya incipiencia se acaba de consagrar. En realidad, estos objetos simbolizan los abundantes dones que nos concede la Divina Providencia, por los que diariamente deberíamos dar gracias.

El rey David los enumera entre los favores divinos, diciendo que son "*el vino que alegra el corazón del hombre, el óleo que abrillanta su rostro y el aliento que fortifica su corazón*".

"¿Para qué lleváis, hermanos míos, trigo, vino y óleo en las procesiones, sino para recordaros que en vuestra peregrinación por la vida debéis partir vuestro pan con el hambriento, ofrecer una copa de vuestro vino al triste y derramar el óleo sanador de vuestro consuelo en las heridas abiertas en el cuerpo por la enfermedad y en los desgarros que

produjo la tristeza en el corazón de vuestros camaradas de viaje?", dice Harris.

Pero estos elementos de consagración tienen también su significación individual y digna de estudio.

Según el lenguaje de la Escritura, el trigo es emblema de resurrección. En un discurso, hermoso alegato en pro de la gran doctrina cristiana de la vida futura, aduce San Pablo que el grano que se siembra, no se vivifica si no muere antes, como símbolo de lo corruptible que se levantará en incorrupción y de lo mortal que se ha de vestir de inmortalidad.

Pero, por razones exclusivamente masónicas, la Francmasonería adoptó la rama de acacia como símbolo de inmortalidad, y la espiga como emblema de plenitud, lo que está de acuerdo con la etimología hebrea de la palabra y con las costumbres de todas las naciones antiguas. La palabra *dagan*, que significa trigo, se deriva del verbo *dagah* aumentar, multiplicar, y en todas las religiones antiguas el cuerno o vaso, lleno de frutos y de granos, es el símbolo de la plenitud o abundancia.

El trigo, como elemento de consagración nos recuerda la felicidad pasajera de la vida, de la salud y del agradable alimento que nos concede el Dador de todo bien. Para merecerlo nos esforzamos con "las manos limpias y el corazón puro" en erigir, sobre la piedra angular de nuestra iniciación, un templo espiritual que ha de adornarse con "gloria de santidad".

El vino es el símbolo de la alegría interior que experimenta el corazón del hombre cuando éste ha realizado perfectamente su misión en la gran jornada de la vida. Por ejemplo, Jacob promete a Judá, empleando el lenguaje figurado de Oriente, que le recompensará lavando sus vestiduras en vino y sus trajes en la sangre de la viña, lo que nos recuerda el refrigerio inmortal que habremos de recibir en la Logia celeste presidida eternamente por el Gran Arquitecto del Universo

cuando se cierran para siempre los trabajos de esta Logia terrenal.

El óleo simboliza la prosperidad, la dicha y la alegría. La costumbre de ungir las cosas o personas destinadas a fines sagrados es antiquísima. Las estatuas de los dioses paganos, los altares en que se les ofrecían sacrificios y los sacerdotes que presidían los ritos sagrados, se ungían siempre con óleo perfumado, para consagrarlos al culto religioso.

La consagración consistía principalmente en la unción, ceremonia procedente de la más remota antigüedad. De esta forma consagró Moisés, obedeciendo a una orden divina, el sagrado tabernáculo, con sus vasos y utensilios, así como el altar y hasta a los sacerdotes.

Sabido es que los reyes judíos y los profetas eran consagrados por medio de la unción. El patriarca Jacob consagró los altares de que se servía, y cuando lo hizo es lo más probable que siguiera la tradición de sus antepasados, y no que fuera autor de esta costumbre conservada en la época del cristianismo.

Esta última y solemne ceremonia nos recuerda que el culto de la virtud, la práctica del deber, la resistencia a la tentación, la resignación al sufrimiento, la devoción a la verdad, la persistencia en la honradez, y todas las gracias a que aspiramos para poner nuestros cuerpos en condición de ser piedras vivientes del edificio espiritual de la vida eterna, deben consagrarse, para que el trabajo sea efectivo y tenga éxito completo, en la santa obediencia a la voluntad de Dios y en la firme confianza en la providencia divina, las cuales constituyen únicamente la principal piedra de ángulo y el firme cimiento, sobre el que pueden todos los hombres edificar la razonable esperanza del éxito próspero de sus obras.

Para terminar este tema, obsérvese, por último, que la piedra angular parece ser un símbolo peculiar del judaísmo. En los ritos paganos no se hace ninguna referencia a él, y la Eben

Pinah - la piedra angular de que tan a menudo se habla en las Escrituras como emblema de un personaje importante, y con mayor frecuencia todavía en el Antiguo Testamento para simbolizar al Mesías esperado - parece tener, tal como se emplea en Francmasonería, origen exclusivo en el templo, al contrario que otros símbolos de la Orden.

El sacrificio hecho en la piedra angular es antiquísimo. Si se quiere tener un breve e instructivo concepto de esto léase la voz "Casa" del *Bible Dictionary* de Hastings. También el QH Jorge W. Speth ha estudiado detenidamente este tema.

Esencialmente, tanto ahora como en la Antigüedad, la construcción se consagra de modo simbólico sacrificando a un ser humano, siendo esta ceremonia un rito de fundación. El trigo, el vino y el óleo nos recuerdan simbólicamente un sacrificio de mayores proporciones.

Con esta explicación, las alusiones que hace el ritual masónico refiriéndose a los aprendices adquieren gran significación, y los caballeros templarios podrán formarse un concepto amplio de la significación del Salvador considerado como piedra angular.

Capítulo XXIV

El Nombre Inefable

Otro símbolo importante es el Nombre Inefable, con el que terminamos la serie de símbolos ritualistas. El Tetragrámaton (del griego *terpás* – cuatro - y *ypáua* - letra, porque se compone de cuatro letras hebreas.

Brande lo define diciendo que: *"Es el nombre que daban las naciones antiguas al místico número cuatro, el cual a menudo simbolizaba a Dios, cuyo nombre se expresaba con cuatro letras"*; pero esta definición es incorrecta, pues el tetragrámaton no es el nombre del número cuatro, sino la palabra que expresa el nombre divino con cuatro letras y se aplicaba únicamente a la palabra hebrea o Palabra Inefable - el Nombre incomunicable-considerado como se debe, no es más que un símbolo, si bien hay que confesar que es el que más ha influido en los ritos de la antigüedad, si se exceptúan quizás los relacionados con el culto solar. No conocemos ningún sistema antiguo de iniciación en que no ocupara un lugar importante.

Sin embargo, como fue el primer símbolo que la Francmasonería espuria del paganismo corrompió al separarse del primitivo sistema patriarcal y sacerdotal, es necesario empezar su investigación estudiando su naturaleza israelita, con objeto de discutir completamente el tema.

Los judíos veneraban profundamente el nombre de Dios, que nosotros pronunciamos al acaso Jehová, porque desconocemos cuál es su verdadera pronunciación. Este nombre fue el que comunicó el Todopoderoso a Moisés, para que fuera empleado por su pueblo elegido, diciéndole junto a la zarza ardiente: *"Así dirás a los hijos de Israel: Jehová, el Dios de*

vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y- el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre (Jehová) para siempre, y este es mi memorial para todos los siglos”.

Más adelante declara todavía con mayor énfasis que ese es su nombre verdadero diciendo: *"Yo soy Jehová, y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob, bajo el nombre de El Shaddai (Dios Omnipotente); más en mi nombre JEHOYÁ no me notifiqué a ellos".*

Hemos conservado para los dos nombres la voz original hebrea. El *Saddai*, *"el Ser o Dios Omnipotente"*, era el nombre con que hasta entonces le conocieron los patriarcas; su significación es análoga a la de *Elohim*, el creador del mundo, según el primer capítulo del Génesis. Pero el nombre de *Jehová* no se reveló al pueblo hasta la época de Moisés.

El nombre de Dios, anunciado con toda solemnidad y consagrado religiosamente en esas escenas y acontecimientos, llegó a ser adorado por los israelitas con profunda veneración y con verdadero temor. Y para añadir mayor misticismo a la cosa, los cabalistas leían el siguiente pasaje cambiándole una sola letra: *"Este es mi nombre para siempre"*.

Esta interpretación pronto se convirtió en precepto, siendo obedecida estrictamente hasta en nuestros días, a pesar de fundarse en un error craso y probablemente intencionado.

"Los judíos conservan muchas opiniones y fábulas supersticiosas sobre este nombre, porque, como les habían prohibido que lo mencionaran en vano, decidieron no pronunciarlo jamás. Lo sustituían por la palabra *Adonai* y por otras, siempre que tenían que leerlo o pronunciarlo, y, a veces, se referían a él denominándolo simple y enfáticamente el Nombre”.

"Algunos suponían que bastaba repetir este nombre para producir hechizos, y hasta hay quien asegura que nuestro

Salvador produjo todos los milagros (que no niegan) empleando místicamente el nombre venerable”.

Véase el *Toldoth Jeshu*, obra difamatoria escrita por un judío del siglo XIII. En la Pág. 7 de la edición de Wagenseilius, publicada en el año 1681, se detalla sucintamente cómo entró el Salvador en el templo y llegó a poseer el Santo Nombre.

"Leusden dice que había prometido dar cierta cantidad de dinero a los judíos pobres de Amsterdam, cuando pronunciase deliberadamente el nombre de Jehová, pero que tuvo que renunciar por no atreverse”.

"Los brahmanes pronuncian temblando de temor y tapándose los labios con la manga del traje el nombre del Todopoderoso”.

Los judíos píadosos jamás pronuncian la palabra Jehová, que substituyen por Adonai o Señor, siempre que la encuentran en la Escritura; práctica seguida por los traductores de la versión inglesa de la Biblia con escrupulosidad casi judía, puesto que la palabra Jehová del original ha sido traducida invariablemente por la voz Señor.

En otras versiones se han tenido también los mismos escrúpulos. La versión de los Setenta traduce "Jehová" por Kyrios; la Vulgata, por "Dominus", la alemana por "der Herr" y la inglesa por "Lord", todas las cuales equivalen en español a "Señor". La versión francesa emplea el título de "Eternel"; pero Isaías Lowth, así como la versión swedenborgiana de los Salmos, y otras traducciones recientes, han restaurado el nombre original, comprendiendo el verdadero valor de esta palabra.

La pronunciación del tetragrámaton terminó por perderse, al ser abandonada, pues, dado el carácter peculiar de la escritura hebrea que carece por completo de signos vocales, las letras, que son siempre consonantes, no pueden dar idea de la verdadera pronunciación de una palabra, si antes no se ha oído.

Para que el lector pueda comprender esto fácilmente vamos a intentar dar una explicación.

El alfabeto hebreo consta únicamente de consonantes. Los sonidos vocales se insertaron siempre oralmente y nunca se marcaron en la escritura hasta que los masoritas inventaron "los puntos vocales", en el siglo sexto de nuestra era. Como el lector suplía los sonidos vocales correspondientes a cada palabra por haberlo aprendido oralmente, no sabía pronunciar las palabras que no había oído.

Así, como nosotros sabemos que "Dr." se pronuncia doctor y "Vd.", usted, por haber oído antes enunciar estas combinaciones de letras, y no porque den el sonido que les atribuimos, los judíos sabían por la constante práctica y no por las letras en sí, cómo debían vocalizarse las consonantes que formaban las palabras de uso corriente.

Pero como nunca se pronunciaban en su presencia las cuatro letras de que se compone la palabra Jehová, sino que sustituían por la voz Adonai, y esta combinación de cuatro letras no daba indicación alguna de cómo debían enunciarse, acabaron los judíos por perder la pronunciación verdadera.

Sin embargo, dícese que había una persona que conocía el verdadero sonido de las letras, así como la pronunciación propia de la palabra. Era ésta el gran sacerdote, quien la oía de labios de su antecesor y conservaba el recuerdo de su sonido pronunciándolo tres veces; el día del año, el día de la propiciación y cuando entraba en el santo de los santos del tabernáculo o del templo.

Si las tradiciones de la Francmasonería son ciertas, los reyes debieron participar también de este privilegio, pues dícese que Salomón poseía la palabra y que la comunicó a sus dos colegas en la construcción del templo.

Esta es la palabra que se llamó "Tetragrámaton" por tener cuatro letras y, que, debido a su inviolabilidad sagrada, se denominó nombre "inefable" o impronunciable.

Los Cabalistas y Talmudistas la han rodeado de numerosas supersticiones, la mayor parte de ellas tan ab-surdas como increíbles, si bien todas tienden a demostrar la gran veneración en que siempre la han tenido. Así, por ejemplo, dicen que esta palabra posee poderes ilimitados, y que, quien la pronuncia, conmueve los cielos y la tierra e inspira terror y pasmo hasta a los mismos ángeles.

En el tratado talmúdico, Majan Hachochima, citado por Stephelin en la pág. 131 del capítulo I, de la *Rabbinical Literature*, se dice que, comprendiendo correctamente *el Shem Hamphorash*, se posee la clave para interpretar todos los misterios. Y dice este tratado, que: "*Sabiéndolo comprenderás las palabras de los hombres, el lenguaje del ganado, el canto de los pájaros, el habla de las fieras, el ladrido de los perros, la conversación de los demonios, la lengua de los ángeles y de las palmeras. el movimiento del mar, la unidad de los corazones, el murmurio de la lengua y hasta los pensamientos de las entrañas*".

Los rabinos lo llamaban "Shem Hamphorash", es decir, "el nombre declaratorio", y decían que David lo encontró grabado en una piedra mientras cavaba la tierra.

Debido a que se veneraba este nombre como cosa tan sagrada, raras veces, si alguna vez se hizo, se escribía por completo y, por esta causa, se inventaron numerosos jeroglíficos y símbolos para expresarlo. Uno de ellos era la letra YOD equivalente a I o YE (y griega) del alfabeto español, que era la inicial de la palabra. A menudo se inscribía en un triángulo, siendo esta figura geométrica un símbolo de Dios.

Este símbolo del nombre divino merece toda nuestra atención, puesto que, no solamente ocupa el triángulo en muchas

religiones antiguas la misma posición, sino que el símbolo completo es el origen del jeroglífico exhibido en el segundo grado de la Francmasonería, en que, si bien se explica de igual manera, su forma se la ha adaptado al inglés en lo que respecta a la letra.

La letra "G", empleada en el grado de Compañero Masón, no debió de haberse admitido jamás en la Francmasonería por creerse que es un anacronismo absurdo, que podría haberse evitado si se hubiera conservado el símbolo hebreo. Pero sea como fuere, y no siendo posible que la letra "G" se pueda sustituir ahora, no tenemos más que recordar que en realidad es un símbolo de otro símbolo.

Dícese que los pitagóricos veneraban como sagrada la letra T o "G" griega, por ser la inicial de Geometría.

La veneración del nombre de Dios estuvo muy difundida. Y, por esta causa, su simbolismo se encuentra en todos los ritos antiguos bajo diferentes formas.

Por ejemplo, los esenios conservaron la verdadera pronunciación del Nombre Inefable, que se comunicaban susurrándoselo al oído entre ellos en los ritos sagrados, haciéndolo de forma que, mientras conocían las partes de que se componía, éstas se hallaban tan separadas, que la palabra completa era un misterio.

Los egipcios, cuya relación con los hebreos fue más inmediata que con ningún otro pueblo, empleaban este nombre sagrado como palabra de paso para poder ser admitidos en los Misterios.

La ceremonia iniciática de los misterios brahmánicos terminaba comunicando al aspirante el sagrado nombre trilateral "Aum" cuyas tres letras simbolizaban el principio creador, el conservador y el destructor del Ser Supremo, personificado en las tres manifestaciones de Brahmá, Shiva y Vishnu. Estaba

prohibido pronunciar en voz alta esta palabra, que constituía el objeto de meditación de los piadosos indios.

En los ritos persas se revelaba a los candidatos recién iniciados un nombre inefable. El nombre de Mitra, principal divinidad de estos ritos, que substituía al Jehová hebreo y representaba al sol, tenía la particularidad de que el valor numérico de las letras de que se componía sumaba precisamente 365, que es el número de días que tarda la tierra en dar una vuelta alrededor del sol o, según ellos creían, era la duración de una revolución completa del sol en torno de la tierra.

En los misterios llevados a Grecia por Pitágoras se encuentra de nuevo el inefable nombre de los hebreos, aprendido, sin duda, por el sabio de Samos cuando estuvo en Babilonia.

Jámblico dice que Pitágoras marchó desde Mileto a Sidón, creyendo que por allí podría ir más fácilmente a Egipto, que, mientras estuvo en aquella ciudad, se inició en los misterios practicados en Biblos, Tiro y otras poblaciones de Siria, y que no hizo esto obedeciendo a motivos supersticiosos, sino por temor de que, si no aprovechaba esa oportunidad, podría dejar de adquirir algún conocimiento de estos ritos que fuera digno de estudio.

Pero como los fenicios habían recibido estos misterios de Egipto, Pitágoras se trasladó a este último país, en donde permaneció veintidós años, dedicándose a estudiar geometría, astronomía y todas las iniciaciones de los dioses hasta que los soldados de Cambises le llevaron cautivo a Babilonia. Doce años después, Pitágoras volvía a Samos a la edad de sesenta años.

El símbolo adoptado por él para expresar el concepto de Dios, era, no obstante, algo diferente, pues constaba de diez puntos distribuidos en forma de triángulo, de modo que cada lado tuviera cuatro puntos, como en la figura adjunta.

La punta del triángulo tenía un solo punto, debajo de ella había dos, luego tres, y, por último, la base constaba de cuatro. Según el número de puntos de que se formaba cada hilera, los pitagóricos trataban de representar la monada, o principio activo de la naturaleza; la *duada*, o principio pasivo; la *tríada*, o el mundo emanado de su unión; y la *cuaterníada*, o ciencia intelectual. El número total de los puntos - diez - simbolizaba la perfección y la consumación. Los pitagóricos conocían esta figura con el nombre de "*Tetractis*", palabra equivalente al tetragrámaton por su significado.

Era tan sagrada, que por ella, juraban los aspirantes a los ritos pitagóricos, guardar escrupulosamente los secretos y ser fieles. "Le confiaban las palabras sagradas, siendo la principal el inefable Tetractys o nombre de Dios".

El Dios Supremo de los escandinavos y los cabalistas, que se daba a conocer en los misterios, tenía doce nombres, siendo el de Alfader o Padre Universal, el principal y más sagrado.

El nombre sagrado de Dios empleado por los druidas era Hu, que es una modificación del tetragrámaton hebreo, aunque Bryant supone que lo aprendieron de labios de Noé. En realidad, es el pronombre masculino hebreo que puede considerarse como simbolización del principio masculino o fecundador de la naturaleza, especie de modificación del culto fálico.

Los Britanos elevaron a la categoría de principal dios-demonio a Hu, el poderoso, cuya historia es precisamente la de Noé; y, como su carro se componía de rayos de sol, es de creer que le adoraron en conjunción con este astro. Con la misma superstición se puede relacionar cuanto se dice de su luz y rápida carrera.

El nombre sagrado de los druidas nos recuerda la última y quizás la más filosófica especulación sobre el verdadero

significado y pronunciación del inefable tetragrámaton, debida a la ingeniosa inteligencia del célebre Lanci.

Los antiguos creían que el Ser Supremo era bisexual, incluyendo en la esencia de su ser los principios masculino y femenino y las fuerzas fecundantes y generativas de la naturaleza, doctrina universal de todas las religiones antiguas, desarrollada en el símbolo del Falo y del *Cteis* entre los griegos, y en el correspondiente del *Lingam* y el *Yoni*, entre los orientales, de cuyos símbolos se deriva el masónico "punto dentro del círculo". En todos ellos se enseñaba que Dios, el Creador, tenía los dos sexos.

La ortodoxia no puede objetar nada en contra de esta teoría, si se considera bajo el punto de vista espiritual, con que sus primeros expositores trataron de presentarla, y no con el significado grosero y sensual que más tarde recibiera. Porque no tomando la palabra "sexo" en su acepción corriente, que indica una particularidad física, sino en el sentido puramente filosófico, único que puede adoptarse en este caso, no se puede negar que el Ser Supremo posea en sí un poder masculino y otro femenino.

"Todos los dioses varones (de los antiguos) se pueden reducir a uno: la energía generativa, y todos los femeninos a otro: el principio prolífico. En realidad, todos pueden englobarse en un Gran Hermafrodita, el que combina en su naturaleza todos los elementos productores, y que continúa conservando la vasta creación, surgida de su voluntad".

Lanci, con su notable inventiva, ha encontrado en el tetragrámaton o nombre de Jehová esta idea tan difundida en las naciones de la antigüedad; y, lo más interesante, es que con este descubrimiento ha podido demostrar cuál era la verdadera pronunciación de la palabra.

Al detallar este descubrimiento filológico, trataremos de exponerlo del modo más comprensible para quienes no conocen la estructura de la lengua hebrea, pues de este modo podrán

apreciar en seguida su carácter peculiar, sin tener que recurrir a explicar detalles innecesarios.

El Nombre Inefable, el Tetragrámaton, el Shem Haniphorash - con todos estos nombres se conoce - consta de las cuatro letras *yod*, *het* (con h aspirada), *vau* y *het* que forman la palabra, la cual se lee, de acuerdo con el carácter de la lengua hebrea, hacia atrás, o sea, de derecha a izquierda, empezando por la *yod* y terminando por la *het*.

La primera letra, la *yod*, se pronuncia como la I española; las letras segunda y cuarta, *het*, tienen el sonido de h aspirada; la tercera, la *vau*, suena como o abierta.

Ahora bien, leyendo estas cuatro letras, según lo exige el hebreo, de derecha a izquierda, se tiene la palabra, que equivale en español a IH-OH, cuya pronunciación es lo más aproximada posible a la de los patriarcas a pesar de no ser ninguna de las siete formas de enunciación corrientes de la palabra.

Pero pronunciándola de esta manera, no tiene significación alguna, ya que no existe en hebreo la palabra *ihoh*, y como todo nombre hebreo tiene su significado, es evidente que su pronunciación no es ésta, sino otra. Ahora bien, Lanci descubrió su pronunciación como sigue: En la Cábala se deducen a menudo los significados ocultos de las palabras trasponiendo o invirtiendo las letras de que se componen. Este fue el procedimiento que emplearon los cabalistas.

Ahora bien, invertir una palabra es, en español, leerla de derecha a izquierda, pues nuestra forma de lectura es de izquierda a derecha; en hebreo sucede lo contrario, pues para invertir una palabra hay que leerla de izquierda a derecha.

Lanci aplicó esta costumbre cabalística al tetragrámaton en cuanto encontró el IH-OH, y leyéndolo a la inversa obtuvo la palabra HO-HI: *“Según la tradición esta palabra la pronunciaron los patriarcas desde Matusalem a David, de las siete formas siguientes- Juha, Jova, Jova, Jova, Jeven, johe y*

Jehovah. En todas estas palabras la i se deben pronunciar como y, y la v, u”.

Pero en hebreo, *ho* es el pronombre masculino, equivalente a *él*, y *he* es el femenino, equivalente a *ella*; y, por lo tanto, la palabra HO-HI, traducida literalmente significa EL-ELLA; es decir que, leyendo cabalísticamente el Nombre Inefable, tenemos el principio masculino y femenino, las energías generativa y prolífica de la creación. Vuelve, pues, a repetirse una vez más el tan difundido símbolo del falo y del *cteis*, del *lingam* y el *yoní*, o su equivalente el punto situado dentro del círculo, lo cual es otra prueba evidente de la relación de la Francmasonería con los Misterios antiguos.

Con esto el siguiente pasaje del Génesis hasta ahora incomprensible no lo sería (I, 27): "*Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó: macho y hembra los creó.*" No podrían ser a imagen de IHOH, si no hubieran sido macho y hembra.

Los cabalistas han agotado su ingenio y su imaginación especulando sobre el nombre sagrado. Algunas de sus investigaciones son verdaderamente dignas de estudio. No obstante, creemos haber dicho ya bastante para hacer resaltar la importante posición que este nombre ocupa en el sistema masónico, y capacitarnos de los símbolos con que se representa.

Los antiguos representaron el nombre del Ser Supremo por medio de jeroglíficos, prefiriendo éstos a las palabras, debido a la gran reverencia, o mejor dicho a la supersticiosa veneración que les infundía.

Por ejemplo, las últimas investigaciones de los arqueólogos han demostrado que, en todos los documentos demóticos o comunes, los nombres de los dioses se representan invariablemente por medio de símbolos: ya hemos aludido también a las diferentes formas con que expresaban los judíos el

tetragrámaton. Igual costumbre prevaleció en otras naciones antiguas.

La Francmasonería ha adoptado el mismo sistema. El Gran Arquitecto del Universo, a quien, por costumbre se designa en los escritos con las iniciales G·A·D·U·, se presenta también con varios signos, tres de los cuales vamos a explicar. Son éstos: la letra "G", el triángulo o equilátero y el "Ojo que todo lo ve".

De la letra "G" hemos hablado ya. Esta letra del alfabeto español no puede aceptarse como símbolo apropiado de una institución, cuyos orígenes datan de los mismos comienzos del lenguaje humano, pues le faltan los dos elementos de antigüedad y universalidad que deben caracterizar a todo símbolo masónico.

No cabe duda alguna de que su forma actual es la corrupción del símbolo hebreo: la letra yod, con que se acostumbraba a expresar el nombre sagrado. Esta letra es la inicial de la palabra *Jehová*, o *Ihoh*, como ya hemos demostrado antes, que se encuentra constantemente en las obras hebreas, como símbolo o abreviatura de *Jehová*, cuya palabra no se escribía nunca entera. Pero como la "G" es la inicial de la palabra inglesa "God" (Dios), equivalente a *Jehová*, las logias modernas la han elegido para sustituir la voz hebrea, cosa que, al parecer, ha sido errónea.

Teniendo, pues, la letra G la significación y fuerza de la palabra hebrea *yod*, puede considerarse que es como su prototipo, un símbolo de la energía vivificante y conservadora de Dios, expresada en la palabra *Jehová* o *Ihoh*, energía generativa y prolífica del Creador.

El "Ojo que todo lo ve" es quizás el símbolo más importante del Gran Ser. Los hebreos y los egipcios lo emplearon debido a que las almas imaginativas tienen tendencia natural a elegir un órgano del cuerpo para simbolizar la función

que tratan de representar. Así, por ejemplo, el pie era el símbolo de la rapidez; el brazo, de la fuerza, y la mano, de la fidelidad.

Basándose en el mismo principio, eligieron el ojo abierto como símbolo de la vigilancia y el ojo de Dios para representar la vigilancia y custodia divina del universo. Los autores hebreos emplean repetidamente este símbolo con tal sentido. Así, el Salmista dice (Salmo XXXIV, 15): *"Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos"*, con lo cual se explica el siguiente pasaje: *"He aquí no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel"* (Salmo CXXI, 4).

En el Libro apócrifo *De la conversación de Dios con Moisés en el Monte Sinaí*, traducido por el Rev. W. Cureton de un manuscrito árabe, y publicado por la Sociedad Philobiblon, de Londres, se simboliza la eterna vigilancia de Dios con la siguiente alegoría:

"Y, luego, dijo Moisés al Señor: ¡Oh, Señor! ¿duermes o estás despierto? El Señor respondió a Moisés: 'Yo no duermo jamás; pero toma una copa y llénala de agua.' Entonces Moisés tomó una copa y la llenó de agua, como el Señor se lo había ordenado. Y el Señor derramó en el corazón de Moisés el hálito del sueño; por lo cual se durmió, la copa se le cayó de la mano, derramándose el agua que contenía. Moisés se despertó entonces, y Dios le dijo: por mi poder y por mi gloria declaro que si dejara de proteger con mi providencia a los cielos y la tierra tan sólo el corto espacio de tiempo que has estado dormido, caerían en la ruina y en la confusión, como la copa que se desprendió de tu mano".

Obedeciendo al mismo principio hebreo, los egipcios representaron a Osiris, su dios principal, por medio del símbolo de un ojo abierto, y colocaron este jeroglífico en todos sus templos. En los monumentos solían representar su nombre simbólico con un ojo acompañado de un trono, al cual añadían la figura abreviada del dios y, a veces, lo que se ha dado en decir

que es un hacha, y que más bien parece la representación de una escuadra.

El "Ojo que todo lo ve" puede considerarse como símbolo de Dios omnipotente - su aspecto conservador y guardián - al que alude Salomón en el Libro de los Proverbios, cuando dice: "*Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando* (nosotros preferimos traducir vigilando) *a los buenos y los malos*" (cap. XV, 3). Este es un símbolo de la Divinidad Omnipresente.

Quédanos el triángulo. No hay símbolo más difundido, ni que tenga más distintas aplicaciones en todo el sistema de la Francmasonería Espuria y de la Pura. Todas las naciones han adoptado el triángulo equilátero para simbolizar a Dios.

Ya hemos dicho antes que los hebreos empleaban esta figura con una *yod* en el centro para representar el tetragrámaton o nombre divino.

Los egipcios creían que el triángulo equilátero era la figura más perfecta y que representaba el gran principio de la existencia animada, refiriéndose cada uno de sus lados a cada uno de los reinos de la creación: el animal, el vegetal y el mineral.

Los egipcios simbolizaban la naturaleza universal por el triángulo rectángulo, representando el lado perpendicular a Osiris, o principio masculino; la base, a Isis, o el principio femenino, y la hipotenusa, a su hijo Horo, o mundo emanado de la unión de ambos principios.

Todo lo cual no es, al fin y al cabo, sino el falo y el *cteis*, o el *lingam* y el *yoni* con forma diferente.

Pitágoras adoptó el símbolo del triángulo rectángulo cuando, tiempo más tarde cuando visitó las orillas del Nilo. La Francmasonería conmemora el descubrimiento hecho por este sabio en relación con las propiedades de esta figura, incluyendo el problema cuarenta y siete del primer libro de Euclides entre

los símbolos del Tercer Grado. En realidad, fueron los sacerdotes egipcios quienes enseñaron a Pitágoras esta relación.

Este problema simboliza místicamente lo mismo que la figura egipcia, o sea, la creación del mundo por medio de la unión de los principios masculino y femenino, o activo y pasivo de la naturaleza. Porque, siendo el teorema geométrico que los cuadrados de la perpendicular y de la base son iguales al cuadrado de la hipotenusa, puede decirse que aquéllas han producido a ésta, del mismo modo que Osiris e Isis al mundo.

Representando la perpendicular - Osiris o principio masculino y activo - por una línea cuya medida sea 3; y la base - Isis, o principio femenino y pasivo - por otra cuya medida sea 4; tendremos que la suma de los cuadrados de estos números, darán un cuadrado cuya raíz será la hipotenusa, o una línea cuya medida será 5; pues el cuadrado de 3 es 9, y el de 4, 16; siendo 25 el de 5; pero 9 más 16 es igual también a 25. De modo que el cuadrado de la hipotenusa es la adición o unión de los cuadrados de la perpendicular y de la base, de la misma manera que la unión de los principios y activos produce el universo según el sistema egipcio.

En la edad media, el pueblo ignorante dejó de representar a Dios simbólicamente, y siguiendo las inclinaciones de su materialismo, pintó al Padre en forma de anciano. Numerosas pinturas irreverentes de este género pueden encontrarse en los libros religiosos y en los edificios construidos en Europa nada menos que el siglo doce. El autor había poseído un raro ejemplar de la Vulgata impresa en el año 1522 en la ciudad de Lyons. En el frontispicio se encuentra un grabado en madera, toscamente hecho, dividido en seis compartimientos para representar los seis días de la creación. En cada compartimiento se encuentra el Padre, en forma de anciano, enfrascado en su labor creadora.

Pero con la llegada del Renacimiento volvieron los artistas a tener gustos más refinados, y desde entonces se ha

representado al Ser Supremo por medio de su nombre inscrito en un triángulo equilátero, colocado dentro de un círculo de rayos. Didrón presenta en su valiosísima obra *Christian Iconography*, uno de estos símbolos, grabado en madera en el siglo diez y siete, cuya copia puede verse en esta página.

Pero hasta en los tiempos primitivos, en que pintaban a Dios como si fuera una persona, el nimbo o aureola que rodeaba la cabeza del Padre tenía forma de triángulo. Didrón dice: "*Por lo tanto, el nimbo triangular era el atributo exclusivo de Dios y, particularmente, del Padre Eterno. Las demás personas de la Trinidad llevan, a veces, el triángulo, sí bien esto ocurre solamente en las representaciones de la trinidad y porque el Padre se encuentra con ellas. Y, hasta en este caso, se suele representar al Padre con un triángulo, mientras que el Hijo y el Espíritu Santo llevan tan sólo un nimbo circular*" (*Christian Iconography*", traducción de Millington, vol. I, pág. 59).

En todas las épocas y religiones el triángulo ha sido el símbolo de Dios.

Los egipcios, griegos y habitantes de otras naciones antiguas creían que esta figura, con sus tres lados, simbolizaba la energía creadora que desplegándose en los principios masculino y femenino, o activo y pasivo, producía el universo; los cristianos la asignaban a su dogma de la trinidad, manifestación del Dios Supremo; y los judíos y los primitivos Francmasones a los tres períodos de la existencia incluidos en la significación del tetragrámaton: el pasado, el presente y el futuro.

El triángulo es el símbolo más importante en los grados superiores de la Francmasonería, y toma generalmente el nombre de "Delta", para aludir a la cuarta letra del alfabeto griego, que tiene la misma forma y se llama de esa manera.

La Delta, o triángulo místico, se rodea generalmente con un círculo de rayos, que recibe el nombre de "gloria". Cuando

esta gloria no toca a la figura y la rodea en forma de círculo (como en el ejemplo de Didron que acabamos de citar) simboliza la eterna gloria del Dios. Cuando los rayos emanan del centro del triángulo encerrándolo dentro de su brillo, cosa que se acostumbra hacer en el emblema masónico, simboliza la Luz Divina. Los paganos, relacionaban estos rayos con los rayos de luz de su Dios-Sol y su culto sabeo.

Pero la verdadera idea masónica de esta gloria o aureola es que simboliza la Luz eterna de la Sabiduría circundando al Supremo Arquitecto como un mar de gloria, que emana el Universo de su ser como de un centro común. A esta gloria se refiere el profeta Exequiel, cuando describe elocuentemente a Jehová: *"Y vi una cosa que parecía como de ámbar, como apariencia de fuego dentro de ella en contorno: por el aspecto de sus lomos para arriba, y desde sus lomos para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía resplandor alrededor"* (Cap. I., vers. 27).

Dante también ha descrito la luz que nimba a la Divinidad diciendo: *"Hay en el Cielo una Luz que hace visible el Creador a toda criatura que sólo funda su paz en contemplarle; y se esparce en forma circular por tanto espacio, que su circunferencia sería un cinturón demasiado anchuroso para el Sol"*.

Todavía es más notable, por su relación con la fraseología masónica, el siguiente pasaje del Paraíso Perdido de Juan Milton (libro VII): *"Con su mano asió los áureos compases, preparados en la fábrica divina para circunscribir este universo y todas las cosas creadas; clavó una punta en el centro, hizo dar a las otras numerosas vueltas en la vasta profundidad oscura, y dijo: 'Hasta aquí te extenderás y llegarán tus límites; ésta será tu circunferencia, oh, Universo'. Y Dios creó así el cielo y el mundo"*.

Otros célebres autores, por ejemplo, el francmasón Voltaire, se han valido de esta alusión poética al Todopoderoso como Arquitecto y Geómetra Omnipotente del Universo.

Por esta razón el triángulo, o Delta, es el símbolo de la Divinidad. En geometría una sola línea recta no puede representar una figura perfecta, ni tampoco dos; sin embargo, bastan tres líneas para formar el triángulo o primera figura perfecta y demostrable. De ahí que esta figura simbolice al Dios Eterno, cuya naturaleza es infinitamente perfecta.

Pero el triángulo en realidad se refiere únicamente a Dios en calidad de Ser Eterno, ya que sus tres lados representan el Pasado, el Presente y el Porvenir. Algunos simbolistas cristianos han dicho que los tres lados representan al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; pero, con ello destruyen la unidad divina, haciendo una trinidad de dioses en la unidad de una Divinidad.

La trinidad gnóstica de Manes estaba formada por un Dios y dos principios: el bueno y el malo. La India, simbolizada también con un triángulo, se compone de Brahmá, Shiva y Visnú; el Creador, Conservador y Destructor, representados por la Tierra, el Agua y el Aire.

La simbolización del Dios Eterno por medio de un triángulo, ha sido la causa de que en todas las religiones importantes se creyese que tiene tres aspectos, ya que los tres lados sugerían las tres divisiones de la divinidad. Pero en las religiones paganas, así como en las orientales esta trinidad no venía a significar sino un triteísmo.

Recapitulando, pues, cuanto hemos dicho en relación con los tres símbolos de la Divinidad que posee el sistema masónico, podemos decir que cada uno expresa un atributo diferente.

La letra "G" es el símbolo del Jehová existente por sí mismo. El "Ojo que todo lo ve" es el emblema de Dios omnipresente. El "triángulo" es el símbolo del Supremo

Arquitecto del Universo el Creador; y, cuando está rodeado de los múltiples rayos de gloria, del Arquitecto y Otorgador de Luz.

Ahora bien, ¿no es acaso todo este predominio del nombre de Dios en tantos símbolos del sistema masónico, algo más que una mera evidencia de la propensión religiosa de la institución? ¿No existe tras de ello un simbolismo más profundo, que constituye, en realidad, la esencia misma de la Francmasonería?

"Los nombres de Dios" - dice un sabio teólogo-, "tienen por objeto comunicar la sabiduría de Dios. Por medio de ello, pueden percibir los hombres algunas escasas ideas de Su Majestad, bondad y poder esenciales, y saber en Quién hemos de creer y lo que debemos creer de Él".

Estas palabras pueden aplicarse también a la admisión de los nombres en el sistema francmasónico. Para nosotros, sin embargo, el nombre de Dios es un símbolo de la *Verdad Divina* que el Francmasón debe buscar incesantemente.

Capítulo XXV

Leyendas de la Francmasonería

El carácter mixto de ciencia especulativa y arte operativo asumido por la institución masónica en la edificación del templo del Rey Salomón a consecuencia de la unión verificada en aquella época entre la Francmasonería pura de los *noaquitas* y la espuria de los trabajadores tirios, la ha proporcionado dos diferentes clases de símbolos: los míticos o legendarios y los materiales.

Entendemos por *noaquidae* o *noaquitas*, los descendientes de Noé, patriarca que únicamente conservó el verdadero nombre y culto de Dios entre la raza impía de los idólatras. Los francmasones tienen derecho a proclamar que son los descendientes de Noé, porque continúan profesando la pura religión que distinguió a este segundo padre de la raza humana del resto del mundo.

Los tirios que trabajaban en el templo de Salomón descendían de la otra división de la raza humana que se separó del verdadero culto en Sinar y repudió los principios de Noé. Sin embargo, los tirios restablecieron parte de la luz perdida, como otros místicos de la antigüedad, y terminaron por poseerla por completo cuando se unieron con los trabajadores judíos, que eran *noaquitas*.

Los símbolos legendarios y materiales de que acabamos de hablar están tan íntimamente unidos por su objeto y designio, que es imposible apreciar los unos sin investigar los otros.

Como ejemplo de ello, diremos que el templo mismo se ha adoptado por símbolo material del mundo (como ya lo hemos expuesto en anteriores capítulos), mientras que la leyendaria

historia de su fundador es el símbolo mítico del destino del hombre en el mundo.

Todo cuanto es tangible y visible a los sentidos en nuestros tipos y emblemas, como, por ejemplo, los utensilios de trabajo, el mobiliario y ornamentos de la Logia o la escalera de siete escalones es un símbolo material. Todo aquello cuya existencia se deriva de la tradición y toma la forma de alegoría o leyenda, es un símbolo mítico.

Por lo tanto, Hiram el Constructor y todo cuanto se relaciona con su leyenda del templo y con su vida como la rama de acacia, la colina cercana al monte Moría, y la palabra perdida, puede considerarse que pertenecen a la clase de los símbolos míticos o legendarios.

Esta división no es arbitraria, sino que depende de la naturaleza de los símbolos y del aspecto con que se presentan a nuestra vista.

Así, aunque la rama de acacia es material visible y tangible, no se puede tomar como símbolo material, pues, como toda su significación se deriva de su íntima relación con la leyenda de Hiram Abif, que es un símbolo mítico, no puede separarse de esta clase sin violencia inoportuna. La pequeña colina cercana al Monte Moria, la búsqueda de los doce compañeros, y toda la serie de circunstancias relacionadas con la Palabra Perdida deben considerarse, por idéntica razón, como símbolos legendarios y míticos, y no como materiales.

Estas leyendas de la Francmasonería constituyen una parte considerable e importantísima de su ritual.

Sin ellas, dejarían de existir las porciones más valiosas de la Masonería, considerada como sistema científico. Las enseñanzas profundamente religiosas que la institución trata de inculcar deben buscarse sobre todo en sus tradiciones y leyendas, más que en sus símbolos materiales.

Recuérdese que hemos definido la Francmasonería diciendo que es "un sistema de moral, velado en alegorías e ilustrado por medio de símbolos". Por lo tanto, los símbolos no constituyen por si solos todo el sistema, pues además existen las alegorías, en las que se velan las verdades divinas de la Francmasonería enseñadas a los neófitos en las diferentes leyendas conservadas tradicionalmente por la Orden.

La íntima relación existente por lo menos entre los objetos y métodos de ejecución de la institución francmasónica y los pertenecientes a los antiguos Misterios, en los que se infundió intensamente el carácter mítico de las religiones de su época, dio por resultado que se introdujese este mismo carácter mítico en el sistema masónico.

Los mitos y leyendas estaban tan difundidos en los sistemas religiosos, filosóficos e históricos de la antigüedad, que Heyne cree que toda la historia y la filosofía de los antiguos procede de los mitos.

Faber dice que: "El carácter antiguo propendía a la personificación y a la alegoría, de modo que la sencillez de la verdad se sacrificaba de continuo en el ara de la creación poética".

La palabra *mito*, del griego historia (*mitos*), significaba en su acepción original la narración de un acontecimiento o suceso, sin que implicara verdad o falsedad; pero tal como hoy se emplea, significa una narración de época remota, que, aunque no es necesario que sea falsa, sólo se puede certificar por la evidencia interna de la tradición.

Creuzer dice (en su *Symbolik*) que los mitos y los símbolos proceden por una parte de la situación desamparada y de la pobreza de principios religiosos en que se encontraban los pueblos antiguos, y, por otra, de que los sacerdotes educados en Oriente o de origen oriental, trataron de enseñarles conocimientos más puros y elevados.

Pero las observaciones del profundo filósofo e historiador Grote dan sobre el probable origen de la universalidad del elemento mítico en todas las religiones antiguas, una idea tan correcta y adecuada al tema de las leyendas masónicas, que no podemos resistir la tentación de citarles libremente:

"Muchos sabios investigadores, especialmente Creuzer, han relacionado la interpretación alegórica de los mitos con la hipotética existencia de un cuerpo de sacerdotes muy instruidos que, procedentes de Egipto y Oriente, enseñaron a los griegos rudos y bárbaros la sabiduría histórica religiosa y física, ocultándola tras el velo de los símbolos. Dícese que el lenguaje de los símbolos visibles era la forma más vívida de influir en el alma de los oyentes ignorantes cuando el idioma se encontraba todavía en mantillas".

"El paso inmediato consistió en los términos y el lenguaje simbólicos; pues las exposiciones literales se habían escuchado con indiferencia, aunque se hubieran comprendido, por no corresponder a la cultura intelectual del pueblo".

"Por eso los primeros sacerdotes expusieron sus doctrinas sobre Dios, la naturaleza y la humanidad por medio de alegorías, creando los primeros mitos. Pero, los poetas idearon además otra clase de mitos más populares y cautivadores, mitos puramente épicos que describían acontecimientos pasados, ora reales, ora supuestos".

"Más tarde, los poetas se apoderaron también de los mitos alegóricos, que fueron confundiéndose con los puramente narrativos; ya no se tuvo en cuenta el asunto simbolizado, y las palabras simbolizantes se tomaron en sentido literal. El nervio de las alegorías primitivas, perdido ya para el vulgo, se conservó únicamente en el seno de varias fraternidades religiosas y secretas compuestas de miembros, iniciados con

ciertas ceremonias místicas, y dirigidas por familias hereditarias de sacerdotes-presidentes".

"La doctrina secreta de los antiguos mitos teológicos y filosóficos, que constituyera el acopio primitivo y legendario de Grecia y que poseyera el sacerdocio original perteneciente a los tiempos pre-homéricos, se conservó en las sectas órficas y báquicas y en los misterios de Eleusis y Samotracia. A quienes se habían sometido a las pruebas preliminares de la iniciación se les permitía escuchar, bajo promesa de guardar secreto, esa antigua religión y esa doctrina cosmogónica, que revelaban el futuro del hombre y la certeza de las recompensas y castigos póstumos, libres ya de las corrupciones de los poetas, así como de los símbolos y alegorías que las ocultaban a los, ojos del vulgo".

"De esta forma retrotraían los Misterios griegos a su época primitiva, y se jactaban de ser los únicos depositarios fieles de la teología y de la física más puras que, originalmente, enseñara a los rudos aborígenes, bajo el inconveniente inevitable de su expresión simbólica, un sacerdocio de iluminados procedentes del extranjero".

Este largo e interesante extracto, no sólo explica filosóficamente el origen y el objeto de los antiguos mitos, sino que además, es una hermosa sinopsis de todo cuanto puede enseñarse en relación con la formación simbólica de la Francmasonería, considerada como una de las depositarias de la teología mítica.

La idea de que existió un pueblo iluminado, que vivió en una época remota y vino de Oriente, predomina en las antiguas tradiciones. Esto lo corrobora la palabra hebrea *kedem*, que significa, el Oriente, con respecto a lugar, y tiempos antiguos, días antiguos, con respecto a tiempo. La frase de Isaías que dice: *"Yo soy hijo de los sabios, e hijo de los reyes antiguos"* podría traducirse también *"soy hijo de los reyes de Oriente"* (XIX, II).

Adam Clarke dice en una nota explicativa de las siguientes palabras de Exequiel, XLIII, 2: *"Y vi como entraba la del Dios de Israel por el camino de Oriente", que "Toda la sabiduría, toda la religión, todas las ciencias y artes han viajado siguiendo el curso del sol, desde Oriente a Occidente"*.

Bazot dice que *"la veneración que sienten los francmasones por el Oriente confirma la opinión antes expuesta de que el sistema religioso de la Francmasonería procede del Este, y está relacionado con la religión primitiva, cuya primera corrupción fue el culto solar"*.

Por último, recuérdese la observación que hace el manuscrito de Leland a la pregunta sobre el origen de la Francmasonería. diciendo: *"Empezó con los primeros hombres de Oriente, que existieron antes que los de Occidente y que, dirigiéndose hacia poniente, trajeron todo su bienestar a los salvajes"*.

Esta nota puede terminarse cumplidamente con el comentario de Locke a esta respuesta: *"De las palabras anteriores parece desprenderse que los Francmasones creen que existieron hombres en Oriente antes de Adán, a quien llaman el "primer hombre de Occidente", y que las artes y las ciencias nacieron en Oriente"*.

"Algunos célebres eruditos son de la misma opinión; y es cosa evidente que Europa y África (que son países occidentales respecto al Asia) fueran salvajes cuando las artes y las costumbres cultas habían alcanzado ya gran perfección en China y la India".

Los Talmudistas hacen idénticas alusiones a la superioridad del Oriente. Rabbi Bechai dice: *"Adán fue creado de cara a Oriente para que pudiera ver cuanto antes la luz y el sol naciente, y por eso supuso que el Oriente era la parte anterior del mundo"*.

Los mitos de la Francmasonería, que en sus comienzos consistieron quizás únicamente en las sencillas tradiciones de la Francmasonería pura del sistema antediluviano, se corrompieron con la separación de razas; pero, cuando se fundó la Francmasonería espuria, volvieron a purificarse, y a adaptarse para inculcar la verdad, acabando de perfeccionarse y desarrollarse en el sistema que ahora practicamos.

Y, si en la interpretación de nuestros mitos masónicos existiera todavía algún fermento de error, trataríamos en seguida de separarlos de las corrupciones con que los han plagado la ignorancia y la falta de comprensión. Les daríamos su verdadero significado, y seguiríamos el curso de su historia hasta encontrar las doctrinas y creencias antiguas de donde se derivaron las ideas que tratan de encarnar.

Los mitos y leyendas del sistema simbólico francmasónico se pueden dividir en tres clases:

- 1.- El mito histórico.
- 2.- El mito filosófico.
- 3.- La historia mítica.

Estas tres clases de mitos o leyendas pueden definirse como sigue:

1°. El mito puede tener por objeto el transmitir un relato de acontecimientos o sucesos primitivos, fundados en la verdad, cuya verdad ha sido, no obstante, falseada y pervertida al omitir o introducir circunstancias y personajes. Este es el mito histórico.

2°. La leyenda puede haberse inventado y adoptado como medio de enunciar un pensamiento o de inculcar cierta doctrina. En este caso es un mito filosófico.

3°. Por último, los elementos de verdad constitutivos de la historia pueden predominar grandemente sobre los materiales ficticios e inventados del mito, y la narración estar formada de hechos, con unas pequeñas pinceladas de imaginación. Entonces estamos ante una historia mítica.

Strauss clasifica los mitos en históricos, filosóficos y poéticos en su obra *Leben Jesu, Vida de Jesús*. Su mito poético es nuestro mito histórico; el filosófico, nuestra segunda clase de mitos y el histórico, la tercera. Pero el autor no cree que sea apropiado designar con la palabra poético, al primero, porque todos los mitos se fundan en ideas poéticas.

Estas son las tres divisiones de la leyenda o mito, pues no estamos dispuestos a distinguir en esta ocasión entre estas dos palabras, como hacen algunos autores alemanes. Ulman, por ejemplo, distingue entre mito y leyenda. el primero contiene, en un alto grado, ficción mezclada con historia; la última no tiene sino ecos de la historia mítica.

Todas las leyendas pertenecientes al simbolismo mítico de la Francmasonería pertenecen a una u otra de estas divisiones.

Los mitos masónicos participan, por su carácter general, de la naturaleza de los mitos que constituyen el fundamento de las religiones antiguas, como acabamos de decir con las palabras de Grote. Sobre estos últimos mitos, dice Muller que "su origen se ha de encontrar en la tradición oral", y que lo real y lo ideal, es decir, los hechos de la historia y los engendros de la imaginación, concurren con su unión y fusión recíproca, a la producción del mito.

Los mismos principios rigen en la formación de los mitos o leyendas masónicas, que también deben por entero su existencia a la tradición oral y están formados, como acabamos de ver, por la mezcla de lo real con lo ideal - de lo verdadero con

lo falso - y de los hechos de la historia con las invenciones de la alegoría.

El Dr. Oliver opina que "las primeras series de hechos históricos, subsiguientes a la caída del hombre, fueron tradicionales y deben haberse transmitido necesariamente de padre a hijo por comunicación oral.

El mismo sistema, adoptado por todos los Misterios, se ha continuado en la institución masónica, de modo que todas las instrucciones esotéricas contenidas en las leyendas de la Francmasonería sólo se pueden comunicar oralmente de francmasón en francmasón, sin que se permita trasladarlas al papel. (Véase mi artículo sobre "*The Unwritten Lanmarks of Freemasonry*", en el primer volumen de la *Masonic Miscellany*, en el cual se trata extensísimamente este tema).

De Wette expone el procedimiento para distinguir el mito de la narración histórica en su *Criticism on the Mosaic History*, y dice que el mito debe su origen a la intención del inventor, que no ha sido la de satisfacer la sed natural de verdad histórica por medio de una simple narración de hechos, sino más bien deleitar o afectar a los sentimientos o ilustrar alguna verdad filosófica o religiosa.

Esta definición puede aplicarse también al carácter de los mitos francmasónicos. Considérese, por ejemplo, la leyenda del tercer grado, o el mito de Hiram Abif. Su valor "como narración de hechos" es casi nula y desproporcionada para el trabajo que cuesta su transmisión.

No aludimos ahora a la invención o imaginación de todos los incidentes de que se compone esta leyenda, pues existen abundantes materiales en ella, cuyos detalles son verdaderos y reales, sino que nos referimos a su composición en forma de mito por adición de algunos rasgos, la supresión de otros y la formación general del conjunto.

Su invención no tuvo por objeto el añadir algún detalle a la gran cantidad de datos que constan en la Historia, sino más bien "esclarecer una verdad filosófica y religiosa", cuya verdad es la doctrina de la inmortalidad del alma.

De todo cuanto hemos dicho respecto a la analogía de origen y objetos de los mitos religiosos antiguos con los masónicos, se desprende que, quien conozca la verdadera ciencia de este tema, no puede negar que todas las tradiciones y leyendas de la Orden son consideradas al pie de la letra hechos históricos.

Lo único que se puede decir sobre estas leyendas es que algunas no tienen más que un *substratum* o base histórica, siendo puramente imaginativo el edificio levantado sobre ellas con objeto de servir de medio para inculcar una verdad religiosa; en algunas, la leyenda o mito debe su existencia a una idea, sirviendo el mito para exponerla, y en otras, la narración verídica, va más o menos unida con la ficción, si bien con enorme predominio de lo histórico.

Por ejemplo, tenemos la leyenda de que Euclides fue Francmasón y que enseñó la Francmasonería a los egipcios.

A continuación, insertamos esta leyenda tal como se publicó en el *Gentleman's Magazine* del mes de junio, correspondiente al año 1815, tomada, según se dice, de un pergamino escrito al parecer en el siglo diez y siete, y que, con toda seguridad, debió copiarse de otro más antiguo: "*Además, cuando Abraham marchó a Egipto en compañía de Sara, enseñó a los egipcios las siete ciencias, y tuvo por discípulo al célebre Euclides, que aprendió de él las siete ciencias liberales hasta convertirse en verdadero maestro. Y por aquellos años el Señor y la gente de rango del reino tuvieron numerosos hijos de sus esposas y otras mujeres, pues en ese caluroso país eran muy prolíficos. Y ocurrió que no encontraban medio de proveer a la subsistencia de sus hijos, por lo que estaban muy preocupados*".

“El Rey convocó entonces un gran consejo y un parlamento para que encontrasen el medio de que los hijos pudieran vivir honradamente como caballeros. Pero, como no llegaron a un acuerdo, ordenó el rey que los heraldos proclamasen por todo el reino que se otorgaría la recompensa que pidiese a quien fuera capaz de solucionar este problema”.

“Y cuando se pregonó, el sabio Euclides presentóse ante el Rey y los grandes señores y les dijo: “Entregadme vuestros hijos para que los eduque y les enseñe una de las Siete Ciencias, con lo cual podrán vivir honradamente como corresponde a caballeros. Sólo impongo la condición de que me autorizéis para dirigirlos de acuerdo con la ciencia que les he de enseñar.” Y el Rey y su gran consejo le otorgaron cuanto pedía”.

“Luego este hombre sabio se llevó consigo a los hijos de los grandes señores, y les enseñó en la práctica la ciencia de la Geometría, para que trabajaran en las piedras, todas las clases de obras pertenecientes a la construcción de iglesias, templos, castillos, torres y casas solariegas y todo género de edificios.”

Ahora bien, el francmasón ortodoxo no debe creer necesariamente y de un modo literal que el gran geómetra Euclides fuera francmasón ni que los egipcios le deben la formación de su sociedad en Egipto; porque el palpable anacronismo o error de fecha de la leyenda, en la que se hace que Euclides sea contemporáneo de Abraham, impide que se crea semejante cosa y que demuestre que la narración entera es pura invención.

Sin embargo, los francmasones inteligentes no pueden rechazar la leyenda por absurda o ridícula, sino que, conocedores de la naturaleza y objeto de nuestro sistema simbólico, la han de aceptar como "mito filosófico", o medio de expresar una verdad masónica por medio de símbolos.

En esta leyenda Euclides sirve de símbolo de la geometría, la ciencia en que fue tan eminente maestro. El mito o

leyenda, simboliza, por lo tanto, el hecho de que existió en Egipto una relación íntima entre esta ciencia y el gran sistema moral y religioso, que fue para los egipcios lo que para nuestra época representa la Francmasonería: una institución secreta, fundada con objeto de enseñar los mismos principios de idéntica manera simbólica.

Interpretándola de esta forma, la leyenda corresponde a todas las épocas de la historia egipcia y viene a enseñarnos que estaban en estrecha relación los sistemas religioso y científico. Por eso dice Kenrick que *"cuando leemos que algunos extranjeros tenían que someterse (en Egipto) a penosas y terribles ceremonias iniciáticas, creemos que no se hacía esto para que aprendiesen el secreto de los ritos de Osiris e Isis, sino para que conocieran la astronomía, la física, la geometría y la teología"*.

Otro ejemplo es el mito o leyenda de las Escaleras de Caracol, por las que debían subir los Compañeros para recibir su Salario en la Cámara del Medio. Tomado este mito en sentido literal, se observará que está en completa oposición con la historia y con lo probable. Como mito, se funda en el hecho de que existía en el templo una "Cámara del Medio" a la que se subía por las "escaleras de caracol", pues el Primer Libro de los Reyes dice: *"Y subíase por un caracol al aposento de en medio"* (VI, 8).

Pero no existe prueba histórica evidente alguna de que las escaleras estuvieran construidas tal como indica el relato mítico expuesto en ritual del segundo grado, ni de que la cámara sirviera para el mismo objeto que en la Francmasonería.

En realidad, la leyenda es un mito histórico en que el número místico de los escalones, el proceso de pasar a la cámara y el salario que se recibe en ella, son ficciones que se han añadido a la historia fundamental contenida en el sexto capítulo

de los Reyes, para inculcar importantes enseñanzas simbólicas relativas a los principios de la Orden.

Es cierto que podrían haberse enseñado estas lecciones en forma árida y didáctica; pero el método alegórico y mítico tiene por objeto impresionar al alma de un modo más profundo e intenso, sirviendo al mismo tiempo para unir a la institución Francmasónica con la del templo antiguo.

Véase también el mito que remonta el origen de la institución francmasónica al principio del mundo, haciéndola coetánea con la creación. Este mito se interpreta erróneamente hasta en nuestros días, creyendo que es un hecho histórico, al que se alude en la fecha del "*Anno Lucis*", año de luz que se pone en todos los documentos masónicos. Este mito pertenece a la clase de los filosóficos, y simboliza la idea que asocia por analogía la creación de la luz física con el nacimiento de la luz intelectual y espiritual en el candidato masónico. La primera es el tipo de la segunda.

Por lo tanto, cuando Preston dice que "*la fundación de la Francmasonería se remonta hasta el principio del mundo*", y cuando afirma que "*nuestra Orden ha existido desde que empezó la simetría y ejerció sus encantos la armonía*", no debe suponerse que este autor trate de enseñar la existencia de una Logia masónica en el jardín del Edén. Semejante cosa nos pondría en ridículo.

Lo único que él quiere decir es que los principios de la Francmasonería que, sin duda alguna, son independientes de su organización como sociedad, son contemporáneos de la existencia del Mundo; que cuando Dios dijo: "Hágase la luz", esta luz material era el símbolo de la espiritual que ha de resplandecer en todo candidato cuando su mundo intelectual, hasta entonces "desordenado y vacío", se pueble con pensamientos vivientes y con los divinos principios que constituyen el gran sistema de la Francmasonería especulativa,

y cuando el espíritu de esta institución haga surgir de las tinieblas mentales la luz intelectual moviéndose sobre el profundo abismo de su caos mental (En el siguiente lema de la Orden: *"Lux e tenebris"*, luz de las tinieblas, se alude a este simbolismo).

En las leyendas del Grado de Maestro y del Real Arco se baraja de tal modo el mito histórico con la historia mítica, que es preciso profundizar los juicios para poder distinguir los elementos que los diferencian. Así, por ejemplo, la leyenda del tercer grado es mítica en algunos de sus detalles, mientras que, en otros, es indudablemente histórica.

La dificultad de separar uno del otro y de distinguir los hechos de la ficción, ha dado por resultado que los autores masónicos tengan diversas opiniones sobre este tema. Para Hutchinson y Oliver toda la leyenda no es más que una alegoría o mito filosófico. Nosotros opinamos con Anderson y otros antiguos escritores, que es una historia mítica.

La leyenda de la reconstrucción del templo perteneciente al Real Arco es netamente histórica; pero se encuentran en ella tantos elementos cuya historicidad no puede demostrarse más que por la tradición oral, que toda la narración tiene apariencia de historia mítica. La leyenda de los tres fatigados viajeros es, sin duda alguna, un mito quizás filosófico, pues trata de enunciar la idea de la recompensa otorgada a la perseverancia infatigable en busca de la verdad, a través de toda clase de peligros.

"La labor principal del sacerdocio antiguo consistió en hacer símbolos y en interpretarlos", dice Creuzer. Tal es también la tarea de todo masón estudioso, pues no debe satisfacerse quien desee apreciar por sí mismo la profunda sabiduría de la institución, con aceptar crédulamente todas las tradiciones que se le relaten como historias verídicas, ni tampoco con rechazarlas con incredulidad antifilosófica como fábulas e invenciones. Caer en estos dos extremos sería incurrir en error.

Según Hermann, *"El mito es la representación de una idea"*. Esta idea es la que debe buscar el estudiante en los mitos francmasónicos, porque tras de ellos se oculta algo más espiritual y bello que la narración en sí. *"Alegoría es aquello que, bajo ciertos caracteres y alusiones copiadas, oculta una acción real o una enseñanza moral; o, ciñéndose aún más a las palabras de que se deriva (dlkol, aliús, y dico), es aquello en que se relata una cosa diferente de la que se quiere dar a entender. Por eso toda alegoría debe tener dos sentidos: el literal y el místico, por lo cual deben expresarse sus enseñanzas bajo caracteres y alusiones copiados"* (Bagley, *"The Antiquity, Evidence, and Certainty oí Christianity"*). Por eso debe aprender a extraer de la ganga esta esencia espiritual, que, como precioso metal, se encuentra en ella. En esto es en lo que consiste el verdadero valor de la Francmasonería.

Los esfuerzos hechos para perpetuar la institución no tendrían utilidad alguna sin sus símbolos, mitos, leyendas, ideas y conceptos, porque, sin ellos, no sería más que una "exhibición vana y vacía". Sus toques y signos no tienen otro valor que el de servir de medio para reconocerse. Lo mismo ocurriría con sus palabras, si no fueran simbólicas.

Sus costumbres sociales, su caridad, no son más que puntos incidentales de su constitución, que podrían conseguirse de modo más sencillo. Su verdadero valor científico radica en el simbolismo, en las grandes lecciones de verdad divina que enseña, y en la admirable manera de realizar esta enseñanza.

Quien desee llegar a ser un buen Francmasón, no ha de creer que su tarea debe limitarse a conocer perfectamente la fraseología del ritual, ni en saber abrir y cerrar los trabajos de una Logia o tener cierta habilidad para conferir grados. Todo esto tiene su valor, pero, sin su interno significado, parecería juego de niños.

El francmasón debe, por lo tanto, estudiar los símbolos y tradiciones de la Orden y aprender su verdadera interpretación, porque en esto es en lo que únicamente estriban la ciencia, la filosofía, el fin, el objeto y el designio de la Francmasonería especulativa.

Capítulo XXVI

Leyenda de las escaleras de caracol

Antes de proceder al examen de las más importantes leyendas míticas pertenecientes al grado de Maestro, creemos que no dejará de ser interesante e instructivo el estudiar la única relacionada con el grado de Compañero masón, es decir, la que se refiere al ascenso alegórico de las Escaleras de Caracol para llegar a la Cámara del medio y recibir el simbólico pago del salario.

Aunque la leyenda de las escaleras de caracol es una importante tradición del antiguo arte de la Francmasonería, sólo se encuentra una alusión a ella en las sagradas escrituras, la cual puede verse en el capítulo sexto del primer Libro de los Reyes, donde dice: *"La puerta del aposento de en medio estaba al lado derecho de la casa; y subíase por un caracol al de en medio, y del aposento de en medio al tercero"*.

Con estos escasos y medrados materiales se ha formado una alegoría, cuya belleza trascendental se descubre estudiando sus relaciones simbólicas. Sin embargo, esta tradición sólo debe estudiarse como símbolo, porque los hechos históricos y los detalles arquitectónicos que se encuentran en ella, nos impiden suponer que la leyenda, tal como se enseña en el segundo grado de la Francmasonería, sea algo más que un magno mito filosófico.

Investiguemos el verdadero objeto de esta leyenda y aprendamos la lección de simbolismo que trata de enseñar.

Al investigar la verdadera significación de todo símbolo y alegoría masónicos, debemos guiarnos por el único principio de que el objeto de la Francmasonería especulativa es investigar

la verdad divina. A este objeto fundamental se supeditan todos los demás. Desde el momento en que el Francmasón recibe la primera iniciación hasta que logra disfrutar plenamente de la luz masónica, es un investigador, un trabajador de las canteras del templo, cuya recompensa es la verdad. Todas las ceremonias y tradiciones de la Orden tienden a este objeto último.

¿Qué luz hay que buscar en la Orden? La luz intelectual de la sabiduría y de la verdad. ¿Qué palabra ha de perseguirse? La palabra que es el símbolo de la verdad. ¿Se ha prometido la pérdida de alguna cosa? Esta pérdida simboliza el fracaso humano en descubrir la verdad, debido a la flaqueza de su naturaleza. ¿Existe algún sustituto de esta pérdida? Una alegoría que nos enseña que, en este mundo, el hombre sólo puede tener una idea aproximada de la verdad.

De ahí que en la Francmasonería exista la evolución, simbolizada en sus ceremonias iniciáticas. En ellas se avanza desde lo inferior a lo superior - de las tinieblas a la luz, -de la muerte a la vida, del error a la verdad. El candidato asciende continuamente; nunca se estaciona, ni retrocede, pues cada paso que da le produce nueva iluminación mental: el conocimiento de una doctrina más elevada.

La doctrina de la Francmasonería es la misma que la del Divino Maestro cuando dijo: *"El hombre que pone la mano en el arado y mira hacia atrás no entra en el reino de los cielos"*, lo que nos recuerda el precepto de Pitágoras: *"No mires hacia atrás cuando viajes porque, si tal haces, te acompañarán las Furias"*.

Ahora bien, este principio del simbolismo masónico, se encuentra en muchos lugares de todos los grados. En el de aprendiz se desarrolla en la escalera teológica, que, descansando en la tierra, llega hasta los cielos. De esta manera se inculca la idea del ascenso de lo inferior a lo superior como objeto de la labor masónica.

En el Grado de Maestro toma forma más religiosa, encontrándose en la resurrección, en el cambio de la obscuridad de la tumba al santo de los santos de la Divina presencia.

Este principio se encuentra también en la ceremonia de circunvalación de todos los grados, en la cual se verifica una inquisición gradual, pasando desde el jefe inferior a los superiores. Y, por último, esta idea simbólica se expone en el grado de Compañero en la leyenda de las escaleras de caracol.

Al investigar el simbolismo de las escaleras de caracol, ha de buscarse su explicación en relación con su origen, número de objetos que recuerdan y terminación, pero sobre todo estudiando su objeto fundamental consistente en la evolución ascendente.

Dícese que las escaleras de caracol comenzaban en el pórtico del templo, es decir, en la misma entrada; pero en la ciencia del simbolismo masónico no hay cosa de que se dude menos que de que el templo es la representación del mundo, purificado por Shekinah. El mundo profano es el exterior del templo; el de los iniciados se encuentra dentro del recinto de sus muros.

De aquí que las frases entrar en el templo, pasar al pórtico, hacerse francmasón, y nacer en el mundo de la luz masónica, sean sinónimas. Aquí es donde comienza el simbolismo de las escaleras de caracol.

Cuando el aprendiz traspasa el pórtico del templo, empieza a vivir masónicamente; pero el primer grado de la Francmasonería, así como de los misterios menores de los sistemas antiguos, no sirve sino de preparación o purificación para elevarse a grados superiores. El aprendiz es a manera de un niño, y las lecciones que recibe purifican su corazón y le preparan para encontrar la iluminación mental en los grados siguientes.

Al llegar a Compañero masón el aspirante ha avanzado un paso más, y como este grado simboliza la juventud, en él empieza su educación intelectual. Y es aquí, en el lugar que separa el pórtico del santuario, donde termina la infancia y comienza la juventud, donde encuentra ante sí una escalera que le invita a subir, y le enseña que debe comenzar a realizar su labor masónica y emprender las gloriosas y difíciles investigaciones que le han de procurar la posesión de la verdad.

Las escaleras de caracol empiezan cuando el candidato ha entrado en el pórtico, entre las columnas de la fuerza y de la fundación, como símbolo significativo de que, tan pronto como haya pasado los años de la infancia y comenzado su vida de hombre, debe tener siempre ante sí como primer deber la tarea ardua del mejoramiento personal. Si quiere ser digno de su vocación no puede permanecer quieto; su destino de ser inmortal le obliga a subir paso a paso hasta alcanzar la cumbre, donde le esperan los tesoros de la sabiduría.

El número de peldaños es siempre impar en todos los sistemas. Vitruvio dice que a los templos antiguos se llegaba siempre por escalones impares, y cree que se hacía así porque, comenzando a subir el primer peldaño con el pie derecho, el devoto entraba con el mismo pie en el templo, lo cual se consideraba buen presagio.

Pero lo cierto es que los francmasones tomaron el simbolismo numérico del sistema pitagórico. En este sistema en el que se creía que los números más perfectos eran los impares, jugaba un papel importantísimo el simbolismo. Por esta razón, predominan los impares en el sistema francmasónico, y mientras que los números tres, cinco, siete, nueve, quince y veintisiete son símbolos importantes, raras veces se habla del dos, cuatro, seis, ocho o diez. Por lo tanto, el número impar de peldaños simbolizaba la idea de perfección, a la cual debia de tender el aspirante.

El número de escaleras ha variado según las épocas. Se han encontrado trazados de arquitectura o carpetas masónicas del último siglo en que sólo se habían dibujado cinco escaleras, y otros en que éstas ascienden a siete. Las conferencias prestonianas, leídas en Inglaterra a comienzos del siglo diez y nueve, fijan en treinta y ocho el número de peldaños, dividiéndolos en series de una, tres, cinco, siete, nueve y once.

El error de poner un número par de escaleras, con el que se violaba el principio pitagórico de los números impares como símbolos de perfección, se corrigió en las conferencias de Hemining, las cuales se adoptaron cuando se verificó la unión de las dos Grandes Logias de Inglaterra, desechando también el once por suponer que se explicaba de forma sectaria.

En los Estados Unidos se redujo su número a quince, dividiéndolo en series de tres, cinco y siete. Nosotros adoptaremos esta división americana cuando expliquemos el simbolismo, si bien el número particular de peldaños, o el método peculiar de su división en series no afecta para nada al simbolismo general de la leyenda.

Así, pues, en el segundo grado de la Francmasonería el candidato representa al hombre que comienza la jornada de la vida, teniendo por tarea el perfeccionamiento de su ser. Para que pueda realizar este trabajo se promete recompensarle con desarrollar todas sus facultades intelectuales, la elevación espiritual y moral de su carácter, y la adquisición de la verdad y de la sabiduría.

Ahora bien, el logro de esta condición moral e intelectual supone la sublimación del carácter, el ascenso desde la vida inferior a la superior, el paso desde la fatiga y las dificultades, a la completa fruición de la sabiduría, empezando por enseñanzas rudimentarias. Tal es lo que simbolizan las Escaleras de Caracol, a cuyos pies permanece el aspirante, presto a escalar el fatigoso graderío, mientras que, en lo más alto, se ve "*ese brillante*

jeroglífico que únicamente pueden contemplar los artífices" y que es el emblema de la verdad divina.

Ya dijo un célebre autor que: *"Estos pasos, como todos los símbolos masónicos, son ejemplos de disciplina y de doctrina, así como de ciencia metafísica, natural y matemática, y nos abren las puertas para hacer una extensa investigación especulativa y moral"*.

El candidato comienza el fatigoso ascenso incitado por su amor a la virtud y su deseo de conocimiento, ávido de la recompensa de verdad que se le ofrece. En cada división hace una pausa, para reunir las enseñanzas del simbolismo que le llaman la atención en ella.

Durante la primera pausa se le instruye en la organización peculiar de la Orden de que es discípulo; pero si las enseñanzas que entonces se le dan se tomaran en sentido literal no merecerían esfuerzo alguno. El rango de los jefes directores y los nombres de los grados de que consta la institución, no le proporcionan conocimientos que no pudiera poseer antes. Por lo tanto, el valor representativo de esta parte de la ceremonia, debe buscarse en su significación simbólica.

Cuando se explica al aspirante la organización de la orden masónica, es para que tenga presente la unión de los hombres en sociedad y la formación del estado social surgido del estado de naturaleza. Por lo tanto, al comenzar la jornada se le invita a que medite en los beneficios que produce la civilización y en los frutos de virtud y sabiduría que se cosechan en esta condición. La misma Francmasonería no es más que un producto de la civilización, que ha servido para extender esta condición de humanidad.

Todos los monumentos antiguos que han sobrevivido a los percances de la historia demuestran que el hombre comenzó a organizar misterios religiosos y a separar lo sagrado de lo

profano, valiéndose de una suerte de instinto divino, tan pronto como pasó del estado salvaje al social.

Entonces se inventaron la arquitectura y todas sus artes afines para edificar moradas con que protegerse contra las inclemencias del tiempo y las vicisitudes de las estaciones; y, por último, se ideó la geometría, ciencia necesaria para que los cultivadores del campo pudieran medir sus tierras y señalar el límite de sus pertenencias.

Todas estas son las características peculiares de la Francmasonería especulativa, la cual viene a ser el arquetipo de la civilización, estando la primera en la misma relación respecto al mundo profano, que la última con el estado salvaje. Por eso nos parece acertadísimo este simbolismo que comienza a cultivar la sed de saber y el ansia de verdad del candidato, primer paso de su escala ascendente, recordándole que la civilización y la unión social de la humanidad son pasos necesarios para el logro de estos objetos. Valiéndonos de nuestro lenguaje simbólico, revestimos la historia de la organización de la sociedad con el ropaje de las alusiones a los cargos de la Logia y a los grados de la Francmasonería.

A medida que el candidato adelanta, se le invita a contemplar otras series de instrucciones. Los sentidos humanos, apropiados canales para recibir todas las ideas de percepción y que constituyen, por lo tanto, las fuentes más importantes de nuestros conocimientos, simbolizan en Francmasonería el cultivo del intelecto.

También se alude con ello a la Arquitectura como arte más importante en el bienestar humano, y no porque tenga relación íntima con la Francmasonería operativa, sino por ser el arquetipo de otras artes útiles. Por eso en la segunda pausa que hace el candidato cuando sube las escaleras de caracol, se le recuerda que es necesario que cultive el conocimiento práctico.

Hasta este momento, pues, las instrucciones que ha recibido él se refieren a su situación en la sociedad como miembro de la gran agrupación social, ya que para ser miembro útil y necesario en ella debe adquirir el conocimiento de las artes de la vida práctica.

Pero su lema debe ser "*Excelsior*": ha de seguir avanzando, porque todavía no ha alcanzado la cumbre de la escalera; aún le quedan tesoros de sabiduría que buscar, y no ha logrado la recompensa, ni ha llegado a la Cámara del Medio, aposento de la verdad.

Por lo tanto, al hacer la tercera pausa llega al lugar en que se explica el círculo completo de la ciencia humana. Sabido es que los símbolos son arbitrarios y que tienen una significación convencional, de modo que también podría haberse simbolizado el círculo de la ciencia humana por otro signo o serie de doctrinas que el de las siete ciencias y artes liberales. Pero la Francmasonería es institución antigua, y el hecho de que eligiera como símbolo de todos los conocimientos humanos las siete ciencias y artes liberales es una de las pruebas más fecundas de su antigüedad.

En el siglo séptimo y mucho tiempo después, todos los conocimientos de los más distinguidos filósofos y de las más célebres escuelas se contenían en las llamadas artes y ciencias liberales, que consistían en las dos ramas del *trivium* y del *quadrivium*. En el *trivium* se estudiaban la gramática, la retórica y la lógica; en el *quadrivium*, la aritmética, la geometría, la música y la astronomía.

"La ciencia universal estaba contenida en estos siete títulos. Quien era maestro en ellos no necesitaba preceptor alguno que le explicase los libros o le resolviese los problemas que abarcaba la razón, pues el conocimiento del trivium le había dado la clave de todo lenguaje humano, y el del quadrivium le

había descubierto las leyes secretas de la naturaleza", dice Enfield en su "*Historia de la Filosofía*" (vol. II, Pág. 337).

Estas dos palabras latinas, son verdaderamente clásicas; pero su significación es medieval. Para los romanos antiguos, *trivium* quería decir el lugar en donde se reúnen tres vías, y *quadrivium*, la encrucijada que forman dos caminos. Cuando hablamos de senderos de sabiduría, descubrimos el origen de la significación dada por los filósofos escolásticos a estos términos.

El mismo autor dice que hubo un período en que bastaba conocer el *trivium* y el *quadrivium*, cosa que hacían pocos, para ser considerado como filósofo. Por lo tanto, la adopción de las siete ciencias y artes liberales como símbolo de todos los conocimientos humanos, es atinadísima. Cuando el candidato ha llegado a este punto se supone que ha realizado la tarea para cuya realización entró en la Orden, pues ha subido el último peldaño y está en condiciones de recibir la fruición plena de los conocimientos humanos.

Hasta aquí podemos penetrar en el verdadero simbolismo de las Escaleras de Caracol, que representan el progreso de la mente investigadora en el cultivo del intelecto y del estudio, y la adquisición previa de toda ciencia humana, como paso preliminar para poder alcanzar la verdad divina, la cual se simboliza en Francmasonería por medio de la PALABRA.

Veamos ahora cuál es el simbolismo de los números, presentado por primera vez al Aprendiz de Masón en la leyenda de las Escaleras de Caracol. Los masones tornaron de la escuela pitagórica la teoría de los números como símbolos de ciertas cualidades.

Sin embargo, no podemos tratar extensamente sobre esta doctrina, porque el simbolismo numeral de la Francmasonería requiere un ensayo más amplio.

Baste con advertir que el hecho de que el número total de peldaños sea quince en el sistema americano, es un símbolo significativo, ya que este número era tenido por sagrado entre los orientales, porque el valor numérico de las letras de que se compone el nombre sagrado JAH, es quince; por eso hacían un poderoso talismán dibujando una figura en la que colocaban los nueve dígitos de tal forma que tanto las columnas horizontales como las verticales y las diagonales sumaran siempre quince. Este talismán era la figura siguiente, que, a veces, recibía el nombre de cuadrado mágico.

Por lo tanto, los quince peldaños de las escaleras de caracol simbolizan el nombre de Dios.

Pero no hemos terminado todavía. Se recordará que se prometía una recompensa a quien lograba subir las escaleras de caracol. Ahora bien, ¿cuál era el salario de los francmasones? No les daban moneda, ni trigo, ni vino, ni aceite, pues todos estos objetos no son más que símbolos. Su salario era la Verdad, o una aproximación de ella, apropiada al grado en que se les había iniciado.

La doctrina de que los francmasones han de buscar siempre la verdad, sin lograr encontrarla jamás, es una de las más bellas y abstrusas de la ciencia del simbolismo masónico. Esta verdad divina, objeto de todos sus esfuerzos, se simboliza por medio de la PALABRA, de la cual todos sabemos que sólo se puede encontrar una palabra substituta; con ello se trata de enseñar la humillante pero necesaria lección de que en esta vida no puede adquirirse jamás el conocimiento de la, naturaleza de Dios y la relación del hombre con Él, cuyo conocimiento constituye la verdad divina.

Este conocimiento únicamente se alcanza cuando las puertas de la tumba se abren ante nosotros y entramos en una vida más perfecta. ¡Cuán feliz es el hombre que desciende a las profundidades de la tierra, habiendo contemplado estos

misterios! ¡Quien conoce el fin de la vida, conoce también su origen! dice el padre de la poesía lírica.

La Cámara de en medio simboliza esta vida, donde únicamente puede darse el símbolo de la palabra, donde sólo se percibe un vislumbre de la verdad, y donde, sin embargo, aprendemos que esta verdad ha de consistir en el conocimiento perfecto del G::A::D::U:: En esto consiste la recompensa con que se premia el francmasón; se le pone en el camino de la verdad, pero debe viajar y ascender hasta lograr alcanzarla.

De modo que la bella leyenda de las escaleras de caracol sólo debe estudiarse como símbolo, pues si intentáramos hacerlo como hecho histórico, los hombres cuerdos se reirían de nuestra credulidad.

Quienes la inventaron no quisieron que creyésemos en su historicidad, porque cuando nos la ofrecieron como gran mito filosófico, no sospecharon ni remotamente que pudiésemos dejar a un lado las sublimes enseñanzas morales que encierra, para aceptarla como hecho histórico, sin sentido alguno y completamente en desacuerdo con los anales de las Escrituras y con todo viso de probabilidad. Suponer que en el estrecho recinto de las cámaras del templo se pudiera pagar mensualmente a ochenta mil obreros es un disparate.

Pero creer que toda esa representación gráfica de ascensión al lugar donde se pagaban los salarios, por una escalera de caracol, es una alegoría que tiene por objeto enseñarnos la ascensión de la mente desde la ignorancia, a través de las fatigas del estudio y de la dificultad en obtener conocimientos, recibiendo ora un poco y después otro poco, añadiendo a cada paso algo al núcleo de nuestras ideas, hasta obtener la recompensa en la Cámara del Medio, donde se confiere al intelecto culto el premio que le indica cómo ha de buscar a Dios y a su verdad; creer esto, decimos, es creer y

conocer el verdadero objeto de la Francmasonería especulativa, único objeto digno de los hombres buenos, sabios y estudiosos.

Los detalles históricos de la leyenda son infructuosos, pero en cambio, sus símbolos y alegorías son fértiles en enseñanzas.

Capítulo XXVII

Leyenda del Tercer Grado

El símbolo legendario más importante y significativo de la Francmasonería es, sin duda alguna, el que relata la vida de Hiram Abif, que por su excelencia se conoce comúnmente con el nombre de Leyenda del Tercer Grado.

El documento más antiguo que se ha podido encontrar sobre esta leyenda está contenido en la segunda edición de las Constituciones de Anderson, publicadas en 1738, y dice así: *"Se terminó (el templo) en el breve espacio de siete años y seis meses, lo cual asombró al mundo; la fraternidad celebró con gran júbilo la colocación de la piedra cimera; pero su júbilo fue interrumpido por la muerte de su querido maestro Hiram Abif, a quien enterraron decorosamente en la Logia, cerca del templo, según la antigua usanza"*.

En la siguiente edición de esta obra, publicada en el año 1756, se relatan algunas circunstancias más, como, por ejemplo, la participación del Rey Salomón en el dolor general, y el hecho de que el Rey de Israel *"ordenó que sus exequias se celebraran con gran solemnidad y decoro"*. Excepto estas palabras de Anderson y las citas que de ellas hicieron algunos autores posteriormente, la narración no se ha escrito jamás, comunicándose de época en época por tradición oral.

Tal es la importancia de esta leyenda que se ha conservado en todos los ritos masónicos. A pesar de las modificaciones experimentadas por el sistema general, y de que los fundadores de ritos se han dejado llevar de su imaginación para pervertir o corromper otros símbolos, aboliendo los antiguos y substituyéndolos por otros nuevos, la leyenda del

Constructor del templo ha permanecido intacta, conservando toda la integridad de su antigua forma mítica.

¿Cuál es, pues, la significación de este símbolo tan importante y difundido? ¿Qué interpretación puede dársele que justifique su universalidad? ¿Cómo ha llegado a tener tanta importancia en la Francmasonería, que forma ya parte de su esencia y se ha considerado inseparable de ella?

Para responder debidamente a estas preguntas, es preciso describir, tras breve investigación, el remoto origen de la Francmasonería y su relación con los antiguos sistemas iniciáticos.

El objeto fundamental de todos los ritos y misterios de que constaba la "Francmasonería espuria" consistió en enseñar la doctrina consoladora de la inmortalidad del alma. Todos los Misterios, incluso los de Cupido y Baco, enseñaron, en sus orígenes las doctrinas ocultas de la Unidad de Dios y de la inmortalidad del alma. Este dogma, que brillaba a manera de faro en las tinieblas del ambiente pagano, procedía del antiguo sacerdocio o pueblo que practicó el sistema de la "Francmasonería pura", conservándolo únicamente en forma de una proposición abstracta y de una sencilla tradición.

Varios sabios investigadores, entre ellos Creuzer, relacionan la interpretación alegórica de los mitos con la hipótesis de la existencia de un cuerpo de sacerdotes antiguos y cultísimos, procedente de Oriente o de Egipto, que comunicó a los rudos y bárbaros griegos conocimientos históricos, físicos y religiosos, bajo el velo de los símbolos.

El Caballero Ramsay corrobora esta teoría, diciendo que: *"En las obras de los sabios de todas las naciones, épocas y religiones se encuentran vestigios de las verdades más sublimes, vestigios que son emanaciones más o menos adulteradas y disimuladas de la tradición antediluviana y noaquita"*.

Pero, cuando la idea se exponía en los Misterios a las almas sensuales de los filósofos y místicos paganos, se encerraba siempre en forma de representación escénica.

De ello pueden encontrarse abundantes pruebas en todos los escritores antiguos y modernos que han tratado de los Misterios, Apuleyo dice, describiendo cautamente su iniciación en los Misterios de Isis: *"Yo me aproximé a los confines de la muerte, y, después de hollar el umbral de Proserpina, volví de allí, siendo llevado a través de todos los elementos. A media noche vi lucir el sol con toda su brillante luz; me acerqué a los dioses de abajo y a los dioses del cielo, permanecí cerca de ellos y los adoré"*. De estas palabras se desprende que se trataba de una representación escénica.

Asimismo, la influencia del primitivo culto sabeo, en que se adoraba al sol resucitado por la mañana de la muerte aparente padecida en la hora del ocaso, hizo que se adoptara el sol naciente en todos los Misterios, por símbolo de la regeneración del alma.

En los misterios egipcios se representaba la muerte y regeneración de Osiris; en los fenicios, la de Adonis, y en los sirios, la de Dionisos. En todos ellos, el aparato escénico de la iniciación tenía por objeto enseñar al candidato el dogma de la vida futura.

Baste saber también que las ramas espuria y pura del sistema masónico se unieron en Jerusalén, por medio de la instrumentalidad de los trabajadores tirios del templo salomónico, y que la última adoptó el mismo método de representación escénica que la primera. La narración del constructor del templo substituyó a la de Dionisos, mito peculiar a los misterios practicados por los trabajadores tirios.

Por lo tanto, la idea enseñada en el mito de los Misterios Antiguos es la misma que la que se expone en la leyenda masónica del Tercer Grado.

De ahí que Hiram Abif sea en el sistema masónico el símbolo de la naturaleza humana que se desarrolla en esta vida y en la venidera; y así, mientras que el templo era el símbolo visible del mundo, como hemos visto hasta ahora, su constructor venía a ser el símbolo mítico del hombre, habitante y trabajador de ese mundo.

Ahora bien, ¿no es acaso este símbolo evidente?

El hombre que emprende el viaje de la vida, poseyendo facultades y energías que le capacitan para el ejercicio de los elevados deberes a cuyo cumplimiento ha sido llamado, conserva al obtener el triunfo, el conocimiento de la verdad divina que le otorgara el atavismo de su raza, si es "*un trabajador hábil y entendido*". "*Aish hakam iodea binah, (un hombre hábil y entendido)*", es como describe el rey de Tiro a Hiram Abif (Véase *Crónicas* 2, II, 13.), conocedor de todas las cuestiones morales e intelectuales (sólo de semejante hombre puede ser símbolo el constructor del templo). Esta verdad divina se simboliza por medio de la PALABRA.

Y mientras la muda creación inclina los ojos hacia abajo, y a su terrenal madre tiende, el hombre mira hacia lo alto, y con levantados ojos contempla su propio cielo hereditario.

Provisto de la palabra de vida, dedica el tiempo a construir un templo espiritual, y continúa viajando para cumplir todos sus deberes, depositando sus designios sobre el tablero del futuro e invocando la ayuda y dirección de Dios.

Pero, ¿acaso cruza siempre su camino por bosques floridos? ¿No le obstruye el camino enemigo alguno? ¿Camina por ventura eternamente por lugares calmos y claros, que el sol enciende y los suaves céfiros olean? ¡Ay! no. "El hombre ha nacido para la inquietud, como las chispas que saltan del fuego." En todas "las puertas de la vida le acechan peligros", dicen los orientales.

De joven, le alucinan las tentaciones; de hombre, le oscurecen el camino las desventuras, y de anciano es víctima de la enfermedad y de la flaqueza; pero si se cubre con la armadura de la virtud puede resistir a las tentaciones, arrojar a un lado las desventuras y erguirse triunfante sobre ellas; más al fin ha de ceder eventualmente ante el enemigo más espantoso e inexorable de su raza. Derribado por la muerte, cae vencido en la tumba, y se te entierra en los despojos de su fragilidad humana y pecadora.

Esta doctrina de la Francmasonería, se denominaba Aphanismo, en los antiguos misterios; es decir, desaparición, destrucción, perecer, muerte, se deriva de “quitar de la vista, ocular”, etc. (“*Lexikon*”, de Schrevel)). En ella se aprendía la amarga pero necesaria lección de la muerte. El alma viviente, con el cuerpo muerto que la encerraba, ha desaparecido y no puede encontrarse en ninguna parte. Todo es obscuridad, confusión y desesperación. Se ha perdido por unos momentos la verdad divina - la PALABRA - y el Maestro masón puede decir ahora como Hutchinson: "*Preparo mi sepulcro y abro mi tumba en la corrupción de la tierra. Encuéntrome bajo la sombra de la muerte*".

Pero el simbolismo sería incompleto si se terminara con esta lección de la muerte, que sería inútil y ociosa - por no decir perniciosa y corrupta -, ya que iría contra el instinto de la existencia futura innato en el hombre. Por esta razón, las subsecuentes partes de la leyenda tienen por objeto enseñar el sublime simbolismo de la resurrección de la muerte y del nuevo nacimiento en una vida futura. El descubrimiento del cuerpo, que en la iniciación de los Misterios recibía el nombre de *euresis*, “descubrimiento, invención, hallazgo” (“*Lexikon*”, de Schrevel), y su traslado desde la tumba en que se hallaba encerrado a un lugar sagrado situado dentro del recinto del templo, simbolizan de un modo bello y profundo esta gran

verdad, cuyo descubrimiento era el objeto de todas las iniciaciones antiguas, y asimismo casi el designio fundamental de la Francmasonería.

Esta verdad enseña que cuando el hombre traspase las puertas de la vida y obedezca al inexorable mandato de la muerte, se levantará (no en el ritual gráfico de una logia, sino en la realidad de la Logia eterna de la que la masónica no es sino el símbolo), ante la palabra creadora del Gran Maestro del Universo, desde el tiempo a la eternidad, desde la tumba de la corrupción a las cámaras de esperanza, desde las tinieblas de la muerte a la luz celeste de la vida; y asimismo, su espíritu desencarnado será llevado tan cerca del santo de los santos donde mora la divina Presencia, como la humanidad se puede acercar a Dios.

Esta es la interpretación que nosotros damos a la leyenda del Tercer Grado.

Hemos dicho ya que la historia mítica del constructor del templo se ha difundido universalmente en todas las naciones y ritos, y que no asumió ninguna forma nueva ni diferente en su esencia, cuando se alteró, disminuyó o aumentó sea cuales fueran las épocas y naciones en que esto aconteciera, de modo que el mito ha sido siempre el mismo.

No ocurre lo propio con su interpretación. La que nosotros acabamos de dar, que, según creemos, es correcta, es la adoptada generalmente por los francmasones de nuestro país; pero en otras partes, otros escritores lo han interpretado de diferente manera, si bien han estado siempre acordes en conservar la idea general de la resurrección o regeneración de algo desde una esfera o función inferior a otra superior.

Así, por ejemplo, uno de los más antiguos escritores del continente ha creído ver en este mito el símbolo de la destrucción de la Orden Templaria, representando proféticamente su restauración a la dignidad y poder originales.

En algunos grados filosóficos elevados se enseña que la leyenda se refiere a los sufrimientos, muerte y resurrección del Cristo.

Un autor francés dice hablando del grado de "Muy Perfecto Maestro" que: *"En este mito se ve que Hiram no es en realidad sino el tipo o símbolo de Jesucristo, y que el templo y los demás símbolos masónicos son alegorías relativas a la Iglesia, la Fe y las buenas costumbres"*.

Hutchinson, que tuvo el honor de ser el primer escritor filosófico que trató de la Francmasonería en Inglaterra, supone que esta leyenda tiene por objeto encarnar la idea de la decadencia de la religión judía y su substitución por la cristiana. Este autor dice: *"Así, pues, nuestra Orden es una contradicción positiva a la infidelidad y ceguera judaica, y testifica nuestra creencia en la resurrección del cuerpo"*.

El Dr. Oliver - *"clarum et venerabile nomen"*, nombre inmaculado y venerable, cree que la leyenda tipifica la muerte de Abel a manos de Caín y que simbólicamente se refiere a la muerte universal de nuestra raza debida al pecado de Adam y su resurrección por el sacrificio del Redentor, de acuerdo con las palabras del Apóstol: *"Así como en Adam todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados"*.

"Por lo tanto, la leyenda existente en todas las épocas de la Francmasonería especulativa, se refiere históricamente a nuestra muerte en Adam y nuestra vida en Cristo. ¿Cuál fue, pues, el origen de nuestra leyenda? o con otras palabras, ¿a qué incidente particular anterior al diluvio se refiere la leyenda iniciática? Yo creo que es al asesinato de Abel por Caín; a la fuga del asesino; al descubrimiento del cadáver verificado por los desconsolados padres, a su entierro, con la esperanza de que resucitara de entre los muertos, y a la detención y castigo de Caín por divina venganza".

Ragon opina que Hiram es un símbolo del sol, cuyo poder y rayos vivificantes se amenguan en los tres meses invernales, y del recobro de su calor en la primavera. *"El grado de Maestro describe alegóricamente la muerte del dios-luz, que muere en invierno para reaparecer y resucitar en primavera"* (*"Tours Philosophique"*, de Ragon, pág. 158).

Y, por último, Des Etangs, adoptando en parte la interpretación de Ragon, añade otra, a la que denomina simbolismo moral de la leyenda, y supone que Hiram no es sino la eterna razón, cuyos enemigos son los vicios que depravan y destruyen a la humanidad. *"En el orden moral Hiram no es sino la razón eterna, que todo lo pondera, regula y conserva"* (*"Euvres Maconniques"*, por Des Etangs, página 90).

A toda esta interpretación habría que hacer importantes objeciones, si bien hay algunas que lo merecen más que otras.

En cuanto a quienes interpretan la leyenda de un modo astronómico, y dicen que simboliza los cambios anuales del sol, hemos de decir que, si bien admiramos el ingenio con que exponen sus argumentos, creemos que se olvidan al dar tal interpretación de la evolución religiosa experimentada por la Francmasonería en pasados siglos, y caen en la corrupción y perversión del *sabeismo*.

La interpretación templaria del mito ha de descartarse también, para evitar anacronismos, a menos que se niegue la existencia de la leyenda antes de la abolición de la Orden de los Caballeros Templarios, con lo cual negaríamos también la antigüedad de la Francmasonería. El autor rechaza con los mismos argumentos la hipótesis de que Hiram sea la representación simbólica de Carlos I de Inglaterra, hipótesis tan abandonada actualmente que no ha creído conveniente hablar de ella en el texto.

En cuanto a la suposición de que el mito sea cristiano, hemos de decir que Hutchinson y Oliver se equivocaron cuando

afirmaron que el grado de Maestro Masón es una institución cristiana, si bien hay que reconocer que sus argumentos son profundamente filosóficos. Es cierto que este grado abarca las grandes verdades que enseña el cristianismo sobre el tema de la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo; pero esto se debe a que la Francmasonería es verdad, como también el cristianismo, y a que todo lo que es verdad es idéntico.

Sin embargo, su origen y su historia son diferentes. La Francmasonería es mucho más antigua que el cristianismo; sus símbolos y leyendas proceden del templo de Salomón, y hasta de los pueblos anteriores a esta época, su religión se deriva del antiguo sacerdocio, y su fe es la de Noé y sus inmediatos descendientes.

Si la Francmasonería fuera tan sólo una institución cristiana, no podría participar conscientemente de su iluminación quienes pertenecieran a otras religiones; pero, precisamente, se precia y está orgullosa de su universalidad porque con su lenguaje pueden conversar los ciudadanos de todas las naciones; porque ante sus altares se arrodillan hombres pertenecientes a todas las religiones; y porque los discípulos de todas las creencias suscriben su credo.

Pero no podemos negar que, al advenir el cristianismo, se infundió casi imperceptiblemente en el sistema masónico un elemento de esta religión, o por lo menos entre los francmasones pertenecientes a ella, lo cual ha sido inevitable, porque toda religión predominante tiende a infiltrar sus influencias en todo cuanto la rodea, ya sea religioso, político o social.

El hombre que siente intensamente el espíritu de su religión experimenta el deseo casi inconsciente de acomodar y adaptar todos los asuntos, esparcimientos, trabajos y ocupaciones de la existencia diaria, a la fe de su alma.

Por esta razón los francmasones cristianos ansían dar a los demás un carácter cristiano, investirlos en cierta manera con

las particularidades de su credo e interpretar el simbolismo conforme a sus sentimientos religiosos, a pesar de que aprecian en su justo valor las bellas doctrinas que enseña la Francmasonería y agradecen que se hayan conservado en el seno de su antigua Orden en tiempos en que las naciones circundantes no las conocían.

Este sentimiento instintivo es una de las más nobles aspiraciones de la naturaleza humana; pero los autores masónico-cristianos se dejan llevar por ella con exceso, y afectan al carácter cosmopolita de la institución con la extensión de sus sectarias interpretaciones.

Esta tendencia cristianizante ha sido en ciertos casos tan universal y ha prevalecido durante períodos tan largos que ha logrado imbuir el elemento cristiano de tal forma en ciertos símbolos que, quienes no conocen la causa de ello, no saben si atribuir al símbolo un origen antiguo o moderno y cristiano.

Para esclarecer la idea que acabamos de exponer y dar un notable ejemplo de una interpretación cristiana y gradual de un símbolo masónico, vamos a estudiar el mito subsidiario (queremos decir subordinado a la gran leyenda del Constructor) que se refiere a las circunstancias relacionadas con la tumba, colocada en "la cumbre de una colina cercana al Monte Moria".

Ahora bien, el mito o leyenda de la tumba es una deducción auténtica y genuina del simbolismo de la antigua Masonería espuria. Es análogo al *pastos*, *féretro* o *lecho*, de que hablan los rituales de los misterios paganos. En todas estas iniciaciones se colocaba al aspirante en una celda o sobre un lecho, envuelto en la mayor obscuridad, durante un período de tiempo que oscilaba desde tres días en los Misterios griegos, hasta cincuenta en los persas. Esta celda o lecho, que recibe el nombre técnico de *pastos*, se adoptó por símbolo del ser cuya muerte y resurrección o apoteosis se representaba en la leyenda.

El descenso mítico al Hades y el retorno desde éste a la luz del día se representaba escénicamente en la iniciación de los Misterios; esto es lo que quería decir la entrada en el Arca y la subsiguiente liberación de su sombría reclusión. Los misterios se establecieron en casi todo el mundo pagano; siendo los de Ceres idénticos en substancia a los de Adonis, Osiris, Hu, Mitra y los dioses Cabires.

En todos ellos se comienza relatando la desaparición, muerte o descenso alegórico del gran padre, concluyendo con su invención, renacimiento o retorno del Hades; pero esta teoría del arca no ha merecido la aprobación de los demás autores.

El erudito Faber dice que esta ceremonia es, sin duda alguna, la misma que la del descenso al Hades, y que, cuando el aspirante entraba en la celda mística, recibía la orden de acostarse en el lecho que simbolizaba la tumba del Gran Padre Noé, a quien sabido es que refiere Faber todos los ritos antiguos. Y continúa diciendo el autor que: *"Mientras yacía sobre el santo lecho imitando a su muerto prototipo, se decía que dormía el profundo sueño de la muerte. Su resurrección del lecho representaba el retorno a la vida o su regeneración en un nuevo mundo"*.

Sin dificultad alguna se comprenderá que los Francmasones del templo debieron tomar este simbolismo y apropiarlo a la tumba situada, en la cumbre de la colina. Al principio la interpretación sería cosmopolita como la de aquella de que se había derivado, y estaría exactamente de acuerdo con los dogmas generales de la resurrección del cuerpo y de la inmortalidad del alma.

Pero, con el advenimiento del cristianismo, se infundió el espíritu de esta nueva religión en el antiguo sistema masónico, afectando al simbolismo íntegro de la tumba. Es cierto que se conservó la misma interpretación de una restauración o resurrección, derivada de antiguo *pastos*; pero el hecho de que

Cristo hubiese venido a enseñar el mismo dogma consolador a las multitudes y de que el Monte Calvario, el "lugar de la calavera", fuese el sitio donde el Redentor demostró la verdad de la doctrina con su propia muerte y resurrección, sugirió a los antiguos francmasones cristianos la idea de cristianizar el viejo símbolo.

Examinemos ahora cómo fue tomando cuerpo esta idea.

En primer lugar, es necesario identificar el lugar en donde se descubrió la "tumba recién hecha" con el Monte Calvario, donde se encontraba el sepulcro del Cristo. Esto se puede hacer fácilmente valiéndose de tinas cuantas analogías convincentes.

1° El Monte Calvario era una pequeña colina.

El Monte Calvario es una pequeña colina, situada a poniente del Monte Moria donde se construyó el Templo de Jerusalén. Antiguamente era un montecillo de regular altura que se ha reducido bastante al hacer las excavaciones para construir la iglesia del Santo Sepulcro.

La actual roca llamada Calvario e incluida en la iglesia del Santo Sepulcro, tiene señal de haber sido un redondo nódulo de roca situado sobre el nivel común de la superficie.

2° Estaba situado en dirección Oeste desde el templo y cerca del Monte Moria.

3° Se encontraba en el camino directo de Jerusalén a Joppa, y era el lugar donde un fatigado hermano se sentó para reposar de sus fatigas.

El Dr. Beard razona de un modo parecido sobre el lugar de la crucifixión, v, suponiendo que los soldados debieron obligar a Jesús a que marchara rápidamente hacia el lugar de la ejecución por temor a un tumulto, dice: "*El camino de Joppa a*

Damasco era el que más les convenía, y no había lugar vecino más a propósito que la pequeña elevación llamada Monte Calvario”.

4° Estaba fuera de las puertas del templo.

5° En la roca había por lo menos una abertura o cueva, que fue más tarde el sepulcro de nuestro Señor; pero no hace falta insistir sobre esta coincidencia porque en la vecindad hay abundantes hendiduras en la roca, que están de acuerdo con las condiciones de la leyenda masónica.

Pero para que este razonamiento analógico se pueda comprender de modo más expresivo, baste saber que, si un grupo de personas sale del templo de Jerusalén y se dirige hacia poniente para buscar el puerto de Joppa, la primera colina que encontrarían sería el Monte Calvario; y, como es posible que éste se utilizara como lugar de sepultura, como parece deducirse de su nombre de Gólgota, es de suponer que sea el mismo lugar a que se alude en el Tercer Grado, en donde encontraron la acacia los obreros que fueron por el camino de Joppa.

Habiendo ya descrito la analogía, estudiemos su simbolismo. El Monte Calvario ha ocupado siempre un lugar importante en la historia legendaria de la Francmasonería, pues existen muchas historias relacionadas con él que tienen una importancia altamente interesante.

Una de las tradiciones dice que es el lugar donde se enterró a Adán, según refiere la antigua leyenda, para que el sitio donde yacía el que fue causante de la perdición de la humanidad, fuera también el mismo en que el Salvador padeciera martirio, muriera y fuese sepultado.

Sir Torkington, que publicó una peregrinación a Jerusalén, en 1517, dice que "*bajo el Monte del Calvario se*

encuentra otra capilla de nuestra Señora y de San Juan Evangelista, denominada Gólgota; y allí, precisamente bajo la mortaja de la cruz, se encontró la cabeza de nuestro antepasado Adán". Recuérdese que Gólgota significa en hebreo "el lugar de una calavera".

Según ello, hay cierta concomitancia entre la tradición y el nombre de Gólgota, con que se conocía el Monte Calvario en tiempos de Cristo. Calvario o Calvaria tiene la misma significación en latín. Algunos suponen que se llamó así, por ser el lugar destinado a realizar las ejecuciones públicas. Gulgoleth en hebreo, o Gogultho en sirio, significan Calavera.

Según otra tradición, Enoch erigió en las entrañas del Monte Calvario su bóveda de nueve arcos, grabando en la piedra fundamental ese Nombre Inefable, cuya investigación como símbolo de la verdad divina, constituye el objeto principal de la Francmasonería especulativa.

Una tercera tradición refiere que el rey Salomón descubrió, mientras se hacían excavaciones en el Monte Calvario para la construcción del templo, la piedra que depositara Enoch.

En este lugar fue muerto y enterrado el Redentor. Allí fue donde demostró él con actos la resurrección del cuerpo y la inmortalidad del alma, levantándose del sepulcro en el tercer día de su sepultura. Y a este lugar se refiere la gran verdad de la Francmasonería, la misma verdad sublime cuyo desarrollo constituye el objeto principal del Tercer Grado, o sea del Grado de Maestro Masón.

La sublime belleza de estas analogías, así como la maravillosa coincidencia existente entre los dos sistemas de la Francmasonería y del cristianismo, debieron atraer la atención de los francmasones cristianos de los primeros tiempos.

El Monte Calvario se ha consagrado en el cristianismo por ser el lugar donde su Señor dio la última gran prueba de la

segunda vida, y fundó la doctrina de la resurrección que él había venido a enseñar. “Es el sepulcro de Él que, cautivo, triunfó del cautiverio, de quien arrebató a la tumba su victoria, y arrancó a la muerte su aguijón”.

También es un lugar sagrado para los francmasones como escena de la *euresis*, lugar del descubrimiento, donde se expresan las mismas consoladoras doctrinas de la resurrección del cuerpo y de la inmortalidad del alma con formas profundamente simbólicas.

Estas grandes verdades constituyen la esencia misma del cristianismo, que en esto supera y se diferencia de los demás sistemas religiosos. También constituyen ellas el objeto de la Francmasonería y, especialmente, del Tercer Grado, cuya leyenda particular, simbólicamente considerada, no enseña ni más ni menos que la existencia en nosotros de una parte inmortal, que, por ser emanación del Espíritu divino que llena toda la naturaleza, no puede morir jamás.

La identidad del lugar a que se refieren las enseñanzas de esta verdad divina en los dos sistemas - el cristiano y el masónico - es un ejemplo admirable de la prontitud con que el espíritu religioso del primero logró infiltrarse en el simbolismo del último.

Por esta razón, el escritor Hutchinson, imbuido de los puntos de vista cristianos sobre la Francmasonería, opina que la ceremonia del Maestro Masón es un grado cristiano, cristianizando de este modo todo el simbolismo de su historia mítica.

"El Gran Padre de todos, compadecido de las miserias del mundo, envió a Su único Hijo, que era la inocencia personificada, a que enseñara la doctrina de la salvación. Por Él logró el hombre levantarse de la muerte del pecado a la vida de la rectitud; de la tumba de la corrupción a la cámara de la esperanza, y de las tinieblas del desespero a la luz celestial de

la fe; y no sólo nos redimió, sino que prometió resucitarnos; de donde nos hemos convertido en hijos de Dios y en herederos de los reinos del cielo".

Los Francmasones hablamos figuradamente cuando describimos el deplorable estado en que se encontraba la religión, sometida a la ley judía. Su tumba se hallaba entre los escombros e inmundicias sobrantes del templo, y la acacia tendía sus ramas sobre los monumentos. Como la palabra griega *akakia* significa inocencia, o estar libre de pecado, queremos dar a entender con estas palabras que las corrupciones y pecados de la ley antigua y de los devotos del altar judío, habían ocultado la religión a quienes la buscaban, y que sólo podría encontrarse en donde sobreviviera la inocencia, a la sombra del Divino Cordero.

En cuanto a nosotros, profesamos la idea de que se nos debe distinguir por nuestra Acacia, y por nuestros actos y doctrinas religiosas de verdaderos acacianos.

La obtención de la doctrina de la redención se expresa por la palabra típica *Eureka* (lo he encontrado). Cuando aplicamos este nombre a la Francmasonería, queremos dar a entender que hemos descubierto el conocimiento de Dios y su salvación, y que se nos ha redimido de la muerte del pecado y del sepulcro de la injusticia y de la corrupción.

De modo que el Maestro Masón, representa al hombre que se ha salvado de la iniquidad y ha renacido a la fe de la salvación, siguiendo la doctrina cristiana.

De esta manera es como escritores tan célebres como Hutchinson, Oliver, Harris, Scott, Salem Towne y otros muchos más han cristianizado la Francmasonería, por un inevitable proceso (dado el sentimiento religioso de sus intérpretes).

Nosotros no tenemos nada que objetar al sistema cuando la interpretación no se fuerza y es plausible, consistente y produce los mismos resultados que en el caso del Monte Calvario: pero lo que sí afirmamos rotundamente es que

semejantes interpretaciones son modernas y no pertenecen al sistema antiguo, aunque, a veces, se hayan deducido de él.

Pero la verdadera interpretación de la leyenda - y la universal en Masonería, - en todos los países y épocas, es que el destino del constructor del templo simboliza la peregrinación del hombre sobre la tierra, a través de pruebas y tentaciones, de pecados y tristezas, hasta que cae herido por la muerte, y su resurrección final y gloriosa a otra vida eterna.

Capítulo XXVIII

La rama de Acacia

La historia mítica de la Rama de Acacia está íntimamente relacionada con la leyenda del tercer grado. No existe símbolo de mayor interés para el estudiante masón que el de la Rama de Acacia; no sólo por su significación peculiar, sino porque nos abre un campo extenso y bello de investigaciones: el que abraza el simbolismo de las plantas sagradas.

En todos los antiguos sistemas iniciáticos y religiosos, hubo siempre una planta sagrada que tuvo su simbolismo especial y fue venerada por los devotos como sagrado emblema. Así, por ejemplo, en los Misterios de Dionisos se empleaba la hiedra; en los de Ceres, el mirto; en los de Osiris, el brezo, y en los de Adonis, la lechuga; pero ya tendremos ocasión de tratar de este tema en otra parte de esta disertación.

Antes de examinar el simbolismo de la Acacia, será conveniente, quizás, identificar la verdadera planta que ocupa un lugar tan importante en el ritual francmasónico.

Hemos de decir, aunque sea de paso, que se incurre en gran error cuando se designa la simbólica planta de la Francmasonería con el nombre de "*Casía*", error que se explica por la costumbre que tiene la gente inculta de eludir la letra *a* en las palabras de que constituye sílaba inicial. La opinión de Oliver de que la palabra *casia* se corrompió desde 1730, transformándose en *acacia*, es contraria a toda experiencia etimológica. Las palabras al corromperse, no se alargan, sino que se reducen. La gente inculta y descuidada tiene tendencia a suprimir sílabas, pero no a añadirlas.

Por desgracia, esta corrupción de la palabra acacia no se ha limitado al círculo de los letrados, sino que también algunos escritores la han empleado. Hasta el venerable Oliver, tan conocedor del simbolismo de la acacia, sobre la cual ha escrito bellas páginas, se permite emplear este barbarismo, influido quizás por la excesiva frecuencia con que se usaba en las Logias inglesas.

En América son pocos los Francmasones que caen en semejante error; pero quedé extrañado de haber visto que una o dos Logias habían adoptado el nombre de "*Casia*".

La casia de los antiguos era una planta innoble, sin significación mística, ni carácter sagrado, cuya misión más elevada estribaba en formar guirnaldas con otras olorosas plantas; según dice Virgilio: "... *pálidas violetas, sonrojadas amapolas, en el dos que perfuman el viento, casias, jacintos y narcisos con amarillos clavelones la guirnalda llenan* ("Egloga" II, 49).

Alston dice que la "*casia lignea de los antiguos eran las ramas más largas del cinamomo, que se cortaban con su corteza, y se enviaban a los fabricantes de drogas; la casia fístula, o Syrinx, era el mismo cinamomo con la corteza únicamente*"; pero Ruæus dice que, a veces, también denotaba el espliego o el romero.

En las Escrituras no se menciona la casia más que tres veces: dos para traducir la palabra hebrea *kiddah*, y una para verter la voz *ketziath*; pero siempre se hace para referirse a una planta que forma parte de un perfume determinado. Tenemos suficientes razones para creer que la casia no es más que el nombre con que se conoce una preparación rudimentaria del cinamomo. También es un dato digno de tenerse en cuenta que no crecía en Palestina, sino que se importaba de Oriente.

Por el contrario, la acacia se estimaba como árbol sagrado. Es la acacia vera de Tournefort, y la mimosa nilotica de

Linneo. Crecía abundantemente en las inmediaciones de Jerusalén donde todavía se puede encontrar, y todos sabemos que de ella se extrae la goma arábiga.

Es cierto que Olíver dice que *"no existe el menor vestigio de que este árbol creciera tan al norte como en Jerusalén"*; pero esta afirmación la refuta el teniente Lynch, que vio las plantas de este género en Jericó y aun más al norte.

El Rabi José Schwarz, que es una gran autoridad, dice: *"Del árbol llamado Acacia (Sittim), Al Sunt, existen diferentes variedades en Palestina; se parece al moral, alcanza gran altura, y tiene una madera recia. La goma que de él se obtiene se conoce con el nombre de goma arábica"*.

Schwarz residió durante diez y seis años en Palestina, y sus observaciones son directas. Por lo tanto, los testimonios de Lynch y Schwarz acaban de un modo terminante con la discusión sobre la existencia de la acacia en Palestina.

La acacia, que recibe en las Escrituras el nombre de *shittah* y en el plural *shittim*, era tenida por sagrada entre los hebreos. Calmet, Parkhurst, Gesenius, Clarke, Shaw y todos los autores más notables están de acuerdo en que la *otzi shittim* o madera de *shittim* del Éxodo, es la acacia común o mimosa nilótica de Linneo. Moisés recibió orden de hacer el tabernáculo, el arca de la alianza, la mesa para colocar los panes de proposición y el resto del mobiliario sagrado con esta clase de madera.

Isaías dice, cuando enumera las gracias que había de otorgar a los israelitas al volver del cautiverio, que, entre otras cosas, él plantaría en el desierto, para su descanso y disfrute, el cedro, la acacia (o, como decimos en nuestra versión común, el *shittah*), el abeto y otros árboles.

Así, pues, la primera cosa que se observa cuando se estudia el símbolo de la acacia es que este árbol es el elegido entre los del bosque para fines sagrados. El árbol con que se

habían construido el tabernáculo y el arca de la alianza, tuvo que ser considerado por los judíos como más sagrado que los demás.

Por lo tanto, los francmasones primitivos estuvieron acertados cuando eligieron esta planta consagrada, como símbolo que enseñara una importante verdad divina a los siglos futuros.

Hemos terminado ya la historia de esta planta, y ahora podemos proceder al examen de sus relaciones simbólicas:

Primera. En el sistema mítico de la Francmasonería, la acacia es en grado superlativo el símbolo de *la Inmortalidad del Alma*, importante doctrina, cuya enseñanza constituye el objeto fundamental de la institución. Así como la naturaleza evanescente de las flores que "florecen y se marchitan" nos recuerda la transitoriedad de la vida humana; en cambio, la renovación perpetua de la planta perenne, que parece siempre joven y vigorosa, puede compararse a la vida espiritual, en la cual el alma goza de juventud inmortal y eterna primavera, una vez emancipada de la compañía corruptible del cuerpo.

En el solemne e impresionante servicio funerario de nuestra Orden decimos: *"Esta planta perenne es el símbolo de nuestra creencia en la inmortalidad del alma. Ella nos recuerda que en nuestro interior existe una parte inmortal que ha de sobrevivir a la tumba y que nunca jamás ha de perecer"* Y, asimismo, en las sentencias con que se cierran las lecturas del manual del Tercer Grado, se repite el mismo sentimiento, diciendo que, con la rama perenne y siempre viva, el francmasón "tiene mayor confianza en la inmortalidad del alma".

Esta interpretación del símbolo es tan sencilla y natural que es la que se le ocurre a todo hombre pensador, por cuya razón se la encuentra en las naciones de todos los tiempos. Era costumbre antigua, que todavía no ha caído en completo desuso, el que, quienes asistían a los funerales, llevaran ramas de alguna

planta perenne, en general del cedro o del ciprés y la depositaran en la tumba de la persona muerta.

Según dice Dalcho, los hebreos plantaban siempre una rama de acacia en la cabecera de la tumba dedicada al amigo muerto: *"Esta costumbre se estableció debido a que los hebreos no enterraban a sus muertos en el recinto de la ciudad, por obedecer a sus leyes, y como se prohibía que los Cohens, o sacerdotes, cruzaran por encima de las tumbas, era necesario poner o plantar señales para que pudieran evitarlas. La acacia se empleaba con este objeto"*.

De mi parte no estoy de acuerdo con las razones dadas por Dalcho, pero no puede dudarse de la existencia de la costumbre a pesar de las objeciones del doctor Oliver.

Blount dice hablando de las costumbres judías en los enterramientos que *"quienes colocan una losa de mármol sobre las tumbas dejan un agujero de una vara de largo y, un pie de anchura en el cual plantan una siempreviva, que parece crecer del cuerpo y que se cuida esmeradamente"*. Hasselquist confirma sus palabras.

Según Potter, los griegos *"tenían por costumbre adornar las tumbas con hierbas y flores"*.

Toda suerte de plantas de los colores rojo y blanco eran gratas a los muertos, principalmente el amaranto y el mirto. El mismo nombre de la primera de estas plantas, que significa "jamás marchita", parece indicar la verdadera significación simbólica de la costumbre, aunque los arqueólogos han supuesto en general que con él se expresa simplemente el amor de los supervivientes por la persona fallecida.

Ragón dice que los antiguos substituyeron todas las plantas por la acacia, porque creían que era incorruptible e inatacable por los insectos y otros animales, simbolizando con ello la naturaleza incorruptible del alma.

De cuanto hemos dicho se verá cuán acertada es la colocación de la acacia entre los símbolos de este grado, cuyas ceremonias tienen por objeto la enseñanza de la gran verdad de que *"la vida del hombre, regulada por la moral, la fe y la justicia, será recompensada a la hora de la muerte con la perspectiva de la bienaventuranza eterna"*.

De modo que cuando el Maestro Masón exclama: *"Mi nombre es Acacia"*, es como si dijera: *"He yacido en la tumba, he triunfado de ella porque me he levantado de entre los muertos, y, como me he regenerado, tengo derecho a la vida eterna"*.

La significación vulgar de la rama de acacia presenta al Maestro masón un símbolo de la inmortalidad del alma, y su naturaleza inmutable y perenne, tiene por objeto recordarle esa parte espiritual existente en nosotros que nunca puede morir, por ser emanación del Gran Arquitecto del Universo.

Y esta significación, que es la más general y ordinariamente aceptada, es también la más importante; la acacia, por ser el símbolo peculiar de la inmortalidad, se ha convertido en el más apropiado de una Orden, que trata de enseñar en todas sus enseñanzas la sublime lección de la "vida que se levanta de la tumba". Pero existen dos interpretaciones incidentales de importancia que son también dignas de investigarse.

Segunda. La acacia es símbolo de *Inocencia*. Este simbolismo es de un carácter insólito, pues no depende de la analogía de la forma o empleo del símbolo con la idea simbolizada, sino de la doble significación de la palabra. Porque la voz griega *aKaKia* significa al mismo tiempo que la planta en cuestión, la cualidad moral de inocencia o pureza de vida.

En este sentido el símbolo se refiere a aquel Hombre sobre cuya tumba se plantó la acacia y que, por su conducta

virtuosa, se ha convertido en modelo de masones, y, en consecuencia, alude también a todo Maestro masón, que ha de emular su ejemplo.

Hutchinson, prolonga la interpretación de este símbolo de la manera siguiente, incurriendo de nuevo en su teoría favorita de la Francmasonería cristianizada: *“Cuando los francmasones describimos el deplorable estado en que se encontraba la religión bajo la ley judía, hablamos siempre de modo figurado: Su tumba eran los escombros desechos del templo, y la Acacia tejía sus ramas sobre su monumento”; la palabra griega aKaKia significa inocencia, o estar libre de pecado. Con estas palabras queremos dar a entender que los pecados y depravación de la antigua ley y de los devotos del altar judío habían ocultado la religión a quienes la buscaban, la cual sólo se podía encontrar en donde sobrevivía la inocencia, bajo el pabellón del divino Cordero. Nosotros creemos que se nos debe distinguir por nuestra Acacia, y como verdaderos acacianos en nuestra religión y doctrinas”*.

Los antiguos acostumbraban a simbolizar las virtudes y otras cualidades del alma con diversas plantas de conformidad con su naturaleza. Estos simbolismos se han perdido actualmente en muchos casos, pero todavía se conservan bastantes, a los cuales damos hoy día interpretación acertada.

Por ejemplo, el olivo era el símbolo de la paz, porque, como dice Lee, *“su aceite es utilísimo en todas las artes manuales que florecen, principalmente en tiempo de paz”*.

El membrillo era entre los griegos el símbolo de la felicidad y del amor, y por esta razón ordenaban las leyes de Solón que los novios comieran juntos un membrillo, en los matrimonios atenienses.

Es probable que el simbolismo del membrillo se derivara de su nombre, como en el caso de la acacia; porque parece existir cierto parecido entre la voz griega que quiere decir un

membrillo, y el participio, que significa regocijo, alborozo; pero esta interpretación debió de ser tardía, puesto que el nombre se deriva de Cydon en Creta, de cuya isla procede el membrillo.

Desprez dice al tratar de la palma, como emblema de victoria: "*Palma vero signum victoriae passim apud omnes statuitur, ex Plutarcho, propterea quod ea est ejus natura ligni, ut urgentibus apprimmentibusque minime cedata Unde est illud Alciati epigramma*"

En el libro octavo de su *Symposia*, habla Plutarco de la cualidad especial que tiene la palma de resistir cualquier peso y levantarse y erguirse a pesar de ello, por lo cual se adoptó por símbolo de victoria. También Cowley alude a ello en su obra llamada *Davidesis*, cuando dice: "*Sabia que las palmas se enderezan cuando las oprimen, y que eran el galardón de victoria*".

La palma era el símbolo de victoria; por eso se encuentra constantemente en las catacumbas de Roma, como emblema del triunfo cristiano sobre el pecado y la muerte. El romero simbolizaba la memoria y el recuerdo, y por esa razón se empleaba en los matrimonios y funerales. "*Antiguamente se creía que el romero fortalecía la memoria, y no sólo se llevaba en los funerales, sino también en las bodas*". Douce cita la siguiente canción antigua: "*Entre nosotros dos tenemos/ el romero noche y día/ para que no me olvide/ de que quisiera poder/ contemplarte siempre*".

El perejil se consagraba al duelo, y por eso los griegos adornaban las tumbas con esta planta. También se usaba como corona de los vencedores en los Juegos Nemeos, que eran de carácter funerario. Según dice Ste. Croix, estaba prohibido en los Misterios de Samotracia poner perejil en la mesa porque, según los mistagogos o intérpretes de los misterios, esta planta había nacido de la sangre de Camilo, asesinado por sus hermanos.

Cuando la Francmasonería adoptó la acacia como símbolo de inocencia, no hizo sino extender la antigua costumbre universal de consagrar determinadas plantas a ciertas virtudes particulares.

Y, por último, la acacia debe estudiarse también como símbolo de Iniciación, que es la interpretación más interesante y, a nuestro parecer, la primaria y original, siendo las demás incidentales. Esto nos induce a investigar el hecho significativo a que ya aludimos antes, de que en todas las antiguas religiones y misterios existía una planta, consagrada por su significación esotérica, que jugaba un papel tan importante en la representación de los ritos; que terminaba por convertirse en símbolo de iniciación a fuerza de haberse empleado constantemente en ceremonias de este género.

En los misterios de Adonis, oriundos de Fenicia, más tarde transferidos a Grecia, se representaba la muerte y resurrección de Adonis. En cierto pasaje de la leyenda de estos misterios se refería que, cuando Adonis fue muerto por el jabalí, Venus depositó su cadáver en un lecho de lechuga. Y para conmemorar este supuesto acontecimiento, los iniciados llevaban lechugas recién plantadas en macetas de tierra el primer día de la celebración, en el que se verificaban los ritos funerarios. Por eso la lechuga llegó a ser la planta sagrada de los Misterios Adonisiacos o Adonia.

El loto es la planta sagrada de los ritos brahmánicos de la India y simboliza la trinidad elemental - tierra, agua y aire - porque, como planta acuática, se nutre de todos estos elementos combinados, pues clava las raíces en tierra, el tallo está sumergido en agua y las hojas se encuentran expuestas al aire.

"Los hindúes representan el loto del mundo con cuatro hojas grandes y cuatro pequeñas colocadas alternativamente, mientras que del centro de la flor surge una protuberancia. Para ellos el cáliz circular formado por las ocho hojas simboliza la

tierra, que flota en la superficie del océano y consta de cuatro grandes continentes y cuatro islas intermedias más pequeñas. La protuberancia central representa el sagrado Monte Merú".

Los egipcios que copiaron gran parte de sus ritos religiosos de Oriente, adoptaron el loto, también indígena en su país, como planta mística, para simbolizar la iniciación y el nacimiento en la luz celestial. Por eso, solían representar en sus monumentos al dios *Phre*, el sol, naciendo en el cáliz abierto de un loto, como observa Champollion.

La flor del loto es parecida a la amapola. Sus grandes hojas, en forma de lengua, flotan en la superficie del agua. Los egipcios observaron que esta planta se abre cuando sale el sol y se cierra cuando llega el ocaso, y por esta razón la adoptaron para simbolizar al astro-rey. Como esta estrella era el objeto principal del culto popular, el loto llegó a ser una planta mística y sagrada en todos los ritos.

También los egipcios tenían por sagrada a la erica o brezo. En el origen de la consagración de esta planta hay una coincidencia singular interesante para los estudiantes masónicos. Dice la leyenda osírica que Isis descubrió el cadáver de su esposo muerto, cerca de una erica, situada en la cumbre de una colina, mientras la diosa vagaba en busca del dios; de ahí que ella adoptara la erica como sagrada, cuando instituyó los Misterios para conmemorar que esta planta señalaba el lugar en donde estaba oculto el cuerpo desgarrado de Osiris.

También es cosa significativa que la palabra *eriko*, del griego, de la que probablemente se deriva erica, quiera decir despedazar. Ragon describe de la manera siguiente este místico acontecimiento: *"Isis encontró el cuerpo de Osiris en las cercanías de Biblos, junto a una alta planta llamada erica. Llena de dolor, sentóse al margen de una fuente, cuyas aguas brotaban de una roca. Esta roca es la pequeña colina de que*

habla el ritual; la erica se ha reemplazado por la acacia, y el dolor de Isis por el de los Compañeros Masones".

La planta sagrada de druidismo es el muérdago. Su carácter sagrado procede de una leyenda de la mitología escandinava que relatan así los Eddas, o libros sagrados: Habiendo soñado el dios Balder, hijo de Odín, que se encontraba en gran peligro su vida, su madre, Friga, obligó a que todos los seres pertenecientes a los reinos vegetal, animal y mineral le jurasen no hacer daño a su hijo.

Sólo se olvidó del muérdago, débil planta de pequeño tamaño. Enterado de ello, Lok, el genio del mal o Dios de las Tinieblas, entregó una flecha hecha de muérdago a Holder, el hermano ciego de Balder, cierto día en que los dioses se entretenían en arrojarle armas, maravillándose de que no pudieran hacerle daño con nada. Pero Holder disparó la flecha de muérdago y Balder cayó herido de muerte.

Desde entonces se reverenció el muérdago como planta sagrada, consagrándola a los poderes de las tinieblas. Todos los años salían los druidas en procesión por el bosque en la busca del muérdago, que, al ser encontrado, cortaba el Archidruida y distribuía entre el pueblo, después de celebrar un solemne sacrificio.

Clavel observa con verdadero ingenio que es evidente que como Balder simboliza el dios-sol, y Lok, las tinieblas, la busca del muérdago se verificaba con objeto de privar al dios de las Tinieblas del poder de destruir al dios de la Luz. La distribución de los fragmentos del muérdago entre los piadosos adoradores, se hacía para cerciorarles de que, desde entonces, Lok no podría repetir su hazaña, por no tener medios para ello.

Según Toland, el festival de la busca, corta y consagración del muérdago, se celebraba el día 10 de marzo, o el de Año Nuevo. *"Esta es la ceremonia que alude Virgilio con las palabras rama de oro en el Sexto Libro de la Eneida".* Y

tiene razón, porque todas estas plantas sagradas tuvieron un origen común en alguna idea simbólica general y antigua.

El mirto representaba el mismo papel en el simbolismo de los Misterios griegos que el Loto en los egipcios y el muérdago en los druídicos. En estas iniciaciones se coronaba al candidato con mirto, porque, según la teología popular, esta planta se consagraba a Proserpina, la diosa de la vida futura.

Todo el que haya estudiado los clásicos recordará la dorada rama que la sibila entregó a Eneas. *“Esta rama tenía la forma de una guirnalda de mirto, con la que se coronaba a los iniciados durante la celebración de los Misterios (“Divine Legation”, por Warburton, vol. I, pág. 299), antes de que éste continuara su viaje a las regiones infernales, viaje que según la opinión que prima actualmente, era la representación mítica de las ceremonias de la iniciación.*

Mientras que la planta sagrada era en todos los misterios antiguos un símbolo iniciático, la iniciación simbolizaba, a su vez, la resurrección a una vida futura y la inmortalidad del alma. La Francmasonería representante hoy día de las iniciaciones antiguas, ha substituido el loto, la hiedra la erica, el muérdago y el mirto, por la acacia. La lección de sabiduría es idéntica; sólo ha cambiado la forma de enseñarla.

Y volviendo a la acacia, creemos que se pueden dar de ella tres explicaciones. Es el símbolo de la inmortalidad, de la inocencia y de la iniciación; pero estas tres interpretaciones van íntimamente unidas, lo cual puede observarse cuando se encuentra la verdadera interpretación del símbolo.

Este símbolo nos enseña que, en la iniciación de la vida, cuyo emblema es la iniciación en el tercer grado, la inocencia ha de yacer durante cierto tiempo en la tumba, hasta que, por fin, la palabra del Gran Maestro del Universo le llame a la inmortalidad bienaventurada.

Únase a esto el recuerdo del lugar en donde se plantó la acacia, o sea el Monte Calvario, donde fue sepultado "quien trajo la vida y la inmortalidad", cuyo personaje se conoce en Francmasonería cristiana con el nombre de "león de la tribu de Judá", y recuérdese, además, que la cruz de madera substituye a la acacia en el misterio de su muerte. Y se verá que, en este pequeño símbolo, en apariencia tan insignificante, pero que, en realidad, es el más importante y significativo de la ciencia masónica, se halla una bella sugestión de todos los misterios de vida y muerte, de tiempo y eternidad, del presente y del futuro.

Leída de esta forma (y nuestros símbolos deberían leerse también así) la Francmasonería demuestra a sus discípulos que es algo más que una entidad social o una asociación de caridad. Viene a ser a manera de "una lámpara colocada a nuestros pies", cuya luz espiritual brilla en la obscuridad del lecho mortuario y disipa las tenebrosas sombras de la tumba.

Capítulo XXIX

Simbolismo del trabajo

Una de las características más bellas de la Institución masónica es que no sólo enseña la necesidad del trabajo, sino que también ensalza su nobleza. Entre los primitivos instrumentos cuyo uso se enseña primero al aprendiz masón se encuentra la Plancha de Trazar.

La plancha de trazar es el símbolo de la Ley Divina, cuyo decreto ordenó que fuera obligatorio el trabajo para todos los humanos: *“Ganarás el pan con el sudor de tu frente”* (Génesis III, 19). Bush interpreta esta frase diciendo que *“el destino humano es realizar fatigosos trabajos”*; por lo tanto, se deduce de este símbolo que el objeto fundamental de toda la humanidad es trabajar bien y sinceramente, laborar de un modo honrado y persistente.

Nuestro deber más elevado, que debiera ser también nuestra mayor felicidad, es realizar bien nuestra tarea. Así, pues, todos los hombres deben tener sus planchas de trazar; porque los principios que nos guían para cumplir nuestro deber, los esquemas que proyectamos, los planes que hacemos, no son más que las planchas de trazar a cuyos dibujos nos sometemos para realizar bien o mal nuestra labor en la vida.

La tierra trabaja cada primavera, dibujando en la plancha de trazar de su prolífico seno germinadas semillas, tiernas plantas y acabados árboles.

El viejo océano trabaja eternamente, inquieto y murmurador, describiendo sobre su plancha de trazar tormentas y tempestades, que purifican la estancada naturaleza.

Y hasta el mismo Dios, el Gran Arquitecto, el Maestro Constructor del universo, ha laborado desde la eternidad; y trabajando con su omnipotente voluntad, inscribe sus planes en el espacio ilimitado, porque el universo es plancha de trazar.

Los monjes antiguos decían una sentencia digna de ser meditada, y enseñaban que “*laborare est orare*” trabajar es rezar. Claro que no practicaron siempre este sabio precepto, porque jamás constituyó el trabajo una parte de su religión.

Y cual Onofre que vivió en el desierto durante setenta años sin que acariciara su oído ninguna voz humana, ni ninguna simpatía su alma, porque no había aprendido que el hombre se hizo para el hombre, aquellos antiguos ascetas se internaban en los desiertos, construían celdas y se ocupaban en meditaciones solitarias e inútiles pensamientos. Oraban mucho, pero no trabajaban nada.

Y así pasaban la vida, sin compadecer, ayudar, ni consolar a los demás hombres, sin añadir un ápice al tesoro del humano conocimiento y, cuando terminaba su egoísta peregrinación, dejaban el mundo sin haber contribuido para nada a su bienestar espiritual ni corporal. Aristóteles dice que *quien no vive en sociedad con los demás o no la necesita debido a su propia suficiencia, no forma parte de la comunidad y es un animal salvaje o un dios*”.

Viendo los hombres la inutilidad de esas vidas as-céticas, huyen de seguir su ejemplo, y revienen a la sabia enseñanza de que quien mejor hace la voluntad de Dios es quien mejor realiza su obra. La gente sabe ya que no se sirve al cielo con pereza, y que, aunque el “*dolce far niente*” sea el ideal de los *lazzaroni* italianos, no debe serlo del cristiano. De modo que quien quiera cumplir su deber debe tener por lema el siguiente dístico: *Trabaja con esta mano, y con la otra reza, que Dios bendecirá a las dos todos los días*.

Pues bien, la doctrina de que el trabajo es un acto de devoción ha sido desde tiempo inmemorial el dogma principal de la Orden francmasónica. No existe otra institución humana que haya hecho resaltar este gran fundamento de manera tan vigorosa. Continuamente oímos decir que la Francmasonería es una asociación que inculca moralidad, alienta los sentimientos sociales y enseña el amor fraternal, y todo esto está bien, por ser cierto; pero, jamás debe olvidarse que, desde la piedra fundamental hasta el pináculo de su enorme templo, se halla inscrita con símbolos de luz viviente la gran verdad de que el trabajo es una oración.

Se ha creído que, puesto que hablamos de la Francmasonería como sistema especulativo, no tiene nada que ver con el práctico; pero esto es erróneo. La Francmasonería es una ciencia especulativa; pero se basa en un arte operativo, y todos sus símbolos y alegorías se refieren a esta relación. Hasta su lenguaje ha sido tomado del arte de la construcción y no deja de ser cosa singularmente sugestiva que se designe con el nombre de trabajo la iniciación de los candidatos en sus misterios.

Repetimos que esta expresión es singularmente sugestiva, porque cuando en la Logia se leen solicitudes e informes, o se debaten asuntos financieros, decimos que está ocupada en resolver asuntos; pero cuando realiza las ceremonias iniciáticas de cualesquiera de los grados, dícese que está trabajando. La iniciación es la labor masónica.

Esta fraseología nos sugiere en seguida la íntima relación existente entre nuestro sistema especulativo y el arte operativo que le precedió y sobre el cual se basara. Sus características, forma y organización se tomaron del arte operativo.

Si nuestro sistema especulativo se hubiera fundado únicamente sobre principios éticos y filosóficos, si hubiera nacido de alguna secta filosófica, ya fuera de la estoica epicúrea

o platónica del mundo pagano o de las distintas escolásticas de la Edad Media, su origen hubiera afectado a su organización interna tanto como a la externa, y, entonces, nuestras reuniones masónicas hubieran parecido academias o escuelas.

Su lenguaje técnico - pues debería tenerlo como todas las instituciones situadas al margen de las ocupaciones vulgares y corrientes de la humanidad - habría adoptado la fraseología característica de la secta filosófica de que procediera. Habría en ella sofistas y filósofos, gramáticos y humanistas, estudiantes, maestros y doctores. Tendría sus escuelas de *trivium* y *quadrivium*; y su ocupación sería investigar, experimentar o estudiar. En una palabra, sus características habrían tomado el color de la casta de gramáticos, retóricos o matemáticos de que se derivara.

Pero la organización de la Francmasonería tiene un aspecto completamente diferente. Sus grados no significan un avance en las conquistas filosóficas, sino el progreso en ocupaciones puramente mecánicas. Su grado más elevado es el de Maestro de la Obra. El lugar donde se reúnen sus miembros no es una escuela, sino una logia, sitio donde se alojaban los trabajadores antiguamente, en las cercanías del edificio que estaban construyendo.

Ella no forma teorías: construye templos. Desconoce las reglas de los dialécticos, el Silogismo, el dilema, el entimema y el sorites; pero se vale de los utensilios del arte operativo en sus métodos de enseñanza, inculca con la plomada la rectitud de conducta, y dibuja lecciones de moral con la escuadra del operario.

La Francmasonería no ve en el Dios Supremo a quien rinde culto, un "*numen divinum*", un poder divino, ni un "*moderator rerum omnium*", el moderador de todas las cosas; sino el Gran Arquitecto del Universo. La idea masónica de Dios,

consiste en que Él es el Gran Constructor de este globo terrestre y de los incontables universos que lo rodean.

Él no es el *ens entiuni*, o *to theion* y otros muchos títulos más que le han aplicado los pensadores antiguos y modernos, sino sencillamente el Arquitecto -como dicen los griegos, el jefe de los Trabajadores -bajo quien trabajamos todos. Por eso nuestra oración consiste en trabajar.

La idea del trabajo masónico va íntimamente ligada a la historia de la organización de esta institución. Cuando decimos que "una logia está trabajando" reconocemos que verifica la práctica legítima para que se concibió. Los francmasones que se encuentran en la Logia, no se ocupan en pensar, especular o razonar, sino sencilla y enfáticamente en trabajar. El deber de todo francmasón es trabajar en su Logia. Con ello realiza el objeto de la Orden y cumple su deber con el Gran Arquitecto.

Habiendo demostrado la importancia del trabajo masónico, queda por ver cuál es su naturaleza. ¿Qué trabajo debe realizar el francmasón?

Nuestros antiguos hermanos se dedicaban a construir templos. Dejemos a un lado ese sistema de moral y de filosofía religiosa, esa búsqueda de la verdad, esas doctrinas de la unidad de Dios y la inmortalidad del alma, que distinguen a la Masonería y a los Misterios antiguos, cuyas dos instituciones proceden de un mismo origen.

Quizás del primitivo sacerdocio del mundo, y concentremos la atención en el período en que, bajo la supuesta Gran Maestría del Rey Salomón, asumió la Francmasonería un nombre y una habitación local en la santa ciudad de Jerusalén. En ella se ocupaban los industrioses tirios y los laboriosos judíos en construir un templo que habría de ser la maravilla y asombro del mundo por el esplendor y magnificencia de su ornato.

Obsérvese aquí que dos naciones concentraron su atención, con sorprendente armonía, en la tarea de edificar el

templo. Los operarios de Tiro, salidos del seno de la sociedad mística de los artífices dionisiacos, cuya única ocupación consistía en erigir edificios sagrados en toda Asia Menor, enseñaron a los judíos parte de sus conocimientos arquitectónicos, y les dieron a conocer los sagrados misterios que practicaban en Tiro, de los cuales dícese que se deriva la actual forma interna de la Francmasonería.

Ahora bien, si alguien fuera tan incrédulo que no aceptase la tradición universal y masónica existente sobre este tema y negase toda relación del Rey Salomón con el origen de la Francmasonería, excepto en sentido mítico y simbólico, su incredulidad no afectaría para riada a la cadena de argumentos que vamos a emplear.

Porque no puede negarse que las corporaciones de constructores existentes en la Edad Media, cuyos miembros recibían el nombre de "Francmasones viajeros", fueran substanciales y corpóreas, ni menos aún que las catedrales, abadías y palacios, cuyas ruinas causan la admiración de quienes las contemplan, sean un testimonio fehaciente de que la existencia de estos francmasones no es un mito y que sus obras no son apócrifas.

Estos Francmasones viajeros, creían que Salomón era el fundador de su Orden, sea por haber interpretado en forma errónea la historia, o por reverenciar supersticiosamente la tradición. De manera que los primeros datos absolutamente históricos existentes sobre la institución masónica, tienen que ver con la idea del templo.

Esta es la idea que nosotros sostenemos, porque con ella se demuestra que los primeros francmasones de que tenemos conocimiento auténtico suponían que la edificación del templo era especialidad peculiar a su Oficio, y que su trabajo consistía antiguamente en construir templos, catedrales e iglesias,

dándonos lo mismo que florecieran mil años antes que mí después de Cristo.

De modo que volvemos al mismo tema con que comenzamos, es decir, que la ocupación original de nuestros antiguos hermanos era construir templos, y, además, que, después de un gran lapso de siglos, se encuentra en la Edad Media una corporación humana cuyos miembros eran reconocidos universalmente como francmasones, quienes concentraban su atención e industria en los mismos fines, construyendo catedrales, abadías y otros sagrados edificios, siendo los substitutos cristianos de los judíos del templo.

Por tanto, aceptando que éste es el origen y el objeto histórico de la Orden, se ha de admitir también que sus miembros han sido siempre trabajadores, cuyo trabajo consiste en edificar templos.

Pero nuestros antiguos hermanos trabajaban en la Francmasonería especulativa y en la operativa, mientras que nosotros sólo lo hacemos en la primera. Ellos laboraban con las manos; nosotros, con el cerebro; ellos se ocupaban de cosas materiales; nosotros, de las espirituales; ellos empleaban madera y piedras; nosotros, pensamientos, sentimientos y efectos. Ambos nos dedicamos a trabajar, si bien diferimos en cuanto al objeto y forma de hacerlo.

Los rituales franceses nos proporcionan la clave explicativa de la labor masónica, cuando dicen que "los francmasones erigen templos para la virtud y calabozos para el vicio".

Los francmasones modernos construyen, cual los de antaño, un templo, con la diferencia de que el de éstos era material y el de aquellos, espiritual. Cuando el arte operativo constituía la característica predominante de la Orden, los francmasones se ocupaban en construir templos materiales para la tierra; pero cuando cesó el arte operativo, siendo substituido

por la ciencia especulativa, entonces los francmasones simbolizaron el trabajo de sus predecesores, dedicándose a construir un templo espiritual en sus corazones, templo tan puro que pudiera llegar a ser la morada de Quien es toda pureza. Tenía que ser una casa "no hecha con las manos cuyas piedras simbólicas fueron corazones purificados.

La representación simbólica del hombre como templo, casa o sagrado edificio en donde mora Dios, no es nueva, ni peculiar de la ciencia masónica. Los judíos y los cristianos la emplean. Según los Talmudistas la triple repetición de las palabras "Templo de Jehová", que se hace en el capítulo séptimo, versículo cuarto del libro de jeremías, alude a la existencia de tres templos. Y, uno de sus tratados, dice: "Dos templos se han destruido; pero el tercero durará toda la eternidad", con lo cual quieren dar a entender que se refieren al templo inmortal del hombre.

Cristo declara en una alusión, tergiversada de propósito por los judíos: "*Destruíd este templo y lo reconstruiré en tres días*". El discípulo que tomó estas palabras no nos deja lugar a duda sobre el verdadero significado de las palabras del Salvador, pues a continuación escribe: "Entonces dijeron los judíos: En cuarenta y seis años fue este templo edificado, ¿y tú, en tres días lo levantarás?"

"Mas él hablaba del templo de su cuerpo".

El apóstol Pablo emplea esta metáfora con alguna frecuencia. Así, por ejemplo, dice a los Corintios que ellos son "*templo de Dios*" y se denomina a sí mismo "*perito arquitecto*" que tenía que poner el fundamento de su doctrina verdadera, sobre la cual había de erigirse el edificio. E inmediatamente después les dice: "*¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?*"

A consecuencia de estas enseñanzas apostólicas, la idea de que el cuerpo es un templo ha perdurado en el simbolismo

teológico cristiano, si bien, a veces, se ha llegado a extremos demasiado imaginativos.

Por ejemplo, Samuel Lee se explaya en la siguiente forma sobre el simbolismo del templo en su obra *The Temple of Solomon, Portrayed by Scripture Light*: "El fundamento de este templo debe ser la humildad y contrición de espíritu, para que pueda morar en él dichosamente el habitante de la eternidad; el pórtico re-presenta la boca de los santos, donde todos los Jacob erigen pilares en loor de Dios, bendiciendo su nombre, agradecidos a las mercedes que reciben; las puertas de sus labios entonan cánticos de liberación".

"El santo lugar es el alma regeneradora, y las ventanas, representan la divina iluminación del cielo, que previene a los santos contra la tenebrosa humareda de la cólera, la niebla del pesar, la polvareda de la gloria vana, y las ciénagas de la vida mundanal. Los candelabros de oro son los hábitos de la sabiduría divina infusos en el alma; los panes de propiciación, la palabra de gracia expuesta en las promesas de perduración de la vida y gloria cristiana; el altar de los perfumes, el ansia, la sed de Dios, los velos, la justicia de Cristo y el santo de los santos, puede relacionarse con la conciencia purificada de las obras de los muertos puestas en forma celestial".

Y así continúa simbolizando cada parte y utensilio del templo por una emoción o afecto humano, con un lenguaje tan tedioso que nos resistimos a citarlo.

Con igual vena, el célebre autor del *Pilgrim's Progress*, Juan Bunyan, refiere en su *Temple of Solomon Spiritualized*, cada parte del edificio a un significado simbólico, si bien toma por objeto de su simbolismo a la iglesia, o congregación humana, y no al hombre individual.

Parece ser que los herméticos de la Edad Media dieron la misma interpretación al templo, cuya idea adopta Swedenborg en sus obras místicas.

Hitchcock, autor que ha escrito una admirable obra tratando de Swedenborg considerado como filósofo hermético, alude a este tema en la siguiente forma: *"Para la mayoría de los lectores el tabernáculo de Moisés y el templo de Salomón no serán sino simples edificios construidos para rendir culto a Dios. Sin embargo, a algunos les extraña que ciertos detalles que se dan en la historia de su construcción admitan una interpretación moral; y, mientras admiten que el edificio era un objeto visible, se deleitan buscando datos en la historia del templo para apoyar la idea de que Moisés y Salomón eran doctos en el conocimiento de Dios y del hombre"*.

"Y desde este punto de vista no es difícil pasar a la significación moral, y afirmar que el edificio que se erigió "sin ruido de martillo, ni de hacha, ni de cualquier instrumento de hierro" era un edificio moral, una casa de Dios, no hecha con las manos: en una palabra, muchos ven en la historia del templo de Salomón, la representación simbólica del HOMBRE como templo de Dios, con su santo de los santos, profundamente cimentado en el centro del corazón humano".

Los francmasones franceses no se han olvidado tampoco de este simbolismo, como claramente se ve por la frase *"los francmasones erigen templos a la virtud, y calabozos para el vicio"* y por las obras de sus más célebres escritores.

Ragón, el francés que con mayor erudición historia la Francmasonería, dice, en una conferencia sobre los Aprendices, que los fundadores de nuestra Orden *"se llamaban a sí mismos francmasones y proclamaban que estaban construyendo un templo a la verdad y a la virtud"*. Y, más adelante, se dirige al candidato que ha recibido el grado de Maestro Masón con estas palabras: *"Que todo cuanto se os ha revelado os sea de provecho. Perfeccionad vuestra alma y vuestro corazón. Encaminad vuestras pasiones al bien general; combatid vuestros prejuicios; vigilad vuestros pensamientos y actos;*

amad, instruid y ayudad a vuestros hermanos; porque, haciéndolo, habréis perfeccionado el templo, del que sois, al mismo tiempo, arquitecto, material y operario".

Rebold, otro historiador francés de gran erudición dice que *"si la Francmasonería ha dejado de erigir templos y de elevar el corazón a Dios y las esperanzas al cielo con ayuda de sus planos arquitectónicos, no ha desistido, sin embargo, de levantar un edificio moral e intelectual"*; y cree que el éxito de la institución ha justificado este cambio de objeto y la separación del carácter operativo del especulativo de la Orden.

Eliphas Levi, autor que ha escrito abstrusa y místicamente sobre la Francmasonería y sus ciencias colaterales, ve en esta institución un objeto alegórico y otro real, siendo el primero la reconstrucción del templo de Salomón y el segundo, el mejoramiento de la raza humana por medio de la reconstrucción de sus elementos sociales y religiosos.

Los francmasones alemanes han estudiado esta idea hasta agotarla, cualidad característica del alma germana. La literatura masónica de este país abunda en ensayos, conferencias, tratados, cuyo tópico principal es la construcción del templo salomónico, relacionándolo con la edificación de un templo moral.

El Hno. Rhode, de Berlín, escribe lo siguiente: *"Tan pronto como alguien entra en nuestra Orden, le decimos que estamos construyendo un templo místico"*, y añade que: *"El templo que construimos los francmasones no es otro que el que ha de llevar a la humanidad a la mayor felicidad posible"*.

Otro autor alemán, Von Wedekind, dice que *"nosotros sólo trabajamos en nuestro templo cuando hacemos del hombre nuestro objeto fundamental, cuando unimos a la bondad de corazón las corteses costumbres, a la verdad la belleza, y a la virtud la gracia"*.

Y Reinhold nos dice a su vez, dejándose llevar de su imaginación teutónica que *"el templo místico de Salomón es para nosotros el elevado ideal o arquetipo de la humanidad llevada al límite de perfección social; donde se vencen todas las propensiones al mal, se resuelven todas las pasiones en el espíritu del amor, y donde todos se esfuerzan en trabajar para los demás"*.

De modo que los francmasones alemanes llaman trabajar en el templo a la labor milenaria que se ha de realizar en él.

Aunque los francmasones ingleses no han tratado del simbolismo de la Orden tan obscuro abstrusamente como sus hermanos de Francia y Alemania, no han sido insensibles a la idea de que la construcción del templo salomónico representa el cultivo del carácter humano. Hutchinson, que fue uno de los que primero trataron en Inglaterra del simbolismo, tiene un concepto bastante competente, para la época en que vivió, del significado simbólico del templo. Los autores posteriores han mejorado sus crudos puntos de vista.

Sin embargo, debemos reconocer que ni Hutchinson ni Oliver, ni ninguno de los distinguidos autores masónicos de Inglaterra, han tratado del simbolismo de un templo moral con tanto fervor como los franceses y alemanes. No obstante, aunque sólo se hacen a él alusiones casuales e incidentales, se acepta la teoría simbólica.

Por ejemplo, cuando el Dr. Oliver trata de la relación entre el templo y la Logia, alude lacónicamente a este símbolo importante diciendo que: *"Así como nuestros antiguos hermanos erigieron un templo material sin usar el hacha, el martillo, ni ningún instrumento de metal, nosotros edificamos igualmente nuestro templo moral"*.

Nuestro propio país ha producido muchos estudiantes del simbolismo masónico que han comprendido enteramente este

noble pensamiento y han tratado sobre él con elocuencia y erudición.

Hace ya muchos años Salem Towne escribía lo siguiente: *"La Francmasonería especulativa, según la acepción actual, va íntimamente ligada a esa construcción espiritual que erige la virtud en el corazón. Esto exige que se sitúen sus sublimes principios de tal forma en el alma que parezcan un templo inmortal digno de Dios"*.

Carlos Scott ha dedicado una de las conferencias de su *Analogy of Ancient Craft Masonry to Natural and Revealed Religion* a estudiar a fondo este tema. Su lenguaje es demasiado ampuloso para que podamos citarlo, pero él interpretó debidamente el símbolo.

El Hno. Juan A. Lodor ha tratado de este tópico en un ensayo, que es lástima que no esté más difundido. Bastará citar unos párrafos de él, para percatarse del espíritu de su obra y de cómo sostiene la idea de este simbolismo: *"Ya podemos desfigurarle cuanto queramos"*, dice el hermano Lodor, *"y evadir su escudriñamiento; pero nuestro carácter, tal como es, con sus faltas y defectos, sus debilidades y flaquezas sus vicios y máculas, junto con lo mejor que en él existe, es nuestro templo especulativo"*.

Y continúa extendiéndose sobre la idea simbólica: *"Debería guardarse como el templo ejemplar del Monte Moria, como si fuera un santuario, vigilándolo con igual interés. Debería ser nuestra perla valiosa, rodeada de muros y cercas, como lo estaba el templo de Jerusalén, desterrando de su recinto y hasta de sus patios exteriores a los impuros, los viciosos, los delincuentes y los profanos. En cada puerta debería colocarse un centinela fiel, y, en cada muro, un vigilante, para cortar el paso a los curiosos y a los profanos"*.

Tan vulgarizadas están estas enseñanzas, que todo francmasón americano que haya estudiado el simbolismo de su

Orden cree, con Carlyle, que *"en el mundo no hay más que un solo templo: el del corazón del hombre"*.

De este estudio del significado y objeto del trabajo, como símbolo masónico, sacarnos las siguientes conclusiones:

1. Que nuestros hermanos de la Antigüedad, se dedicaron, mientras predominó en la institución el arte operativo, a construir templos materiales, de los cuales el más célebre es el de Salomón.

2. Que los francmasones modernos, dejaron de trabajar en la construcción de templos materiales cuando la ciencia especulativa substituyó al arte operativo; pero conservaron el pensamiento sagrado, la idea reverente de un templo santo dedicado al Señor, y empezaron a laborar en templos vivientes, y a hacer del hombre la verdadera casa del Señor, el tabernáculo para el Espíritu Santo

3. El trabajo de todo francmasón que comprende debidamente su arte estriba en construir un templo viviente.

"Trabajo", dice Gadicke, el masón lexicógrafo, es una palabra importantísima en Francmasonería, quizás la más importante, porque únicamente trabajando es como el hombre se convierte en francmasón. Todos los demás objetos son secundarios. La obra que realizan todas las logias en sus reuniones es el trabajo. Pero ¿esas reuniones de las logias dan pruebas de su labor?

"El trabajo que verifica el albañil es visible, y ha de tener su recompensa, aunque a la hora siguiente una tempestad lo derruya. Lo mismo debe ocurrir con el trabajo del Francmasón. Su labor debe ser visible para él y sus hermanos, o, por lo menos, debe producirle cierta satisfacción interna. Como

nosotros no edificamos un templo salomónico visible, ni una pirámide egipcia, nuestro trabajo debe hacerse visible en obras imperecederas, de modo que, cuando dejemos de existir, se diga que estaba bien hecho".

Recordando las palabras del apóstol de que somos templo de Dios y el Espíritu de Dios mora en nosotros, sabemos que nuestro trabajo ha de consistir en construir un templo digno de su divino morador.

Así es como comprenderemos debidamente el precepto de los antiguos monjes de que "trabajar es orar".

Como francmasones trabajamos en nuestras logias, trabajamos para convertirnos en perfectas construcciones, sin falta alguna, esperando alegremente que se termine cuando se muera nuestro tabernáculo de tierra, cuando se descubra por fin la Palabra Perdida, y cuando hayamos realizado la obra de Dios en nuestros esfuerzos por ser perfectos. Pues ese es el verdadero significado de las palabras: "Trabajar es Orar".

Capítulo XXX

La Piedra Fundamental

La Piedra Fundamental es uno de los símbolos más abstrusos e importantes de la Francmasonería, pues no sólo tratan de él las leyendas y tradiciones de los francmasones, sino también las de los rabinos, talmudistas y musulmanes.

Hay que confesar que muchas de estas leyendas son completamente pueriles y absurdas; pero algunas, especialmente las masónicas, son interesantísimas por su significación alegórica.

El símbolo de la piedra fundamental pertenece a los grados superiores, Aparece por vez primera en el Real Arco, siendo el más importante de este grado; pero está tan íntimamente relacionado, por su historia legendaria, con la construcción del templo salomónico, que puede considerarse que forma parte de la Antigua Francmasonería, aunque quien limite sus investigaciones al estrecho círculo de los tres grados primeros, no podrá apreciar debidamente el simbolismo de la piedra fundamental.

Ante todo, y como preliminar al tema que vamos a estudiar, es necesario que distingamos la piedra fundamental de otras piedras que representan un papel importante en el ritual francmasónico, pero que son completamente diferentes.

Estas piedras son: la piedra angular, que se colocaba en el ángulo noreste de la obra que se iba a edificar y de la que se trata en las ceremonias del primer grado; la clave del arco, que constituye una parte interesante del grado de Mark Master; y, por último, la piedra de albardilla, en la que se funda todo el ritual del grado de Muy Excelente Maestro.

Todas ellas son altamente interesantes e instructivas, pero no tienen relación alguna con la piedra fundamental ni con su simbolismo. Aunque se dice que la piedra fundamental tiene forma cúbica, no debe confundirse con la piedra que los francmasones del continente conocen con el nombre de piedra cúbica., la pierre cubique de los franceses y la cubik stein de los alemanes.

La piedra fundamental tiene su historia legendaria y su significación simbólica distintas que las de las demás piedras.

Primero, vamos a definir esta Piedra masónica fundamental; luego, compararemos las leyendas que a ella se refieren, y, por último, investigaremos su significación como símbolo.

Al empezar esta investigación entiéndase que todo cuanto digamos sobre la piedra fundamental se ha de tomar en sentido mítico y alegórico.

El doctor Oliver ha estudiado esta piedra como si fuera realidad substancial, a pesar de que sabía que no era sino un símbolo. De ahí que, si los lectores de las *Historical Landmarks* y de sus demás obras toman sus palabras al pie de la letra, encontrarán absurdos y puerilidades, cosa que no ocurriría, si la piedra fundamental se estudiase como un mito filosófico que encierra y guarda profundo y bello simbolismo.

Leyéndola bajo este punto de vista, desde el cual deberían leerse todas las leyendas masónicas, la histórica mítica de la Piedra Fundamental se convierte en uno de los símbolos más importantes y sugeridores de la Masonería.

Según la teoría en que se funda la piedra fundamental, se supone que fue colocada en los cimientos del templo de Salomón, transportándose al santo de los santos durante la construcción del segundo templo. Tenía forma de cubo perfecto, hallándose inscripto en su cara superior el nombre de Dios, encerrado en una delta o triángulo.

Oliver dice, hablando con toda la solemnidad de que es capaz un historiador, que Salomón pensó que había hecho un templo digno de ser morada de Dios, *"cuando depositó con solemnes ceremonias la célebre piedra fundamental en la que había grabado el nombre místico, colocándola en el Monte Moria, a lo largo de los cimientos de Dan y Asher, centro del lugar sacratísimo, donde el shekinah de Dios cobijaba debajo de si al arca de la alianza"*.

Los talmudistas hebreos, que meditaron mucho sobre esta piedra y conservaban tantas leyendas referentes a ella como los talmudistas masónicos, la denominaban *eben shatijah*, o piedra fundamental, porque decían que Jehová la había colocado como cimiento del mundo. Por eso habla el libro apócrifo de Enoch de *"la piedra que soporta los ángulos de la tierra"*.

La idea de la piedra fundamental debió derivarse probablemente del hermoso pasaje del Libro de Job, en que el Todopoderoso pregunta al afligido patriarca: *"¿Dónde estabas cuando ya fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿o quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿o quién puso su piedra angular? ¿Cuándo las estrellas todas del alba alababan y se regocijaban todos los hijos de Dios?"*.

Noyes explica del siguiente modo las alusiones a la piedra fundamental: *"Era costumbre celebrar con música, cánticos y alborozo la colocación de la piedra angular en los edificios importantes. De ahí que se represente a las estrellas celebrando la colocación de la piedra fundamental de la tierra"*.

Y sobre estas palabras de Job se han acumulado más tradiciones que en ningún otro símbolo masónico. Los rabinos comparten con los masones la gloria de estas historias apócrifas; claro que sospechamos que casi todas las leyendas masónicas

deben su primera existencia al carácter imaginativo de los talmudistas judíos.

Pero las tradiciones hebreas se diferencian de las masónicas en que los talmudistas las recitaban como si fueran historias verídicas, admitiendo a ojos cerrados todos los anacronismos y cosas imposibles, mientras que los estudiantes masones las han recibido como alegorías, cuyo valor no estriba en los hechos, sino en los sentimientos que expresan.

Habiendo determinado de qué modo debe comprenderse su significado, procedamos a cotejar estas leyendas.

En la obra blasfema, *Toldoth Jeshu*, o Vida de Jesús, escrita, al parecer, en el siglo trece o catorce, hállase el siguiente relato de esta piedra maravillosa: *"En aquella época (en la de Jesús) había en la Casa del Santuario (es decir, en el Templo), una Piedra de Fundación, que es la misma que nuestro padre Jacob ungió con óleo, según describe el capítulo vigésimo del Génesis. En esta piedra se habían escrito las letras del tetragrámaton. El israelita que pudiera leerlo se haría dueño del mundo. Por eso, para impedir que alguien pudiera aprender estas letras, se colocaron dos canes de hierro sobre dos columnas frente al Santuario. Si la persona que había aprendido estas letras deseaba salir del Santuario, le inspiraban tal terror los aullidos de los perros, llenos de mágico poder, que se olvidaba repentinamente de todo"*.

Buxtorf cita este pasaje en su *Lexicon Talmudicum*: *"pero hallé en otro ejemplar del Toldoth Jeshu un párrafo en que se relatan algunos detalles más que dicen: "En aquellos tiempos guardábase en el recinto del templo el inefable nombre de Dios, inscrito en la piedra fundamental, porque, cuando el Rey David estaba cavando para hacer los cimientos del templo, encontró en lo más profundo de la excavación cierta piedra en la que estaba inscrito el nombre de Dios, la cual depositó en el Santo de los Santos" ("Sepher Toldoth Jeshu" pág. 6).*

El carácter abominablemente procax de esta obra indignó a los cristianos, que no se distinguían en el siglo quince por su tolerancia, por lo cual los judíos, alarmados, procuraron destruirla. Pero en el año 1681, volvió a publicarla Wagenselius en su "Tela Ignea Satanae" con su traducción al latín.

Y se repite, con mayor amplitud todavía, la pueril historia de los perros aulladores. Aunque no viene a cuento en el presente estudio, es curioso que este libro, que, de cabo a rabo, difama continuamente del Salvador, diga que Jesús obtuvo astutamente el conocimiento del tetragrámaton grabado en la piedra fundamental y que realizaba los milagros valiéndose de la mística influencia de este nombre.

Las leyendas masónicas de la piedra fundamental, basadas en estas y otras fantasías rabínicas, tienen un carácter extraordinario, si se consideran como historias; pero, estudiadas a la luz de las alegorías, pueden conciliarse fácilmente con el sentido común. En ellas se expone una serie ininterrumpida de acontecimientos, desde Adán a Salomón, y desde Salomón a Zerubabel, en las que la piedra fundamental representa un papel importantísimo.

La primera de estas leyendas, en orden cronológico, relata que Adán poseía ya la piedra fundamental, mientras estuvo en el Edén; que se sirvió de ella como del altar, y que, cuando le arrojaron del Paraíso, la trajo consigo al mundo en donde él y sus descendientes habían de ganarse el pan con el sudor de sus frentes.

Otra leyenda dice que la piedra pasó desde Adán a Set, y desde éste a Noé, por sucesión directa, quien la colocó en el arca, y, después del diluvio, hizo sobre ella su primera dación de gracias. Noé la dejó en el monte Ararat, en donde, más tarde, la encontró Abrabam, quien la recogió y utilizó como altar de sacrificio. Su nieto Jacob se la llevó consigo a Mesopotamia

cuando huyó de su tío Labán, e hizo de ella su almohada en las cercanías de Luz, donde tuvo la célebre visión.

Aquí se interrumpe súbitamente la legendaria historia de la piedra, y no sabemos cómo vino a parar a poder de Salomón desde Jacob. Es cierto que se dice que Moisés la sacó de Egipto, de modo que así pudo llegar fácilmente a Jerusalén.

El Dr. Adám Clarke cita una "disparatada tradición" según la cual, después de haber dormido sobre ella Jacob, la piedra fue llevada a Jerusalén, y de allí, tras un gran lapso de tiempo a España, de España a Irlanda, y de Irlanda a Escocia, en donde servía de asiento a los reyes de Escocia durante la coronación.

Sabido es que Eduardo I trasladó la piedra a que se refiere esta leyenda desde Escocia a la Abadía de Westminster, donde aún se conserva con el nombre de almohada de Jacob, la cual se coloca siempre bajo la silla en que se sientan los soberanos ingleses para ser coronados, porque existe un antiguo dístico que dice que los reyes de Escocia reinarán doquiera que esta piedra se encuentre.

Pero esa tradición, escocesa desplazaría la piedra fundamental de toda relación masónica, y, por lo tanto, se rechaza en la Orden.

Las leyendas que acabamos de relatar son contradictorias y no nos satisfacen en muchos de sus aspectos. Los masones adoptan actualmente otra serie de leyendas tan antiguas como las anteriores y que están más de acuerdo con el simbolismo que las explica.

Esta serie de leyendas comienza, con el patriarca Enoch, quien se supone que fue el primer consagrador de la Piedra Fundamental. La leyenda de Enoch es tan importante en la ciencia masónica que merece que le dediquemos mayor atención que a las demás.

Esta leyenda es como sigue: Inspirado por el Ser Supremo, Enoch construyó un templo subterráneo en el Monte Moría dedicado a Dios, obedeciendo a las instrucciones recibidas en una visión. Su hijo Matusalem erigió el edificio, sin saber qué motivos le movían a su padre a edificarlo. El templo estaba formado por nueve bóvedas o cuevas que caían verticalmente unas debajo de otras y se comunicaban entre sí por medio de aberturas.

Entonces mandó Enoch que hicieran una plancha triangular de oro, cuyos lados tenían un codo de longitud. La adornó con piedras preciosas y la incrustó en una piedra de ágata de la misma forma. Sobre la plancha grabó el nombre de Dios, o tetragrámaton, y, colocándola en una piedra cúbica, que desde entonces recibió el nombre de Piedra Fundamental, la depositó en la bóveda inferior.

Cuando se hubo terminado la obra subterránea, hizo una puerta de piedra, y, poniendo en ella una anilla de hierro para que se pudiera levantar cuando fuera preciso, la colocó en la abertura de la cueva superior, y la tapó de manera que no pudiera descubrirse.

El mismo Enoch no entraba en el templo subterráneo más que una vez al año. Pasados los días de Enoch, de Matusalem, de Lamech y de la destrucción del mundo por el diluvio, se perdió todo conocimiento del templo subterráneo y de la piedra fundamental sobre la cual se había grabado el nombre inefable.

La piedra fundamental reaparece durante la construcción del primer templo de Jerusalén. Ya hemos hablado de la tradición judía que dice, que mientras se hacían las excavaciones para colocar los cimientos del templo, el rey David encontró una piedra, en que estaba grabado el nombre inefable de Dios, la cual, según se decía, fue depositada en el Santo de los Santos. La leyenda favorita de los talmudistas es precisamente la de que el Rey David fue quien colocó los cimientos sobre los que más

tarde había de levantar Salomón el templo maravilloso que lleva su nombre.

La leyenda masónica es casi idéntica en el fondo a la judía, sí bien substituye a David por Salomón, dando mayor viso de probabilidad a la narración, y supone, además, que la piedra descubierta por Salomón era la misma que depositó Enoch en la bóveda secreta. Dice la tradición que Salomón retiró de allí la piedra y la colocó en un lugar secreto y sagrado.

En esto coincide la tradición masónica con la judía, pues en el tercer capítulo del Tratado del Templo, debido a la pluma del célebre Maimónides, se encuentra la siguiente narración: *"En el Santo de los Santos había una piedra, situada en el ángulo oeste, sobre la cual se depositó el arca de la alianza, poniendo delante de ella el vaso con maná y la varita de Aarón. Pero, cuando Salomón construyó el templo, pensó que algún día se habría de destruir, y, para ocultar el arca, construyó una cripta subterránea y profunda, en cuya cripta la depositó Josías, junto con el vaso de maná, la varita de Aarón y el óleo de la unción, según dice el Segundo Libro de las Crónicas, XXXV, 3"*.

El libro talmúdico Yoma da la misma tradición y dice que *"el arca de la alianza se colocó en el Santo de los Santos, sobre una piedra que levantaba tres dedos del suelo, y que le servía de pedestal"*. *"A esta piedra", dice Prideaux, la llamaron los rabinos 'Piedra Fundamental' y escribieron infinidad de pataratas sobre ella"*.

El problema de la existencia del arca en el segundo templo es objeto de viva controversia. Algunos escritores judíos aseguran que se hizo otra nueva; otros, que la antigua se encontró en donde la había ocultado el Rey Salomón; y algunos sostienen que en el templo de Zorobabel no existió arca alguna, colocándose en su lugar la piedra fundamental, sobre la cual había originalmente descansado,

Los masones pertenecientes al grado del Real Arco saben cómo se tratan de reconciliar todas estas tradiciones en la leyenda masónica, en la que el arca substituta y la piedra fundamental representan un papel importantísimo. En el grado trece del Rito Antiguo y Aceptado, la Piedra Fundamental sirve de descansadero a la delta sagrada. En los grados del Real Arco y de Maestro Elegido del Rito de York americanizado, la piedra fundamental constituye la parte más importante del ritual. En ambos grados sirve de receptáculo al arca y lleva inscrito el nombre inefable.

Lee ha dedicado en su *Temple of Solomon* un capítulo entero a la piedra fundamental, y recapitula de este modo las tradiciones talmúdicas y rabínicas: *"Las quimeras de los antiguos rabinos referentes a la piedra fundamental del templo son vanas y fútiles. Unos aseguran que Dios colocó esta piedra en el centro del mundo para que sirviera de firme base a la tierra. Otros creen que era la materia prima de que han surgido y tomado forma todos los hermosos seres visibles del mundo. Algunos cuentan que es la que sirvió de cabezal a Jacob durante la noche en que tuvo la visión angélica, cuya piedra ungió con óleo y consagró a Dios, y que, cuando Salomón la encontró (sin duda debido a una falsa revelación, o tras de una busca fatigosa, como un nuevo Rabí Selemoh), no se atrevió más que a colocarla como piedra fundamental del templo. Y hasta dicen que mandó grabar en ella el tetragrámaton o nombre inefable de Dios"*.

Como se ve, las tradiciones masónicas sobre la piedra fundamental no difieren gran cosa de las rabínicas, si bien dan algunos detalles más.

La piedra fundamental hace su primera aparición en la leyenda masónica durante los días de Enoch, quien la colocó en las entrañas del Monte Moria. Allí la descubrió más tarde el Rey Salomón, poniéndola en una cripta del primer templo, en donde

permaneció guardada hasta que se pusieron los cimientos del segundo templo, época en que fue descubierta y llevada al Santo de los Santos. Pero el detalle más importante de la leyenda correspondiente a la piedra fundamental es su íntima y constante relación con el tetragrámaton o nombre inefable. Este nombre inscrito en ella es el que da a la piedra todo su valor y significación masónicos. De este hecho depende su simbolismo.

Si considerásemos estas leyendas como relatos históricos, tendríamos que convenir con Lee en que parecen "absurdas y fútiles fantasías". Por eso hay que buscar algo tras de la leyenda, considerándola únicamente como alegoría y estudiando su simbolismo.

Por lo tanto, la investigación que vamos a emprender a continuación será la del simbolismo de la piedra fundamental.

Al acercarnos al más abstruso de los importantes símbolos de la Orden, nos impresiona su relación patente con la antigua doctrina de la litolatría. Para comprender debidamente el verdadero simbolismo de la piedra fundamental, es preciso estudiar, aunque sea brevemente, este género de culto religioso.

El culto a las piedras es una forma del fetichismo que prevaleció en la infancia de la religión, quizás más extensamente que las demás formas de cultos religiosos. Lord Kames explica este hecho suponiendo que las piedras erigidas como monumento a los muertos, llegaron a ser el lugar donde la posteridad rendía veneración a la memoria de los fallecidos, y que, con el tiempo, el pueblo perdió de vista la significación simbólica, que en realidad no comprendía bien, convirtiendo a estas piedras fundamentales en objetos de adoración.

Otros tratan de encontrar el origen de la litolatría en la piedra que Jacob ungiera en Betel, cuya tradición se difundió por las naciones paganas, corrompiéndose. Es cierto que los fenicios adoraron ciertas piedras sagradas a las que daban el nombre de Boetylia, lo cual da cierta apariencia de verdad a la teoría.

Pero una tercera leyenda supone que la litolatría procede de la desmaña de los escultores primitivos, que, no sabiendo esculpir la verdadera imagen de su Dios, debido a sus escasos conocimientos del arte plástico, se contentaron con poner en su lugar una piedra en bruto o ligeramente pulida.

De ahí que los griegos usaran al principio piedras sin tallar para representar a los dioses. Pausanias dice haber visto treinta piedras de este género en la ciudad de Pharae. Todas ellas tenían forma cúbica, y, como la mayor parte de ellas se dedicaron al dios Hermes o Mercurio, se las designó con el nombre genérico de Hermae. Más tarde, se les añadió una cabeza, cuando hubo progresado el arte plástico.

En las puertas de casi todas las casas atenienses se colocaban piedras sagradas. También se ponían enfrente de los templos, en los gimnasios, bibliotecas, esquinas de las calles y de los caminos. Cuando se dedicaban al dios Término servían de lindes o mojones, colocándose en el cruce con las fincas vecinas.

Los Tebanos adoraron a Baco en forma de una piedra cuadrada y sin pulimentar.

Arnobio dice que Cibele se representaba con una pequeña piedra negra. Eusebio cuenta que, según Porfirio, los antiguos representaban a Dios con una piedra negra, porque su naturaleza es oscura e inescrutable. El lector conocerá seguramente la negra piedra Hadsjar el Aswad colocada en el ángulo suroeste de la Kaaba de la Meca, que adoraron los árabes antiguos y que aún hoy día es objeto de religiosa veneración por parte de los mahometanos modernos. Los sacerdotes musulmanes dicen que antes había sido blanca y que brillaba tan extraordinariamente que podía verse a cuatro jornadas de distancia; pero que las lágrimas de los peregrinos la habían ennegrecido.

Sabido es que los druidas no tenían más imágenes de sus dioses que las piedras cúbicas o cilíndricas, de las que cita varios

ejemplos el famoso Toland. Los Caldeos tenían en gran veneración la piedra Menizuris, a la cual hacían sacrificios para evocar al Buen Demón.

Las razas aborígenes de América practicaron también la *litolatria*. Squier dice que, según Skinner, los peruanos acostumbran a colocar piedras en bruto en sus campos y plantaciones, a las que adoraban como protectores de sus cosechas. Y Gama dice que el dios que presidía la primavera se representaba en Méjico sin cuerpo humano, substituyéndole éste por una pilastra o columna cuadrada, cuyo pedestal estaba adornado con diversas esculturas.

En realidad, el culto a las piedras ha sido tan universal, que Higgins dice en su *Celtic Druids*: "*Parece ser que el primer objeto idolatrado en todo el mundo fue una piedra sin pulimentar, clavada en tierra, como emblema de las energías procreadoras y generativas de la naturaleza*". Bryant sostiene en el *Analysis of Ancient Mithology* que "*en todos los templos oraculares existió siempre una leyenda referente a una piedra*".

Creemos que no hará falta citar más ejemplos de costumbres religiosas en otros países, para que se admita que la piedra cúbica constituía una parte importante del culto religioso en las naciones primitivas. Pero Cudworth, Bryant, Faber y otros distinguidos escritores, que han tratado sobre este tema, han fundado hace tiempo la teoría de que las religiones paganas son eminentemente simbólicas.

Por ejemplo, Dudley dice que el pilar o piedra "*se adoptó para simbolizar la fuerza y la firmeza. También era el símbolo del poder divino, y, en consecuencia, el ídolo de la Divinidad*". Símbolo que confirma Cornoto, quien dice que los griegos solían representar al dios Hermes sin manos ni pies, simbolizándolo con una piedra cúbica, porque el cubo significaba su solidez y estabilidad.

Así, pues, quedan demostrados los siguientes hechos, si bien con distinto orden cronológico: 1°. que en las naciones primitivas de la antigüedad prevaleció generalmente el culto de las piedras, con las cuales se simbolizaba la Divinidad; 2°. que en casi todos los templos antiguos existía una leyenda referente a una piedra mística o sagrada; 3°. que esta leyenda se encuentra también en el sistema masónico, Y 4°. que la piedra mística ha recibido en este sistema el nombre de "piedra fundamental".

Ahora, bien, como la piedra de todos los demás sistemas es simbólica, siendo su tradición de carácter místico, nos sentimos compelidos a asignar los mismos atributos a la piedra masónica, es decir, que esta piedra es simbólica y que su leyenda, es un mito o alegoría.

Bailly ha dicho que la fábula o alegoría, *"subordinada a la historia y a la filosofía, nos miente para mejor instruirnos, y fiel en conservar las realidades que se la confían, cubre con seductor ropaje las lecciones de la una y las verdades de la otra"*. Desde este punto de vista es desde el que vamos a estudiar la alegoría de la piedra fundamental, convertida en uno de los símbolos más importantes de la Francmasonería.

El hecho de que la piedra mística de todas las religiones antiguas simbolizara la Divinidad, nos lleva a la conclusión de que la piedra fundamental masónica era también un símbolo de Dios, idea simbólica, a la que hace tomar mayor fuerza el *tetragramaton* grabado sobre la famosa piedra. Este nombre sagrado santifica la piedra en que se graba por ser el símbolo del Gran Arquitecto, y al mismo tiempo la despoja de su significación idolátrica, y la consagra al culto del verdadero Dios.

La idea predominante sobre Dios en el sistema masónico es que es un poder creador y formador. Para el francmasón Dios es *Al Gabil*, como le llaman los árabes, o sea, el Constructor, o,

como le titulan los masones, el Gran Arquitecto del Universo, abreviado de común acuerdo en la fórmula G.:A.:D.:U.:

Para simbolizar este aspecto creador de Dios no ha podido inventarse símbolo más apropiado que el de la piedra fundamental, sobre la que se supone que Él construyó el mundo. Este símbolo relaciona íntimamente la obra creadora de Dios, que es el arquetipo, con la edificación hecha por el trabajador sobre una piedra fundamental y similar.

Esta idea masónica se puede extender todavía más. La verdad divina constituye el objeto fundamental de toda labor masónica. La búsqueda de la palabra perdida es la de la verdad: pero la verdad divina es un término sinónimo de Dios. cuyo nombre inefable, es símbolo de verdad, porque sólo Dios es verdad, idea que se encuentra en las Escrituras, principalmente en el Libro de los Salmos, en el que se dice que la verdad del Señor "alcanzaba hasta las nubes" y que "Su verdad perdura en todas las generaciones". Si Dios es verdad, y la piedra fundamental el símbolo masónico de Dios, se sigue de esto que también debe serlo de la verdad divina.

Al llegar a este punto de nuestras especulaciones, podemos fácilmente demostrar que todos los mitos y leyendas de la piedra fundamental pueden explicarse racionalmente diciendo que forman parte de la "ciencia de moralidad, velada en alegorías y explicada por medio de símbolos", o sea, de la Francmasonería.

El sistema masónico consta de dos templos: el primero es el que atañe a los tres grados del Arte Antigo de la Masonería, y el segundo, el que corresponde a los grados superiores y especialmente al Arco Real. El primero, simboliza la vida presente, y el segundo, la vida venidera. Aquél, o sea, la vida actual, debe destruirse, para construir sobre sus cimientos el segundo, el de la vida eterna.

Pero Salomón colocó la piedra mística en los fundamentos del primer templo, es decir, que el primer templo de nuestra vida presente, debe edificarse sobre el firme cimiento de la verdad divina, "porque el hombre no puede basarse sino en ese fundamento".

No obstante, aunque la vida actual está construida sobre el fundamento de la verdad, nunca alcanzamos ésta en la tierra sublunar, pues la piedra fundamental se halla oculta en el primer templo, y el Maestro Masón no la conoce. No posee él la verdadera palabra, sino únicamente su substituta.

Para pasar al segundo templo, el de la vida futura, hemos debido estar en la tumba, que es donde finaliza nuestro trabajo del primer templo. Hemos quitado los escombros y encontrado la Piedra Fundamental que hasta este momento no pudieron contemplar nuestros ojos. Hemos dejado a un lado la palabra substituta de la verdad con la que nos habíamos satisfecho en el primer templo, y descubierto el resplandor refulgente del *tetragrámaton*, hallando la piedra fundamental y entrando en posesión de la verdadera palabra, o sea, de la verdad divina.

El hecho de que la piedra fundamental o verdad divina estuviese oculta en el primer templo y se descubriese en el segundo, explicará las siguientes palabras del Apóstol: "Porque vemos a través de un cristal oscuro; pero después cara a cara: ahora conozco en parte; pero después conoceré también hasta cómo soy conocido."

De modo que nuestra investigación da por resultado que la masónica piedra fundamental es un símbolo de la verdad divina, sobre la cual se ha levantado el edificio de la Francmasonería especulativa; y que las leyendas y tradiciones referentes a ella tienen por objeto describir en forma alegórica, el progreso o evolución en el alma de la verdad, en cuya busca consiste el trabajo del francmasón, siendo la recompensa su descubrimiento.

Capítulo XXXI

La Palabra Perdida

El último símbolo, cuya existencia depende de un mito y al cual vamos a dedicar nuestra atención, es el de la Palabra Perdida, y su busca. Este símbolo es el más a propósito para terminar nuestras investigaciones, ya que abarca dentro de su esfera a todos los demás, siendo en sí la esencia misma de la ciencia del simbolismo masónico.

Para apreciar debidamente los demás símbolos es necesario conocer el origen de la Orden, porque ellos deben su creación a su relación con instituciones semejantes y anteriores a la Francmasonería; pero el simbolismo de la Palabra Perdida tiene relación exclusiva con el designio y objetos de la institución.

Definamos primeramente el símbolo, que después estudiaremos su interpretación.

La historia mítica de la Francmasonería refiere que hubo un tiempo en que existió una Palabra de valor inestimable que era venerada profundamente. Pocos la conocían y, con el tiempo acabó por perderse, siendo substituida por otra; pero, como la filosofía masónica enseña que no hay muerte sin resurrección, ni decaimiento sin restablecimiento posterior, se sigue de este principio que la pérdida de la Palabra implica su recuperación.

En esto consiste el mito de la Palabra Perdida y de su búsqueda. No tiene importancia el saber cuál era la Palabra, ni cómo se perdió, ni conocer la que la substituyó, ni cuando se recuperó, porque todos estos hechos tienen un valor secundario que, si bien son necesarios para conocer la historia legendaria, no son imprescindibles para poder comprender su simbolismo.

El único detalle del mito en que debemos fijarnos en el curso de su interpretación es la idea abstracta de la existencia de una palabra perdida y su recuperación posterior. Tal es el objetivo a que hemos de dirigir los pasos durante nuestra investigación.

Pero, refiriéndose en este caso el simbolismo únicamente al gran objeto de la Francmasonería, parece lógico dedicarse primeramente al estudio de la naturaleza de este objeto.

¿Cuál es, pues, el objeto de la Francmasonería? La mayoría de sus discípulos llegan con excesiva precipitación a la conclusión de que es la caridad, en su sentido elevado, porque tienen en cuenta tan sólo los resultados prácticos, las nobles caridades que dispensa, las lágrimas de viudas que enjuga, los lamentos de huérfanos que acalla, las necesidades múltiples de desamparados que cubre.

Otros, recordando las placenteras reuniones de los banquetes, el trato franco que en ellos se alienta y las solemnes obligaciones de confianza mutua que se inculcan de continuo, creen que la Francmasonería tiene por objeto único el fomento de los sentimientos sociales y la fortificación de los lazos de amistad.

Aunque en las conferencias modernas se nos dice que el Amor Fraternal y la Caridad son "las dos principales doctrinas de la profesión francmasónica", también aprendemos en ellas que la verdad no es menos importante; la verdad en sentido estrictamente filosófico, en cuanto se opone a los errores y falsedades intelectuales y religiosos.

Pero ya hemos demostrado que la Francmasonería primitiva de los antiguos se fundó con objeto de conservar la verdad originalmente comunicada a los patriarcas en toda su integridad, y hemos visto también que la Francmasonería espuria, o sea, los Misterios, nacieron de la necesidad sentida por

los sabios, filósofos y sacerdotes de volver a encontrar la verdad perdida. También hemos expuesto que esta misma verdad continuó siendo el objeto de la Francmasonería del templo, constituida al verificarse la unión del sistema primitivo o puro con el espurio. Y, por último, hemos tratado de demostrar que esta verdad se relacionaba inextricablemente con la naturaleza de Dios y del alma humana.

Nosotros creemos que el objeto y el designio de la Francmasonería especulativa es la búsqueda de esta verdad. Desde que empieza sus estudios masónicos se encamina al aspirante, por medio de símbolos significativos y enseñanzas expresivas a la adquisición de esta verdad divina; cuya lección se expone ampliamente en las leyendas y mitos del grado de Maestro.

Dios y el alma-la unidad del primero y la inmortalidad de la segunda-son las dos grandes verdades, cuya búsqueda constituye la ocupación constante de todo francmasón, de tal modo que, cuando se encuentran, se convierten en la piedra angular, o piedra fundamental del templo espiritual-"la casa no edificada con las manos"-que él está erigiendo.

Esta idea de la búsqueda de la verdad es tan importante en la ciencia francmasónica, que no encontramos respuesta mejor a la pregunta: "¿Qué es la Francmasonería?" que decir que es una ciencia que tiene por objeto buscar la verdad divina.

Pero la Francmasonería es, sobre todo, un sistema de simbolismo, y todas sus enseñanzas se expresan por símbolos. Por lo tanto, no podemos creer que careciera de simbolismo una idea tan importante como ésta la cual constituye, como hemos dicho ya, el objeto fundamental de la institución, de modo que puede adoptarse para definir su ciencia.

Por lo tanto, la Palabra es para nosotros el símbolo de la verdad divina; y todas sus modificaciones su pérdida,

substitución y recuperación, no son sino partes componentes del símbolo mítico, que representa la búsqueda de la verdad.

¿Cómo, pues, se ha conservado este simbolismo? ¿De qué manera ha de interpretarse la historia de esta Palabra para que todos sus accidentes de tiempo, lugar y circunstancia, tengan relación patente con la idea sustantiva que se ha tratado de simbolizar?

Las respuestas a estas preguntas abarcan quizás la parte más intrincada, ingeniosa e interesante de la ciencia masónica del simbolismo, el cual se puede interpretar en sentido general o particular.

En sentido general abarca toda la historia de la Francmasonería, desde su nacimiento hasta su consumación. La búsqueda de la verdad es el epítome de la evolución intelectual y religiosa de la Orden, que comenzó cuando las multitudes se sumergieron en las profundas tinieblas morales donde parecía haberse extinguido el fuego de la verdad, a consecuencia de la dispersión de Babel.

Entonces, se perdió el nombre de Dios; se dejó de comprender su verdadera naturaleza, se olvidaron las divinas lecciones de nuestro padre Noé, se corrompieron las antiguas tradiciones y se pervirtieron los antiguos símbolos. La carroña del sabeísmo había enterrado a la Verdad, y los cultos idolátricos del sol y de las estrellas habían substituido al antiquísimo del verdadero Dios.

Tinieblas morales se esparcieron sobre el haz de la tierra, cual nube impenetrable y densa, que obstruía los rayos del sol espiritual y cubría al pueblo con el tétrico paño mortuorio de la noche intelectual. Pero esta noche no podía ser eterna. Apuntaba otra brillante aurora, y, en medio de tanta obscuridad, quedaban aún unos pocos sabios cuyo sentimiento religioso les incitaba a buscar la verdad con avidez.

Hasta en aquellos tiempos de tinieblas intelectuales y religiosas existieron obreros que buscaban la palabra perdida y que, aunque no pudieron lograr lo que se proponían, se aproximaron tanto a ello, que el resultado de su búsqueda podía simbolizarse de una manera relativamente satisfactoria por la Palabra Substituida.

La multitud idólatra perdió la Palabra, asesinó al Constructor y suspendió las obras del templo espiritual. De modo que, al perder de vista la existencia divina, fue desvaneciéndose cada vez más su conocimiento de Dios y de la religión pura que les enseñara Noé, terminando por caer en un grosero materialismo y en la idolatría.

Así es como se perdió la verdad - la Palabra -, según se dice, o empleando las palabras de Hutchinson modificadas en relación con el tiempo, *"podría decirse que, en esta situación, se perdió la guía del cielo, y fue muerto el Maestro-jefe de las obras de la rectitud. Las naciones se entregaron a la más grosera idolatría; y el servicio al verdadero Dios se borró de la memoria de los que cedieron al dominio del pecado"*.

El anhelo que sentían los filósofos y sacerdotes de los misterios antiguos o Francmasonería espuria por descubrir la verdad, les indujo a buscar la Palabra Substituida. Fueron sus obreros quienes vieron el golpe fatal, quienes conocieron que la Palabra no se había perdido, quienes se lanzaron en su busca.

Y ellos fueron también los que, al no poder rescatarla de la tumba del olvido en que había caído, con todos los esfuerzos de su sabiduría incompleta, se volvieron hacia las vagas y difusas tradiciones conservadas desde tiempos primitivos, y, con su ayuda, buscaron un sustituto a la verdad en sus religiones filosóficas.

Schmidt opina que los Misterios del mundo pagano, no son sino restos de la antigua religión pelásgica, y dice que *"las asociaciones de personas creadas con objeto de celebrarlas*

debieron haberse formado cuando la influencia abrumadora de la religión helénica empezó a imponerse en Grecia, y cuando las personas que sentían reverencia por el culto practicado en tiempos anteriores se reunieron con objeto de conservar en lo posible la religión de sus antepasados".

De modo que, si aplicamos nuestra interpretación en sentido general y admitimos que la Palabra es el símbolo de la Verdad divina la narración de su pérdida y su búsqueda se convierte en símbolo mítico de la decadencia y pérdida de la verdadera religión de las naciones antiguas, y de los esfuerzos hechos por los filósofos y sacerdotes para encontrarla y retenerla en sus Misterios e iniciaciones secretas, a los que hemos designado hasta ahora con el nombre de Francmasonería espuria de la antigüedad.

Pero hemos dicho, también, que además de la interpretación general, existe la particular, duplicidad simbólica, que no es corriente en Francmasonería.

En páginas anteriores hemos puesto un ejemplo de esta interpretación en el simbolismo del templo de Salomón, donde, en sentido general, el templo simboliza el edificio espiritual formado por la agregación de todos los individuos de la Orden, del cual es cada francmasón a modo de una piedra; y, en sentido individual, se considera que el mismo templo ha de verse como templo espiritual que debe levantar en su corazón todo francmasón.

Ahora bien, la Palabra, en sentido individual, con el mito de su pérdida, substitución y recuperación, viene a ser el símbolo de la evolución personal del candidato, desde la primera iniciación hasta la última, donde llega a conocer todos los secretos de los Misterios.

El aspirante empieza a buscar la verdad como Aprendiz, envuelto en tinieblas, que busca la luz, la luz de la sabiduría, la luz de la verdad, la luz simbolizada por la Palabra. Para realizar

esta importante tarea, que comienza a tientas, vacilante, dudoso y débil, se prepara purificando el corazón, y recibe la primera palabra substituta de la verdadera, que, como el pilar que los israelitas tenían ante sí en el desierto, ha de guiarle camino adelante en su jornada.

Se le ordena que coja todas las virtudes que ensanchan el corazón y dignifican el alma como báculo y zurrón de viaje, por medio de grandiosos símbolos y tipos, que asocian el primer grado con la juventud, se le inculcan las virtudes de saber guardar el secreto, la obediencia, la humildad, la confianza en Dios, la pureza de conciencia y la economía de tiempo.

En el grado de Compañero emprende otra ruta, porque ya ha pasado la juventud y ha llegado a la edad madura. Nuevos deberes y obligaciones recaen sobre el individuo. Esta etapa simboliza la parte de trabajo y pensamiento de la vida. En ella ha de cultivarse la ciencia, adquirirse la sabiduría y buscarse la palabra perdida - la Verdad divina -, sin lograr por eso encontrarla todavía.

Luego llega la etapa de Maestro, con todo el simbolismo de la vejez: pruebas, sufrimientos, muerte. Y en ella también avanza el aspirante siempre adelante, clamando "por luz, más luz". La búsqueda está a punto de terminar; pero ha de aprenderse la humillante lección para la naturaleza humana de que, en esta vida triste y obscura, terrestre y carnal, no vive la verdad pura; y ha de contentarse el hombre con una substituta, esperando el momento en que pueda entrar en el segundo templo de la vida eterna en donde la Palabra, la Verdad Divina, nos enseñará que siempre hemos de aprender de Dios y del alma humana, emanación suya.

Así es como el Maestro Masón, una vez recibida la palabra que substituye a la perdida, aguarda pacientemente el momento de encontrar ésta y de alcanzar la sabiduría.

Pero por más que nos afanemos, jamás puede encontrarse enteramente la palabra simbólica - el conocimiento de la Verdad divina - en esta vida, o en la Cámara del Maestro Masón, su símbolo. La naturaleza mortal, la oculta de la vista de los ojos mortales anublado el intelecto humano. El hombre es capaz de recibir y apreciar la revelación más allá de la tumba, cuando se libera de la pesada carga de su vida terrenal.

De ahí que, cuando hablamos de la recuperación de la Palabra, en un grado superior y suplementario a la Antigua Masonería, queramos dar a entender que esta parte sublime del sistema masónico simboliza el estado post mortem. Porque la Verdad divina, a cuya busca dedicamos toda la vida, si no en vano, por lo menos sin éxito, así como su clave mística, únicamente puede encontrarse en el profundo abismo de la tumba, bajo los cimientos del edificio, cuando se derruya y venga abajo este templo de vida.

Ahora ya sabemos en qué consiste el trabajo masónico, que en sí no es más que otra forma del mismo símbolo. El trabajo del francmasón consiste únicamente en buscar la Palabra - hallar la Verdad divina - siendo esta Palabra el premio concedido a sus esfuerzos.

Los monjes de la antigüedad decían que el trabajo es una oración - *laborare est orare* -. Por eso, el culto de nuestras logias estriba en trabajar por la Palabra o por la Verdad, con la vista fija siempre hacia adelante y sin mirar jamás hacia atrás, esperando la consumación y la recompensa de nuestro trabajo en el conocimiento prometido a todo el que no se rezaga.

Goethe, que fue poeta y francmasón, conocía a fondo todo este simbolismo de la vida del Maestro Masón cuando escribió la siguiente hermosa poesía:

*“La conducta del masón,
modelo es de existencia,*

*cuya porfía dura lo que
la vida de los hombres.
El futuro guarda en su preñado
seno alegrías y tristezas;
pero nosotros avanzamos por él
sin que nada nos acobarde.
Ante nuestros ojos se abre
el velado y sombrío portal
en donde acaban los mortales.
Sobre nuestras cabezas
duermen estrellas silenciosas;
bajo nuestros pies calladas tumbas.
Y, mientras contemplamos ansiosos
este presagio de terror,
acércanse el fantasma y el error
a llenar de turbadoras dudas
y temores a los más valientes.
Pero oíd el clamor de la opinión,
de los sabios, de los mundos
y de los siglos:
"Elegid bien, que la elección es breve,
pero infinita. ¡Oh, valientes!,
en el silencio de la eternidad
unos ojos os contemplan.
Aquí todo es plenitud de recompensas;
trabajad con empeño y arrojo
y no perdáis la esperanza."*

Capítulo XXXII

Epílogo

Al terminar esta obra, tan inadecuada a la importancia de los temas tratados en ella, puede hacerse, por lo menos una deducción de todo cuanto llevamos dicho.

Historiando la evolución de la Francmasonería y detallando su sistema simbólico, adviértese que está tan íntimamente relacionado con la historia de la filosofía, la religión y el arte, en todas las épocas del mundo, que tenemos la convicción de que ningún francmasón puede llegar a comprender su naturaleza o apreciar su carácter científico, a menos que se dedique asidua y esforzadamente al estudio de su sistema.

La habilidad de repetir sin equivocarse las lecturas ordinarias, cumplir con todos los requisitos ceremoniosos del ritual y dar con precisión los signos del retejador, no es más que el rudimento de la ciencia masónica.

Pero la Francmasonería tiene que ver con series de doctrinas mucho más elevadas, cuya exposición hemos tratado de hacer en esta obra, aunque de un modo imperfecto. Ellas son las que constituyen la ciencia y la filosofía de la Francmasonería, ellas las que únicamente premiarán con creces los esfuerzos de quienes se dediquen a estudiarlas.

La Francmasonería ha dejado de ser una institución meramente social, para adoptar su posición original y evidente de ciencia especulativa. Mientras se conserva aún el ritual, como joyel donde se guarda la preciada perla; mientras se ejerce en ella la caridad, como resultado necesario, pero incidental de sus doctrinas morales; mientras se cultivan todavía sus tendencias

sociales cual cemento que une la bella simetría y fortaleza de la fábrica toda, el alma masónica anda por todas partes buscando y pidiendo algo que nos alimente como el maná del desierto, con pan intelectual, en nuestro viaje de peregrinación por la tierra.

El mundo masónico clama universalmente por la luz; de ahora en adelante, nuestras logias han de convertirse en escuelas; nuestro trabajo ha de ser el estudio; nuestro salario, la cultura; los tipos, símbolos, mitos y alegorías de la institución han de empezar a investigarse en relación con su significado último; en nuestra historia han de buscar los celosos investigadores su conexión con la antigüedad. Los francmasones comprenden ahora en toda su amplitud la definición tantas veces citada de que: "La Masonería es una ciencia de moral, velada en alegorías y esclarecida por medio de símbolos. "

Por lo tanto, aprender Francmasonería es conocer nuestro trabajo y realizarlo bien. ¿Cuál será el buen obrero que se atreva a no realizar esta labor?





Ediciones de la
GRAN LOGIA DE CHILE